
W F681a 1878
62650980R
NLM 05101977 0
NATIONAL LIBRARY OF MEDICINE
NATIONAL LIBRARY OF MEDICINE
U.S. Department of Health, Education, and Welfare, Public Health Service
Bethesda, Md.


NATIONAL LIBRARY OF MEDICINE
U.S. Department of
Health, Education,
and Welfare, Public
Health Service
Bethesda, Md.

150

APOLOGÍA DEL MÉDICO.

ESTUDIOS FILOSÓFICO-SOCIALES

SOBRE

EL MÉDICO Y SU PROFESION,

publicados en "El Eco de Vuelta-Abajo"

POR

Eduardo Fontanilles.

Nueva edicion, corregida y aumentada.

Honora medicum propter necesitatem.
(ECLES.—38)

CONSOLACION DEL SUR.
IMPRENTA «EL CASINO.»—CALLE REAL.
1878.

A D. Cristóbal Alvarez y

D. Antonio Leal Reyes,

como espresion de gratitud, sincero aprecio é inolvidable recuerdo, dedica este pequeño trabajo

su invariable amigo,

E. F.

ADVERTENCIA.

Habiéndonos manifestado tanto de palabra como por escrito, varios apreciables facultativos de esta jurisdiccion y fuera de ella, asi como otros muchos amigos y suscritores de EL ECO, *los vehementes deseos de poseer coleccionados en un folleto ú* opúsculo *los presentes Artículos, no hemos titubeado en acceder á una peticion amistosa y que tanto honra á nuestra* APOLOGÍA, *disponiendo la reimpresion de los mismos, corregida y notablemente aumentada.*

No entrando en nuestras miras la mezquina idea de la especulacion ni del lucro, y sí solo el propósito de contribuir al alivio de las clases menesterosas, al mismo tiempo que realzar al médico y poner de relieve su profesion, hemos determinado hacer una estensa tirada para repartirla gratis et amore *en la forma siguiente:*

200	*ejemplares*	*al hospital de Pinar del Rio.*
200	*idem*	*al* Diario de la Marina
200	*idem*	*á* La Voz de Cuba.
200	*idem*	*á la* Real Academia de ciencias médicas de la Habana.
200	*idem*	*á la* Crónica médico-quirúrjica, *de id.*

Total. 1000 ejemplares, destinando el producido de su venta al alivio de los desgraciados, y á las necesidades de la ciencia.

Con tales auspicios, pues, y con tan filantrópicos fines, abrigamos la consoladora esperanza de que esta obrita por ramplona que ella sea, obtendrá una favorable acogida por parte del público en general y de los señores médicos en particular.

Si así no fuera, ahí está Quevedo que nos consolará del fiasco *y del mal éxito de tan benéfica obra, con los siguientes versos:*

«Yo he hecho lo que he podido,
Y el público lo que ha querido.»

Por lo demás, facta loquuntur.



Cuatro palabras á los lectores de "El Eco" y una á su digno Director D. Rafael Villa, á modo de proemio ó nociones preliminares.

El simple título de este humilde trabajo, indica ya su objeto é importancia.

Presentar al médico ante la sociedad y enaltecer sus méritos y virtudes, tan dignas de aprecio y consideracion como poco conocidas; vindicar su honrosa y noble profesion y desvanecer ciertas ideas erróneas acerca de la misma; manifestar su grado de falibilidad comparada con las demas artes, profesiones y ciencias; su preponderancia, deferencia y nobleza en todos tiempos; grande utilidad que siempre ha reportado la sociedad del médico; su gran influencia en la legislacion y en los tribunales de justicia; su carácter cristiano; su caridad y desinterés; el sacerdote; parangon entre ambos; ejercicio de la profesion especialmente en el campo; sus trabajos y peligros; sus inconvenientes; su noviciado; sus beneficios é ingratitudes; pauperismo y *curanderismo*; (1) parangon entre el médico de campo y el de la ciudad; mayor pericia y laboriosidad del primero; casos judiciales; servicios en tiempo de epidemias; su valor y abnegacion; disminucion constante de las enfermedades comunes y epidémicas debido á los adelantos del arte; su influencia en la civilizacion: he aquí sintetizadas las principales materias que entraña la *primera parte* de estos artículos,

Al darlos al público, no ha guiado nuestra débil pluma otro móvil que el pagar un tributo de admiracion, de justicia, de consideracion y de respeto á la benemérita clase médica, singularmen-

---

(1) Nuestros lectores puristas y aticistas nos dispensarán que en el curso de la obra, usemos de este y otros neologismos y modismos, tales como: *fiasco, esplin, cursi, espiritista, inconsciente, indiferentismo, indispensabilidad, revolver, guagua, guagüero, etc.* en gracia al progreso filológico y adelanto lingüístico: pues aun cuando no sean palabras castizas, espresan perfectamente el concepto.

te á los que ejercen en los campos de Cuba, dignos por todos títulos á la pública gratitud, por sus innegables merecimientos tan á menudo olvidados: y entretener al mismo tiempo, á los numerosos suscritores y *guagüeros* de El Eco, que nos dispensan el honor de leer nuestras chabacanas, pero francas producciones.

Copiado del natural este cuadro apologético, lo consideramos. sin embargo, exiguo, incompleto y defectuoso. Aunque grande es la empresa, es débil su resultado. Su perfeccion exigiria una vida entera de estudios; una atenta y asídua observacion de muchos años, y sobre todo, una ilustracion científica y literaria que dista mucho de nuestros limitados alcances. Calcado, empero, en la observacion de los hechos, le sobra de verídico lo que le falta de mérito literario.

Para su esposicion ó exhibicion; hemos tenido presente el *incredulus odi* de Horacio [lo detesto por increible] en la relacion de algunas escenas dramáticas y en la narracion y descripcion de algunos hechos prácticos, convencidos, de que: «cuando la severa razon y el juicio no presiden á la verosimilitud de los mismos, acude luego aquella que destruyendo toda ilusion, convierten la obra en desprecio.» (1)

Aunque, como nos dice Iriarte:

«Hay quien tiene la hinchazon por mérito,
Y el escribir liso y llano por demérito;»

nosotros hemos adoptado, para su sintáxis ó redaccion, un estilo nada florido ni campanudo, sino llano, claro y sencillo que esté al alcance de todas las inteligencias, desterrando en lo posible el tecnicismo, y prohijando el principio de Descouret: «Si hay tanta confusion en los hechos, es porque hay poca claridad en las palabras.» (2)

La empresa, pues, que acometemos, y cuya importancia es harto conocida, como superior á nuestras fuerzas y digna de mejor campeon, no es mas que un ensayo, un bosquejo de primera mano, que nunca hubiera visto la luz sin las exigencias de la amis-

(1) Hermosilla, ***Arte de Hablar.***
(2) ***Médecine des Pations.***

tad y la bondadosa indulgencia de nuestro distinguido amigo é ilustrado Director de EL ECO DE VUELTA-ABAJO, á cuya inquebrantable constancia en pró de la ilustracion é intereses de esta rica comarca, tanto tienen que agradecer sus honrados, leales y laboriosos habitantes.

Si, como esperamos, pues, EL ECO, juntamente con la respetable clase médica de la jurisdiccion, acogen estos suscintos y mal zurcidos apuntes con aquella benevolencia propia de la facultad y que acompaña siempre á la ilustracion, nuevas apreciaciones y estensas consideraciones serán objeto mas adelante de una *segunda parte*, que completará, aunque imperfectamente, el cuadro social del Médico y su profesion.

Una palabra mas por via de conclusion.

Entregamos prematuramente y sometemos paciente y resignadamente á la crítica severa é imparcial, este humilde é incompleto trabajo escrito sin pretensiones de ningun género, durante los ratos de ócio: ni siquiera el de la publicidad, encubierta con el tupido velo del seudónimo (1); ni ménos aun el del lucro, convencidos de que: "de todos los modos de vivir, el que menos *da de vivir* es el trabajo del escritor," como dice Larra. Y si algun mérito ó recomendacion encierra su escaso valer, á los ojos de su autor, debido es, seguramente, á la *originalidad* de la mayor parte de sus artículos, ideados, concebidos y confeccionados entre el pavoroso silencio de solitarias é interminables sabanas, y emborronados á la escasa sombra de algun raquítico peralejo. Por lo demás, quien consiga mejorarlo, ó perfeccionarlo, nos «arroje la primera piedra,» que nosotros nos daremos por muy dichosos y satisfechos, si otra pluma mejor cortada, si otras capacidades mas idóneas y desocupadas contribuyeran con sus luces y apreciaciones á llenar las lagunas y á borrar los lunares de que adolece, y le diera la estension que requiere y de que es susceptible. Unico modo de completar este cuadro y de darle el tono y colorido que merece materia tan vasta, asunto de tal importancia, y de que fuese digno de

(1) Estos artículos se publicaron en EL ECO, bajo el seudónimo de *Edo.*

obtener una favorable acogida por parte de los bienhechores hijos de Esculapio, para quienes escribe los presentes artículos,

El Autor.

Alonso Rojas y Octubre de 1877.



APOLOGÍA DEL MÉDICO.

ESTUDIOS FILOSÓFICO-SOCIALES

SOBRE

EL MÉDICO Y SU PROFESION.

PRIMERA PARTE.

I.

Inter homines, sapiens;
Inter sapientes, medicus.
(Horacio.)

Que todos los que sufren acudan á mí,
Y yo los aliviaré.
[Jesucristo.]

Hay un sér en la gran familia humana, digno seguramente del respeto de los hombres pensadores, de la consideracion de los sábios y de la admiracion y gratitud de todos: este sér es el médico. Dotado de la moral mas severa, se halla, además, re-

vestido de otras muchas virtudes para desempeñar dignamente las funciones de su elevado ministerio. Abnegacion de si mismo; sacrificar no solo su reposo é intereses personales, comodidades y placeres, sino tambien hasta su salud y su vida, especialmente en tiempo de epidemias; dedicarse, para siempre, á la humanidad doliente; no entregarse á ningun otro negocio ú ocupacion ageno á su arte; saber soportar con resignacion y valor, *rectum et tenacem*, los trabajos é inconvenientes anexos á la facultad, como son: las privaciones, las fatigas contínuas, la esclavitud de la profesion; los caprichos é ingratitudes de los enfermos y del gobierno, etc.; poseer por último, una paciencia ilimitada, una resignacion ejemplar, y una caridad, desinterés y generosidad á toda prueba. (1)

Director y dispensador de los dos mas preciosos dónes que Dios haya podido legar á los hombres, la *salud* y la *vida*, dirige todos sus esfuerzos, sus vigilias y sus afanes durante su existencia, á conservarlos, á trueque de las mas penosas privaciones y sinsabores, pagados, á menudo con la mas negra ingratitud. Para él, no hay distincion de personas, de clases y categorias Servidor de todos contra lo que previene el Evangelio, que "nadie puede servir á dos señores", es esclavo de todo el mundo: y el hombre de todas las horas, *horarum homo*, no puede disponer de ninguna. Comprendiendo lo sublime y sagrado de su mision, atiende indistintamente no solo al poderoso que al desvalido, al pobre que al rico, al sabio que al ignorante, al ilustrado que al bárbaro, si-

---

[1] Véase la nota [A] del *Apéndice.*

no tambien al mismo culpable que implora sus auxilios en el abismo del vicio y del crímen, que:

"Los delitos aborrece
Y al culpable compadece."

Su abnegacion no tiene límites; su caridad es inagotable. Derrama á manos llenas los beneficios do quier se halla, y por donde pasa la beneficencia; *transit beneficiendo*, sin que muchas veces recoja en su áspero camino mas que ingratitudes, desdenes é indiferencia. Creado por el Altísimo como el hombre de la necesidad, (1) y como el misionero de la salud, veréislo en todas las epidemias mártir de la profesion que ha elegido. Mientras que los habitantes de una poblacion asolada por una epidemia abandonan sus hogares, huyendo apresurosamente del contagio, no pareciendo sino que resuena en los oidos de todos el terrorífico *sálvese quien pueda*, el médico arrostra la infeccion y el peligro con ánimo sereno y tranquilo, resignándose á su suerte, como si su generoso propósito de preservar de ella á sus semejantes, lo defendiera de sus nocivos miasmas. Visita impávido los hospitales, esos tristes y humanitarios asilos, colmados de moribundos, presa desdichada de la mortífera enfermedad; acude á todas partes donde sus servicios son necesarios; desafía los riesgos; afronta los peligros; arrostra las terribles consecuencias del frio, del sol, de la humedad, del sereno, del trabajo escesivo, causas todas de la enfermedad reinante, y sucumbe, si es preciso, como el valiente soldado, en el campo del honor.

---

[1] *Honora medicum propter necesitatem, etenim illum creavit Altíssimun.* [Ecles. 38.]

Léjos, empero, el público de proclamar su abnegacion y de apreciar en todo lo que vale su desinterés y humanidad, le reconviene indirecta ó directamente, sino acierta á descubrir el modo de detener los estragos de la terrible epidemia que siembra los cementerios de cadáveres. Exige de la ciencia humana se muestre tan poderosa como la divina; y en vez de agradecer sus esfuerzos, sus sacrificios y sus penalidades y sus peligros, los critica á menudo, porque no sabe triunfar la ciencia de la fatídica influencia atmosférica, y cuyas causas son muchas veces desconocidas. (1)

En los campos de batalla en que todas las pasiones, principalmente la destruccion, llegan á su mas alto grado, el médico olvida sus sentimientos patrióticos, prodigando á porfia y á la par, sus benéficos auxilios á las víctima de ambos campos, muchas veces con exposicion de su vida.

Mientras que el belicoso guerrero busca y pone en práctica todos los medios posibles de destruir, el médico prepara sus drogas, vendages é instrumentos para conservar. El lema del primero es la destruccion; el del segundo la conservacion. ¡Raros vaivenes entre la vida y la muerte! ¡Ah! cuán su-

(1) Cuando en 1833 se presentó el primer caso de cólera asiático en la Habana, el Dr. Piedra, que fué el primer médico que lo observó, diagnosticó y participó, y que tan á tiempo diera la voz de alarma, nuestro pueblo, que no ofreció las escenas lamentables de París, Madrid y otras ciudades, pagó, sin embargo, su tributo á la ignorancia y al terror, arrojándole piedras al carruage, el populacho atemorizado. El general Ricafort protegió á aquel célebre médico, disponiendo que dos lanceros le acompañaran y custodiaran su morada, hasta calmar la efervescencia popular.

perior es su gloria, bien examinado, su gloria filantrópica, pacífica y benéfica, á la del conquistador turbulento é inhumano que se envanece con tanta sangre derramada! Vomita la estruendosa artillería la muerte entre hermanos que la reciben sin merecerla; los tambores y clarines anuncian el esterminio de millares de desventurados inocentes é indiferentes, que ansían, empero, aniquilarse unos á otros, cual si el terreno que pisan no fuera bastante estenso para contenerlos á todos, aumentando el infernal tumulto el horripilante choque de las armas, mezclado con los ayes é imprecaciones de los heridos. Mas, al cabo, el bronce enmudece; callan las trompetas; cesa el fragor; se restablece la tranquilidad, y solo los quejidos de los moribundos recuerdan la espantosa lucha que allí ha tenido lugar. Entónces aparece el facultativo. el *físico*, como el mensajero de la misericordia divina, del Dios de suprema bondad á la presencia de los infelices mutilados, como el ángel salvador, y sin cuyos auxilios prontos y eficaces, aumentaria aquella horrible hecatombe. Con la mas tierna y paternal solicitud, cierra las llagas que abrió el mortífero plomo. En su afan de calmar los tormentos de todo el que sufre, y cumpliendo con su bienhechora mision, confunde á amigos y enemigos, ostentando tan noble proceder, toda la belleza y magnificencia de su sagrada y humanitaria mision, en medio de aquel espectáculo de aflictiva y horrible desolacion.

Y no se diga que su vida no corre grave peligro, por hallarse su puesto generalmente retirado del fragor del combate; que contestaremos con los estados de las bajas publicados por el gobierno de Prusia,

poco despues de concluida aquella breve, pero sangrienta guerra franco-prusiana, cuya estadística médica presentaba la desconsoladora cifra de mas de *cien* médicos que sucumbieron en los campos de batalla.

"He sostenido, dice Mr. Dupin, para probar lo contrario, he sostenido y repetiré si es menester, que el médico de ejército, intrépido en las epidemias; intrépido tambien en los campos de batalla, posee todas las especies de valor. Tiene ardimiento militar, porque arrostra la muerte por el hierro y por el fuego; pero tiene además otro valor mas heróico, sin duda que el primero, que consiste en conservar su sangre fria en medio del peligro. Sabe muy bien que cuando le amagan golpes mortales por todas partes, no puede devolverlos; y sin embargo, no titubea: de rodillas, con mano firme y ánimo tranquilo, cual si estuviere en un anfiteatro anatómico, solo atiende á curar á los heridos. A estas dos especies de valor, corresponden otras dos especies de gloria. Larrey, tuvo las primeras y consiguió las segundas. Dos veces herido, una en Egipto y otra en Waterlóo, dia de luto para la pátria, pudo probar que: *están léjos de ser imaginarios los peligros que corre el médico de ejército.*"(1)

Por otra parte, todos los que fuimos testigos en la pasada guerra de los siete años, pudimos ver algunos fusilamientos de *inocentes* médicos, juntamente con varios jefes y oficiales, por órden del general carlista Cabrera, "el mas feroz de sus caudillos,"

(1) Discurso leido en la inauguracion de la estátua de bronce, erigida á Larrey, en el Hospital de *Val-de-Grace.*

como lo califica la Historia.(1) Asi mismo, en la reciente del otro *alcornoque* llamado Cárlos *siete* ó Pretendiente, otro fusilamiento de un jóven é infelíz médico, (2) en union de varios oficiales prisioneros por el inhumano Savalls. Y decimos *inocentes*, porque nunca ha existido la mas remotísima culpabilidad en las funciones de un médico del ejército, cuya única mision es como la del cura y la de la hermana de la caridad: la *caridad*, y solo la caridad, derramando el bálsamo consolador en el corazon de los infelices heridos. Ni hay tampoco el menor símil entre los militares y esos bienhechores de la humanidad, verdaderos ángeles buenos, que llevan el consuelo y la salvacion por donde quiera; que si aquellos tienen por profesion el exterminio de sus enemigos, estos se dedican á conservar lo que aquellos destruyen; es decir, las vidas de los que caen, curando y trasportando á lugares seguros los heridos de ambos bandos contendientes. ¡Hé aquí su único crímen, (extremece el decirlo....!) que pagan con la vida, cuando tienen la desgracia de caer en manos de esos ogros sanguinarios, verdugos de la humanidad, mil veces mas crueles é inhumanos que los mismos antropófagos y los tigres, que siquiera estos aprovechan las carnes de sus víctimas para saciar su hambre y la sangre para apagar su sed!....

Y no se quiera disculpar tamañas atrocidades, y paliar actos que deshonran á la humanidad y son el

---

[1] Lafuente, *Discurso preliminar.*

[2] Creemos que de apellido Rodriguez, sinó nos es infiel la memoria. Quien debe recordarlo bien, es su feroz verdugo. Ese asesinato político, dejó sumida en la mayor miseria y triste desamparo á su desventurada familia establecida en Madrid.

oprobio de sus autores, con las leyes de la guerra, y que la justicia ha de ser igual para todos; que los benéficos rayos de la Cruz roja de las ambulancias fulminará contra ellos el mas solemne mentís.

Hecha esta pequeña salvedad, como un honroso panegírico pagado á la memoria de aquellas inocentes víctimas inmoladas al rencor de los partidos, y que prueban lo que dijimos antes, esto es; los peligros que corren los médicos durante las guerras, prosigamos nuestra tarea. (1)

(1) Véase la nota [B] del *Apéndice.*



II.

Al colocar el famoso poeta Horacio, al sábio, en primera línea, entre todos los hombres, *inter homines, sapiens*, no hizo mas que enaltecer la ciencia, poniendo en relieve la sabiduría sobre todas las cosas, pagar un tributo de respeto y de justicia al varon sábio, y corroborar y robustecer mas y mas aquella conocida máxima del filósofo Zenon, á saber: "que la ciencia ennoblece mucho al hombre; y que luce mas un dia del sábio, que la larga vida del ignorante." Pero, colocar al médico en lugar tan prominente entre los sábios, *inter sapientes, medicus*, es no solo colocarlo á una altura inconmensurable, inaccesible á los demás mortales, sinó hasta hacer su apoteosis. ¡Hermosas palabras, que por sí solas bastarian para considerar al médico, como al hombre mas digno del aprecio universal y que han legado á su inmortal autor, por parte de la clasé médica, una auréola de gloria, que resplandecerá sobre su tumba

al través de los siglos! Palabras que, con su elocuente concision, encierran un mundo de ideas, y que son como los grandes monumentos de la antigüedad, sin que el trascurso de los siglos pueda desmoronar ni socavar sus sólidos y profundos cimientos. ¡Loor eterno al gran poeta de Venusia!

Mas adelante, al tratar de la caridad del médico en el ejercicio de su profesion, discurriremos igualmente un momento, sobre aquellas palabras del divino Redentor, que sirven de segundo membrete á este trabajo, y haremos observar como de paso, la analogía que existe entre ambos.

Ejemplo vivo, el médico, de la moralidad, de la abnegacion, de la buena fé y de la filantropía, deberian aquellas virtudes refugiarse en el corazon de los médicos el dia que desaparecieran de la tierra. Si bien la paciencia y la caridad suelen ser sus dos mas sobresalientes virtudes, con todo, su lealtad, la confianza que á todo el mundo inspira, es su mas noble prerogativa.

¡Qué prudencia, qué reserva, que delicadeza no les impone su sagrado ministerio! Admitidos en el hogar doméstico, lo miran como un lugar sagrado, no revelando jamás sus lábios lo que han visto sus ojos, ni lo que han oido sus oidos; y aunque se vean pagados con fea ingratitud sus desvelos, bien pueden dormir tranquilos los ingratos, que sus secretos mueren en el fondo de sus corazones. Una de las cosas que mas ennoblecen al profesor de medicina, dice el Dr. Ferrer, y que mas le honran en el ejercicio de su facultad, es guardar inviolable en su pecho el secreto de que le han hecho depositario las personas á quienes visita. Constituido en remediador

de los males que afligen al hombre, y abriéndosele á menudo las puertas de la mas íntima confianza, se vé, muchas veces sin quererlo, en la necesidad de saber los secretos mas recónditos de las familias, sus enfermedades ó *deslices* mas cuidadosamente disimulados, sus intrigas, sus penalidades y acaso sus miserias, las disenciones domésticas, las flaquezas de los maridos, de las mujeres ó hijos, todo aquello, en fin, que mas repugnante ó detestable podria aparecer á los ojos del mundo, en descrédito de uno ó mas miembros de las mismas familias. Altamente lisonjero, es por cierto, para el médico semejantes confianzas y que lo constituyen en un hombre superior á los demas, que tiene la sagrada mision de distribuir abundantes consuelos en el seno de la amistad y de la confianza. Tambien los médicos reciben sus confesiones, como observa el Dr. Mata, porque tambien tienen sus penitentes.

Su desprendimiento, su resignacion y su paciencia son ilimitadas igualmente. En su obra de *Enchiridion medicum*, aconseja el célebre Hufeland, que "despues de sacrificar el médico su reposo, sus ventajas personales, sus comodidades, sus placeres, su salud, y hasta su existencia y su honor si es necesario, aconseja, repetimos, que cuanto mas ingratos se le muestren los hombres, tanto mas superior deberá considerarse interiormente á los juicios de aquellos; pues su conciencia le recompensará mejor de lo que puedan hacer los hombres ni la mundana nombradía." (1)

Su bondad y su caridad son estremadas, como ten-

(1) Aquella profunda máxima de Santo Tomas de Kémpis,

dremos ocasion de juzgar mas adelante. Y si San Francisco de Sales, en su sublime ingenuidad, no dudaba en asegurar, que todos los *posaderos* serian santos por poco que su interesada hospitalidad para con los forasteros, fuese mas bondadosa, honrada y desprendida ¿qué no diremos de los médicos? ¿qué no podremos decir de su noble y generoso proceder con toda clase de enfermos, especialmente los pobres, de quienes jamás reciben salario ni recompensa alguna?

Tales virtudes y bellas cualidades suelen, sin embargo, pasar desapercibidas por la mayoría de los hombres, que no ven en el médico mas que un mercenario, cuando no un especulador ó un traficante de la salud, cuyo único y exclusivo móvil no es mas que el *auri sacra fames* de Virgilio, ó mas claro, el víl interés, quedando muy persuadidos y satisfechos del gran favor y honor que dispensan al médico con mandarlo á buscar para que cure y cate de sus males, sin que tengan que agradecerle un ápice por haberles devuelto la salud, y con esta la vida quizás, despues de haberle retribuido mezquinamente sus servicios. Y decimos *mezquinamente*, porque creemos no haya en el mundo recompensa ni remuneracion posible para el que, con sus conocimientos, arrebata de las garras de la muerte á un hijo predilecto, á un padre amado ó á un esposo adorado, que valen mu-

---

en su *Imitacion de Jesucristo*, tan profunda como filósofa y cristiana: "Aprended á llevar con paciencia los defectos y debilidades de los demas, sean cuales fueren: porque vosotros teneis tambien muchos que los demas tienen que soportar." no parece sinó escrita espresamente para el médico, quien la sigue con mas rigor que nadie.

cho mas que todo el oro del mundo acuñado y sin acuñar. Esto es la verdad, esto es la realidad pura y neta: lo demás es ignorancia, torpeza é imbecilidad. *Numerus stultorum est infinitus*, dijo el sábio Salomon.

"A todos y á ninguno
nuestras advertencias tocan."



III.

Aunque el médico sea un Dios para todas las personas que sufren, pues ven siempre en él el ángel consolador que viene á ejercer su ministerio de alivio y conservacion; sin embargo, concluida su obra, despues de agotar todos los recursos del arte, esa deidad destronada y despreciada sufre con noble resignacion la injusticia de los hombres. Quizá como hombre podrá errar alguna vez, que: *errare humanum est*; pero sus faltas, sus desaciertos, dependen, casi siempre, de la imperfeccion del arte, cuya oscuridad en algunos casos, responsabilidad grave, poder reducido, fugacidad en las ocasiones, *ocasio præceps*, é imposibilidad de deshacer lo hecho, hacen de la medicina una de las profesiones mas difíciles que puedan ejercer los hombres.

Algunos espíritus, sin embargo, tan exigentes como mezquinos, almas sobrado egoistas y destituidas de toda lógica y faltas de todo criterio, ignorando

completamente las inescrutables leyes que rigen la creacion, han pretendido injustamente equiparar á un pobre mortal con la Divinidad, pretendiendo obras milagrosas en aquel, y que reproduzca el *surge et deambula* del Evangelio. Neciamente han pretendido, el que el médico posea la infalibilidad de un Sér infinitamente sabio y poderoso, al tratar de desprestigiar la mas útil y recomendable de las ciencias, escribiendo sátiras burlescas contra sus virtuosos sacerdotes. (1)

En vano algunos detractores, *guagüeros* los mas, (pase el provincialismo) incontrastables hasta la temeridad, oponiéndose á los decretos del Altísimo y á las inmutables leyes de la naturaleza, pretenden (imbéciles!) que ese "hombre vestido de negro, embaucador de pócimas que no conoce," como definen ellos al médico, obre prodigios, devolviendo la salud

---

(1) Con los médicos ha sucedido siempre lo que con las mujeres; pues, sus mas furibundos detractores han sido por lo general, sus mas apasionados. Aristóteles, Milton. Plinio, Eurípides, El Bocacio, Quevedo, etc., etc., que tanta hiel vertieron contra ellas, no podian pasarse, sin su compañía. Aristóteles, no conforme con una, vivia con dos. Eurípides, tan maldiciente de ese sexo en sus tragedias, era amantísimo de ellas en su particular: las execraba en el teatro, y las idolatraba en el lecho. El Bocacio, que fué sumamente libertino, escribió contra ellas la violenta obra "*Laberinto del amor*": *et sic de cœteris*. Quevedo publicó tambien su famosa *Sátira contra el matrimonio*, y fué un modelo de esposos. Del propio modo. se han forjado epígramas mas ó menos agudos, contra los médicos y la medicina; se han lanzado pullas mas tontas que discretas; se ha apurado el ridículo, en fin, para burlarse de ellos; pero llegada la hora de enfermar, son los primeros que se rodean de mil bebistrajos. y que apelan á sus conocimientos. ó cuando menos se entregan ciegamente al charlatismo de los curanderos.

y la vida á infelices séres, que tienen sus dias contados, siendo impotentes los recursos del arte y de la naturaleza. En vano, tambien, ciertos misántropos como Moliere y Rousseau, agobiados bajo el peso de sus crónicas é incurables dolencias, debidas principalmente á la edad y á los excesos, han declamado con vehemencia y dirigido con no ménos virulencia sus invectivas, sarcasmos y filípicas contra los pobres médicos, *que no saben* "reparar los irreparables ultrajes del tiempo," como dice el gran Racine; ni destruir los funestos efectos de una vida licenciosa, relajada é inmoral, ni borrar las hondas huellas de esa misma disipacion y corrupcion física y moral. Estos tales, son unos insensatos....! Mas aun: son unos impíos!

"¿Qué pueden las armas de los que militan bajo las banderas de la medicina, preguntaremos con nuestro erudito amigo Hernandez Poggio, para esos individuos desmazalados, séres valetudinarios, sin energía, y cuyos cuerpos solo encierran órganos ya destruidos ó averiados? Nada!.. solo les quedan medios para mitigar sus dolores y hacer mas llevaderos los tristes dias que han de preceder á su anticipado término." *(Higiene del bello-sexo.)*

Y ¿qué hombre sensato podrá dar el menor crédito á ese funestamente célebre filósofo de Ginebra, cuya principal gala consistia en motejar y mofarse de todo lo mas augusto y sagrado, y que llevó su estravagancia, mejor diríamos su estupidez, al estremo de sentar aquellos principios tan absurdos como faltos de sentido comun, de que: "el estado natural al hombre, es el estado salvaje; que el hombre que piensa es un animal depravado; que el estudio es el encanto de los

hombres fútiles; y que si los hombres tuvieran la desgracia de nacer sabios, serian todos unos perversos?" etc., etc. (1)

¡Tan cierto es, que no hay disparate que no lo haya dicho algun filósofo. *Perfectisimé sepœ philosophi, in varios caduntur errores.* Encarrilemos nuestra pluma. (2)

Es mucha verdad (triste es confesarlo!) que á menudo la ciencia es falible, que muchas veces aparece oscura, confusa é intrincable; que otras se presenta falaz, recalcitrante; que es bisoña, á pesar de ser tan antigua como el hombre; en una palabra, que está *atrasada*;

"Mas, por Dios que no fué él;
Fué su tiempo quien lo hizo,"

podríamos contestar, parodiando á Zorrilla, al hablar de D. Pedro el *Cruel.* Cúlpese en buen hora á los tiempos, á las circunstancias, á los arcanos de la vida, á los misterios de la creacion, arcanos y misterios insondables, que como todas las grandes leyes

---

(1) He aquí los retratos que hacen Lafuente y Gimm, del hijo del relogero de Ginebra: «La vida de Rousseau tuvo períodos que no fueron sinó un tegido de aventuras y hechos inmorales, y otros períodos de heroismo y de sentimientos virtuosos y pensamientos sublimes......Rousseau, tuvo *mucho de bueno y mucho de malo:* como literato calavera, su vida fué una série de desgracias y de fortuna; de persecuciones y proteccion. Como filósofo estravagante, tuvo *rarezas sin cuento,* rasgos de génio privilegiado y de hombre vulgar.» [Véanse los *Viajes de Fr. Gerundio.*]

«Sus miras fueron grandes, bellas, nuevas, filosóficas; pero su lógica no siempre fué exacta, y las consecuencias y reflexiones que deduce de sus opiniones, son con frecuencia estremadas.» [*Gimm, Correspondence literaire,* t. 3°]

(2) Véase la nota [C] del *Apéndice.*

de la naturaleza se ha reservado el Gran Artífice, el Supremo Arquitecto. Cúlpese, asimismo, á la incurabilidad de ciertas lesiones, á lo irremediable de sus males, á la ineficacia de los remedios, á la impotencia, en fin, de la medicina; pero no se arroje el estigma de la ignorancia sobre la frente de esos bienhechores de la humanidad, que, dígase lo que se quiera, todos los hombres sensatos y pensadores considerarán siempre como á los seres mas útiles de la creacion, y verán en un buen médico el mejor regalo que la Providencia puede otorgar á los hombres; habiéndolo comparado "El Eclesiástico," hasta con la misma Divinidad: *Sicut Deus est medicus.* Tan persuadido estaba el gran Felipe IV de su gran dignidad, importancia y utilidad, que no dudó en estampar en una Pragmática: "*E pues, que con su sabiduria pueden facer muchos bienes é toller muchos males, débeseles facer mucha honra é bien.*" Y sin necesidad de recurrir á la Historia y á los Anales de la medicina, que nos suministrarian materia para llenar muchos pliegos, vemos en nuestros dias á dos recomendables profesores elevados á la dignidad de marqueses del "Real Acierto" y de "San Gregorio."

A pesar, pues, de sus maldicientes y difamadores, y magüer su atraso y lobreguez, la ciencia de curar, noble entre las mas nobles, y entre todas la mas útil, háse visto ennoblecida y encumbrada desde los tiempos mas remotos, por los primeros dignatarios del Estado, inclusos los reyes, los Sumos Pontífices y otros varones eminentes que veneramos hoy en los altares. Entre los primeros, vemos á Moisés, Salomon, etc.; entre los segundos á Francisco I, rey de Francia, que tenia particular gusto en hacer autop-

sias y disecar cadáveres. A Luis Felipe, sangrando con sus reales manos, con una lanceta que tenia la costumbre de llevar consigo, á un antiguo correo de gabinete, derribado repentinamente del caballo, mientras estaba hablando con aquel bondadoso rey. Citaremos, por fin, entre los últimos, á San Lúcas, Evangelista, Santos Cosme y Damian, San Alejandro, San Eustaquio y otros muchos que no trascribimos aquí por no cansar á nuestros lectores, y que podrán verlos en el extenso catálogo ó eleneo que publicó Duval, en 1643, siendo profesor y decano de la facultad de medicina de París. Haremos observar, solamente como punto de comparacion, (y sin desdorar á nadie,) que en todo el calendario no se halla mas que San Ivo, que haya ejercido la profesion de abogado ó curial. (1)

Como quiera, es innegable que la medicina ha inspirado siempre un vivísimo interés y obtenido la consideracion mas general de todas las clases de la sociedad y de todas las épocas. Mr. Roulands, ministro de instruccion pública en Francia, lo ha demostrado recientemente con las siguientes notables palabras: "Nuestra época ha colocado el arte de curar, en la cúspide de las profesiones sociales." Y el inmortal filósofo Descartes, se espresa igualmente en los siguientes términos: "Si es posible encontrar un medio de hacer á los hombres mas sabios de lo que

(1) Cuenta Descuret, [y que no pasará de ser cuento] que la gente del foro son tan generalmente acusados de improbidad, (ojeriza y nada mas!...) que la iglesia creyó honrar á San Ivo, asegurando que fué hombre de bien, en el ejercicio de su profesion. «*Advocatus sed non latro, res miranda!*» (Himno de la fiesta del Santo.)

han sido hasta aquí, es *en la medicina donde debe buscarse.*" (Citas del Dr. Oliva en su *Oracion* inaugural 1867-68.)

Contínua y diariamente se ceba la maliguidad contra los médicos, pregonando á voz en grito lo que está olvidado de puro sabido, á saber: que los malos médicos, los médicos ignorantes, los medicastros, llamados impropiamente *mata-sanos*, son una calamidad, una plaga social, un verdadero azote; un *ciclon*, si se quiere, de la humanidad doliente (no sana) y que el famoso autor Martin Martinez, confesaba ingénuamente que "los malos médicos *mataban* mas gente que la artilleria." (Carta al Padre Feijóo.) (1) No trataremos de negar tan hiperbólicos asertos, aunque exactos en el fondo; mas, ¿no sucede lo propio en todas las demás artes y ciencias; aun en mayor escala si cabe? El arte de la guerra, de la arquitectura, de la mecánica, de la navegacion, etc., ¿no nos ofrecen todos los dias ejemplos palpitantes de horribles matanzas, de espantosos siniestros. que lanzan á la eternidad millares de inocentes victimas?

Si por la impericia, descuido ó error de cálculo, de un general en jefe, de un arquitecto, ó de un capitan de buque, pierden la vida multitud de desgraciados séres que rebosan de salud, ¿qué tiene de es-

---

[1] Léese el siguiente chistoso pasage en la novela del *Licenciado Vidriera*: «No hay gente mas dañosa á la república que los malos médicos. Solo ellos nos pueden matar y nos matan sin temor y á pié quedo. sin desenvainar otra espada que la de un *récipe*.»

No menos cáustico se muestra Kiosser, sabio filósofo aleman, al comparar las místuras recetadas por los médicos ignorantes, á las epidemias ó las guerras, recomendando á los enfermos se guarden de los malos médicos como del mas peligroso de todos los venenos. Véase la nota *D* del *Apéndice*.

traño que muera alguno que otro enfermo por aquellas mismas causas? ¿Por ventura el médico no es hombre como los demas, y sujeto, por ende, á todas las flaquezas humanas? Que por la ignorancia, descuido ó error de diagnóstico de un médico, sucumba uno ó mas enfermos, de cuya enfermedad triunfara otro por su saber y experiencia, no se sigue de aquí que el facultativo lo haya muerto, sinó la enfermedad, en último caso, rigurosamente hablando.

Se nos objetará, fundados en el texto sagrado: *quod non servasti dum potuisti illum oxidisti*, que la responsabilidad moral recae siempre sobre el médico; más tamaña responsabilidad no podrá jamás constituir un crímen, por haber ignorancia invencible: es decir, por faltar la intencion, el hecho deliberado de perpetrarlo. No se les aplique, pues, ni en este caso, ni en ningun otro, el deshonroso epíteto de *matasanos*, porque á nadie *matan*, ni á *sanos* ni á enfermos; ni se les llame *asesinos tolerados*, ni *verdugos de la humanidad*, ni otros infamantes dicterios que solamente la ingratitud y la estupidez, únicamente la estupidez y la ingratitud han inventado. Sabida es la digna y oportuna respuesta que el célebre Larrey, primer médico de Napoleon *el Grande*, dió á ese *Gran* verdugo de la humanidad, al preguntarle sarcásticamente, cuanta gente habia mandado para el otro mundo. "Señor, le contestó, si he de hablar con franqueza, *un* millon ménos que vuestra magestad." (1)

[1] Véase la nota E del *Apéndice*.



IV.

Que la medicina está atrasada, que es oscura, falible, y que carece de principios fijos y ciertos. Tanto valdria pretender el que Dios nos hubiese hecho inmortales ó que proclamara papas á todos los médicos para que fueran infalibles (1) los dotára del dón de la *presciencia* ó del atributo de la ciencia *divina*, ó siquiera de la *infusa*, ó al menos de la *media*, ó cuando no fuera mas que del conocimiento de la *predestinacion*, ó, en fin, que todos fueran *espiritados*, ó como se les llama hoy dia, *espiritistas*, ciencia que ha llegado en nuestra época á un grado *increible*, estupendo, estuporoso, maravilloso, prodigioso y demás *osos*, que poseen la nueva ciencia de Allen-Kardeck.

Por otra parte, esas ciencias llamadas exactas, ¿no están sujetas tambien á mil inexactitudes, á mil errores? Las mismas matemáticas, ¿qué otra cosa son

(1) Al parecer, no todos los papas han poseido en todos tiem-

mas que un amasijo, un caos, un maremagmum de confusiones, dudas, errores, equivocaciones y engaños sin cuento? Preguntad al matemático mas experimentado, al astrónomo mas consumado, al piloto mas esperto, á los mismos Newton, Arago y Palinuro (1) si nunca han padecido error en sus cálculos, operaciones y estimas. El tan popular "salvo error ú omision," de los dependientes de comercio, puesto al pié de sus operaciones aritméticas, ¿qué es mas que una evasiva, una disculpa en caso de equivocacion, debida solo á la falibilidad de la ciencia exacta por exelencia?

Recordamos que, cuando estudiantes, nuestro catedrático de matemáticas nos hacia copiar un mismo problema, que teníamos que presentar resuelto al otro dia. Pues bien, de los cincuenta y tantos problemas la mitad venian equivocados. Plantéese una regla de tres, á tres diferentes que no estén muy versados en la ciencia de los números, y cada uno de los tres, ensartará tres mil barbarismos. Plantéese á otros varios un problema de cálculo diferencial ó infinitesimal, y sus diferencias han de ser infinitas. ¡Y se exije de los médicos que reunidos en junta han de estar siempre completamente de acuerdo, en cuanto á las causas, diagnóstico, pronóstico y tratamiento de una enfermedad, tal vez oscura, dudosa,

---

pos el dón ó atributo de la *infalibilidad* [imposibilidad de engañarse ni ser engañado]; pues si hemos de dar crédito á la historia, la trágica muerte de Alejandro VI, fué debida al engaño ó equivocacion terrible, de haber trocado ó cambiado un criado la botella de vino emponzoñado que reservaba aquel pontífice, para deshacerse de un rival.

(1) Famoso piloto que dirigía la nave donde iba embarcado el pio Eneas.

inextricable, so pena de caerles un baldon de ignominia, y que el ridículo, la sátira y el sarcasmo de la crítica, se ceben en ellos de una manera tan injusta como cruel!..

Aquí sí vendrian bien aquellos versos finales de cierta poesía:

"¿Me presta usted, seor Agudo,
la parte ancha de su embudo?"

Esas dolorosas relaciones de horribles catástrofes que de cuando en cuando estremecen á la humanidad y con tanta frecuencia leemos en los periódicos, del Norte América sobre todo, de incendios y de conflagraciones, de hundimientos de edificios; de buques, de minas y de puentes, ó de explosiones y descarrilamientos, á pesar de estar basadas sus construcciones en principios fijos y exactos, con sus correspondientes teorias y teoremas, líneas, círculos, ángulos y triángulos, niveles y plomadas, ¿no son otras tantas pruebas terribles y palpables de la falacia é inexactitud de las mismas?

Se nos dirá, por supuesto, de momento, que la ciencia es infalible, (1) que nada, absolutamente na-

(1) El filósofo sensualista Hobbes, debió más su celebridad á su obra de *Contra Geómetras*, en la que manifiesta claramente la falacia é inexactitud de las matemáticas. El mismo Balmes, con ser un gran matemático, se espresa en los siguientes términos acerca de las mismas: "No participo yo del mal humor de Hobbes, contra las matemáticas, entusiasta como soy de sus adelantos...... ¿quién de los versados en ellas ignora que, avanzando en sus teorias, se encuentran ciertos puntos donde el entendimiento tropieza con una sombra, donde á pesar de tener á la vista la demostracion, se halla como fluctuante, sintiendo un no sé qué de incertidumbre, despues de haber andado largo trecho á *oscuras* por un camino cubierto?" etc. (*Protestantismo*, t. I, cap. 6.)

da tiene que ver con la impericia, imprevision, descuido ó negligencia de sus constructores, encargados ó directores: que en una obra construida *secundum artes et regulas*, y cuidadosamente vigilada ó reconocida, nunca podrán tener lugar aquellas sangrientas escenas, que siembran el luto y la desolacion en centenares de familias; y que dos y dos siempre serán cuatro: salvo que se presente inesperada é impensadamente, una poderosa causa de destruccion, como un cañon Krupp, un furioso huracan, un incendio, una grieta ó falla en la caldera del vapor ó en la barra del puente, por la mala calidad del hierro ú otro material; un arrecife ó un escollo oculto é ignorado, ó por último, que el aritmético no ponga un 5 en vez del 4.

Pues bien; esto mismo es lo que pasa en medicina. Y para mayor claridad, exactitud é inteligencia, establezcamos un parangon entre el médico y el ingeniero, náutico, general etc., y pongamos un ejemplo comparativo y demostrativo.

En el primer caso, el encargado de la obra, despues de trazar su correspondiente plano, regla en mano y compas en ristre, examinará y reconocerá atentamente el estado del terreno y materiales de construccion para que no haya una segunda edicion de las obras de la plaza de Tacon, y en seguida pondrá manos á la obra, contando con la inteligencia de sus operarios, y cifrando su buen éxito en sus cálculos matemáticos, en las leyes de la mecánica, de la dinámica y de la hidrodinámica, y en las reglas y teoremas de la geometria y de la trigonometria. Mas, como no ha contado con la huéspeda, es decir, con la metereología, ni con la artillería del enemigo, en

caso de guerra, ni con la calorimetria, ni con los temblores de tierra, ni con otras poderosas causas de destruccion análogas é imprevistas, sucederá lo que es fácil de adivinar. Se aparece de improviso un desbordamiento estraordinario, impetuoso; préndese fuego al edificio á medio hacer, ó se desencadena un furioso *ciclon*, y....

"Buenas noches señor don Simon,"

se queda cantando el estupefacto director de la obra, viendo fallidos sus cálculos, teorias y teoremas, defraudadas sus esperanzas, y por tierra, ó por los aires convertidos en humo, sus grandes é infalibles principios ó leyes de Arquímedes, Galileo, Bacon, Newton Vignola y demás antorchas de la física, de las matemáticas y de la arquitectura.

Igual percance ó contratiempo les podrá acontecer al marino mas esperto y práctico, al general mas táctico y estratégico; si el primero no halla indicado en su derrotero, cartas ó mapas marítimas un voraz Caribdis ó un engullidor Maelstroom, ó un peligroso Scila, ó un destructor Vanicoro, que se trague al buque con toda la tripulacion y capitan que le guia; ó bien estalle la caldera á bordo, ó un devastador incendio que den lugar á inolvidables tragedias y tristes escenas, como las acaecidas en las fragatas *Medusa* y *Astrolabio*, y vapores *Evening*, *Méjico* y *Gijon* *guia*; y si el segundo no ha previsto en su plan de batalla una repentina aparicion de un Blucher, que con sus ochenta mil soldados de refresco, le haga esclamar como al vencido de Waterloo: "Todo está perdido; es preciso retirarse"; ó como al prisionero de Pavía: "Todo se ha perdido menos el honor."





V.

Veamos ahora al médico, cuando es llamado para curar un enfermo atacado de disentería ú otra enfermedad cualquiera *curable.* (1) ¡Vedlo, como entra lo mismo en el alcázar del potentado, como en la cabaña del pobre, con su aire distinguido y desembarazado, lleno de gravedad y benevolencia, sin afectacion; afable y cortés, sin humildad; erguido y dominante; sin petulancia; inspirando la confianza y rebosando por todos sus poros la bondad, la honradez, la lealtad, la franqueza, la abnegacion y el desinteres!

Con las damas es galante,
Con enfermos placentero,
Con los ricos altanero,
Con los pobres tolerante
Con los amigos sincero.

(1) Muy luego trataremos de las *incurables.*

¡Contempladle sentado á la cabecera del lecho del dolor, abarcando con mirada penetrante, casi siempre certera, el estado mas ó ménos grave del doliente, sin que ni éste ni los deudos logren escudriñar lo mas mínimo, al clavar sus inquietos ojos en su semblante sereno é impasible, ni notar la mas leve alteracion en él, como interrogando la gravedad de la dolencia! ¡Observadle con que agrado y cariño dirije palabras de consuelo y esperanza al enfermo, que muchas veces le contesta con otras bruscas y desapacibles tal vez atacado del *esplin!* ¡Consideradle, en fin, con qué paciencia escucha sus interminables y prolijas narraciones! Que la paciencia y la caridad suelen ser sus dos mas sobresalientes virtudes, como tendremos ocasion de observar mas adelante.

Pues bien; conocida ya la enfermedad, traza como el arquitecto ó el general, su plano ó plan de ataque, ó llámese *curativo*: y desde entónces, se entabla la lucha entre el médico y la enfermedad; entre la vida y la muerte; pero no "dando palos de ciego, que si te acierto te adivino, que la tierra todo lo cubre," como pretenden algunos imbéciles que quieren pasar por graciosos; sinó escojitando los medios mas adecuados para salir airoso de su empeño. Como el ingeniero, examina atentamente el estado de la enfermedad, emplea los remedios oportunos que la ciencia le inspira, contando igualmente con asistentes ó enfermeros inteligentes, y cifrando tambien su buen éxito, no en la suerte ó casualidad, sinó en sus cálculos exactos, calcados en los síntomas, fruto de sus largos estudios y experiencia; en los escritos de recomendables autores; en las doctrinas de sabios y experimentados maestros; y sobre todo, en la obser-

vacion de los *fenómenos patológicos*, como dicen los hombres del arte, y que con mas ó menos rapidez va cambatiendo con el mas lisonjero éxito, confiando salir triunfante en la lucha.

Como, empero, tampoco ha contado con una imprudencia del enfermo, ó de los asistentes, ó con una equivocacion de los mismos, ó del boticario (que todo cabe en lo posible,) ó con otras causas ó concausas ó complicaciones mortíferas é inesperadas, podrá suceder, que una aguda pulmonía ó una intensa *gastro-enteritis*, ó una hemorragia interna, den al traste con todos sus cálculos y previsiones; con todos los Aforismos y Pronósticos de Hipócrates; con los Lugares Paralelos de Celso, y con todas las Máximas y Sentencias de Stoll, Galeno, Boerahave y demás lumbreras de la medicina.

Se nos dirá, tal vez, que esos ejemplos y comparaciones son extemporáneas y absurdas, y que no guardan la menor relacion ni analogía entre sí, por la poderosa razon de que, aquellas grandes catástrofes y siniestros que sobrevienen de cuando en cuando para desgracia de la humanidad, son superiores á toda prevision y esfuerzo humano, que á ningun mortal le es dado evitar ni prevenir, y que nada tienen que ver con la ciencia, como podrá algun dia aparecerse el juicio final. Es cierto; pero no lo es menos, el que nuestro abuelo contaria hoy dia mas de ciento cincuenta años si no le hubiera sobrevenido la muerte. Otro accidente que nadie puede evitar. A esto contestarán, por último, que el hombre, como todo sér viviente, es mortal; que la muerte es un fenómeno natural, inevitable, y previsto por todo el mundo; mientras que la Esfinge y las Pirámides de

Egipto; (1) los templos de Osiris y de Amada, cuya antigüedad data de mas de tres mil quinientos años; la torre de Hércules, en Galicia; las torres de los Escipiones y *dem Barra* (2) en Cataluña; el arco y columna de Trajano y otros monumentos colosales de los antiguos, han desafiado por millares de años, la mano destructora del tiempo. Pero, en último caso, esto no pobrará mas sino que el granito y el cimiento romano son mas fuertes y resistentes que el hombre; y que sentaron una gran verdad los naturalistas cuando dijeron: "los minerales crecen, pero no mueren; los vegetales crecen y viven, pero mueren; los animales crecen, viven y sienten, pero mueren tambien; el hombre, empero, crece, vive, siente, raciocina, inventa y perfecciona los inventos, *inventa perficiat*, pero muere igualmente." (3)

Hemos dejado, *exprofeso*, como última objecion, la *incurabilidad* de ciertas afecciones, por ser la mas vulnerable y trascendental.

---

(1) El padre de la Historia, Herodoto, fija la época de la construccion de esta maravilla, á mas de 3,500 años antes de nuestra Era cristiana. Diodoro de Sícula opina lo mismo.

[2] En derredor de cuya torre ó castillo, llamado «Castell veill,» se formó el antiquísimo pueblo de Torredembarra, que hoy dia es una gran villa, y en el que existe aun la antigua casa solariega de los «Fontanilles,» medio arruinada. [*Cadenque que sunt in honore.*)

(3) El inmortal Linneo, formuló, con su elegante y aforístico lenguage, las principales diferencias de los tres reinos, *animal, vegtal* y *mineral*, y que han reproducido posteriormente, casi todos los autores de Historia natural. Hé aquí las palabras testuales del gran naturalista sueco: *Mineralia crescunt; vegetábilia crescunt, et vivunt; animalia crescunt, vivunt et sentiunt; homines vero, crescunt, vivunt, sentiunt, ratiocimentur, inventunt, et invento perfitiunt* (*De Systema naturœ.*)

Confesamos la ventaja que en este terreno llevan á la medicina todas las demás artes, ciencias y profesiones. Pero, para el hombre de recto criterio, para el filósofo, para todo hombre pensador que medite sobre las cosas y profundiza las cuestiones, quizá no será tan desesperado el caso, como lo son las enfermedades incurables. Razonemos, pues, un poco sobre él: mas como no seamos filósofos, ni mucho ménos, acudamos á la religion y á la luz de la razon, que tal vez nos alarguen una mano protectora que nos saque del atolladero.

Haremos observar que Dios, en sus inescrutables designios, ha permitido que muchas cosas quedáran cubiertas con un denso velo, que el intentar levantarlo, no prueba mas que nuestra impotente ignorancia, y que en materias religiosas, "es abrir la puerta á todas las blasfemias, á todos los errores, incluso el ateismo, y arrojarse en un abismo sin fondo ni ribera para siempre," segun observa San Cirilo. (1) ¿Quién es capaz de esplicarnos en qué consiste la vida? ¿Porqué cesa con la muerte?.... La ciencia no conoce sinó que la máquina humana es un admirable conjunto de maquinaria, formada de diferentes aparatos que todos funcionan, en estado de salud, con una regularidad y órden portentosos, visibles especialmente para los médicos, y que constituyen una verdadera maravilla, cuya estructura y armonía nos manifiesta una prueba palpable de la existencia de un Supremo Artífice, como dice el sabio Virey, (2) ó como quiere el profundo Balmes, honra del nom-

---

[1] Véanse las *Homilias* del Padre Ventura.—1855.
[2] *Historia natural del género humano.*

bre catalan, la sola estructura ó conformacion del ojo, basta para demostrar su existencia. (1)

A pesar, pues, de ser el cuerpo humano de una organizacion tan perfecta, no ha permitido ni ha tenido á bien su Gran Autor, en sus insondables misterios, el que, un órgano averiado, maltrecho ó desorganizado, pueda ser reemplazado ó sustituido por otro sano, ni susceptible muchas veces de composicion ó remiendo, como puede ejecutar el artífice con las otras máquinas é instrumentos del arte de Vulcano, de Losada y otras. Ahora bien; si esto último constituye ó prueba un adelanto, una gran ventaja ó una mayor perfeccion en el arte, tendremos que convenir, creer á ojos cerrados y confesar paladinamente, que un simple zapatero de viejo ó remendon, posee un arte que está mucho más adelantado que el de Hipócrates, pues que él sabe remendar un par de zapatos viejos é inservibles, dejándolos como nuevos, quitando las partes podridas y sustituyéndolas por otras nuevas; y por consecuencia precisa, su ciencia sobrepuja y supera á la del médico. Un Bosuet, un Dupuytren, en este caso, serán niños de teta, unos pigmeos, al lado de un Mr. Pipelet. (2) Y de consecuencia en consecuencia vendremos á parar; que la teología, la astronomía, la física, la química y la medicina, son ciencias que valen poco menos que el remiendo de un botin, sin que lleguen á la vieja chancleta de un aprendiz de zapatero. Pues la primera no sabe explicar ni comprender el misterio de la Concepcion ni el de la Trinidad; la segunda, ignora si hay ha-

(1) Véase la *Estética* en su *Filosofía elemental.*

[2] Portero y zapatero de viejo en los *Misterios de Paris.*

bitantes en la luna ó la conformacion del sol; la tercera, la de las auroras boreales ó de los aereolitos; la cuarta, la existencia de un contraveneno ó antídoto; y por último, la medicina, carece del conocimiento para la composicion del estómago, corroido por un veneno cáustico. Y aquí nos acude la reflexion que un zapatero muy conocido le hizo á cierto médico: "Confiese que *no sabe cortar* una calentura." El buen hombre creia de buena fé, sin duda, que se trataba de un cuero, ó badana, y no de una fiebre tifoidea! Hé aquí otra prueba más de la insuficiencia é inutilidad de la medicina, y de la supina ignorancia del médico, sguiendo aquel principio sofístico.

Examinemos ahora lo que sucederia si, invirtiendo el órden de la naturaleza, fuera posible que el médico devolviera la salud y la vida á todos los enfermos. La razon salta á la vista del mas topo; la consecuencia inevitable seria que deberíamos morir todos de vejez: y como de muerte senil muere uno de cada diez mil (y nos quedamos cortos), claro está que no cabríamos en el mundo, y por necesidad, por ley precisa, nos habíamos de volver antropófagos: la escasez de alimento, el hambre consiguiente, haria que nos devoráramos unos á otros. ¡Qué espectaculo ver á las madres devorando á sus tiernos hijos! Nuevos Saturnos, nada tendrian que envidiar de nosotros los feroces caníbales de la Australia y de la Nueva Guinea. Esto no son suposiciones mas ó ménos fundadas, ni hipótesis basadas en el cálculo de las probabilidades; sino pura y netamente "habas contadas" como dice el vulgo. (1)

---

(1) Segun el sabio investigador Hufeland, «la muerte ántes

Y así como el Supremo Hacedor formó el reino animal para reprimir la escesiva abundancia del vegetal, fueron tambien creadas las especies carniceras para cercenar las demás especies que no podria sustentar la tierra; del mismo modo, esa inmensa mole de agua que cubre las tres cuartas partes de su superficie, no alcanzaria para contener á todos sus habitantes si la sabia y previsora mano de la Providencia no hubiera puesto un dique á su prodigiosa fecundidad, con su insaciable voracidad, alimentándose los peces grandes de los pequeños, completando el hombre esa obra de incesante destruccion. (1)

¡Admiremos una y otra vez la sabiduría infinita de un Sér Omnipotente, principio y fin de todas las cosas, como nos enseña la Doctrina cristiana!

¡Todo se halla admirablemente dispuesto en el sistema de la creacion! Sus maravillas han hecho exclamar al Santo Profeta:

"En cada cosa que Dios ha criado,
Admiro la disposicion maravillosa
Con que todo lo ha hecho y ordenado." (2)

Espuestas estas aclaraciones ó demostraciones preliminares, saquemos la legítima deduccion. No está en la mano del médico el evitar que la primera voz del niño, cuando nace, sea el llanto, señal

---

de la edad de 100 años, es casi siempre *artificial*; es decir, que es resultado de enfermedades ó de acontecimientos fortuitos. Luego es cierto, que casi todos los hombres perecen de muerte accidental: de suerte que, apenas se encuentra *uno de cada diez mil* que llegue á la edad de 100 *años*...... Sobre 100 individuos que nacen, mueren la mitad ante de los 10 años; y solo *seis* pasan de los 60.» (Véase su *Macrobiótica* ó Arte de prolongar la vida.)

1 Véase la nota F del *Apéndice*.

2 David, *Salmo* 103.

precursora de los sufrimientos que le aguardan mas adelante; ni que la naturaleza no lo haya escudado, al nacer, de doble coraza, como á la tortuga. No está tampoco en su mano el que la madre lo para sin dolor, *paries filius cum dolore*, ó no pueda parirlo; ni que el cuerpo humano se transforme en caja de Pandora; ni tiene él la culpa de que nuestros primeros padres catáran la fruta del árbol prohibido del bien, para que en pos de éste invadieran las enfermedades y la muerte á sus hijos. Ni tampoco si gran número de enfermedades fáciles de curar en el principio, acaban por volverse incurables, debido á graves complicaciones ulteriores. al abandono, descuido, falta de medios ú otras causas; ni menos si al Gran Hacedor del mundo, le plugo incluir la mortalidad de algunas enfermedades, entre las sabias leyes que rigen al universo; así como tambien las guerras, epidemias y la incesante destruccion de los séres vivientes que pueblan la tierra, como hemos expuesto ya ántes. Concluyamos esta objecion, exclamando con el Profeta:

¡Quam incomprehensibilia sunt, Domine, judicia tua!

Queda, pues, sentado y probado que en el terreno de los hechos, la medicina, como todas las demas artes, ciencias y profesiones, inclusas las matemáticas, es susceptible de error y sujeta á mil percances y contratiempos, como tambien la frecuente mortandad de enfermos, á una de las grandes y sabias leyes que rigen el universo. Y que no es de razon, de derecho y de justicia, el pretender que los médicos curen á todos sus enfermos y que sean infalibles en

el desempeño de su difícil y sagrado ministerio. *Fiat justitia, et pœreat mundus.* (1)



[1] «No es posible, dice el grande Hipócrates, devolver la salud á todos los enfermos: pues si esto se pudiera conseguir valdria mas que saber pronosticar lo venidero.» *Omnes languidos sanare, imposibile est. (De Pronóst.)*



VI.

Dijimos ántes y repetimos ahora, que un buen médico, es el sér mas útil de la creacion, y el mayor favor que la Providencia puede otorgar á la humanidad. Probaremos con datos inconcusos y exactos, y con razones claras y evidentes la verdad de nuestro aserto, que podríamos llamar axioma ó sentencia, y que para los profanos en el arte, parecerá asaz pretenciosa, arrogante y jactanciosa.

Es bien sabido que la utilidad de una cosa, está en razon directa de los beneficios que reporta. Así que, en zoología, el buey, el caballo, el mulo, el asno, el camello, el elefante, el carnero, el gusano de la seda, etc., son los animales considerados como mas útiles al hombre, en razon á los inmensos beneficios que reporta de ellos. Así, tambien, en el reino vejetal, el tabaco, la caña de azúcar, el maíz, el trigo, el arroz, la uva, etc., los contamos en botánica, como los productos vegetales de mas utilidad, por las mis-

mas condiciones y circunstancias. Del propio modo, en el mineral, el oro, la plata, el cobre, el hierro, el plomo, etc., se hallan incluidos en los metales mas útiles, por el trascendental beneficio é incalculable provecho que reporta de ellos el hombre en particular, y las artes, industria y comercio en general, hasta en ese lamentable estado de barbárie que llamamos *guerra*, verdadero antítesis de la medicina, y la plaga mas funesta y frecuente que aflige á todos los pueblos antiguos y modernos, desde la mas remota antigüedad hasta nuestros dias. Que,

"Las dos mayores plagas de la tierra,
Que afligen á los míseros mortales,
Son sin duda los *pleitos* y la guerra,"

como dice quien debe saberlo por experiencia. (1)

Concretándonos ahora á la antropología, observaremos igualmente que entre los mil millones de hombres que pueblan el globo, los hay de reconocido mérito y dignos de las mayores consideraciones y aprecio por parte de los demás, por los grandes é incalculables beneficios que la sociedad reporta de ellos, ora por sus talentos, ora por su saber ó valor, ya por sus virtudes cívicas, ya por sus sacrificios, filantropía etc., etc. Ahora bien; siendo la salud y la vida los dos mas grandes é inefables dónes que Dios otorga á los mortales, como hemos sentado ántes, claro es

---

[1] Dice el refran: "mas vale mala avenencia que buena sentencia." Lo que indica que es mas prudente y conveniente transigir en asuntos litigiosos, aunque algo se pierda, que exponerse á perderlo todo ó arruinarse pleiteando, aunque se tenga razon y justicia; que los pleitos mas sencillos acaban con la paciencia y el bolsillo de las partes.

que los hombres que con sus conocimientos se dedican á conservarlos y á devolver aquella cuando se ha perdido, han de ser, en consecuencia, los séres mas útiles de la creacion. ¡Faros ó astros resplandecientes, que con sus benéficos destellos guian á puerto de salvacion la gran nave de la humanidad doliente! ¡Verdaderos astros inestinguibles que iluminan el mundo de nuestras miserias! *Inextinguibile est lumen illius*, como dice el Libro de la Sabiduría.

El mismo Rousseau, á pesar de haber sido uno de los mayores detractores de los médicos, reconoció con el tiempo la certeza de nuestras apreciaciones y la verdad de lo espuesto, cuando en una de sus últimas obras estampó las siguientes frases: "Estoy desengañado; y si alguna vez volviera á escribir sobre los médicos, les haria justicia, probando que son *los hombres mas útiles y necesarios.*" (Oliva *Ibid.*)

¡La salud! palabra mágica que daria lugar á un mundo de reflexiones, si fuéramos á comentarla. Bién el mas apreciable de la vida, y que cuando llega á perderse. . . .se pierde todo. Adios riquezas, honores y gloria; adios juventud, dicha y placeres; adios felicidad; adios todo. El hombre que la ha perdido, solo se preocupa de una cosa: de recuperarla. Unico pensamiento que le embarga, que le agita, que le domina, conmueve y aflige, y hace se tenga por el mas desgraciado de los hombres. ¡La salud! bienestar inestimable y cuyo inmenso, incalculable valor no conocemos ni estimamos hasta que la hemos perdido. En efecto,

"¿De qué sirven los bienes de la vida,
Sin recobrarse la salud perdida?"

Con razon, pues, se ha considerado siempre la salud, como la mayor felicidad del hombre. No existe, como creen algunos ambiciosos, en las riquezas, en la gloria y en los honores. La verdadera felicidad la constituye el trabajo, sí, el trabajo, acompañado de una salud perfecta. Hemos leido, no recordamos donde ni cuando, que no hay goce en el mundo comparado á la satisfaccion que esperimenta el convaleciente despues que ha salido de una grave enfermedad. Todas las madres que han visto á sus hijos al borde del sepulcro, comprenderán esta satisfaccion al verlos ya fuera de peligro. Y, ¿no es debido al médico tan inmenso beneficio, muchas veces prodigado de balde? ¿Y habrá quien se escandalíce de que le llamemos el gran bienechor de la humanidad, por antonomasia; el sér mas útil por escelencia? Aunque no le sea posible devolver siempre aquel inefable dón, aquella inestimable dicha, aquella suprema felicidad, por las razones espuestas ántes, cábele, al ménos, al infelíz paciente el consuelo de que le alivia sus males, mitiga sus dolores, calma sus sufrimientos, contribuyendo así á hacer mas llevadera y soportable su aflictiva situacion. Del mal el ménos. Ya que no le sea posible ser el *salus infirmorum*, será al ménos su *consolatrix aflictorum*.

Como demostramos ya, aquella preeminencia, primacía ó superioridad sobre todos los hombres, no la consigue el médico sinó á costa de penosos sacrificios. Con efecto, si consideramos que los médicos pasan toda su vida en un contínuo trato con el dolor y la muerte; entre lágrimas y suspiros; entre la hediondez y el contagio de ciertas enfermedades unas veces; entre repugnantes autopsias y peligrosas

disecciones otras; soportando con estóica calma y resignacion una lucha incesante contra las privaciones, las inclemencias del tiempo, singularmente los que ejercen en el campo; con las exigencias de los hombres, los abusos de las autoridades y las ingratitudes é inconsecuencias de los enfermos; nadie podrá menos de considerarlos dignos de alcanzar la palma del sufrimiento, de que nos habla el célebre Delavigne:

"*La vie cet un combat, dont le palme est aux cieux.*"

Pensamiento magnífico, felizmente ocomodado en un solo verso, tanto mas admirable, cuanto que nos demuestra, al propio tiempo, el premio reservado á esos generosos atletas de la humanidad.

A tan sublimes sacrificios, llevados á cabo con una abnegacion sin límites, en pró de la facultad, hemos de agregar la beneficencia, la caridad, la filantropía y el desprendimiento, practicados en alto grado, y en mayor escala, que todas las demas artes, ciencias y profesiones, cuya verdad no podrán negar los mas rígidos Aristarcos, ni sus mas furibundos detractores.

Díganlo los innumerables pobres enfermos, que además son enfermos pobres, de que se ven asediados constantemente los médicos, y que:

Sumidos en la indigencia
Hállanse desamparados,
De los hombres despreciados,
Maldiciendo su existencia,

que la pobreza es una especie de lepra, y que solo para los médicos guardan sus lágrimas y lamentos; único modo con que pueden retribuir sus penosos

servicios, que será muy bueno, no hay duda, pero que, como las bendiciones, no engorda á nadie.

Esa reminiscencia de nuestra religion, nos sugiere un dato notable, que aunque para muchos pasa desapercibido y para otros parecerá pueril, corrobora lo que venimos diciendo. Nótese que, a pesar de la fama de *irreligiosidad* que pesa sobre los médicos (y que será mas ó menos fundada, segun se examine) (1) nadie posee en grado tan eminente las virtudes cristianas, ni observa tan fielmente los preceptos del catecismo. Los siete mandamientos del decálogo, que pertenecen al provecho del prójimo; el último de los mandamientos de la Iglesia, ó sea el matrimonio; las tres primeras obras de misericordia corporales, como son: el visitar los enfermos (pues pasan su vida no haciendo otra cosa); dar de comer al hambriento y de beber al sediento (que practica todos los dias con los enfermos y convalecientes); la cuarta, quinta y sexta de las espirituales, esto es; el

[1] Conocido es el antiguo: *ubi tres médici, duo athœi.* Se ha pretendido que los médicos duplicarian y aun triplicarian esa elevada y saludable influencia que ejercen en la sociedad, con sus luces, con su ciencia, con sus beneficios, con su abnegacion, si se dedicáran mas á las prácticas religiosas. (Debreyne). Sin embargo, á pesar de aquel calumnioso adagio, puede asegurarse que en el estado actual de nuestras costumbres, civilizacion é ilustracion, los médicos ateos son muy raros.(Bossuet). Por otra parte, opónese á ello el honor de su facultad, y la santidad de su sagrado ministerio. Otra cosa es la incredulidad, el escepticismo y el materialismo. Los que en nuestros tiempos han sido decididamente materialistas, tales, como Cabanis, Barthez, Georget, el célebre Broussais y otros menos conocidos, no han sido jamás ateos. Raros son ahora los Suñer y Capdevila, los Lametrie y los Servet, porque no encontrarian un patrono y un apoyo en un Federico ó en un Castelar.

perdon de las injurias, consolar al triste y sufrir con paciencia las flaquezas de nuestro prójimo; las tres virtudes teologales; fé, esperanza y caridad; la primera y tercera de las cardinales; prudencia y fortaleza; la mayor parte de los dónes del Espíritu-Santo; como son: caridad, paz, paciencia, benignidad, bondad, mansedumbre, etc. No perderemos el tiempo ni cansaremos al lector con entretenernos en probar tan triviales verdades, que están al alcance de todo el mundo; pero sí creemos de nuestro deber, hacer hincapié y entrar en algunas consideraciones ó comentarios, por lo que atañe á la última de las virtudes teologales, ó sea la *caridad*, y á la cuarta de las citadas obras de misericordia, cual es la de "perdonar las injurias."

Desde ahora, arrojamos el guante á todas las clases de la sociedad, colectiva é individualmente, inclusos los reverendos ministros del altar, con ser los representantes de Dios, y los que con mayor fervor y constancia siguen las máximas y doctrinas de su divina moral, para que nos prueben que hay en el mundo, quienes aventajan al médico en la práctica de aquellas dos virtudes, tan nobles, morales y religiosas á la par. Concretémonos ahora á la primera: mas adelante tendremos ocasion de explanar la segunda.





VII.

La *Caridad!*.... palabra admirable, fórmula sublime que resume toda la moral, todo el cristianismo, que resume al mismo Dios. *Deus charitas est.* Sin la caridad, solo hay egoismo é individualismo: allí acaba la filantropía, ese amor que nos hace querer los unos á otros como hermanos. Es el vínculo de la perfeccion social; *vinculum perfectionis*, como la llama el Apóstol. Pero, ¡cuánto no dista la humilde, la ignorada caridad del médico, que casi siempre pasa desapercibida, con la fria y ostentosa del poderoso, y hasta del mismo sacerdote! No basta, no, que el rico haga una limosna al pobre, ó que salga fiador de una ó mas visitas médicas, de una ó mas recetas, ó con el regalo de un par de gallinas. La caridad tiene campo mas vasto donde ejercerse; de lo contrario, no es caridad. Tampoco la caridad bien entendida ha de empezar por uno mismo, como creen los egoistas,

sinó que consiste en practicarla en grande escala, como la practican todos los médicos del mundo, donde quiera que haya desgraciados que consolar y lágrimas que enjugar, principalmente los que se hallan establecidos en los campos, donde no existen hospitales, ni casas de salud, ni otros albergues ni asilos de beneficencia; y lo que es mucho mas meritorio, siguiendo la máxima del Redentor: "que no sepa tu mano izquierda el bien que hace la derecha."

Aunque poco amigos de copiar, y mucho menos de plagiar, por temor de que alguna "Mala Sombra" (1) nos persiga y acose cual sangrienta y amenazadora fantasma, no podemos ménos de trascribir aquí las siguientes palabras del Dr. Mata, que tendrán mucha mas fuerza que las nuestras. Oigámosle pues:

"Esa numerosa clase (numerosísima, podria decir) de pobres indigentes y míseros jornaleros que solo comen el dia que trabajan, teniendo que entregarse cuando enferman, en brazos de la beneficencia pública, (donde hay hospitales, se entiende;) esta clase no puede ser jamás objeto de tasacion alguna. A estos infelices hay que asistirlos *gratis (et amore* además); son pobres de solemnidad (no tal, pues que viven de su trabajo, no de limosna); y ecsigirles en recompensa de nuestros servicios otra cosa que gratitud y afeccion, (que pocas veces se consigue), es desconocer de todo punto la caridad y la filantropía. Para honra y gloria de la facultad, los profesores ya están penetrados de esta verdad; juran

(1) Redactor ó colaborador del Semanario crítico-festivo *La Sombra*, que se publica en la capital, quien anda á caza continuamente, de los plagiarios, poetastros y demás *escribidores*

al recibir sus sagradas investiduras (juraban antiguamente) asistir de balde á esos pobres, (una rebaja solo, previene el arancel); y á la verdad, bajo ese punto de vista, *no hay nadie que ejerza prácticamente tanta limosna y tanta caridad como los médicos.* Hay otra clase de pobres que sin parecerlo lo son, y quizás mas todavia. No siempre está la miseria en un rincon de la boardilla, ni en los barrios mas apartados de las poblaciones; no siempre se revela al través de trajes raidos y de harapos. Muchas veces encuentra el médico familias decentes, en otro tiempo acomodadas, y que llegan á veces á carecer de los últimos recursos. Y sin embargo, la posicion que ocupan, sus relaciones, hábitos adquiridos durante circunstancias mas prósperas, cuando no el amor propio y la vanidad, tan poderosa en tales casos; la necesidad de aparentar que no se carece de nada; el orgullo; la conviccion, en fin, tan cruel y amarga como cierta, de que el dia en que el público, los amigos y parientes tengan noticia de tal miseria se acabarán los miramientos, y, las amistades.... (1) Recomiendo á los médicos estas indicaciones de la mayor importancia. Esos pobres son mas dignos de compasion porque hay en ellos mas razones de sufrimientos; la esfera de su sensibilidad es mayor, y las impresiones son tambien mas profundas. Quien ha gozado de una buena posicion en la sociedad, se resigna muy difícilmente á descender y á pasar por las privaciones de la indigencia. El amor propio,

(1) *Donec eris felix multos numerabis amicos;*
Tempora si fuerint nubila, solus eris.

Este dístico atribuido á Caton, es de Ovidio, en el libro 1º de los *Tristes*, elegía 6.

resto de la antigua fortuna, mas vidrioso en la desdicha, necesita de muchísimas atenciones. y no solo hay que ser generosos con esas familias, sino saberlo ser sin ofenderlas ni humillarlas." (1)

Siendo los anteriores párrafos la espresion de la verdad, creemos no ha de haber nadie tan osado que se atreva á recojer el guante arrojado; y si así fuese, léjos de perder el tiempo en réplicas y controversias, apelaríamos al fallo del público imparcial, sensato é ilustrado. Y aun cuando fuese una verdad (que no lo es) la suposicion gratuita de que la caridad es obligatoria en el médico, esta creencia tan vulgar como destituida de fundamento, y de la que nos ocuparemos mas adelante, no haria mas que robustecer la aseveracion asentada anteriormente, que iremos desenvolviendo y ampliando lo mejor ó peor que sepamos.

Mientras escribimos estos renglones, viene á ahorrarnos muchas cavilaciones y á ilustrar no poco la cuestion, el *Diario de la Marina* del 6 de Febrero de 1877, que acaba de llegar á nuestras manos, y cuyo artículo de fondo nos viene como llovido del cielo. Nunca mas á tiempo y con mayor oportunidad.

En efecto, al encarecer la necesidad de una Sociedad médica domiciliaria, corrobora mas y mas nuestras aseveraciones, y de cuyo luminoso artículo, no siéndonos posible trascribirlo íntegro, copiaremos testualmente sus principales párrafos, los que iremos luego parafraseando y comentando á vuela pluma, y por partes, para la mayor claridad,

(1) Tratado de *Medicina y Cirujía legal*, 3ª edic.

inteligencia y exactitud. Dice así:

....“Uno de los deberes que *se impone* el médico desde el momento que empieza á ejercer la profesion, es el de asistir gratuitamente á los necesitados, á cuya asídua práctica han debido algunos facultativos la estimacion pública de que gozan: esta generosidad, no á todos les es dado practicarla con la misma extension y de la misma manera. Además, existen muchas personas que por gozar un sueldo, siquiera sea corto, no pasan, ni pueden ser tenidas por pobres; y sin embargo, sus escasos recursos no les permiten satisfacer los honorarios que suelen pagarse por cada visita médica. Esta clase de personas tampoco puede acudir á los hospitales de caridad por la causa indicada: y aunque existen las tituladas “casas de salud,” donde con una módica retribucion mensual, se adquiere el derecho de ser asistido en ellas durante sus enfermedades, seria muy doloroso, en tan crítico estado, separarse de sus familias; y estas, á su vez, no se habian de conformar con abandonar á un padre, ó á un esposo, ó á un hijo á manos extrañas, que nunca pueden ser tan solícitas. ¿A qué medios, pues, apelar en esas circunstancias, para hallar el auxilio que necesitan, sin contraer deudas, y que no pueden satisfacer despues? Nosotros no discurrimos ninguno, á no ser mediante el establecimiento de una Sociedad de socorros sanitarios. La salud y la vida de las clases que sin ser pobres, pueden considerarse indigentes, las cuales son mas numerosas de lo que se cree, no pueden continuar en su precaria situacion actual. ¿De qué serviria que se compeliese á los médicos para que asistiesen á todas las familias escasas de

recursos, que se hallan en tan apuradas circunstancias? De poco valdria estrechar á un facultativo para que las asistiese *grátis*, si de su parte no ponia los medios oportunos para obtener la curacion. Pero en honor de los médicos, debemos decir, que esta es una clase, que atendido á lo indispensable de sus servicios, generalmente hablando, es de las que ménos abusan de su profesion, lo cual nos complacemos en hacerlo público, para satisfaccion de los mismos. Esto se comprende con solo considerar la importancia de ella y haciendo una comparacion con otras. En la Habana, hay muchos médicos *desinteresados* y *caritativos*, y en lo general son muy poco exigentes con el que no puede satisfacer sus honorarios. Si pudiera recopilarse las cuentas de asistencia médica cuyo pago está en descubierto ascendería á muchos miles de pesos. Lo que es verdad debe decirse muy alto, y *lo expresado es la realidad.*"

Hemos reproducido con alguna estension los puntos culminantes de aquel concienzudo y luminoso artículo, por dos razones: es la primera, por ser su autor profano en la ciencia, y por lo mismo imparcial, pues que no hablando *pro domo sua*, no puede hablar en causa propia. La segunda, por la índole del mismo, que se presta admirablemente á nuestro objeto. Reflexionemos, pues, un poco sobre tan trascendentales y oportunos párrafos, y espongamos la verdad, pero espresada muy alto, como dice su elocuente autor; aunque:

"Mal nos quieran las comadres
Por decirles las verdades."



VIII.

Si bien es una verdad palmaria y de todo el mundo apreciada, que uno de los deberes que *se impone* el médico es la asistencia gratuita y desinteresada de muchos infelices necesitados, no lo es ménos el que ese honroso y humanitario deber, nunca ha sido obligatorio, como creen muchos bobos de conveniencia, ni podrá serlo jamás porque seria contraproducente. Pasáron ya aquellos tiempos de despótico oscurantismo, en que se hacia jurar en hora menguada al médico, el visitar *grátis á los pobres de solemnidad*; entiéndase bien, á los pobres de solemnidad: es decir, al imposibilitado de poderse ganar la subsistencia con su trabajo personal: no simplemente al pobre ó menesteroso, que no es lo mismo. En nuestros dias, ya no se le exije al médico aquella ridícula y extemporánea formalidad, inútil

siempre bajo cualquier punto de vista que se la considere, sin duda porque nuestra legislacion mas adelantada, ha convencido á los gobiernos que semejante práctica, sobre ser degradante para el médico, era escusada. Ninguno de esos benéficos y generosos funcionarios tiene necesidad de prestar tales juramentos, ni menos verse compelido nunca para asistir á un pobre de solemnidad, y aun cuando no lo sea. Además, ¿de que serviria aquella ceremonia? Si es bueno y humano, escusada; si inhumano é interesado, escusada igualmente, á pesar de haber prestado todos los juramentos del mundo. La experiencia diaria habrá convencido á todas las autoridades y enseñado á los gobiernos, que la mision del médico no es un comercio ni ménos una grosera especulacion, sino una mision llena de caridad innegable, dejando á su conciencia el encargo del castigo, al que se haga sordo á sus gritos é insensible á las lágrimas de la desdicha, no ménos que á las bendiciones del pobre ó de una madre desolada, mucho mas provechosas, honoríficas y satisfactorias que las apostólicas.

Otra verdad, harto conocida, especialmente de los médicos, es la existencia de muchas familias de reducido haber, y mucho mas numerosas de lo que generalmente se cree, que no pasan ni pueden ser tenidas por pobres, que comen el dia que trabajan, como dice Mata, y que no trabajan aunque comen, y que sus escasos recursos no les permiten satisfacer sus honorarios al médico, y que, sin embargo, *no deben* acudir á los hospitales de caridad. El autor del mencionado artículo pregunta con la mayor candidez; á qué medios pueden apelar en tan aflictivas

circunstancias; y se contesta á sí mismo que él no discurre ninguno!.... á no ser el establecimiento de una sociedad de socorros sanitarios.

Nosotros, sin ser mas ilustrados ni perspicaces, *discurrimos* uno, muy infalible, eficaz y sencillo: el acudir al médico; y *es probado*, como diria el Bachiller Nicolas de Piamonte, natural de la ciudad de Valencia. Harto lo saben las mencionadas familias y otras muchas, sin necesidad de que nadie se lo diga. Preguntad cuantos pobres mueren al año sin asistencia médica, no donde hay hospitales y otras casas de beneficencia, sinó donde no se conocen en veinte leguas á la redonda. No faltará, quizá, quien asiendo la cuestion por los cabellos, conteste que no falta algun médico que alguna vez se haya negado; pero sobre averiguar los motivos que para ello tendria, haremos observar que nunca falta un roto para un descosido; pues como los médicos abundan por donde quiera, (afortunadamente) sucede, que cuando no quiere ó no puede ir uno, nunca falta otro que se presta, que para el caso es lo mismo.

No es solo en la Habana donde hay muchos médicos caritativos y desinteresados, que son poco exigentes en sus cobros. Tambien en las poblaciones de campo abundan, por no decir todas, y mucho menos exijentes que aquellos, por la poderosa razon de no convenirles grangearse enemigos, por hallarse á todas horas y todos los dias á la disposicion del primero que quiera vengarse, lo que no es fácil tenga lugar con los de las grandes poblaciones, mas al abrigo, tanto de dia como de noche de alguna fechoría, y mas á cubierto de los golpes de

una mano airada.

Por último, es otra verdad tambien, y muy dolorosa por cierto, que si pudieran recopilarse las cuentas de asistencia médica cuyo pago está en descubierto, ascenderia á muchos miles de pesos, solamente en la Habana. Es, en efecto una realidad, y no titubeamos en afirmarlo, sin temor de ser desmentidos, que el trabajo que mas á menudo deja de satisfacerse, con ser el mas sagrado, es el del médico. Muchas razones militan para ello, y que no son mas que un corolario de la profesion: la imperiosa necesidad que reclama lo indispensable de sus servicios; la creencia tan vulgar como errónea de que el médico tiene el deber, la obligacion, truene ó llueve, sano ó enfermo, de acudir inmediatamente á donde quiera que sea llamado, aunque nadie recompense su trabajo, por aquelio de: "mientras haya quien fíe, aunque no haya quien pague;" la humanidad y el desinteres propio de la facultad; el ocupar el médico una posicion desahogada á los ojos del público, al parecer envidiable, y que no pocas veces tiene que sostener sin poder, por decoro de la facultad, y que hace que algunos clientes ó *marchantes marchen* vía recta á su objeto, y se consuelen y ahoguen los gritos de su conciencia con hacer la siguiente reflexion: "mas falta me hace á mi que al médico que él *maneja* todos los dias;" la costumbre igualmente perniciosa, al ménos en el campo, de no abonarle sus honorarios, hasta despues de trascurrido mucho tiempo de la enfermedad, que entónces se hace muy pesado aquel desembolso, toda vez que ya pasó el peligro; pues es bien sabido que solo nos acordamos de San-

ta Bárbara cuando truena, y de San Ramon en la hora del parto, que, como dice un festivo poeta:

"Las mujeres en el parto
Invocan á San Ramon;
Mas no se acuerdan del santo
Cuando................" (1)

Por último, existe todavía otra razon, que algunos han sabido convertir en arma muy poderosa: tal es, la falta de documentos justificativos que acrediten la deuda cuando alguna vez ha llegado el caso de apelar á los tribunales, pues no habiendo mas garantía del enfermo que su buena fé, en faltando esta, las razones del médico son *vox clamantis in deserto.* La falta de pruebas y alegatos hace muchas veces que pensando ir por lana vuelva trasquilado, como tendremos ocasion de probar mas adelante.

Que los pobres ó faltos de recursos no paguen, se concibe bien; porque, como dicen ellos, "el que nada tiene nada debe," aunque sobre esto habria mucho que hablar, por que hay muchos modos de pagar, y muchas veces lo que no se paga en lágrimas se paga en suspiros: mas, en fin, en obsequio á los pobres pase el sofisma; pero, qué algunos ricos quieran imitar tan reprobada y antisocial conducta, es una accion inmoral, indigna y villana que está en abierta oposicion con la moral, la religion y contra todas las leyes divinas y humanas, y que no hallará

(1) Como no recordamos bien el último verso, ni somos poetas, suplicamos al lector, que lo concluya para que no quede incompleto y falto de sentido, como todo lo que publica el famoso *Pincel habanero.*

nunca disculpa ante los hombres honrados. Teniendo en cuenta, sin duda, tan inícuo proceder, el célebre médico y popular novelista Eugenio Sué, pone en boca del Dr. Clemente, (1) las siguientes palabras: "Los ricos tienen siempre dinero para mantener mancebas, para lujo, para comprar caballos, hacer comilonas, etc., y nunca pueden disponer de un céntimo para recompensar al médico á quien deben la salud que les permite acariciar á sus queridas, montar los caballos, andar en francachelas é hincharse de orgullo en sus palacios. Yo vendo la salud á esa gente, como otros venden el vino y el pan..... El que deba que pague, y si no embargo al canto."

A pesar de tan tremenda filípica, creemos que el tál Dr. Clemente, habia de ser *clemente* con sus clientes, y que haria como sus otros cofrades. "¡Paciencia y barajar!" como decia el mal ferido Durandarte.

Ademas, ¿de qué sirven las demandas del médico, aun suponiendo en el demandado bastante honradez y buena fé para no negar la deuda? De nada absolutamente. Lo único que conseguiria en estos casos, seria dar muchos viajes á la cabecera, gastos indispensables, pérdida de tiempo, y adquirirse un enemigo mas. Aleccionados sin duda, por la experiencia, vemos que las demandas judiciales son ya muy raras en nuestros dias. Y como sea mejor siempre el precaver ó prevenir que el castigar, lo mas acertado, seguro y ventajoso seria abolir com-

(2) Véase *Martin el Espósito, ó Memorias de un ayuda de cámara.*

pletamente la funesta costumbre del *fiado*, y de este modo no se hallaría espuesto contínuamente el fiador á perder el dinero y el *marchante*, como desgraciadamente sucede muy á menudo. (1)

(1) Véase la nota (G) del *Apéndice*.



IX.

Analicemos ahora el valor que encierran aquellas palabras del Salvador del mundo, que sirven de segundo membrete á este trabajo, y hagamos sobre ellas una pequeña paráfrasis.

"Que todos los que sufren acudan á mi, y yo los aliviaré."

Si no bastáran las numerosas razones aducidas anteriormente. para probar la utilidad y excelencia del médico, la dignidad é importancia de la medicina, probarian hasta la evidencia estas palabras del Divino Redentor, lo sublime, lo augusto, lo sagrado de su ministerio. ¿No se desprende á *priori* de su contexto, que el Hombre Dios quiso ser Dios y Hombre á un tiempo? Como hombre, no solo fué el fundador de una religion basada en la moral mas pura y sublime, como emanada del mismo Dios, si-

nó tambien el amigo del pobre, el amparo del desvalido y del necesitado, el protector del desgraciado, el consuelo del afligido, el alivio del paciente, en una palabra, el representante del médico.

"Que todos los que sufren acudan á mí y yo los aliviaré." ¿A quién mejor que al médico pueden aplicársele con mas exactitud aquellas elocuentes y benéficas palabras? ¿Quién más digno de ellas? ¿Qué otro las practica y prohija con mas constancia? ¿No son el lema, el mote, la divisa de su profesion y el resúmen, la síntesis y el empleo de su vida? ¿Cuál deberá ser en este caso la deduccion de semejantes premisas?

El más rehacio é incontrastable debe sacar en consecuencia, so pena de lesa lógica, que si el médico no es el representante acá en la tierra del Redentor, no hay quien pueda relevarlo de tan sagrado cometido. Mas, ¿á que perder el tiempo en probar lo que nos dicen los mismos libros sagrados? *Sicut Deus est medicus*, ha dicho el "Eclesiástico," cuya autoridad por cierto, nadie se atreverá á desmentir.

Que la mision del médico tiene un orígen divino, fácil es demostrarlo, con solo citar algunos testos de los Libros Sagrados. En efecto, dice la Escritura: *Honora medicum propter necesitatem, etenim illum creavit Altíssimus.* [*Eccles.*--38--1.] Se deduce de este sagrado testo, que su necesidad está justificada, y que el hombre elegido para satisfacerla no es una persona cualquiera, sí solo el médico: *medicum propter necesitatem.* Luego el médico es el hombre de la necesidad ó el ministro necesario á quien deben honrar y acatar los demás hombres. Mas ade-

lante añade: *Altissimum creavit de terra medicamenta, et vir prudens non abhorrebit illa. (Ibid. 4).* Con cuyas sagradas palabras da á entender, segun un sabio comentador, que el médico es el dispensador competente de los medios que la Providencia pone á su disposicion, *medicamenta,* para los fines que ella ha determinado; es decir, para la curacion de las enfermedades. La espresion *vir prudens*, segun el mismo, es aquí equivalente de médico, ó sea el hombre prudente llamado ó elegido, á fin de que haga un uso ó empleo sabio y juicioso de los medicamentos que ha creado el Omnipotente; porque la prudencia en la eleccion de los remedios, no es aquí otra cosa que la medicina. Por eso, el médico, el hombre *necesario* usa con prudencia de los medicamentos que Dios ha puesto en sus manos. Luego, el ministerio médico, es, no solo una profesion necesaria, sinó sancionada é instituida por el Espíritu-Santo. (1)

"Despues del sacerdocio del altar, dice el ilustre Hufeland, la mas sublime mision del hombre, es el ser sacerdote del sagrado fuego de la vida; esto es, ser médico." *(Med. práct.)* Respetando la grande autoridad del Néstor de la medicina alemana, no nos es posible suscribir á su opinion. Juzguémoslas á ambas.

La mision del sacerdote es, indudablemente, tambien muy sagrada, muy augusta, muy santa, si se quiere; es asimismo un representante de Dios en

[1] De divina calificó el mismo Lope de Vega á la medicina, en aquellos versos de su *Angélica*:

"No porque yo de vos, ciencia divina,
No alabe la grandeza é importancia," etc.

lo espiritual así como el médico lo es en lo corporal; y un fiel guardador y defensor de su sacrosanta religion; el pasto espiritual y el pan de la Eucaristía darán la salud y la bienaventuranza eterna en la otra vida, no hay duda; será una verdad indiscutible, un dogma, que no trataremos de desmentir á fuer de cristianos, el conocido principio teológico de *melior est salus animœ quam corporis.* Mas, el que *sufre*, no puede ciertamente *acudir* al que brinda á sus males un risueño porvenir y una felicidad inefable y eterna en el otro mundo, sinó que agobiado por su infortunio *acudirá* al que puede *aliviarlo*, siguiendo la máxima ó llamamiento del Divino Médico, como le llama Kémpis. En este caso, estará por el presente, mejor que por el pretérito, y preferirá mil veces la salud del momento á una mayor dicha futura. ¿Necesitaremos recordar la multitud de curaciones prodigiosas consignadas en el "Evangelio?"

Véase, pues, cuán inmensa ventaja lleva el médico al sacerdote en sus respectivos sacerdocios; cuán superior es la mision del médico del cuerpo en este mísero mundo á la del alma, y cuanta mayor utilidad é inmenso beneficio reporta la humanidad del primero que del segundo, apesar de ser este último "el hombre del desprendimiento, de la caridad y de la abnegacion como dice un panegirista suyo (1); el hombre que resume en su persona, todas las abnegaciones y todos los sacrificios; (2) el após-

---

[1] Debreyne, *Teología moral.*

(2) ¿No dejará algun cachito para el pobre médico, ese nuevo *Juan Palomo?*

tol de la verdad, de la sociedad y de la civilizacion (1).. Todo descansa en el altar, (prosigue) (2); el mundo se apoya en este sólido fundamento; quítese este punto de apoyo (3) y el mundo se desploma y rueda al abismo.... Haced que desaparezca el sacerdote del medio de la sociedad, (añade) y súbitamente desaparecerán con él todas nuestras instituciones vitales, morales y sociales.... Desde este momento, (esclama compungido) ¡adios religion, adios cristianismo, adios moral, y por consiguiente, adios sociedad, adios civilizacion, adios libertad! ¿Que quedará pues? (concluye) La anarquía universal, el estado salvaje, el caos, la barbarie." (4)

He aquí la fotografía que del sacerdote hace el reverendo Debreyne. Bien se nos podrá dispensar á nosotros, aunque no somos reverendos ni mucho ménos, el que hayamos *reverenciado* tanto las virtudes del médico, siquiera en obsequio, no solo á los trascendentales servicios y extraordinarios beneficios que reporta la sociedad de él, sino tambien por sus mas positivos y ménos conocidos sacrificios.

Salvo sea su respeto, creemos que el venerable trapense no se ha fijado bien en la significacion de las tan cacareadas palabras *caridad*, *desprendimiento* y *abnegacion*. Segun el diccionario de la lengua, *caridad* es "compasion ó lástima de los males agenos." *Desprendimiento*, "el despego de las cosas, el desin-

[1] A los tuyos, con razon ó sin ella.
[2] Ménos lo que esté debajo, por supuesto.
[3] ¿Será ese el que pedia Arquímedes?
[4] Dijo el leon: «bien se deja ver,
que eso es pintar como querer.»

teres." *Abnegacion*, "mortificacion, renuncia de sí mismo." Ahora bien: si el sacerdote reune en tan alto grado estas tres virtudes, como quiere el seráfico autor, ¿que dejaremos entónces para el médico? Lo que el leon de la fábula les dejó á sus cuatro convidados ó comensales.

Que el sacerdote tenga "compasion y lástima de los males agenos," se concibe bien, porque no hay quien deje de tenerla; pero, ¿remedia como el médico esos males, singularmente el mayor de todos, como es la pérdida de la salud? Que el sacerdote "pase mortificaciones y renuncie de sí mismo," es decir, de sus comodidades, desahogos, placeres, etc., equivaldria á un sarcasmo, á una ironía mordaz y maligna si no lo viéramos estampado en un libro de teología. Solo es propio del médico tamaño sacrificio como hemos demostrado y demostraremos ámpliamente. Por último, que el sacerdote "tenga despego á las cosas y sea desinteresado," se concebiria muy bien si solo se tratara de las hijas de Eva; mas por desgracia no es del sexto mandamiento de lo que se trata, sinó de los sacrificios que impone la sociedad en el desempeño de su ministerio. Y bajo este punto de vista nadie ignora cuan raros son los ejemplos de sacerdotes que se sacrifiquen por la humanidad, la patria, etc. No podrá decirse otro tanto del médico que gasta su vida en un contínuo sacrificio para el alivio y ayuda de sus semejantes, convirtiéndose en un esclavo de la facultad. Tampoco el desinteres lo vemos pronunciado en el sacerdote, si hemos de dar crédito á Descouret (1) que pone

(1] Obra citada.

la ambicion y la avaricia entre sus defectos, [1] y toda vez que las religiones todas cuestan mucho dinero; pues como decia un chusco: "el nacer y el morir son dos cosas muy caras." En efecto, ¿cuánto no cuesta el hacer cristiano á un niño, los casamientos, los entierros, las misas, los funerales, las rogativas, las bulas é indulgencias, las dispensas y demas prácticas religiosas?. [2]

Y no se diga que, como el médico, de esas obvenciones vive; porque los gobiernos tienen buen cuidado de ser desinteresados en la materia y de velar por su preciosa salud; los cuales, temiendo los rayos del Vaticano, y á pesar de sus apuros financieros, destinan para el culto y clero, gruesas sumas, pasando la nuestra de cinco millones de pesos fuertes. [3] Lo que mucho vale mucho cuesta.

Hijos solícitos, empero, de nuestra Santa Madre Iglesia, y guardadores fieles de sus divinos preceptos, no es nuestro ánimo zaherir en lo mas mínimo la respetable clase del clero, á la que siempre hemos profesado la mas prufunda veneracion; sinó simplemente, comparar entre sí ambos ministerios; poner de relieve aquellas tres grandes virtudes, es decir, la caridad, la abnegacion y el desprendimiento, y demostrar con la luz de la razon, de la verdad y de la justicia, que no es, ni ha sido jamás el sacerdote

---

(1) Véase el discurso de Massillon, sobre la «ambicion de los clérigos.»

(2) Véase la nota (H) del *Apéndice.*

(3) Véase el *Diario de la Marina* del 7 de Diciembre del año 1866. No en vano el profundo Balmes consideraba los periódicoscomo unas excelentes memorias para escribir la Historia.

el que haya aventajado al médico en el ejercicio *práctico* de aquellas, como equivocada é inconscientemente pretende la necia credulidad, por no decir la ridícula ignorancia, hija de la obcecacion y del fanatismo.

Se nos dirá por último, para probar la excelencia del sacerdocio sobre la medicina, que el sacerdote se halla revestido de una autoridad extraordinaria, característica, *sui generis*. propia y exclusiva de su sagrado ministerio, superior á todas las autoridades humanas, cual es la de redimir ó perdonar los pecados, *ab auctoritate Dei qua fungit*, teniendo la llave en sus manos de la bienaventuranza eterna, como si dijéramos los salvo-conductos para la otra vida, y que además posee el don, el beneficio, la singular prerogativa, negada á los demás mortales [incluso al médico] de los entredichos y excomuniones, y que cuánto ata y desata acá en la tierra, atado ó desatado quedará en el cielo. [1] Ventaja inmensa que reconocemos lleva al médico en esta parte, que muchas veces deja bien *atado* el vendaje de una herida, y apénas vuelve la espalda lo *desata* un quídam cualquiera para ver si está bien curada, cuando no le aplique algun *ingüento* mas maravilloso que el de la Magdalena.

Tal poder y autoridad, sin embargo, como son espirituales, es decir, *in nómine*, no podrán jamás parangonarse á esa otra autoridad y poderío que tiene el médico sobre todos los reyes y emperadores, incluso el mismo Padre Santo, mucho mas real y positiva, y cuyas órdenes y mandatos acatan

(1) Véase la nota (I) del *Apéndice*.

y obedecen las mas grandes potestades (se entiende, cuando están enfermos) y que hacen del médico el hombre mas poderoso y omnipotente de la tierra, y que con mas propiedad se le puede aplicar el *vir magnánimus* de Galeno.





X.

A pesar de cuanto hemos aducido sobre las ventajas sociales y morales que la medicina lleva á la religion, [ménos en la parte pecuniaria] no podemos, por otro lado, dejar de reconocer la homogeneidad ó semejanza que existe entre ambas. En efecto, ambos ministerios, reconocen un orígen divino; médicos ambos, el uno del cuerpo, del alma el otro.

Reciben el médico y el cura al hombre cuando nace, le acompañan y sirven de guia en el camino del tiempo, calmando sus dolores físicos y morales, no desamparándole hasta haberle depositado en el umbral de la eternidad. Ley natural y universal del mundo civilizado. Tal es la sublime, la magnífica mision del médico y del cura en presencia de la sociedad. Desde la cuna al sepulcro: de la vida á la muerte: del tiempo á la eternidad! . . . . Filosofemos, ahora, un poco, acerca de la doble influencia, que

ejercen el médico y el cura en ciertas clases de ciudadanos, como tambien sobre la sociedad en general.

Encierra ésta en su seno á dos hombres que han recibido de la divina Providencia la alta mision de dirigir el curso de los destinos humanos; hacer mas llevaderos nuestros males y purificar nuestras costumbres. Estos dos hombres providenciales, estos misioneros de la civilizacion, son el médico y el cura. Ellos son, los que penetrando todos los dias en el santuario de las familias, se convierten en consejeros suyos, en amigos y depositarios de sus últimos secretos; son su paño de lágrimas. Ellos son, los que tienen en sus manos la union, la concordia, la paz y tranquilidad, la dicha de las mismas. Ellos son, los que ocupados constantemente en hacer bien, en dar alivio y consuelo á todos los séres que padecen, son como la verdadera personificacion del desprendimiento, de la abnegacion y del sacrificio; en una palabra, de la caridad cristiana. Ellos son, los mas fieles guardadores y depositarios de las sublimes máximas del Evangelio. Ministros y dispensadores de los beneficios que el cristianismo ha traido sobre la tierra, hacen el bien, recorriendo el difícil y escabroso camino de la vida. *Transeunt beneficiendo!* . . "El cura y el médico, dice Debreyne, son los dos hombres que mas beneficios y consuelos derraman sobre la gran masa de séres desvalidos y miserables que se agitan y luchan bajo el imperio de su desgraciado destino. ¡Cuántas infelices criaturas, esclama, se hallan bajo la capa del cielo, que en su absoluta desnudez y desamparo, no encuentran otros consuelos y socorros que los que reciben de aque-

llos dos apóstoles de la humanidad!”

Veréislos, á esos dos héroes de la caridad cristiana, rivalizar en celo y desprendimiento en presencia de un formidable riesgo, ante una pública calamidad, cuando todos los corazones se hallan amilanados, y abatidos los mas esforzados, y paralizadas todas las voluntades. En tan grave conflicto, vereis á esos dos hombres del sacrificio y de la caridad, correr, volar al teatro de mortífera epidemia, despreciando la contagiosa y fatídica plaga, desafiar la muerte y dar, si es necesario, su vida, para salvar la de sus hermanos. *Dant animas suas pro fratribus suis.* Esto es el colmo de lo sublime de la caridad cristiana!....

Veréislos, además, en los recintos de esos repugnantes asilos de todas las miserias humanas, en esos vastos y tristes museos patológicos en que pululan cuantas enfermedades pueden abrumar á los míseros mortales. Veréislos, asi mismo, en esos receptáculos inmundos; pues se hallan en todas partes, dó quiera haya sufrimientos que aliviar, consuelos que dar, peligros que correr, prodigando á la par, las obras de misericordia, derramando á manos llenos el inagotable manantial de la beneficencia. *Transeunt beneficiendo!* .... Veréislos por último, arrojarse en medio de las batallas; presentarse sin temor ni fausto, sobre el teatro de la gloria, no para alcanzar allí, con tanto trabajo y esposicion, los laureles codiciados por otros, que para ellos están secos y marchitos, ni las condecoraciones ambicionadas que se empañan y decoloran en su poder; sinó para recoger las palmas vivas é inmortales del martirio, del sufrimiento y de la caridad cristiana.

La vida del hombre y de la sociedad humana, no es ordinariamente mas que un tejido de vicios, así físicos como morales que acabarian, no lo dudeis, prematura é indefectiblemente con toda la humana existencia, si la Providencia no hubiere delegado á esos dos hombres admirables la alta, consoladora y sublime mision de velar constantemente por la conservacion del género humano.

El público, empero, que ignora completamente ciertas misteriosas circunstancias, ciertos actos de la vida social y espiritual, y que no vislumbra ni aprecia sinó lo que hiere materialmente sus sentidos, no entiende ni comprende como esos dos hombres "vestidos de negro," pueden ser dos seres sagrados, ni ménos la luz del mundo, *lux mundi*, el sosten y el apoyo de la humanidad, los ministros y representantes de Dios. Y es porque ignoran que ese *varon de dolores* y mártir de los hombres, vino al mundo para enseñarnos, con su ejemplar resignacion, á sufrir toda suerte de padecimientos, colocando el bien al lado del mal, por medio de los ausilios médico-religiosos, sin cuya ayuda, el mundo seria un verdadero valle de lágrimas, de luto, miserias y desesperacion. ¡Ah! sus mas formidables detractores, tan injustos como crueles, tienen ante su vista sus innegables y divinos consuelos: y en esta antesala de la muerte que llamamos vida; y durante ese breve tránsito de nuestra peregrinacion en este mundo, nos levantan cuando caemos; nos alientan cuando desmayamos; nos sostienen cuando tambaleamos; nos robustecen cuando mermamos; nos vivifican cuando morimos!..

Si "nobleza obliga", la del médico y el cura es la mas encumbrada que se conoce, escediendo su divi-

na mision tal vez á la de los mismos ángeles.

¡Honor, pues, á esos dos hombres providenciales, á esos dos ángeles tutelares de nuestras sociedades modernas; en una palabra, al médico y al cura!

Si, como nadie ignora, la sociedad exige de los médicos y de los curas, la moralidad, la abnegacion y la ciencia, es porque aquellas virtudes son la mas sublime espresion de la caridad cristiana, aplicada al ejercicio de ambos sacerdocios. No formemos un juicio errado del valor intrínseco de la espresion *caridad cristiana*; pues conviene advertir. como observa un distinguido autor sagrado, que, "la divina caridad (que es de la que se trata) difiere completamente de la filantropía filosófica, que consiste simplemente en el amor del hombre, por solo miras humanas; mientras que aquella es propiamente, el amor del hombre por causa del amor de Dios. Sus miras son mucho mas elevadas."

Hallándose, pues, el médico y el cura revestidos de tan sublime moralidad, han de ser por precision los mas capaces de los mayores sacrificios. Asi es en efecto. Jamás titubean en ser pródigos, no solo de sus cuidados, de su reposo y de su tiempo, sinó que tambien lo son de su reputacion, de su salud y aun de su vida, cuando es necesario, como vimos antes; pues que todos sus actos son emanaciones de un motivo sobrenatural; el sentimiento de la caridad cristiana.

Considerémosles, por último, cuando son llamados á toda prisa durante una noche, tal vez lóbrega y tempestuosa, tal vez reinando una epidemia, para cualquier enfermo que se halla *in articulo mortis*, presa de agudos dolores y privado de todo consuelo,

y que espera con ánsia al médico y al cura, como sus únicos, constantes y últimos amigos. La noche, empero, es horrible; el cuerpo ansía el reposo tras la fatiga....¡Nada importa! Los dos hombres de la abnegacion y de la caridad, se levantan presurosos y acuden donde les llama su deber, sin que puedan decir: *iré mañana*, porque quizá no haya mañana para aquel infelíz. Concluida su sagrada y humanitaria mision, retornan á sus hogares tranquilos y satisfechos de haber cumplido con los deberes que les impone su santa y sublime profesion!

Los estrechos límites de un artículo, no consienten prodigar todas las alabanzas de que son dignos esos dos representantes de la Divinidad. Basta lo espuesto, para hacer resaltar toda la importancia é *indispensabilidad* de ambos ministerios.





XI.

Fijemos ahora un momento la atencion en la cuarta de las obras de misericordia ó sea "el perdon de las injurias."

Concedemos, desde ahora, que son muchos los que poseen la nobleza de corazon y grandeza de ánimo suficientes que exige el desempeño de aquella virtud, promulgada y divinizada por los labios del Salvador, desde la cima del Gólgota; pero que álguien se halle en el caso de ejercerla con tanta frecuencia como el médico, lo negamos rotundamente.

Hay mas: en razon á las circunstancias especiales de la facultad, no solo se vé en el caso de perdonar las injurias y olvidar las ofensas que recibe tan contínua como injustamente, sinó lo que es mas meritorio aun, y mas digno de encomio, el de devolver bien por mal. Su posicion escepcional y la índole de la facultad, le colocan á menudo en situaciones tan

anómalas, que bien podríamos llamarlas paradojas médicas ó aberraciones humanas, si todo el mundo no estuviera ya persuadido de la infinita é ilimitada utilidad de la ciencia. Un hecho que nos tocó muy de cerca, por desgracia, hablará mas elocuentemente que las mas lógicas y claras razones. Muchos podríamos entresacar de la Historia y de la experiencia diaria; pero los pasaremos por alto por no ser difusos, y nos limitaremos al siguiente: *Ab uno disce omnes.*

Cuando estalló en España la guerra civil de los siete años, el padre del que esto escribe se hallaba domiciliado en Torredembarra, provincia de Tarragona. A consecuencia de las exageradas ideas políticas que reinaban en aquellos tiempos, y qne no hacen al caso, vióse un dia acometido por una turba de adversarios en política, gente desalmada y feroz, que á los gritos de: "muera el faccioso", se abalanzaron á él y le infirieron varias heridas graves. Pues bien, á pesar de ser su mas encarnizado enemigo el único médico que habia en la poblacion, no bien llegó el hecho á su noticia, voló en socorro del herido, y le prodigó los mas eficaces y oportunos auxilios de su arte, hasta su completo restablecimiento, y á los cuales debió su salvacion, y lo que es mas, sin exigir la mas mínima retribucion. ¡Contraste singular! ¡Estraña anomalía del corazon humano! Concluida su sagrada mision continuó siendo enemigo implacable: su enemistad solo cesó con la muerte.

Consignemos aquí el nombre de ese noble y humanitario facultativo, para pagar un deber de gratitud filial: D. Manuel Lopez, digno de admiracion, de respeto y de imperecedera memoria; ¡magnánimo

ejemplo de abnegacion, de desinteres y de humanidad!

Admirable modo de proceder, extraño en cualquier otro que no sea el médico, y cuyos ejemplos presenciamos todos los dias, para honra y gloria de los que se dedican á la mas noble y útil de las profesiones! ¡Tal es la venganza que esa misma profesion impulsa á tomar á los que la ejercen! ¡Tal es la medicina, noble y grande á los ojos del mundo ilustrado!

Observaremos de paso, que esa innoble pasion, la venganza, propia de almas ruines y miserables, no tiene cabida casi nunca, entre los profesores del arte de curar. Diremos mas: es desconocida entre ellos. Y no titubeamos en asegurar, sin temor de ser desmentidos, que ningun humano profesa tanto como el médico aquella gran máxima de Séneca: "Siempre la venganza es mala: si es contra el superior es una locura, si con el inferior, una bajeza." Mal podríamos llamarles filántropos: peor les cuadrária el de bienhechores. Seria un sarcasmo, un antítesis y un contrasentido, imperdonable á los hijos de Esculapio; y los discípulos del venerable anciano de Coos, son, por lo general muy lógicos, muy razonables y muy consecuentes. Habrá sus escepciones, no lo negaremos, que seria petulancia el negarlo; pero, ¿dónde no los hay? ¿No hubo tambien un Judas Iscariote entre los mismos apóstoles elegidos por su Maestro? *Ex particularibus nihil sequitur.* Esos pocos casos que no faltarán, pero que nada prueban, nunca podrán empañar el brillo de la facultad. ¿A dónde iríamos á parar si todos los médicos tuvieran que tomar venganza de todos los que les ofenden y agravian?

Preguntad á los tribunales de justicia cuantos años se pasan sin que oigan una demanda entablada entre un médico y un cliente ó entre el agraviado médico y su ofensor ¡Triste y vulgar médio, propio mas bien de otras profesiones menos nobles y dignas! Penetrados todos los médicos de la verdad de que la persecucion da importancia al perseguido, y de que no les conviene adquirir, en lo posible, enemigos, procuran siempre olvidar, ya que no despreciar, y hacerse superiores á las flaquezas humanas. Su comportamiento, en lo general, noble, digno, desinteresado y reservado, hace que nunca tengan lugar en ellos venganzas personales. No son raros los casos de curaciones practicadas en criminales perseguidos por la justicia, y cuya guarida es ignorada de todo el mundo menos del médico, en virtud de la fé ciega y confianza ilimitada que el malhechor hace de él, aun sin conocerlo, y á pesar de que puede costarle la vida una indiscrecion de aquel. (1) ¿De qué han servido las penas terribles que en semejantes casos han fulminado las autoridades contra los médicos? Materia es esta que nos llevaria muy léjos y que nos apartaria mucho de nuestro propósito.

Por otra parte, ¿á qué es debido la escasez de demandas judiciales en cobro de honorarios? ¿Será que el juez se halle imposibilitado, casi siempre, de *recibir á prueba las partes y formular sentencia interlo-*

---

[1] Algunos autores mencionan el hecho siguiente: «Prevenido Alejandro Magno, por medio de carta confidencial, que su médico lo iba á envenenar con cierta pócima preparada por éste, al efecto, lo mandó llamar, y mientras le entregaba la delatora carta con una mano, para que se enterase de ella, apuró con la otra tranquilamente el contenido de la copa.

cutoria por falta de alegatos, (segun la gerga que usa la gente del f- -*oro*) por ser los únicos documentos que puede exhibir el médico, la honradez, la confianza y la buena fé entre él y el enfermo? Esto mismo probaria, si así fuese, la nobleza y excelencia de que se halla revestida la profesion.

Años atrás, el médico establecido en Alonso Rojas quiso, por medio de apoderado, y por primera y última vez, entablar demanda judicial por cobro de honorarios, contra un vecino y propietario del cuarton del Roblar, (que ya dió cuenta á Dios de sus hechos), muy conocido por su carácter belicoso, no ménos que por sus truhanerias, maledicencia y mala fé. Para rehuir el pago, negó impudentemente ante el juez, deberle nada al tal médico; mas no siéndole fácil el negar las visitas hechas, alegó con el mas cínico descaro que todas se las habia abonado al contado, agregando que el tal médico se habia vuelto, ó loco ó canalla, por querer cobrarle dos veces.

Era en aquel tiempo, Alcalde Mayor un hombre de genio irascible, áspero y desapacible, y de pocas razones y menos alcances. Asi es, que al contestar el demandante á la pregunta del juez, que no habia mas pruebas que la buena fé que reina siempre entre el médico y el enfermo; y que si habia oido decir alguna vez que el médico le obligara al enfermo á firmar un pagaré despues de cada visita, replicó bruscamente que: "como queria que hiciese justicia, si no presentaba las pruebas justificantes:" y con voces destempladas y á empellones los arrojó de la sala.

Hé aquí un nuevo ejemplo de- -*speculum justitiæ:* íbamos á decir de "justicia catalana.

Pero, no es la carencia de pruebas, repetimos, lo que imposibilita las demandas, sinó pura y simplemente el elevado carácter del médico, su levantada condicion siempre digna, noble y desinteresada, rasgo indeleble de la índole ó naturaleza especial de su ministerio.



XII.

Al hablar del ejercicio de la profesion, quisiéramos pintar con vivos colores y de una manera deleitable, *utile et dulci*, ora las virtudes eminentes, ora los defectos del médico, ya los amargos sinsabores que acompañan á la profesion unas veces, ya las dulcísimas satisfacciones otras; así como tambien las costumbres merecedoras de severa y aun de sarcástica crítica, y de aquellas que enaltecen la facultad; mas como dice el adagio: "no se ha hecho la miel para la boca del asno", dejaremos tan espinoso y comprometido trabajo para otras plumas mejor tajadas; y que nos alejaría, por otra parte, de nuestro propósito. Nos ceñiremos, pues, únicamente, á hablar del ejercicio de la profesion en general, y en el campo en particular.

Hemos manifestado en un principio, que la medicina era una de las profesiones mas difíciles que pueden ejercer los hombres, quizá la mas difícil: *prin-*

cipiis obsta, seró medicina paratur; y sin embargo, ¡chocante contraste! todo el mundo es médico, ó al menos cree serlo. El refran lo dice: "de médico, poeta y loco, todos tenemos un poco." ¿Cómo se explica el gran número de curanderos, saludadores y demas charlatanes que, careciendo de los estudios médicos, obtienen á menudo tantas curaciones? ¿No será esta una prueba y evidente de que ha de ser á la inversa? ¿no nos demuestra que debe ser, por el contrario, la mas fácil de todas, por estar al alcance de todas las inteligencias? Asi parece á primera vista; pero observando bien sus resultados y sondeando un poco la cuestion, encontraremos que nada dista mas de la verdad. En efecto, ¿quién no sabe componer versos, aun sin saber el A. B. C.? Cuántos hombres hay que tienen ocupada su imaginacion por una idea fija, dominante, aun en sus sueños; ó que se hallan poseidos de una preocupacion ó ensimismados en sus cálculos, proyectos ó negocios, sin que apénas tengan conciencia del mundo exterior ó corpóreo? (1) ¿Los consideraremos, por ende, al uno poeta y al otro demente? Nadie ignora que si fuera posible calcar ó penetrar los pensamientos de muchos hombres pasarian á los ojos de los demás por verdaderos monomaniacos. (2)

[1] O como dicen los *yoistas*, «una completa concentracion del *Yo.*»

[2] Algunos grandes hombres se han distinguido por un *ensimismamiento* ó abstraccion increibles. Arquímedes, ocupado y de tal modo distraido en sus cálculos y teoremas geométricos, no advierte el estrépito del asalto, y es víctima de su distraccion. Vieta, con sus combinaciones algebraicas, no se ocupa de si propio, hasta que tienen que arrancarle de tamaña enagenacion sus domésticos y amigos.

Apliquemos el caso al arte de curar. Es un error muy vulgar el creer que no se necesitan para ejercerlo, de grandes estudios ó conocimientos, cuando para las cosas mas insignificantes se requiere su parte de ciencia ó arte. "Es de hombres ligeros, dice el gran Tulio, el afirmar que para las grandes cosas no se necesita arte, cuando de él no carecen ni las mas pequeñas." (1) ¿Llamaremos médico al que propina brevages á un enfermo, porque este recobra la salud? Véase, pues, como el adágio se viene al suelo.

"No parece, sinó, señores, observa el Dr. Oliva, digno catedrático de la Real Universidad de la Habana, que las ciencias médicas, á pesar de su estension inmensa, están al alcance de las inteligencias todas; y que para poseerlas y aplicarlas, no hay necesidad alguna de la meditacion y del estudio. ¡Cuánto se equivocan, sin embargo, los que de ese modo piensan! Si me fuese dable en este momento manifestar á vuestra vista la estension inmensa del bellísimo campo que el médico cultiva é investiga; si yo pudiese daros á conocer en este instante la multiplicidad estraordinaria de las causas cuyo estudio tanto le interesa, y la instabilidad desesperante de sus efectos que constantemente observa; si pudieseis vislumbrar siquiera los misterios de nuestro organismo, y el sigilo con que nuestros órganos funcionan para que no se descubran fácilmente; si fuese posible que formaseis una idea de lo mucho que cuesta siempre sorprender los secretos de la vida y estudiar los arcanos de la muerte; si yo os recorda-

[1] *Usque minimarum sine arte, nulla sit.* (Ciceron, lib. 2º de Offic.)

se, en fin, la necesidad en que se encuentra la medicina de solicitar con frecuencia el ausilio de otras ciencias, no solo como condicion precisa para su ulterior progreso, sinó tambien para satisfacer una exigencia verdadera de la práctica diaria; comprenderiais entónces, que en una ciencia tan vasta, tan importante y *tan difícil,* no es dable á inteligencias profanas emitir opiniones, si no es á riesgo de cometer los mas trascendentales é indisculpables errores.... En casos de medicina, solo deben considerarse como jueces los hombres de la ciencia que han sabido estudiarla y que saben practicarla, haciendo notar que ellos son los únicos llamados á calificar con acierto el grado de eficacia de un tratamiento." (1)

¡Fácil el ejercicio de la medicina!.... Preguntádselo á esos respetables Galenos, cargados de años, de ciencia y de esperiencia, y os contestarán piadosamente como el gran Ambrosio Pareo: "yo lo asistí y Dios lo curó;" ó como el padre de la medicina: *ars longa, vita brevis*; ó como dice el ilustre Hecquet: "una vida toda entera de estudios y sacrificios." Creemos no haya profesion alguna que los exija en tan eminente grado, ya de los primeros, ora de los segundos. Los adelantos innegables, los descubrimientos importantes y sus modernas aplicaciones con que de contínuo se enriquece el arte de curar, exijen sin duda un estudio incesante y asíduo por parte del médico, si ha de hallarse al nivel de los conocimientos científicos. ¿Cuál no se provee de las mas modernas é importantes obras de la ciencia, ni

[1] Obra citada.

deja de estar suscrito á algun periódico de la misma, que lo tenga al corriente de sus adelantos? No es posible aprender sin estudiar; y el que se dedica al alivio y curacion de las enfermedades, necesita mas que cualquiera otro, saber *todo* lo que hay que saber en este ramo, si no quiere presenciar impasible la terminacion funesta de muchas de aquellas que quizá lográra combatir y vencer, si sus conocimientos fueran mas extensos. ¡Terrible responsabilidad, que le recordará el tremendo *quod non servasti dum potuisti, illum occidisti!*

Otro tanto diremos, de los no interrumpidos sacrificios que le impone su facultad. Basta que sea el médico considerado como "un instrumento de beneficencia y caridad," para que todo el mundo se crea con derecho á él. El contínuo trato con todas las clases de la sociedad, desde las mas encumbradas hasta las mas humildes; desde los mayores potentados, hasta el más ínfimo populacho, la misma hez del pueblo y del vicio, ha de acarrearle precisa é indefectiblemente toda suerte de sensaciones, todo género de impresiones más ó ménos mortificantes y desagradables. Quien tiene que lidiar con un público, las mas veces inconstante, exigente, ignorante é ingrato, debe saber sufrir con noble resignacion los bruscos reveses de su inconstancia é inconsecuencia.

Penetrado de que, el ser inhumano é interesado con ese mismo público, son los dos mas feos borrones que empañan el brillo de su profesion, antepone, casi siempre á sus ocupaciones, placeres y distracciones y hasta su reposo, el bien de sus semejantes, al ménos hasta donde le alcanza el esta-

do de su salud é intereses, no ignorando, la poca ó ninguna utilidad que le ha de reportar. Y no se diga, que no siempre es el *brillo* de la facultad, el móvil ó resorte de su conducta y afanes; sinó mas bien el *brillo* del oro; que sacaríamos tambien á *relucir* los muchísimos enfermos pobres que donde quiera *brillan* por su número, y en cuyas casas no se ve *brillar* nunca, no diremos el oro, pero ni la lumbre ó candela muchas veces para *sancochar* un mal *agiaco.*

Por otra parte, no contando el médico con mas recurso que con su trabajo personal, bien le podremos dispensar, só pena de pasar por injustos y egoistas, el que algunas veces se muestre algo exigente en la retribucion de sus servicios. ¿Como cubrirá sus múltiples obligaciones si no es con ese mismo oro que tanto le degrada y envilece á los ojos de algunos modernos *comunistas*?

Aun suponiendo (que es mucho suponer) el que algunas veces sea bien remunerado su ímprobo trabajo por personas pudientes ó agradecidas, ¿deja por eso de ser esclavo de la facultad, y por consiguiente de todo el mundo? ¿Cuál es la hora de que puede disponer para dedicarse á sus estudios, descanso ó placeres de la mesa, del juego, de la caza, etc., etc.? ¡Cuántas veces no se vé precisado á abandonar el tálamo conyugal, ó la mesa cuando se prepara á saborear sus dulzuras! ¿Cuántas otras no le obliga la necesidad ó las exigencias de la amistad, á trasladarse á largas distancias tal vez á media noche, cuando mas necesidad tiene de un sueño reparador y de descanso!

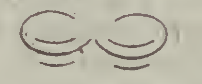
Confesemos que para ejercer tan elevada como

espinosa profesion, se necesita reunir ciertas cualidades, que no á todos les es dado poseer. Se necesita una vocacion especial y una fuerza de voluntad extraordinaria; se necesita ademas, considerarla como un verdadero sacerdocio. Necesita el médico no solo ser un buen cristiano, sinó armarse de una gran dósis de filosofía para sufrir con paciencia y resignacion las flaquezas de nuestro prójimo. Necesita, sobre todo, ser muy humano, si quiere gozar constantemente de satisfacciones agradables y de los inefables goces de una conciencia pura y tranquila.

Formado el hombre por las circunstancias de que está rodeado, y por la educacion que recibe, cuando aquellas favorecen el desarrollo de las mas bellas facultades del alma, y ésta, el encargo especial de iluminar su espíritu con vivos colores, formando á la par, poco á poco su corazon en el ejercicio de los mas tiernos sentimientos y de las mas nobles virtudes, ¿cómo no ha de ser ese hombre un modelo de piedad, de compasion, de ternura á la vez que el tipo de la profunda reflexion y de la mas sana filosofía? Y ¿quién más que el médico se halla en este caso? ¿Podrá no ser humano y compasivo el que todos los dias está aleccionando su corazon en la escuela de la miseria y del dolor, que con muda elocuencia le recuerdan lo inseguro de la salud y lo inconstante de la fortuna?

Como quiera, no se puede negar, que esos sacrificios y sufrimientos que tan amenudo amargan su vida, suelen verse compensados algunas veces con el mas dulce consuelo y la mas viva satisfaccion que pueda experimentar el hombre; cual es, la salvacion

de un ser querido, ó las lágrimas del pobre agradecido, preferible á todo el oro del mundo. Solo es propio de los reyes y de los médicos tamaña fruicion y recompensa, debido á los dos mas brillantes timbres que puedan adornar los hombres, como son: la clemencia y la humanidad.





XIII.

Veamos ahora las principales cualidades que el Padre de la medicina exije del médico: "Dése á conocer por su esterior sencillo, decente y modesto; muéstrese grave en el porte, reservado con las mujeres, dulce y afable con todos. Sean sus principales atributos la *paciencia*, la sobriedad, la *integridad*, la prudencia y la *habilidad en el arte. No busque las riquezas*, ni las superfluidades de la vida; *curará* algunas veces *gratuitamente*, con la sola esperanza y recompensa del comun aprecio y del reconocimiento. *Socorrerá* cuando se presente la ocasion, al *indigente* y al extranjero, porque si ama su arte, amará tambien á los hombres. Cuando fuere invitado á dar esplicaciones sobre una enfermedad, no emplee palabras campanudas, ni estudiados discursos y pomposos; nada patentiza mayor incapacidad: imitará con ello al vano zumbido del moscardon. . De los medios

curativos, escojerá los mas sencillos y cómodos: asi obra el varon ilustrado que desprecia el charlatanismo."

Hemos subrayado *ex-profeso*, las palabras que tienen relacion con los sacrificios, la ciencia, la caridad y la moralidad, por ser las cuatro grandes virtudes que tanto la sociedad como el divino viejo de Coos, exigen del médico, y que constituyen el supremo ejercicio de la medicina.

¡A cuántas consideraciones no daria lugar, si fuéramos á comentar como es debido, aquellas cuatro grandes cualidades que adornan al médico. Dejemos, pues, tan sublime trabajo para otras capacidades en la materia, y contentémonos nosotros, pobres é ignorados obreros de la inteligencia, con agregar á lo espuesto en el anterior artículo, algunas reflexiones mas que nos sugiere la prática médica.

El ejercicio de la profesion, ha de ser pues, para el médico que vive de ella y cumple con su deber, todo una vida de abnegacion, de trabajo, de estudio, de cuidados, de sinsabores; en una palabra, de desprendimiento absoluto y universal para con sus enfermos. Siendo esclavo de su facultad, y espuesto siempre al capricho del primer advenedizo, no se pertenece á si mismo. "Vivir para los demas y no para sí," tal es la esencia de la profesion médica, segun Hufeland. Es el hombre público entregado enteramente al servicio de todo el que sufre, sin hacer la mas mínima distincion entre sus enfermos.

El médico que comprende la sublime dignidad de su profesion, tiene siempre presente que está encargado de llenar una mision de humanidad y de caridad; mision augusta ante la cual desaparecen las dis-

tinciones de condicion social, de opiniones, de partidos, de pueblos, etc. y no olvida jamas que es un deber suyo, especial, genuino y propio de su facultad, el prodigar sus afanes y sus cuidados á todos los hombres que los reclamen, y hasta aventajar al mismo Hipócrates, en la senda del deber y de la beneficencia. Bello, á la verdad, podia aparecer á los ojos de la antigua Grecia el rasgo de desprendimiento y desinteres del anciano de Coos, al rehusar los ricos presentes de Artagerjes; mas nuestros médicos modernos marcharian apresuradamente á prestarle los socorros de su arte.

Como ministro de la humanidad doliente, el verdadero médico no vé otra cosa en el hombre que la enfermedad; no el rango, ni el sexo, sinó el enfermo. "Si bellas son las funciones del médico, dice Vic-d' Acir, lo son mucho menos en los palacios y entre la grandeza, donde las miras interesadas, ya aparentes, ya reales, no dejan lugar alguno á las de humanidad, como en las insalubles y estrechas zahurdas del pobre. Allí no hay protector, ni codicia; la fama huye de tales lugares; allí todo enmudece, escepto el dolor, que á menudo muestra con sus sollozos su existencia. Confundidas y hacinadas las víctimas de la miseria, de la enfermedad y de la muerte, presentan un cuadro que desgarra el corazon!.. Allí y solo allí es donde se puede practicar la virtud; allí es donde los médicos la practican á menudo, sin concurso y sin testigos!".. *Y, se retiran en silencio*, como dice el Dr. Castro en sus *Liturgias.* ¡Imbéciles detractores de la mas generosa de las ciencias! meditad un poco sobre tan sublimes palabras! *Hombres fátuos y miserables*, les diremos con

Montaigne, *que procuran ser peores de lo que son.*

Pocas profesiones habrá tan acreedoras al aplauso general, tan dignas de lauro, como la que inmortalizó á Boerhaave y Dupuytren. (1)

Ved á una amante familia, por ejemplo, que circuye el lecho del dolor, penetrada de honda pena, sumergida en profunda tristeza, donde yace un padre, un hijo ó un hermano querido. Negros presentimientos, indecibles zozobras la martirizan. Todos sus miembros han pasado la noche, noche larga y triste, escuchando los lastimeros ayes de la víctima, sus penetrantes quejidos que los hieren como agudas espadas. ¡Triste velada, que los sumerje en un abatimiento tan aciago como la catástrofe que temen!.. Mas al despuntar el dia se presenta el médico, y el eco solo de sus pasos, alienta á los acongojados asistentes: su voz infunde el ánimo en todos, y sus palabras de consuelo y esperanza hacen renacer ésta como por encanto en aquellos corazones angustiados, que creian haberla perdido para siempre. El propio enfermo se siente aliviado, tan solo con su presencia; y la fé que ayuda considerablemente á la curacion, contribuye á mejorar su estado. ¡Bendita mision la del misionero de la salud!

Vedlo desempeñando su sagrada y benéfica mision en las aldeas. Solo él y el cura, son los dueños, los directores, los poseedores de los secretos de sus habitantes, de sus placeres, de sus tristezas, de sus desgracias, de sus infortunios y tribulaciones, de sus quejas, suspiros, lamentos y lágrimas. Las buenas ó malas acciones, los malos hábitos, las enemistades,

(1) Véase la nota [J] del *Apéndice.*

las venganzas, nada se les oculta, todo lo saben. No existe choza por miserable que sea, ni hombre mísero, ni úlcera bastante infecta, ni enfermedad demasiado contagiosa ó asquerosa, ni distancia remota, ni temperatura fria ó caliente, ni hora regular ó intempestiva, ni casa cerrada, ni corazon que no se abra, ni sexo, ni edad, ni estado, con los cuales á cada instante y á todas horas del dia y de la noche no pueda comunicar, y que en efecto no comunique. Nacido del pueblo, criado y educado á la par que él, conoce mucho mejor que los grandes de la sociedad, sus necesidades, sus intereses, sus flaquezas, sus inclinaciones, sus costumbres, sus preocupaciones, sus defectos, todas sus cualidades, en una palabra, todos sus vicios y virtudes. Mejor que nadie sabe los remedios que les convienen, las palabras que tiene que emplear, su lado flaco ó débil, las heridas del alma y del cuerpo que es preciso sondear. Se multiplica en tiempo de epidemia para ausiliar y socorrer á todos sus infelices convecinos; y entónces con mas ardor que nunca se dedica al alivio de sus semejantes. Entónces, es cuando siente con mas viveza las miserias de los que sufren. Muchos pobres habrán espirado de hambre y necesidad al umbral de los ricos; mas ninguno ha sucumbido jamás, falto de los ausilios del arte, á la puerta del médico. En caso de necesidad, podrán pasarse los pueblos, sin sus alcaldes, curas y preceptores; mas jamás podrán prescindir del médico. *Honara medicum propter necesitatem.*

Como el vivo reconocimiento, la pura gratitud constituyen una virtud de las almas grandes, de las naturalezas elevadas, pocos son los entendimientos que lo comprenden, y por ende raras veces se hallan

en la senda del arte. De aquí que las fatigas, los trabajos, los disgustos y los sacrificios sean con frecuencia mal apreciados y peor recompensados por la fria ingratitud de unos, por el soberbio desden de otros. Ápesar de que el médico derrama por donde pasa beneficios incalculables, *transit beneficiendo*, recoge con frecuencia tan solo los amargos frutos de la ingratitud, de la injusticia, del desprecio y de la crítica y hasta de la difamacion. Mas no importa; generosos ministros de Esculapio. Proseguid siempre impávidos vuestra marcha de benevolencia; cumplid hasta el fin vuestra mision divina, sin enojaros, sin turbaros por las contrariedades humanas. Considerad la humanidad tal cual es, con sus defectos físicos y morales. Tomad los hombres cuales son, y no reclameis otro derecho que el de serles útiles en todas ocasiones. Si ellos faltan al sagrado deber del reconocimiento, de la equidad y de la justicia, cumplid, vosotros, con el vuestro, que es el del desprendimiento y de la caridad. "Y si se os niegan vuestros honorarios, dice el célebre profesor Cruveilhier, teneis el derecho espedito de reclamarlos ante los tribunales; mas yo os aconsejo que jamás hagais uso de tal derecho, y sí que abandoneis los ingratos á su ingratitud. Y es tal la magnanimidad de vuestra noble profesion, que si los mismos vuelven á reclamar vuestros servicios, no debeis vacilar en volar á su socorro." (1) Sea, pues, vuestra mas bella recompensa, los goces de una conciencia pura y tranquila, como espusimos ántes; aquel delicioso sentimiento que esperimenta el hombre de bien, el hombre humano

(1) Discurso pronunciado en la Sesion pública de la Facultad de medicina de Paris, el 2 de noviembre de 1836.

y caritativo; y recordad las palabras del ilustre Hufeland, á este propósito: "Compadezco á los médicos que calculan la importancia de un enfermo por su clase ó fortuna; pues no es posible puedan nunca conocer ni saborear la mejor recompensa que ofrece la medicina, cual es, las lágrimas de reconocimiento que asoman á los ojos del pobre, y que se constituye en eterno deudor nuestro, precisamente porque nada puede darnos....¡Cuántas veces, añade, el médico es el único amigo que tiene el desvalido, postrado en el lecho del dolor!.."

Ningun placer, creemos, sobrepuja, en el mundo, al inefable consuelo, al delicioso sentimiento de haber cumplido con nuestro deber, aliviando y socorriendo á los infelices. Recordad, asi mismo, el sublime verso de Virgilio:

Non ignara malis, miseris succurrere disco.

Recordad igualmente el Salmo 40: *Beatus qui intellegit super egenum et pauperem.* Recordad tambien las sublimes palabras del gran Boerhaave: "Mis mejores enfermos son los pobres, porque á Dios incumbe pagarme por ellos." Recordad, por último, el epitafio que grabaron en Inglaterra, sobre la tumba del médico Fothergill, célebre por su gran humanidad:

AQUÍ YACE EL DOCTOR FOTHERGILL,
QUE DURANTE SU VIDA DISTRIBUYÓ DOSCIENTAS MIL
GUINEAS PARA ALIVIO DE LOS DESGRACIADOS.

Epitafio mil veces mas honorífico, mas grande, que el del mismo Alejandro Magno:

Sufficit hic túmulus,
Cui non sufficerit mundus.



XIV.

Hemos hecho mencion varias veces de los médicos de aldea, ó que ejercen en el campo, como los mas expuestos á toda clase de trabajos penosos, privaciones é inclemencias del tiempo. Consignemos un tributo de admiracion y de justicia á esos infatigables adalides del palenque médico, á esos impertérritos obreros de la inteligencia y del trabajo, que con su profesion mixta, ambigua ó comun de dos, verdadera profesion *anfibia ó hermafrodita*, constituyen los hombres mas laboriosos del mundo. Su trabajo corporal superior quizás al del espíritu, deberia ser doblemente recompensado y considerado, si la recta razon presidiera en todas las acciones, y la equidad y la justicia no fueran casi siempre un mito para los médicos. Consagremos, pues, á los del campo algunos renglones de que son dignos entre los mas dignos.

Dijimos en un principio, que el médico, ademas de poseer una moral severa, se halla adornado de otras muchas virtudes para desempeñar dignamente su elevado ministerio. Pues bien, los médicos del campo no solo deben poseer aquellas virtudes en mayor esfera que los de las ciudades, sinó que tambien han de estar dotados de cierta robustez física para soportar el penoso y constante trabajo de la equitacion, y poder resistir á todas horas y en todas las estaciones del año, las injurias del tiempo, con sus cambios bruscos de temperatura, como tienen lugar con tanta frecuencia en los climas situados bajo la zona tórrida. No pocos sucumben al esceso de fatiga, ora por su organizacion débil, ora dominados por una ambicion, punible si se quiere; pero que casi siempre tiene por objetivo la esperanza de poder trasladar, mas ó menos tarde, su domicilio á poblaciones populosas, donde puedan consagrarse con mas descanso á su profesion; pues son tantas las desventajas é inconvenientes que lleva en pos de sí su ejercicio en el campo, que bien podríamos decir de los médicos de las ciudades, que "viven en el paraiso," como probaremos luego.

Recordamos haber visto y contemplado, hace años, una lámina que representaba á *un médico de aldea*, (como decia al pié) cabalgando en un rocinante, atascado hasta la barriga, reinando un temporal de agua y viento, y con las riendas en una mano y en la otra su quitasol ó paraguas vuelto al revés, á guisa de embudo, y volando por los aires el sombrero y la peluca. Hé aquí uno de tantos percances de que se ven libres los médicos *ciudadanos*.

Nada diremos de la exposicion contínua que cor-

ren de besar el santo suelo desde lo alto de su cabalgadura, cuando ménos piensan, en particular los que no son buenos jinetes, cuando no les cueste aquel apeamiento por las orejas ó *contra natura*, el hundimiento de alguna costilla ú otro hueso fracturado, que lo tenga treinta ó cuarenta dias viviendo como los camaleones; ni del peligro constante á que están espuestos, en la época de las lluvias, de verse enterrados vivos en algun profundo lodazal, si no tienen la suerte de que vengan á sacarlos del atolladero algun compasivo labrador con su yunta de bueyes; ó de ahogarse al pasar por alguna traidora tembladera ó un rio crecido; ni del que corren con pasar una noche entera extraviados en alguna inmensa sabana ó pinar, como almas errantes ó en pena; ó, finalmente, de verse sorprendidos por una tempestad en campo raso; ó lo que es ménos peligroso, por algunos desalmados foragidos que se contenten con alijerarles del peso del reloj, anillo y dinero, y hasta de las espuelas si son de plata, ó lo dejen á pié, cuando nó atado á una corpulenta encina, junto á un cristalino y manso arroyo, que brinde con sus suaves murmullos el refrigerante líquido á nuestro infelíz Tántalo.

Mas como no ignora, como los de las capitales, el refran: "esta vida todo son percances," sufre tamañas molestias, desventuras y contratiempos á que están espuestos los míseros mortales, con la calma de los estóicos, aunque no sepa un ápice de la filosofía de Zenon, é ignore que la única, la verdadera felicidad, es la virtud y la sabiduría, segun ellos; que para el hombre sabio y virtuoso su ventura es imperturbable y contínua, sin interrupcion, aunque se vea

en el potro, ó dentro del toro de Falaris (1) ó le destrocen las carnes, ó que la *Santa* Inquisicion lo ase vivo como á un San Lorenzo.

Dejando, empero, á un lado esas peripecias y vicisitudes á que están espuestos á cada triquitraque los *humildes* médicos *campesinos*, y que excitarán la risa de los *ciudadanos ó aristócratas*; pero que no por eso dejarán de ser la espresion de la verdad, veamos las enormes diferencias y desigualdades que entraña el ejercicio de la profesion entre unos y otros.

Hé aquí la descripcion que hace Hahnemann, del médico aristócrata: "Cuando ha pasado los primeros años de práctica, y se ha acostumbrado un poco á la rutina, entónces es un verdadero placer ser médico. No se trata mas que de tener un exterior arrogante, una voz de tenor que imponga respeto, el arte de gesticular bien con los tres primeros dedos de la mano derecha; en una palabra, cierto aire de gravedad en toda su persona. Por otra parte, los detalles del tocador, del tren y del lacayo, deben estar en consonancia con lo demás. Sus caballos, cubiertos de espuma, se detienen piafando á la puerta del conde A, del marqués B, ó del magnate ó potentado C, y baja del coche respetuosamente ayudado del lacayo ó del portero, con la diligencia de un hombre que lleva la salvacion; pero, sin embargo, con dignidad y con un exterior grave. Ya se han abierto las dos hojas de la puerta que conduce á la habitacion del enfermo; los asistentes

(1) Tirano de Agrigento, muy cruel, á quien, no pudiéndolo sufrir sus vasallos, dieron muerte, metiéndole en el mismo toro de bronce, en que él hacia perecer á fuego lento á los infelices delincuentes, cuyos alaridos remedaban los mugidos del animal.

mudos, algo encorvados, en actitud respetuosa; la veneracion, la confianza y la súplica impresas en sus mústios semblantes, se apresuran en conducir al salvador junto al enfermo.... "¿Cómo habeis pasado la noche, mi querido señor?..Veamos la lengua?.. el pulso?.." Borronea unos renglones en una cuartilla de papel, sorbe lentamente un polvo de rapé (ó prende un tabaco), toma el baston y el sombrero, hace á cada uno un saludo proporcionado á la influencia ó autoridad que tiene en la casa: y hé aquí el gran juego durante los cuatro ó cinco minutos lo mas, que se hace pagar á título de visita, y que repite tantas veces cuantas lo hace necesario el estado *estacionario* de la enfermedad." (1)

No negaremos que el fundador de la homeopatía fuese un visionario, un alucinado y un monomaniaco, tratándose de la administracion de sus dósis infinitesimales; pero tambien el héroe de Cervantes es un ejemplo acabado de monomanía, y no por eso deja de raciocinar muy bien y acertadamente, y de sentar grandes verdades en lo que no atañe á los libros de caballerías. (2)

Como quiera, veamos ahora, como el médico ejerce su penosa profesion en el campo. Examinemos antes algunas particularidades ó circunstancias preliminares.

Provisto de su indispensable utensilio *hermafrodita* ó comun de dos, llamado quitasol ó paraguas (que de ambas cosas le guarece), nuestro héroe antes de montar á caballo pasa una minuciosa revista á todos

(1) Véase «Órganon del arte de curar», 5ª edicion, 1844.
(2) Véase la nota [K] del *Apéndice*.

sus bolsillos, para cerciorarse de que no deja olvidada la petaca, el pañuelo, el reloj, el porta-monedas (por si salen los *muchachos* pidiéndole limosna con la boca del trabuco), el lapicero con pluma, lá cajita de fósforos, el mondadientes, papel, la lanceta, una cuchillita ó corta-plumas, los dos pares de espejuelos, los unos de présbita ó vista cansada, los otros con lentes verdes ó azules que le resguarden su cansada vista de la intensa irradiacion solar y de las *guasasas* á puesta de sol, y otros féferes indispensables que suele llevar siempre consigo. Nunca acostumbra á cargar revólver ni puñal, sea porque su mision es conservar la vida y no de quitarla, ó porque no teme á los ladrones, ó bien por las ambas cosas á la vez. Examina si una de las cañoneras contiene la bolsa de cirugia y la otra el paquete ó cajita de hoja de lata que encierra varios pomitos herméticamente tapados, conteniendo un poco de tinta, de percloruro de hierro, de láudano, de nitrato de plata, de tártaro estibiado, etc., por si se presenta algun caso repentino de envenenamiento, dolor agudo, herida con hemorragia ó contusion grave, etc. Observa tambien con atencion si la bestia está bien cinchada, por si se espanta ó da algun bote ó corcovo, y bien amarrado el rabo al lado de la silla; aunque esta última precaucion es casi siempre inútil en razon á que las mulas (que es el género de *solípedo* preferido) rabean tanto y tan fuerte, que no paran hasta conseguir zafar la cola, por lo regular ántes de atravesar algun lagunato ó lodazal, lo que hace le salpique de fango desde las orejas hasta la rabadilla, con su incesante azotar los flancos, especialmente en verano hostigada por las moscas. Asi mismo se cercio-

ra de que no falta en la parte anterior de la silla su impermeable ó capa de agua, en verano, y su abrigo en invierno metódicamente doblado y atado.





XV.

Al emprender el médico su marcha para dirigirse á la casa del enfermo, va unas veces acompañado y otras solo. En el primer caso; si es en tiempo de seca, no deja de ser una dicha, sobre todo si no es muy práctico y es novel en la facultad; porque entabla conversacion con el mensajero durante el camino, para que no se le haga tan largo y monótono, sin contar que siempre procura, con disimulo, averiguar algunos detalles relativos á la enfermedad que va á combatir, y que le sirven para *adivinar* ciertos síntomas, causas, dias que lleva de cama y otros particulares, que el enfermo ó los deudos atribuyen siempre á su penetracion y ciencia infusa. Mas si es tiempo de aguas, la cosa cámbia de aspecto; pues obligado á ir delante, mal de su grado, por las importunas atenciones, deferencia y consideracion, que á título de buena crianza el acompañante quiere usar

con él, los salpicones y aspersiones son contínuas llegando á la casa hecho un "Hecce Homo", ó como diria un militar, un *Adan*. Y si alguna vez logra conseguir que le anteceda, suele perderlo muy pronto de vista, exponiéndose á quedar extraviado por entre trochas y andurriales y andar perdido por la manigua sin brújula ni corredera, y tomar el rumbo de Sud-Oeste, en vez de seguir el del Norte que llevaba, y aparecerse en el cabo de San Antonio ó en la ignorada region de las *Quimbámbulas*. En el segundo caso, esto es, si va solo, admira las flores, el arroyo, la luna ó las estrellas y demas bellezas de la creacion, si es poeta; comenta y reflexiona sobre el *Yo* y el *No Yo*, si es filósofo; si soltero, piensa en sus amores; y si casado, en su mujer é hijos que le esperan impacientes á su llegada, para hacerle olvidar con sus tiernas caricias los disgustos y trabajos pasados durante el dia.

En fin, ya llegó á la casa del enfermo, en cuyos colgadizos nunca faltan algunos vecinos desocupados que se interesan por el enfermo, ó por la taza de café, ó por el *tabaco*, ó por la comida (si viven léjos) ó cuando no, por pasar el rato, ó por mera curiosidad, como no sea con el caritativo fin de dar remedios; que le están esperando impacientes, para ver qué *vitola* tiene, los desconocidos; y los conocidos ó amigos, para saludarle con el usual "¡qué bien se ha demorado!"; que para el campesino la ciencia está en los pies de los caballos.

Bañado en sudor, si es en verano, y sin darle tiempo apénas para refrescarse, "ya puede *déntrar*", le dicen; y entra, en efecto, no en un aposento de enfermo, sinó en un baño ruso, que completa el baño

de sudor. Al preguntar al enfermo por su salud, que siempre contesta "sin novedad," ó al dirigirse al ama de la casa ó deudos, suele atajarle la palabra, espetándole, alguna vecina sabihonda ó catedrática (que tanto abundan por los campos) las causas, diagnóstico y tratamiento usado con el enfermo, en estos ó parecidos términos:

"Licenciao: dispense que le coarte, pero le contaré: El enfermo lo que tiene es que hace años tomó cuatro píldoras de la quinina, que como usted sabe, es candela, de doce que le recetó otro dotor, y que lo abrasaron, y que si las llega á tomar todas, patalea sin remedio. Dende entonces padece de muchísima inritacion. Ahora le hemos dado tantos remedios, que es un escándalo. Como ha tomado tanto remedio caliente, está asado: y como asina no seguia mejor se le dió todo fresco. Yo le mandé tomar la cebada, (faltaba la paja) la grama, la marva y la manensia airada para refrescarlo. Usted me dirá ahora, señó dotor, si hice bien (signo afirmativo del médico) "¿Ya lo ves, comadre?"... Bueno; dempues, viendo que habia poca mejora, vino la comadre Tecla y lo curó por empacho: le dió la calilla de perro, caldo fuerte de gallina prieta, con plumas y todo; y de seguida le quebró el empacho haciéndole estrallar el pellejo de la espalda; pero siguió lo mesmo, porque no habia tal empacho. Dempues vino la comadre Rita, que lo curó por resfriado: le dió los tres cogollitos de la yagruma cogidos en la noche de San Juan, la cáscara del almácigo, la canela y el añil con vino seco caliente, que son un fuego. Luego se ha curado por aire: lo vageé muy bien con el café tostado, con el incensio y la nuez moscada, le puse tambien un

parcho de copal en el sentido derecho, porque el aire estaba en el izquierdo, y naitica se adelantó. Como ya no sabíamos que hacerle, nos dijo la comadre Tula que podia ser padrejon (ó padrejuan, como dicen otros) y se mandó á buscar á toda carrera á una morena que sabe curarlo, y de momento le puso un parcho de gálbano hembra en el ombligo, (si el enfermo es varon, y vice-versa) y mandó darle por todo alimento tres dientes de ajo crudos machacados en una taza de chocolate con la ruda; le puso el vaso de agua caliente en la boca del estógamo, que no se derramó; y en última le pasó en cruz el pedacito de rusia nuevo, untado en la manteca de majá hembra. Tambien se ha curado por mal de ojo; pero ya con el favor de Dios la vieja Chucha le ha santiguado de atrás pa lante, para que no se le pegara, y le ha rezado tres veces la oracion de San Beltran. Viendo que ya no nos quedaba mas beberage que darle, ni mas remedio que hacerle y que la cosa seguia á mas mal, le dije á la comadre: "ya eso es cosa de médico; (como si antes no lo fuera) mándalo á buscar á priesa." Ahora lo que usted tiene que hacer, médico, es curarlo nó mas que por inritacion."

Y si concluida aquella interminable barahunda, algarabía y fárrago de necedades, pregunta el médico que si despues de tantos remedios no se habrán oividado de darle algun vomitivo ó purgante. "¿Pues no?.." le contestan de momento, "Ya lo creo!..Se le dieron tres gomitivos de la pepajuana con el tartrometo que se trujieron de la tienda, y tambien tres purgantes del palmaclí y ruibárbaro, que aunque le hicieron muy buenas disposiciones y le dejaron la tripa bien lavada, como son tan calientes, le

ha dejado muy inritado el estantino y el asno. Ahora lo que se quiere es que lo ponga bueno pronto, para que pueda trabajar y juntar dinero para pagarle la cura."

Tal suele ser, el final, el epílogo de la historia de aquelle extravagante terapéutica rural.

Pedimos indulgencia á nuestros benévolos lectores por estas y otras minuciosidades tan difusas como ridículas, en obsequio á los pacientes médicos de campo, dignos en todas partes de admiracion y agradecimiento por su ímprobo y mal retribuido trabajo.

Viene luego la parte mas lastimosa, ó sea la descripcion ó narracion detallada y prolija que acostumbra á hacer el enfermo de todos sus males y achaques, agudos y crónicos, reales ó imaginarios, antiguos y recientes, y que como todo el que sufre, halla siempre un alivio en relatarlos, con mayor razon si el que le escucha es el que puede sanarlos; pareciéndole al pobre enfermo, estar ya medio curado con solo ver á su salvador que le escucha con paciencia angelical. ¡Tan cierto es que la paciencia y la caridad han de ser sus dos sobresalientes virtudes!

Sale por último del aposento ó baño ruso; pide tintero y papel, y si no los lleva consigo, como no lo hay en la casa porque nadie sabe escribir, tiene que armarse de paciencia y esperar á que vengan los chismes de escribir que suelen irse á buscar á la tienda ó casa del vecino mas inmediato, distante como media legua no mas; pero que pasa una hora lo ménos y el mandadero no viene, á pesar de ser *cerquitica*, y oirse el canto de un gallo ó la voz de un montero y haber salido á todo *gualtrapeo*. Llega por

fin, ¡oh gozo!..el deseado tintero, con su retazo de papel estrujado, y su correspondiente pluma, que al ir á mojarla en la tinta..¡oh dolor!..el tintero está seco y solo quedan algunas borras que procura desleir con un poco de café, vino ó agua de hollin, que al fin lo sacan del apuro. Borronea como puede su receta, y no como quiere; no sin que ántes le hagan la caritativa advertencia de que no recete muy largo, que el enfermo es un *probe* y el boticario muy tirano....

Por último, como la distancia es mucha, el camino malo, y se va haciendo tarde, se prepara para retirarse mohino y presuroso, pensando en su mujer é hijos que quizás ha dejado alguno en cama; mas el infeliz no ha contado con la huéspeda, es decir, con los visitantes, y observa con doloroso asombro que todavia le falta apurar la copa del sufrimiento, el rabo que desollar. Ese malhadado rabo que le aflige y atosiga. no es otra cosa que la costumbre inveterada del campo, tan frecuente y penosa como poco lucrativa, de acudir algunos enfermos colindantes pobres y no pobres, á la llegada del médico, como si dijéramos á *caza de gangas*.

Tan cierto es que las necesidades crean costumbres y las costumbres hacen leyes.

No parece sinó que aquellas buenas gentes ven en el médico á un nuevo Salvador, que les dirije aquellas palabras: *venite ad me, et ego dabo vobis omnia bona.* "Acudid á mi, que yo os daré toda suerte de bienes."

Admirado un dia el médico de aquella puntualidad y exactitud militares, y seguro de que nadie le habia visto llegar á la casa, preguntó reservadamente al

negro de la misma, si mandaban avisar á los vecinos, á su llegada. "El Señó no sabe seña?....le contestó. ¿Y qué seña?—Pañuelo branco amarrado á cuje largo."

Así entienden muchos la humanidad en el campo, á espensas del pobre médico. Sea todo, empero, para mayor honra y gloria de la facultad. Esta página mas habrá que agregar á sus Anales.





XVI.

De lo expuesto se desprende que el pauperismo y el curanderismo, han de ser las dos plagas que mas deben mortificar y amostazar á los médicos. En efecto, no hay vieja blanca ni negra vieja, que no posea un arsenal completo de remedios mas seguros é infalibles para todas las enfermedades conocidas y por conocer, que las píldoras y ungüento de Holwhay, la zarzaparrilla de Bristol, las píldoras de Brandhet, y hasta la Uña de la Gran Bestia, con que embaucan á tantas *bestias* esos esplotadores mercachifles americanos. (1) Y así como las dueñas fueron la eterna pesadilla del festivo Quevedo, allá en su tiempo, del mismo modo las *curadoras* de los campos lo son de los médicos. Tan estendidos se hallan los remedios de manigua, que ni aquellos mismos se

[1] Véase la nota [L] del *Apéndice.*

hallan á cubierto de su influencia; pues sucede muchas veces que cuando se enferman los médicos ó algun miembro de su familia, les caen los amigos y vecinos oficiosos y desinteresados, proponiéndoles sus correspondientes brebages.

No hace mucho tiempo que cierta señora *muy entendida*, y vecina de este partido, llamó al médico de la casa; y como éste le contestára la imposibilidad en que se hallaba de montar á caballo, de resultas de un divieso ó *nacido* que tenia en cierta parte, le mandó, acto contínuo, un *catauro* lleno de tomates maduros; papas y cebollas, y además una gran taza llena de manteca sin sal, previniéndole se aplicára una cataplasma confeccionada con aquellos ingredientes, si queria verse bueno á los dos ó tres dias; y cuyas sustancias alimenticias supo aprovechar bien el enfermo en beneficio del arte... culinario. No se dirá que despreciara el favor.

La *curománía* ha sido, es y será siempre la enfermedad endémica de los campos. Una misma enfermedad, la curan con los remedios mas opuestos y á cual mas estravagante. Los sapos, las lagartijas, los alacranes, las cucarachas y demás bichos inmundos, obran casi siempre efectos maravillosos.

No encierran virtud tan peregrina,
Ni los polvos de la madre Celestina.

Hasta las mismas negras esclavas, saben curar el mal de madre, la fecundidad, la impotencia y la esterilidad; ni ignoran la oracion de San Caralampio en los partos difíciles; ni la de Santa Rita, abogada de imposibles; ni la confeccion del *hipomanes* ú otros afrodisiacos y abortivos; ni deja de aconsejar que pa-

ra echar pronto la *par*, sople la parturienta dentro de una botella, y *jale* una guedeja ó mechon de su mismo pelo con la boca; ni para calmar los entuertos, deje de esconder las tijeras nuevas con que se *picó la tripa* del ombligo, debajo de la almohada, sin que se aperciba de ello la enferma; y hasta para secar la leche, el tener los pechos descubiertos y espuestos tres dias á los abrasadores rayos del sol; y otros mil secretos que pasamos por alto por no hacerlos inerminables y alarmar el pudor de algun devoto lector.

Por de contado, y esto es de cajon, la curacion del enfermo casi siempre es debida á semejantes brujerías; mas si desgraciadamente sucumbe, entónces.. ¡Ah, entónces!.. El médico lo *chi...fló* curándolo por *malina*, cuando lo que tenia era un *tife*....

Si á tan fatales costumbres se agrega la no ménos funesta de que casi todas las visitas que hace el médico son *al fiado*, y que cuando llega Agosto, pierde la mitad de los clientes que no le han pagado; *item mas*, el importe de las visitas, se vendrá en conocimiento de cuán agradable no debe ser la profesion del médico en el campo. Y no se nos alegue que en todas partes, poco mas ó menos, les resulta lo mismo á todos los médicos; que si donde quiera cuecen habas, en el campo es á calderadas.

Otra costumbre ó abuso peculiar del campo, y que no queremos pasar por alto, es la de llamar con frecuencia al médico, desde las casas situadas á mayor ó menor distancia del camino que lleva, casi siempre que le ven pasar. Podrá escapar á la ida; pero á la vuelta, *nulla est redemptio.* Como las visitas en los campos suelen y deben ser algo caras, en ra-

zon á las largas distancias y estado de los caminos, aprovechan muchos aquella ocasion, aquella *ganga*, como dicen ellos, para que vea los enfermos que hay en la casa, sin tener que abonar aquella visita por ser *de pasada*, segun creencia de los mas. Asi es, que no hay médico algo ducho que no prefiera dar un rodeo mas ó menos largo, por entre sabana ó monte ó vericuetos mejor que acortar el camino pasando junto á las vegas. Y no se les eche en cara la tan cacareada *projimidad*, por algunas personas que afectan un exagerado y ridículo *sentimentalismo* que tienen siempre en los labios y nunca en el corazon; que no es lo mismo el haber andado todo el dia á caballo bajo un sol abrasador, estropeado y quizás empapado en agua ó sudor, y deseando por momentos el llegar á su casa para descansar, mudarse de ropa y refrescarse, sin haber cobrado quizá (y es lo mas comun), un centavo de su trabajo; no es lo mismo, repetimos, que las sabrosas y no interrumpidas siestas que pueden echar aquellos criticastros, y pasar el resto del dia charlando en la bodega inmediata ó en los colgadizos de sus casas, tomando el fresco muy repantigados en sus poltronas. Repetimos lo antedicho:

"A todos y á ninguno,
nuestras advertencias tocan."

Que el pauperismo sea una plaga muy estendida en el campo, principalmente en los partidos cuyos terrenos rinden exiguo fruto, nada lo probaria tanto como las mil y una tretas y artimañas de que se valen los pobres ó escasos de recursos cuando llega el caso; nos lo dice ya el conocido refran: "hombre po-

bre cargado de mañas," y así es en efecto, que las necesidades aguzan el entendimiento, por aquello de: *ingenius apretatus discurrit*, y *necesitas caret legis*. No nos meteremos, por no ser de nuestra incumbencia, en averiguar la buena ó mala fé, la más ó ménos malicia que preside en todos sus tratos y negocios particulares; como es, poner en cabeza de algun compasivo amigo, la yuntica de toritos, ó la vaca, ó la potranca para que el tendero no se los remate; esconder ó vender, antes de tiempo, su tabaco *en cujes*, para que el dueño de la vega no le eche mano á cuenta de la renta; el pedir prestado, cuando hay quien se *preste*, para no devolverlo mas, etc., etc. No podemos ni queremos meternos, repetimos, en semejantes honduras, no sea que por meternos á redentores saliéramos crucificados; ó á *enderezar tuertos*, molidos á palos cual otro amador de Dulcinea. Nos limitaremos, pues, á hablar de lo que ataña al médico, en cuyo caso, no solo nos hallamos en nuestro terreno, sinó tambien en nuestro derecho. Y si alguno se diera por aludido, sepa que nuestro ánimo no es herir susceptibilidades ni menos atacar á personas, sino simplemente criticar los abusos y trapacerías; pues como decia Fray Gerundio:

"Unas veces riendo
Otras llorando,
Corregir las costumbres
Deleitando."

O asimismo, como Iriarte, en la siguiente moraleja:

"A veces mucho mejor
Que una severa invectiva,

Una crítica festiva
Corta el abuso mayor."





XVII.

Es bien sabido, cuan lastimosamente se abusa en todas partes de la bondad y condesceadencia de los médicos. En el campo, es donde principalmente tienen lugar esos golpes teatrales, artimañas ó escenas que podríamos llamar de tramoya. Al mismo Bismarck, si viviese en la Vuelta-Abajo, estamos seguros, le habrian de dar lecciones de astucia y hasta de diplomacia, nuestros *sencillos* vegueros, como les llama *La Voz de Cuba*. Su individualidad, no ménos que sus necesidades apremiantes, les sujiere mil medios de salir del aprieto. Tan pronto se cambia el nombre del enfermo para eludir la paga cuándo llega el dia, como se le entrega al médico una carta firmada por persona conocida de arraigo ó de amistad, respondiendo á la visita, sin que el supuesto individuo haya escrito ni suscrito semejante misiva; como se usurpa el nombre de una vega ó de

su propietario, solo por vivir en ella, como arrendatario. A veces, si trata de inquirir el médico quién es el *pagano*, el mismo mensajero le dá las mayomayores seguridades de retribuir espléndidamente su trabajo, tan luego llegue á la casa, que "lo que se quiere es la prontitud;" mas sucede no pocas veces que, sea por alguna urgencia repentina, ó por zafarse del compromiso, desaparece por arte de *encantamiento, sicut umbra*, como si dijeramos, *la del humo*; conociendo el médico, auque tarde, que él ha sido el *ganado*. Otras acontece, si hay desconfianza (que los muchos golpes enseñan) y se trata de fiador, que el mismo mensajero se preste generosamente á servir de tal, cuando no hay quien se fie de él; ó bien sacando un billete grande alega que aquel es el mejor fiador, á cuyas convincentes razones nada tiene que replicar el confiado médico sinó mardar ensillar de momento, y á viaje; mas como no se ha podido *desbaratar* el malhadado billete, por no haber *menudo* en la tienda, tiene que hacerse el médico el desinteresado y echarla de generoso, confiado y desprendido, imitando al *Héroe por fuerza*, ya que otro remedio no le queda, convencido de que poco ha de adelantar de otro modo, ni ganar nada su prestigio ni el decoro de la facultad. Hasta se ha dado el caso de asentar en la Tenencía ó en la Capitanía la venta del caballo que monta el mensajero, como en fianza, averiguándose mas tarde no ser suyo. ¡*Quíd non mortales pectora cogis*! . . . . ¡A qué no obliga la dura necesidad! (1)

---

(1) Si hemos de ser justos é imparciales, debemos hacer constar aquí, que no siempre son los que carecen de recursos los

Léjos de nosotros reprobar tales medios, tratándose de la salud, quizás de la vida de un semejante, y que en otros casos todo el mundo calificaría de fullerías ó truhanerías. Sabemos desgraciadamente, por experiencia, cuanto debe afligir á un padre, á un esposo, el verse privados de los auxilios del ararte, en situacioues tan angustiosas. Por fortuna y para gloria de la profesion, penetrados los médicos de lo noble de su mision, esos casos son estremadamente raros, mejor diríamos nunca tienen lugar. por las razones expuestas en anteriores artículos, y por las que nos falta aun que exponer.

No faltarán incrédulos y escépticos qne pregun-

únicos que se valen de tales tretas ú otras parecidas; pues tampoco faltan hombres de posicion que hacen alarde de una filantropía que no tienen, y de ostentar una generosidad y desprendimiento de que carecen; brindando su influencia para con el médico, y facilitando cartas para éste, cuya redaccion son verdaderos modelos de una refinada astucia diplomática, dejando muy atrás las *notas* de nuestros mas sagaces hombres de estado. La anfibología ó ambigüedad que reina en ellas, hace que casi nunca tenga derecho el médico de reclamarles ni exigirles nada, y que se zafen del compromiso y eludan la responsabilidad. En efecto, las frases de que se eche mano muy amenudo, y que encierran doble sentido, tales como: "*puede* V. venir á ver al enfermo, sin desconfianza; ó yo *respondo;* ó le salgo fiador, caso de que él *no se acordare* de la visita ó *se la negare* ó *se olvidare* de la paga; ó cuando *venda* su cosecha no *tratare* de quedar bien; ó de engañarle á V.; ó que se *volviera* pícaro;» etc., etc., no quieren decir nada: son nada entre dos platos. Semejantes frases cierran de golpe la puerta á toda ulterior reclamacion por parte del médico, por prestarse á una doble interpretacion. ¿Quién se atreverá á probar que uno se ha vuelto pícaro, ó que ha vendido la cosecha, ó que ha tratado de quedar mal, ó de engañarle á uno, ó que no responde cuando le llaman......?

(Véase la nota [M] del *Apéndice.*)

tarán con sorna: ¿cómo ganan pues, tanto dinero los médicos de campo?

Aunque la pregunta no pasa de ser una preocupacion vulgar, destituida de fundamento, contestaremos, no obstante, con razones y hechos que estén al alcance de todo el mundo.

No es cierto que el médico gane mucho dinero, aunque mucho trabaje; que las utilidades pocas veces guardan relacion con el trabajo. Si el año es bueno y hay muchos enfermos, se ganará mucho; si malo, con el mismo trabajo, poco, muy poco: el trabajo más ó ménos asíduo no es el barómetro para conocer y apreciar sus ganancias, como pretende la gente, que, en una palabra, "calculan las *entradas* por las *salidas*."

No hay médico que ignore, por desgracia, y á cuyo testimonio apelamos, cuan largo y penoso es su *noviciado*, cuan poco retribuido, y cuan expuesto se halla á pasar su vida en un contínuo *aprendizaje*, como dice el vulgo, magüer sea un maestro consumado en el arte y encanecido en la ciencia. La razon es óbvia: todo médico *nuevo* (que así llaman aunque sea anciano,) es decir, que por primera vez llega á un punto, ya puede contar con que no le ha de faltar trabajo, tanto de dia como de noche, lo mismo en invierno que en verano, y que ha de adquirir al poco tiempo una numerosa clientela. ¡Pero qué clientela, Dios mio!.... Todos los pobres y trápalas del partido, (vulgo *guagua*) aprovechando aquella coyuntura de poder remediar sus males á poca costa, le caen encima y acuden como las moscas de la fábula,

"A un panal de rica miel,"

sin mas diferencia, que en vez de ser las moscas ó *moscardones* las

"Presas de patas en él,"

lo es el pobre médico, que como no conoce á nadie y todos lo conocen á él, ni la naturaleza del panal, carga como es consiguiente y lógico con todo el trabajo improductivo de la localidad en que reside, y aun de las que no reside; que "como haya quien fie aunque no haya quien pague." Esto, empero, no arredra ni aflije al nuevo Ordoño (1), ni ménos le amilana si tiene algun crédito ó cuenta con recursos para *ir pasando* hasta Agosto (si es que el almanaque campero trae este mes); pues se consuela y le sirve de lenitivo y poderoso estímulo las visitas que va apuntando todos los dias ó todas las noches, en su libro "Diario," que importan, llegado el mes de las ilusiones y desengaños, una cantidad respetable....en números! ¡Feliz si en Agosto puede cobrar siquiera una quinta ó sexta parte del fruto de su trabajo, ganado *cum sudore vultus sui*! y mas feliz aun si ha tenido la suerte de que haya habido pingüe cosecha; pues nadie ignora que el veguero aunque honrado y laborioso por lo general, es de tal naturaleza, que bien podríamos llamarle doble, divina y humana: paga cuando tiene y deja de hacerlo cuando no tiene. De tal modo, que es muy comun, el que en años buenos, los malos se vuelven buenos; al paso que en años malos, los buenos se vuelven malos.

[1] «Ordoño, desgraciado en cuanto emprende,
Que cuanto mas oprimido mas se enciende.»
[*P. Isla.*]

Esto esplica perfectamente ese flujo y reflujo, esa incesante emigracion é inmigracion de médicos convertidos en aves migratorias, que al fin se posan como los caimanes (salva sea la comparacion) donde mas calienta el sol; es decir, se fijan, establecen y arraigan en algun punto que prometa; donde á fuerza de años, de penalidades, de trabajos y de privaciones, consiguen algunos pocos, muy pocos, hacerse de una clientela escogida que les proporciona una posicion desahogada, y hasta reunir algun capital. Pero en cambio, ¡qué de vejaciones! ¡qué de paciencia! ¡qué de constancia!

De los médicos podríamos decir lo que la "Escritura:" "muchos son los llamados y pocos los escojidos." Entre veinte ó treinta que se cuenten tres, ó cuatro, ó cinco que se hayan enriquecido algo con la facultad, no prueba otra cosa mas que la certeza del refran: "una golondrina no hace verano, ni una flor primavera;" ni que por una vieja que murió tengamos epidemia. *Ex particularibns nihil sequitur*: mas de ningun modo probará la proposicion sentada en un principio, por los que hablan por boca de ganso, y que ignoran completamente la azarosa cuanto engañosa vida del médico de campo.

Se nos dirá que esto mismo pasa á *peu prés* con los de las ciudades. Cierto; mas ya hemos visto que las circunstancias y particularidades no son las mismas, y como veremos luego, enormes las diferencias que entraña el ejercicio de la profesion entre unos y otros. Defiéndanse como puedan los últimos; aleguen en contra cuantas razones les sugiera su mayor ilustracion y ciencia: que nunca podrán invalidar ni rebatir la verdad que expusimos mas ar-

riba, de que: "los médicos de las grandes ciudades comparados con los del campo viven en el paraiso."

No de otra manera se explica el que todos los años truequen tantos médicos su quitasol-paraguas por el coche, que les guarece mucho mejor de las inclemencias del tiempo y de los peligros. Y si se nos contesta que tambien muchos de las ciudades pasan al campo, este cambio no probará más sinó que en este último lugar la facultad es mucho más socorrida y económica, aunque mucho mas laboriosa. Todo está compensado en esta vida. Si así no fuera, no admiraríamos ese equilibrio, armonía y disposicion con que Dios ha hecho todas las cosas. (1)



[1] Increible, parece, la inmensa estension de terreno que podria recorrer el médico de campo, pasado cierto número de años. Nuestro inolvidable amigo y distinguido comprofesor el Dr. Argumosa [padre] nos decia un dia, siendo médico *campesino*: «He sacado una regla de proporcion y veo, que en los siete años que llevo de ejercer la facultad en Vuelta-Abajo, con lo que he andado á caballo, bastaba para haber dado dos veces la vuelta al mundo.» Consideren ahora los lectores las *vueltas* y *revueltas* del que cuenta 30 ó 40 años de práctica en el campo.

«¡Cuántas idas y venidas!
¡Cuántas vueltas y revueltas!»



XVIII.

Hásenos deslizado, en nuestro anterior artículo, la frase de *mayor ilustracion y ciencia* que reconocimos en los médicos de las ciudades. Veamos de recojerla, con permiso de esos señores: *suum cuique, tribuere.* Dar á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César.

Cuatro palabras bastarán para nuestro propósito, que por otra parte no es de la índole de este trabajo.

Nadie ignora el modo *sistemático* con que se curan los enfermos de las grandes poblaciones. Raro será el médico que deje de visitar mañana y tarde á todos sus enfermos, y hasta tres veces al dia, si su estado lo exige. Comunmente las enfermedades ligeras, necesitan cuatro ó cinco dias, lo ménos, para su curacion, que á razon de dos visitas diarias suman ocho ó diez visitas. Por de contado, que cuando la afeccion es grave, si se trata de una disentería ma-

ligna ó fiebre perniciosa, etc., nadie extrañará que el número de visitas suba hasta quince ó veinte, ó más, segun los casos y circunstancias: advirtiendo que tomamos por tipo al médico de saber, de conciencia y experiencia.

Ahora bien; es una verdad innegable, tanto en medicina como en todas las artes, ciencias y profesiones, que la habilidad, pericia é inteligencia están en razon directa de la prontitud y seguridad con que se hace alguna cosa, con tal que salga bien. Así vemos que Celso, recomendaba mucho á los médicos curar las enfermedades *citó, tuté et jucundé,* esto es, con *prontitud,* seguridad y agrado: así vemos tambien que es un principio sagrado y muy recomendado en terapéutica que "debe preferirse siempre la celeridad al gusto del enfermo; pues que el buen médico debe aprovechar la ocasion, *el occasio præceps* del padre de la medicina; porque mientras subsiste la enfermedad, aunque sea ligera, es susceptible de agravarse y complicarse (que un mal casi siempre llama otro); en términos que sea despues mas difícil, y aun imposible el curarla." (1) Y por último, que el Dr. Janer aconseja en su Moral médica: "que es mejor curar pronto los males con poco agrado que prolongarlos con mucho, por lisonjear y dar gusto á los enfermos." Siendo, pues, una verdad innegable que los médicos de campo curan con mucha mas prontitud y seguridad (aunque tal vez con menos agrado) á los enfermos, que los de las ciudades; *los despachan pronto,* como dice el vulgo; pues por regla general no hacen mas que una visita en las afeccio-

(1) Oms y Ferreras, *Trat. de Terapéutica, p.* 54.

nes leves y dos ó tres, cuando más, en las graves, en razon á las distancias, malos caminos, estado precario del enfermo, ó por temor de que llamen á otro médico y perder el cliente, etc., *Ergo*. . . . Dejamos al lector imparcial saque la deduccion ó consecuencia legítima, para que no se nos achaque parcialidad.

Léjos de nosotros, herir en lo mas mínimo la susceptibilidad de aquellos respetables sacerdotes de Epidauro; pero nos hemos propuesto no esgrimir mas armas que las templadas en la exactitud de los hechos y exponer la verdad. *Amicus Plato; sed magis amica veritas*, como encabezaba Aristóteles las cartas á su maestro Platon.

Hecha esta pequeña digresion, que creemos no han de hallar inoportuna los médicos de campo, entremos de nuevo en el círculo que nos hemos trazado.

No solo gozan los médicos de las ciudades de esta inmensa ventaja y la de poder visitar á todos sus enfermos en carruaje; es decir, con toda la comodidad apetecible, sinó que hasta poseen sobre los del campo la indisputable prerogativa ó *fuero* que les conceden los gobiernos, como si veláran por su preciosa salud, con el establecimiento de hospitales y médicos forenses, cuyas sábias disposiciones les ahorra mucho trabajo tan ímprobo como improductivo. ¿Podrán negar los médicos de las grandes ciudades que bajo este punto de vista de la civilizacion todo está de su parte? ¿Cómo no conceder que ese adelanto de los pueblos no ha penetrado jamás en los campos? En todas las grandes poblaciones existen médicos especiales dedicados á los casos judiciales que entienden de las autopsias jurídicas, actos cri-

minales, heridas, reconocimientos periciales, etc., y remunerados por los fondos municipales. ¿Existe alguno en los campos? ¡Como nó...si todos lo son! Comparad el de la ciudad que no tiene que pensar más que en sus enfermos, que visita muy aprisa y descansado; con el del campo, que quizá emplea todo un dia en visitar uno solo, y que á lo mejor recibe un oficio previniéndole: "se traslade sin pérdida de tiempo y sin pretesto ni excusa á dos, cuatro ó mas léguas de distancia, para la administracion de justicia." tal vez cuando mas estropeado y molido se halla, sin que pueda alegar ni la hora, ni sus ocupaciones, ni la distancia, ni el estado de los caminos, só pena de la imposicion de una fuerte multa. ¡Cuántas veces algunos partes pasados al juez pedáneo, no son debidos mas que á la animosidad, al rencor entre vecinos! ¡Cuántas veces, un simple pescozon, ha hecho perder todo un dia al juez y al médico! ¡Cuántas otras el parte es debido á que sobre-*vino* una contienda! Y aun cuando se trate de un caso grave, ¿porqué ha de pagar siempre el médico las consecuencias de una riña que no ha tenido arte ni parte en ella?

Toda persona sensata, justiciera ó imparcial, no podrá menos de convenir con nosotros, con cuanta razon debe molestar á un médico que se le arranque del punto de su residencia y se le obligue *velis nolis*, á trasladarse á veces á largas distancias, á cualquier hora, tiempo y estacion para desempeñar cargos judiciales *de oficio* que no puede rehusar, só pena de incurrir en las *tremendas iras de esos tiranuelos de partido*, como dice Mata, que se creen algunos de ellos facultados para atropellar por todo con el

manoseado comodin de la conveniencia pública y recta y pronta administracion de justicia. Y, ¿se estrañará que muchas veces desempeñen los médicos su cometido lo peor que saben, ó que haya prevaricacion, alguna que otra? ¿No se trata de un trabajo tan penoso y delicado, tan repugnante y peligroso, como comprometido por su gran responsabilidad, y nunca retribuido? Por muy injusta y dolorosa que sea semejante ley, es mucho mas doloroso aun, el tener que desembolsar 50 ó 100 pesos en un pliego de papel ordinario llamado de *multa*; y convencido de tan triste y desconsoladora verdad, apela á su gran virtud, la paciencia, y desahoga su mal humor con maldecir la facultad y su esclavitud si es de génio fuerte; ó se consuela con recordar y comentar la cuarta de las bienaventuranzas, si es de carácter pacífico: "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos!! ó recuerda y pone en práctica aquellas palabras del célebre filósofo catalan: "cuando el hombre obedece solo por el temor de la pena, procede como un esclavo: compara entre las ventajas de la desobediencia y los males del castigo; y encontrando que estos no se compensan con aquellas, opta por la obediencia." (1)

Apartémonos, empero, huyamos de un terreno tan pendiente y resbaladizo, que podríamos precipitarnos en alguna lóbrega y *espiatoria* sima: *qui amat periculum, peribit in illo.*

Vean ahora los médicos de las grandes ciudades, pesen, compulsen y aquilaten, declaren, concedan y

[1] Balmes. *Etica.* p. 441.

reconozcan cuán inmensa es la ventaja que sobre los del campo llevan sobre estos y demas particulares que dejamos apuntados. Ya hemos visto en el artículo XIV la halagüeña descripcion que de ellos hace el fundador de la homeopatía. Ya volveremos á encontrarlos mas adelante.

Nos harán observar sin duda, en tono de proteccion, que los médicos rurales son unos pobres diablos llenos de mansedumbre evangélica, unos legos en jurisprudencia, que no entienden pizca de la Legislacion moderna (ni de la antigua); pues que el artículo 95 de la "Ley de Sanidad", publicada en 18 de Noviembre de 1855, previene y dispone, que á dichos profesores se les abonen aquellos derechos del presupuesto extraordinario de Gracia y Justicia....¡Oh, cuánto se alegrarian los pobres de que así fuera! Mas..."no hay que afligirse que todo se echará á perder", como dice su atribulado colega *El Médico á palos*. Pues como al parecer, los cuitados y sobajados médicos de campo, nunca hallan *gracia* ni *justicia* ante las autoridades, aquella sábia y justiciera y filantrópica disposicion, debe ser para ellos letra muerta, como si dijéramos *la ley del embudo*; ó mas claro para que nos entiendan los jueces: "asunto pasado en autoridad de cosa juzgada," como dice la jerga *culti-curialesca*.

Hagamos alto aquí, por ahora, en tan delicada materia, que al buen callar llaman Sancho; y pasemos á otro asunto, ántes no se nos *empastele* la obra, ó salga peor el remedio que la misma enfermedad, ó por querer mucho se pierda todo, y nos suceda lo que al noble *cavagliero*, que estando bueno quiso estar mejor á fuerza de tomar medicinas, hasta

que acabáron con él; y en cuyo testamento dispuso grabáran en su sepulcro el siguiente epitafio:

Staba bene; ma per star meglio stó aqui.





XIX.

Al hablar en nuestro artículo anterior de la legislacion y actos judiciales, no podemos pasar por alto la influencia que siempre ha tenido el médico en la confeccion de los Códigos, tanto antiguos como modernos, y en los tribunales de justicia. Esto sólo bastaria para probar la gran importancia, la dignidad y escelencia de su facultad. Procedamos por partes y por órden cronológico.

Pasando una ligera revista á la historia de la Legislacion, observaremos la utilidad que han reportado los legisladores de los médicos, al par que las administraciones de justicia. En todos los códigos griegos, resaltan los cánones de Asclepíades y de Hipócrates; y como la ciencia no tiene pátria, vése reflejar la medicina en la legislacion de los griegos, romanos, árabes, etc., etc. Las doctrinas del padre de la medicina campean tambien en las "Doce Tablas."

La legislacion de Numa Pompilio, segundo rey de Roma, recibe con el tiempo nuevas luces. Galeno, el mas famoso médico de su tiempo, proporciona á los legisladores romanos y tribunales, medios de mejorar las leyes y la administracion de justicia. Los célebres médicos árabes Avicena y Aberroes, influyen mucho en el adelanto de la ciencia y no poco en la legislacion musulmana. Examinemos los anales de la administracion de justicia, en los pueblos de la moderna Italia, y no será difícil encontrar en ellos, á cada paso, los dictámenes del piadoso é ilustrado médico Pablo Zaquías. Examinemos tambien la actual legislacion francesa y veremos asi mismo la intervencion y la parte que han tenido en su confeccion los Chaussier, los Foderé, los Mahon y otros célebres médicos de allende los Pirineos. ¿Cuántas disposiciones y leyes no se encuentran en nuestros códigos el Fuero Juzgo, las Siete Partidas, la Novísima Recopilacion, etc., etc. relativas á los hechos judiciales que demandan la competencia de los médicos? No hay más que examinar y hojear superficialmente los textos de las leyes, para ver con toda evidencia que el gran Hipócrates sirvió de guia y de faro en muchas partes, mereciendo el fundador de la medicina tal concepto á Alfonso el Sábio, que hace mencion gloriosa de él, en su famoso Código de las Siete Partidas. (1)

---

[1] Véase el texto de la ley: «Ipocras fué un filósofo en el arte de la física, et dixo: que lo mas que la muger preñada puede traher la criatura en el vientre son diez meses. Et por ende, si desde el dia de la muerte del marido fasta diez meses, pariese su muger, legítima, la criatura que nasciera, se entiende que es de su marido, magüer en tal tiempo sea nascida; solo que ella vivie-

Por último, ¿no vemos consultadas todos los dias las Academias y Facultades de medicina, para el esclarecimiento de muchos hechos judiciales que reclaman conocimientos facultativos? ¿No vemos depositar en esas tan sábias como utilísimas corporaciones la confianza y deferencia que la ciencia se merece? Pero, ¿á qué remontarnos á tan elevadas regiones, para comprobar nuestra afirmacion? Esos mismos humildes médicos de campo, ¿no son muchas veces la mano derecha de los jueces, la antoncha que alumbra la oscuridad de algunas causas criminales? ¿A cuántos inocentes no han librado de una larga é infamante pena?

No hace muchos años se perpetró un horroroso homicidio en este partido, cuyo crímen quedó envuelto en las sombras del misterio. Apareció, flotando en una profunda laguna, el cadáver de un negro, con una cabulla ó cuerda atada á la cintura. Identificado aquel, resultó ser un negro esclavo de una finca inmediata. Preso el dueño y los dos esclavos de la misma, declararon estos haber sido el matador su mismo amo, hombre de irreprensible conducta, valiéndose de un arma de fuego. Pues bien; de las declaraciones facultativas resultó no haber sido causada

---

se con su marido á la sazon que finó. Otro sí dixo este filósofo, que la criatura que nasciera fasta en los siete meses que solo que tenga su nascimiento un dia del seteno mes, que es cumplida y vividora, et deve ser tenida tal criatura por legítima del padre et de la madre que eran casados et vivian en una á la sazon que la concibió......mas si la nascencia de la criatura tañe un dia del onceno mes, despues la muerte del padre, non debe ser contada por su fijo.» [*Ley* 4ª *Tit.* 23 *part.* 4ª] Es decir, que la Ley declara legítimo al hijo nacido à los seis meses y un dia del casamiento, lo mismo que á los diez meses cabales.

la muerte por herida alguna, sinó por estrangulacion, arrojándose el cadáver á la laguna con una gran piedra ú otro objeto pesado, atado á la cintura. Las investigaciones posteriores vinieron á confirmar los datos de la ciencia; y el presunto reo, hombre de moralidad reconocida, no solo se libró de la afrentosa pena de un presidio perpétuo, sinó que quedó en su buena fama y opinion. Recayendo vehementes sospechas de ser los autores del crímen los dos negros, por sus reticencias, contradicciones y demás pruebas, aquellos dos desgraciados murieron en la cárcel, ántes de concluido el sumario, sin haberse podido esclarecer la verdad.

¡Cuántos hechos análogos á éste podríamos citar!

Los bienes y ventajas que la medicina legal y la toxicología, ramas utilísimas del arte de curar, han reportado á la sociedad en general y á los jueces en particular, son verdaderamente innumerables. ¿Cómo decidirán por sí solos, si la jóven desmelenada y llorosa que les demanda justicia ha sido realmente víctima de un estupro? ¿Cómo averiguarán si el fruto de un criminal amor ha debido su fin á la violencia, por salvar el honor? ¿Cómo indagar si las heridas fueron inferidas ántes ó despues de la muerte, y si la produjeron ó nó? ¿Cómo resolver si el líquido ó síntomas hallados en el estómago ú otras entrañas han podido ocasionar la muerte? etc., etc.

Si grande ha sido siempre la influencia de la medicina bajo el aspecto sanitario, como probaremos en otro artículo, no lo es ménos bajo el legal. Todo el mundo sabe que esas dos ramas ó dependencias, (la medicina legal y la toxicología) son, en manos del médico, un instrumento que engrandece y eleva

su ciencia á una altura inconmensurable, convirtiéndole en un sábio imparcial y autorizado, para el esclarecimiento de varios crímenes ocultos, en antorcha de la legislacion y de la justicia. Los servicios que presta todos los dias, consiguiendo que las ciencias médicas y los poderes públicos se consulten, podrán no ser apreciados por lo general, pero que se irán apreciando cada vez mas. ¿Quién no ha observado con emocion, con admiracion, la especie de juicio infalible con que á veces reviste á la justicia humana, en la investigacion de ciertos delitos, tanto mas cobardes cuanto mas ocultos? Habíase buscado inútilmente en las vísceras las pruebas del crímen: y él enseña á encontrar el testimonio irrecusable en los senos mas recónditos de la organizacion humana.

Ya la justicia, gracias á los progresos del arte, no está desarmada, ó mejor dicho, vacilante, dudosa ante el crímen: reacciones casi imperceptibles, indican los vestigios mas leves, mas fugaces del veneno vertido por una mano criminal; lo descubre en el organismo, aun cuando esté disfrazado por su mezcla con los alimentos ó con las bebidas, y los persigue en los humores animales y hasta en el fondo de nuestros tejidos, hasta en los mismos huesos, hasta en los últimos restos del cadáver.

Ya muchos malvados tienen que retroceder forzosamente, ante la perpetracion de un crímen, convencidos que quizás no lo podrán ocultar mucho tiempo sin que la ciencia lo descubra. Antes de que el gran Orfila le diera el ser que tiene á la Toxicología, ninguna obra de esta clase daba la menor idea de los delicados procedimientos inventados por ese hábil experimentador. Sabíase, sí, encontrar los ve-

nenos disueltos en el agua; pero cuando estaban mezclados con vino, leche ó caldo, ya no se les encontraba. Un descubrimiento de esta naturaleza, un adelanto tan innegable, es suficiente para la gloria de un sábio: y Orfila fué este sábio. (1) ¿Quién no ha oido hablar del médico Orfila, la honra del nombre español, como le llama Chomel, y el orgullo de los franceses?

¡Véase, pues, cuán útil, cuán grande, cuán sublime es la mision del médico sobre la tierra!

¡Lástima grande que tan honorífica y *gratuita* comision, tan comprometido como improductivo cargo, se convierta en una terrible espada de Damócles, que tiene siempre pendiente sobre su cabeza, por la inmensa responsabilidad que pesa sobre él, en los actos judiciales; mientras otros empuñan y blanden la del triunfo y de la gloria! (2)

(1) Berard. *Elogio fúnebre de Orfila.* París, 1853.

(2) Consuélense los médicos forenses de ese y otros *quid pro quos*, que acompañan á la facultad, con considerar, que no siempre la gloria de los grandes descubrimientos pertenece á sus legítimos autores. Un oscuro navegante, delineador de mapas ó cartas geográficas, á cuyo pié estampaba su nombre de *Américo*, por una anomalía estraña, inmortalizó su nombre, usurpando el del descubridor de América. Galvani y Lewenhoek, llevaron asimismo la palma de dos famosos descubrimientos, que han inmortalizado sus nombres; y sin embargo nada mas injusto; pues no fué el primero el que descubrió los movimientos de la difunta rana, es decir, el *galvanismo*, sinó un discípulo suyo, quien observó y estudió el fenómeno, dándole parte del hecho. Otro tanto sucedió con los animalillos de Lewenhoek, zoospermos, ó espermatozoarios. [V. Bourdon, *in Phisiol. comp.*] El famoso sistema de la *Hidrosudoterapia*, no fué debido tampoco su orígen ó descubrimiento á Priessnitz, aunque lleva su nombre, sinó á un pastor nómade, que le comunicó las virtudes curativas del agua [Trousseau]. En igual caso se encuentra el imperecedero sistema de Copérnico; pues este

Concluyamos este tema, lamentándonos con Virgilio:

Hos ego versiculos feci, tulit alter honores.
- - - - *Sic vos non vobis,etc.* (1)



inmortal astrónomo no fué el primero que pensó en hacer rodar la tierra y demas planetas en derredor del sol; sinó que mucho tiempo ántes que él, lo habian imaginado y consignado Pitágoras y sus discípulos Filolao, Aristarco y otros filósofos (V. Macarte y Diaz, *Trat. de naveg.*) Por último, los nombres de Salvá, Blasco de Garay, Francisco La Reina, Fr. Ponce de Leon, etc., inventores ó descubridores respectivamente del telégrafo eléctrico, del vapor aplicado á la navegacion, de la circulacion de la sangre, de la enseñanza de los sordo-mudos, etc., han sido eclipsados, absorvidos, por decirlo así, muchos años despues, por Morse, Wath, Fulton, Harvey, L'Epée, etc., presuntos autores de aquellos famosos descubrimientos. «Unos llevan la fama,» etc.

[1] Véase la nota [N] del *Apéndice*.



XX.

A pesar de cuanto llevamos expuesto y manifestado, creemos que esta parte de nuestro cuadro apologético quedaria imperfecta, manca, trunca y descolorida, ó falta de tono, como dicen los del arte, si no hiciéramos mencion de los servicios prestados por los médicos en tiempo de epidemias; y cuya omision nos echarian en cara (y con razon) los llamados por excelencia, bienhechores de la humanidad. Examinemos, pues, á la ligera ó á vuela pluma, lo que pasa en aquellas tristes y calamitosas épocas, aunque todo el mundo lo sabe ya por experiencia; pero que no estará de más el refrescar la memoria de los que guardan alguna prevencion en contra de aquella benemérita clase: *memoria excolenda augetur.*

Epidemia!.. A esta palabra fatídica se borran de la mente perturbada todas las calamidades, y nuestra exaltada imaginacion se representa con terror

lo frecuente de sus invasiones y el infinito número de víctimas que arrebata. Su aparicion, y la despoblacion que lleva en pós aquel azote, forman el cuadro mas lúgubre y espantoso. Mas, no es nuestro ánimo ni de la naturaleza de una simple memoria ú opúsculo, el pintar; sino simplemente el perfilar; bosquejar solo; recordar sumaria y sucintamente los incidentes mas dramáticos de aquella terrorífica época, que tienen conexion con el papel ó mision de que están encargados los médicos durante aquellas escenas de devastacion humana.

Desde el tiempo de los romanos, (y aun mucho ántes) hasta nuestros dias, se ha considerado siempre *la fuga* como el mejor y mas seguro remedio que puede haber contra el contagio. *In fuga invenio salutem*, ha sido en todo tiempo la gran panacea de las epidemias, de todos los peligros. Por aquellas remotísimas edades era ya conocido el *antídoto de los tres adverbios*, que se hizo un proverbio, componiendo con él el siguiente dístico:

Hœc tria tabificam pellunt adverbia pestem:
Mox, longé, tardé, cede, recede, redi.

Este fué el partido que tomó Galeno, segun informan algunos historiadores, en tiempo de Marco Aurelio, abandonando á Roma, para retirarse á Aquílea, y con cuya fuga, léjos de proporcionar algun alivio á sus semejantes, aumentó, como es consiguiente, el espanto general. En cambio, y como en compensacion de aquel acto de cobardía del célebre médico de Pérgamo, su antecesor, el inmortal Hipócrates, despues de rehusar las sumas inmensas que le ofreciera Antagerjes, para atraerle á sus es-

tados devastados así mismo por una epidemia, le contestó el divino viejo de Coos, estas solemnes y dignas palabras que la posteridad nos ha legado: "Tengo en mi país el alimento y el vestido que necesito, y los enfermos que necesitan de mí: nada mas, pues, me hace falta." En cambio, tambien, y como de contrapeso, ha habido otros que han llevado la abnegacion y el heroismo hasta la temeridad, como Degenettes, y Vallí, inoculándose la materia virulenta de la peste y otras enfermedades contagiosas, en pró de los adelantos de la ciencia. Nadie ignora los resultados tan felices que obtuvieron las experiencias hechas por algunos médicos en Siria, por los años 1829, con los cloruros, preparados en París por Labarraque, que tanto renombre y riquezas han dado á su autor. Otro de los *vice versas* (como dice Fray Gerundio) de la facultad; otro *sic vos non vobis* que corre parejas con el del artículo anterior. Como quiera aquellos valerosos experimentadores se pusieron las ropas de los apestados, purificadas con aquellas preparaciones, conservándolas sobre sí, por espacio de muchas horas, procediendo á las autopsias de los fallecidos por la epidemia. Prosigamos nuestro relato.

Vemos que á la sola palabra de *cólera*, por ejemplo, á muchos les entra diarrea, y la inmensa mayoria de habitantes apela á la fuga, sobrecojidos los mas, de un miedo invencible. ¡Solo los médicos permanecen impasibles en sus puestos! Se nos dirá con aire triunfante, que tambien las autoridades, empleados y otros, tampoco abandonan los suyos. Es verdad; mas reflexionad que los últimos proceden de este modo, en primer lugar, porque el deber

les impide lo contrario; y en segundo, porque obrando de otra guisa, perderian irremisiblemente sus sueldos y consiguientes empleos ó destinos, con los cuales cuentan para subsistir. Mientras los médicos, que son libres, sin que dependan de nada ni de nadie, (no hablamos de los que contraen sus compromisos) y dueños absolutos, por ende, de quedarse ó marcharse, jamás dejan de tomar la primera determinacion, por su propia y expontánea voluntad. A lo que se agrega, que no hay punto de comparacion con las autoridades y demás, por no hallarse éstas sujetas como aquellos, continuamente en contacto con los enfermos y muertos; es decir, con el contagio, con el verdadero peligro. (1)

Se nos objetará llevando la cuestion hasta el extremo, atacándonos hasta la última trinchera, que no es el principal móvil la humanidad, sino el lucro que reportan de aquellos calamitosos tiempos. Mas,

"Si buenas ínsulas me dan,
Buenos azotes me cuestan,"

como decia el gobernador de la ínsula *Barataria*. ¿Dejan por esto de prestar los mismos servicios

[1] Que no existe tal obligacion forzosa en el médico, como cree el vulgo, de permanecer en lugares epidemiados, y si solo un *deber moral*, nos lo dicen los autores de *Moral médica* y el célebre J. Frank, hablando de las enfermedades epidémicas: "Antes de encargarse el médico de ausiliar á los enfermos, debe examinarse á si mismo, con el fin de averiguar si es capaz de acometer semejante empresa. Reflexionará sus peligros, la esposicion de su vida; y si despues de este exámen, conoce que ha de redundar en su ventaja el sacrificarse por el prójimo y por su propia vocacion, entónces podrá optar y decidir por lo que mejor prefiera."

justamente en épocas que tan necesarios se hacen? ¿Y sobre todo, ¿no viven de esto? Y por último, ¿qué importan en todo caso los medios con tal que el fin santifique sus obras? ¡Ataque tan fútil como vulgar!

Preguntad á los Padres de la Iglesia del tiempo de Diocleciano, qué sueldo les pasarian á los médicos encargados de asistir á los atacados de la peste, declarando y pregonando que todos los fieles que se dedicáren á ayudar á los médicos en aquella meritoria obra, esponiendo sus vidas y haciéndose víctimas de la caridad, serian venerados los que sucumbieren, en los templos como los mártires: y efectivamente, todavia conmemora aquella fiesta el 28 de Febrero el *Martirologio Romano.*

¿Qué diremos de aquellos valerosos médicos, que á parte del valor, han sacrificado su fortuna, su bienestar, su porvenir y hasta su vida, marchando á lejanas playas, en busca de la peligrosa fiebre amarilla, de la mortífera peste y demas epidemias, con mas ardor aun, si cabe, que el que ponen los hombres en la fuga? Dignos son, por cierto, de alabanza, de admiracion los peligrosísimos esperimentos á que muchos se han sometido para resolver la agitada cuestion del contagio, solo por interes á la humanidad y adelanto de la ciencia, vistiéndose las ropas de los enfermos acabados de morir de tan terrible enfermedad, las mismas camisas impregnadas de sus sudores glaciales, y hasta inoculándose todas las materias susceptibles de inoculacion. (1)

[1] Sabido es, que el estudioso y desprendido Chervin, mártir de su celo científico, recorrió ambos mundos para estudiar á fondo el carácter de la fiebre amarilla y demostrar su NO contagio, ago-

Nada nos seria mas fácil que acumular hechos sobre hechos, para probar nuestro aserto, entresacándolos de los varios autores *ad hoc;* pero semejante empresa haria este trabajo interminable, que acabaria por hastiar á nuestros lectores; y nosotros nos hemos propuesto solo escribir unos cuantos artículos para su solaz y recreo. Si lo conseguimos bien; y sinó, tanto peor para ellos.

Nada mas fácil tampoco, que intercalar aquí unas cuantas páginas en estilo patético, sentimental ó conmovedor, dando rienda suelta á la imaginacion, pintando con vivos colores las lúgubres escenas de luto, lágrimas y desolacion que á todas horas ocurren en los hospitales y en el seno de las familias, durante aquellos aciagos dias, y á las que se vé obligado el médico no solo á ser simple espectador, sinó tambien á tomar parte en ellas; ora animando al enfermo, ora consolando al afligido; ya enjugando las lágrimas de la desdicha, ya prodigando auxilios á los necesitados, y teniendo para todos palabras de consuelo, de resignacion y de esperanza sin que nadie quizá le consuele á él. Y no se nos arguya con el dicho vulgar, de que poca mella le causan semejantes escenas por estar muy acostumbrado á ellas; que á lo malo nadie se acostumbra. (1)

---

tando su salud y su fortuna en penosas y atrevidas investigaciones, y muriendo al fin, sumido en la miseria y en la indeferencia auuque no en el olvido. No hay palabras con que encarecer tamaña abnegacion y sacrificio. *Sic vos non vobis*...(Véase la nota [Ñ] del *Apéndice.*)

(1) Es creencia general, que el ejercicio ó práctica de la medicina y en particular de la cirugía embotan la sensibilidad y endurecen el corazon. Embota, en efecto, aquella sensibilidad nerviosa pueril, que turba los sentidos, que aturrulla y hace perder la pre-

Nada, por último, mas fácil, que hacer una conmovedora descripcion de su agitada vida; sus incesantes desvelos; su firme valor y abnegacion en arrostrar los peligros y las fatigas; su inquebrantable constancia en prodigar á porfía los auxilios de su arte, y en observar y estudiar atentamente los resultados ó éxito de los remedios mas oportunos y recomendados.

En obsequio, pues, á la brevedad, no ménos que á la modestia médica, omitiremos aquellos cuadros, olvidados de puro sabidos, y pasaremos á hablar de otra clase de beneficios incalculables, que la ciencia ha prestado en todos los países, en todos los tiempos y á todos los pueblos, y sobre los que nos permitiremos llamar la atencion de nuestros lectores.



sencia de ánimo por cualquier accidente fortuito y grave; pero deja pura, intacta aquella otra sensibilidad del alma, que llamaremos voronil, que comparte el sufrimiento, que se identifica con él, que consuela, que alienta el ánimo abatido, y que no escluye de ningun modo la sensibilidad para socorrer al necesitado, ni la serenidad para ausiliar y atender con calma un accidente imprevisto é inminente, con inalterable sangre fria.



XXI.

Es una verdad innegable y de todo punto incontrovertible, que las epidemias que tan frecuentes eran antiguamente, y que tan horrorosos estragos ocasionaban, son mucho más raras de dia en dia y y mucho ménos mortíferas, á beneficio de las innovaciones que ha habido sobre el particular, á favor de la época actual, debido á la aplicacion inmediata de los trabajos de la ciencia, es decir, de los médicos. (1) Ya no leemos hoy dia con horror aquellos horripilantes versos esculpidos en un fúnebre monumento de la antigüedad:

"En mil trescientos cuarenta y ocho
De cien personas solo quedan ocho."

(1) Desde la Era cristiana hasta el siglo XVII, la Europa esperimentó *noventa y siete* grandes epidemias. Durante aquel, se manifestáron *catorce* veces; y *ocho* solamente en el siglo pasado. (V. *Noticia histórica de las pestes y epidemias*, etc. Barcelona,—1853.)

Los límites de estos lijeros apuntes no nos permiten tampoco hacer una reseña de los remedios, muchos de ellos en extremo bárbaros, con que pretendian los antiguos aplacar la cólera del cielo. Nuestro siglo presenta estraños contrastes con aquellos tiempos de tan chocantes tentativas y monstruosas aberraciones humanas. Increibles nos habrian de parecer aquellas bárbaras costumbres y escenas de horror, si no las viéramos confirmadas por muchos autores antiguos y las crónicas de la edad media, y que la antorcha de la civilizacion, aunada con los esfuerzos y adelantos de la ciencia han desterrado completamente.

Ya los reyes de Egipto, no acostumbran bañarse en sangre de los niños tiernos, con objeto de curarse el mal de la lepra; ni tampoco echar de sus casas á los infelices atacados de esta enfermedad y confiscarles sus bienes, por *reputárseles por muertos*; ni tampoco se les obliga á llevar ridículo y afrentoso sayal con la tablilla colgada para que todo el mundo los pudiese conocer y apartarse de ellos, como animales dañinos. Tampoco la Iglesia romana instituye en nuestros tiempos exhorcismos y ceremonias religiosas para la introduccion, encierro ó clausura de los leprosos ó lazarinos en los hospicios ú otros lugares aislados que les habian de servir de sepultura. El clero los conducia en procesion, despues de haber celebrado por ellos *el oficio de difuntos!* .... Pasaron ya aquellos ominosos tiempos, para no volver más, en que se les intimaba, en unas partes la expresa prohibicion de "no parecer en lo sucesivo en las iglesias, ni dejarse ver en las férias ni mercados, ni ménos acompañarse con gente sana, bajo pena de

muerte." Pasaron ya aquellos tristes dias, en que el cura de la parroquia, todo amor, paz y caridad, les amonestaba severamente "no poder entrar en ninguna casa; ponerse siempre á sotavento y á gran distancia para pedir limosna; ni mirar á los pozos, ni á las fuentes, ni ménos sacar agua de ellas; ni de andar descalzos, ni pasar por calles estrechas, ni tocar á los niños, ni mucho ménos el darles cosa alguna," etc. etc. En otras partes, caso de escaparse de sus guaridas, donde se les encerraba ó sepultaba en vida al momento se oia tocar á rebato, ó como si dijéramos *á somaten*, y se les perseguia por todas partes como á una fiera, pagando su delito con la vida. (1)

Ya no hay judíos tampoco, en nuestros dias, que como en el reinado de *Luis Huttin*, sean acusados de envenenar las fuentes y concluir tratados con los leprosos, aplicándoles la pena de ser quemados públicamente. En Basilea, fueron encerrados un gran número de aquellos desgraciados en un gran edificio de madera construido de intento á orillas del Rhin, y en él fueron abrasados vivos.

Ya no se ahorcan tampoco, en nuestra época, los infelices mendigos tanto sanos como enfermos, para que en tiempo de carestía no se mueran de hambre!

---

(1) Acerca de esos desgraciados enfermos, refiere la *Crónica de Limbourg*, hechos conmovedores. Uno de los mejores poetas del siglo XIV, fraile descalzo aleman, nos ha trasmitido en interesantes versos, las tiernas quejas, los sentidos lamentos, el cuadro de los sufrimientos de los infelices leprosos de aquella época. Relata el mismo, que buscando asílo á lo largo del Rhin, se veia desechado por las gentes, arrojado de todas partes porque *no estaba sano!..* hallándose solo en el mundo; pues desde sus puertas, todos le hacian señas al pobre fraile de que se alejára.

Refiere el *Univers*, periódico religioso de París, que despues que Enrique VIII de Inglaterra hubo cerrado los conventos, habiendo quedado en la miseria multitud de cultivadores, trabajadores y demas que alimentaban aquellas órdenes monásticas; y no sabiendo como desembarazarse de aquella estensa plaga, decretó que fueran ahorcados todos los que pudieran ser habidos. Pusieron manos á la obra los verdugos, y en poco tiempo habian ejecutado mas de *setenta mil mendigos*!... (Nº del 20 mayo, 1847.)

Nuestra legislacion moderna, mas en armonía con la ciencia y la civilizacion, no réputa ya, como Salon, por *infame*, á la viuda que se casaba por tercera vez, (Monlau); ni tampoco se practica ya la asquerosa operacion de cercenar el *clítoris* á la mujer adúltera, en pleno tribunal público, segun Hollick, por considerarlo como el órgano de la sensualidad, *œstrum veneris*; ni impone, como el legislador hebreo pena de muerte á los cónyuges que usan legítimamente de su derecho matrimonial, durante el período ménstruo (1); ni ya la inflexible *Ordenanza militar* pone en práctica hoy dia los terribles castigos de ahorcamiento, descuartizamiento y ser quemados luego, á los pobres soldados convictos de crímenes nefandos.

Tampoco entre nosotros, son ahogados entre colchones ó desangrados en un baño los infelices atacados de la hidrofobia; ni se quema ya á los locos, brujos, hechiceros y endemoniados, ni ménos á los

---

[1] *Qui coierit cum muliere in fluxo menstruo ... interficientur ambo in medio populo.* (Levitico—XX.)

herejes, por una *Santa* Inquisicion. (1) Nuestra cirugía moderna, no practica ya tampoco, la castracion para curar los leprosos; ni igual mutilacion tiene lugar para la cura radical del hidrocele y la hernia inguinal; ni se inyectan líquidos irritantes en las heridas de vientre; ni se practican las amputaciones con cuchillos hechos ascua, por temor á la hemorragia; ó bien de un solo golpe con una segur, hacha ó instrumento análogo; ni en las operacion de la paracentesis ó hidropesía se usa un punzon de hierro candente; ni se abandona á los desdichados enfermos atacados de carbunclo, como destinados á una muerte cierta; ni se usa ya en los manicomios de argollas y cadenas para sujetar á los dementes; ni se amarran fuertemente los pies y las manos de los enfermos en que hay que practicar la operacion de la talla; ni los operadores modernos usan de aquellas túnicas sangrientas y patibularias y enormes cuchillas, cuya sola vista horrorizaba mas que la misma operacion á los desventurados pacientes; ni las fracturas y luxaciones, se reducen y reponen con aquellos terroríficos aparatos y máquinas con poleas y garfios parecidos á los del *infernal* Santo-Oficio, y cuyos grabados se ven en algunas antiguas obras de cirugía; por último, ni se instila aceite hirviendo en las heridas por armas de fuego, para destruir el veneno de la pólvora, etc.

Así mismo el abandono ó falta absoluta de la higiene pública, daba lugar antiguamente al desarrollo y propagacion de numerosas enfermedades endémicas y epidémicas que asolaban las poblaciones.

[1] Véase la nota [O] del *Apéndice.*

Léese en las diferentes crónicas y Anales de la Edad Media y antigua, las horrorosas epidemias que diezmaban las comarcas donde se diera alguna batalla. Igualmente, el gérmen del contagio que una multitud de pobres mal alimentados y peor vestidos, y entregados al mas brutal desórden y vagancia llevaban consigo, desarrollaban y propagaban los mayores grados de infeccion, por falta total de precauciones sanitarias, y carencia absoluta de aquella bienhechora rama de la medicina llamada higiene.

El escorbuto, que con tanta frecuencia arrebataba la mitad de las tripulaciones en otro tiempo, no es hoy dia mas que una sombra, un espectro, un recuerdo de lo que fué en la época de los navegantes Vasco de Gama, Cock y Magallanes, y en que "los marineros nc se ocupaban casi en otra cosa sino de echar cadáveres al mar," segun refiere el historiador Mocquet, en su relacion del viage de la flota portuguesa que en 1608 iba de Lisboa á Mozambique.

La preservacion de las viruelas por medio de la vacunacion ha salvado millones de vidas, desde su descubrimiento en 1798 por el inmortal Jenner, la honra y la gloria no solo de Inglaterra, sino del mundo entero; y cuyo descubrimiento, despues de trece años de penosas é incesantes investigaciones, ha colocado á ese famoso médico en el lugar mas prominente entre los primeros bienhechores de la humanidad. Antes de adoptar el método de la vacunacion y revacunacion, las viruelas eran consideradas, principalmente en Europa, como uno de los azotes mas frecuentes y horrorosos que diezmában la humanidad. En 1720, solo en París, murieron de ellas veinte mil habitantes en el espacio de algunas semanas.

Hoy dia muere de ellas únicamente el que quiere.

Igualmente los asquerosos y terribles accidentes que el mal venéreo ocasionaba antiguamente, eran considerados como un justo castigo del libertinaje y la prostitucion. Sus horribles estragos eran atribuidos á la ira del cielo: creencia supersticiosa fomentada por los mismos sacerdotes y teólogos, segun el antiguo sifilógrafo Fritze. De aquí las frecuentes procesiones, las rogativas públicas, los ayunos, abstinencias, etc., con cuyas prácticas religiosas pretendian aplacar la cólera divina. En nuestra época, no vienen ya á contristar los ánimos aquellas lúgubres ceremonias, ni el triste aspecto de tantos enfermos que invadian los hospitales y grandes poblaciones, llevando por dó quiera impresas en sus cuerpos macilentos la reliquia plu al de tan vergonzosa afeccion, y á la qué, muchos sucumbian lentamente entre los mas atroces padecimientos. Los profundos estudios emprendidos contra ese cruel azote de la juventud y del celibato, por muchos médicos modernos, especialmente por el célebre Ricord, han reducido esa secreta enfermedad casi á la impotencia.

Del mismo modo, la disminucion de la frecuencia y actividad de las enfermedades populares, ya no admiten la menor duda. Esta mejora de la salud pública, ese gran paso de la civilizacion, se debe igualmente á la ilustracion y laboriosidad de los médicos. A ellos son debidos tambien los adelantos económicos é industriales, las mejoras en el régimen de vida y en la eleccion de los mas sanos alimentos en las grandes masas de hombres, como en los ejércitos y tripulaciones; como así mismo los progresos de la

agricultura. Muchas comarcas desiertas se han poblado en nuestros dias, despues de haber secado inmensos estanques y multitud de lagunas, que en los siglos anteriores eran focos de tantas enfermedades endémicas, epidémicas y mortíferas, dando pábulo á otros tantos contagios, como nos describen las crónicas de la Edad Media, y cuyas relaciones estremecen.

La moderna construccion de los edificios, la limpieza, el aseo, la ventilacion de los mismos y de las calles; el alejamiento de los focos de infeccion, como mataderos, tenerías, muladares, cementerios, etc., son asímismo condiciones físicas é higiénicas que prueban la utilidad de los Reglamentos sanitarios. El haber colocado á distancia y á sotavento de las poblaciones los campos santos, y la prohibicion de las inhumaciones en las bóvedas de los templos, por consejo de las sabias corporaciones científicas, fué una de las mas felices reformas de nuestro siglo; juntamente con el establecimiento de lazaretos y cuarentenas.(1)

---

[1] «Se deben construir los cementerios, dice la *Real Cédula* de 28 de Junio de 1804, fuera de las poblaciones y á distancia conveniente de estas, en parages bien ventilados, y cuyo terreno por su calidad sea el mas á propósito para absorver los miasmas pútridos, y facilitar la pronta consuncion y desecacion de los cadáveres, evitando aun el mas remoto riesgo de filtracion ó comunicacion con las aguas potables del vecindario: y como el exámen de estas circunstancias pende de conocimientos científicos, deberá proceder un reconocimiento exacto del terreno ó terrenos que parezcan proporcionados, practicado por profesores de medicina acreditados.»

Aprovechándose los médicos de la consternacion y espanto producidos por las epidemias y mortandad á principios de este siglo,

A los médicos, por último, es debido el que se extingan de dia en dia, más y más los infinitos gérmenes de contagio y de mortandad, por la inmediata aplicacion que hacen los gobiernos de los varios métodos curativos, con que de contínuo se enriquece el arte de curar; y sin los cuales, indudablemente la mortalidad sería *doble ó triple* en nuestros dias, como lo fuera en otras épocas lejanas. Tan extraordinarios como indisputables beneficios, se deben única y exclusivamente á los incesantes esfuerzos de los médicos, aparte la misericordia divina.

Concluyamos tan interesantes párrafos, dignos de la mayor publicidad, con las siguientes reflexiones, que á este propósito hace el erudito y elocuente Virey, en su *Historia natural del género humano.*

"Contemplando los pueblos antiguos, bajo el punto de vista de las enfermedades, nos parece columbrarlos como al través de un fúnebre é inmenso velo que cubre nuestro globo. Con todo, la medicina ha sabido alejar de sí aquellas causas locales de destruccion. Engrandécese aquella cada dia más, al sabio impulso de la ilustracion y del encumbramiento de las artes, de la industria y del comercio; y apoyándose en las leyes de la higiene, ofrécele esta parte de la ciencia una mano bienhechora que la saca del atolladero de las enfermedades... No parece sino que á ejemplo del Hércules de la fábula, dome-

persuadieron á los gobiernos de esa reforma saludable, desterrando añejas preocupaciones, sostenidas por un fondo de mal entendida piedad; á pesar de cebarse contra ellos la murmuracion y la crítica de los fanáticos, provocada y sostenida por una parte del clero. A pesar de todo, su instalacion se llevó á cabo.

ña y destruye los monstruos que amagan el exterminio sobre la tierra."

¡Felix, qui potuit rerum cognoscere causas!





SEGUNDA PARTE.





XXII.

La medicina es gran carrera
para el que no depende de ella.

Veamos ahora de resumir á grandes rasgos, todo cuanto hemos expuesto hasta aquí, para sacar las consecuencias legítimas, que naturalmente se desprenden de los anteriores artículos; es decir, su conclusion franca, imparcial y desapasionada, que apoyaremos con algunas consideraciones, hijas de la observacion y de los hechos.

Hemos visto los importantes beneficios que reportan los hombres de la medicina, y que hace sea considerada como la mas noble y útil de todas las artes y ciencias.

Hemos considerado al médico, como á un sér casi sobrenatural, digno no solo del aprecio universal por sus inmensos é incesantes servicios á la humanidad,

sinó tambien por sus grandes virtudes, tan envidiables como poco conocidas, y que le hacen acreedor á ocupar en la sociedad, el primer rango entre los mas distinguidos.

Hemos hecho un análisis de los principales inconvenientes, sacrificios, trabajos é ingratitudes anexas á su facultad.

Hemos manifestado, por último, cuanto tienen que agradecer los legisladores, los gobiernos y los pueblos á los constantes é ímprobos trabajos del arte, cuyos adelantos contribuyen poderosamente á la civilizacion no ménos que á la conservacion de la especie humana.

A tan inconcusas pruebas, á tan esclarecidos hechos, á tan extraordinarios servicios que harian del médico una especie de divinidad, un semidios si su arte estuviere algo mas adelantado y fuera mas apreciado; á las incuestionables ventajas de que goza sobre todos los demas hombres, como son: salud, longevidad, consideracion social, independencia, frecuente trato personal, profunda experiencia, sangre fria, ilustracion, mucha filosofía, estimacion pública, vivas satisfacciones, etc., etc.; agregaremos, para no dejar nada atras, la brillante pintura que de su profesion ha hecho el jóven y entusiasta escritor D. Eusebio Castelo y Serra, báchiller en medicina y cirugía.

"¡La Medicina!--exclama: ¿sabeis lo que és la medicina? El que llega á poseer algun dia el título de médico, ya puede reirse de los reveses de la fortuna; porque no hay que darle vueltas: la medicina ha sido siempre, es y será la profesion mas socorrida. ¿Cuándo, cuándo podrá morir de hambre un médico? Me

rio yo, de los abogados, de los curas, de los arquitectos, etc., tratándose de los médicos. Ya todo el mundo está cansado y desengañado de pleitos y de demandas, y cualquiera prefiere renunciar al derecho mas santo y legítimo, ó al cobro de la deuda mas sagrada y justificable, á meterse en bromas de citaciones, juicios, pruebas, expedientes y otras socaliñas, cuyo último resultado suele ser siempre la pérdida de los intereses, del tiempo, la paciencia y ....algo mas.

"Por otra parte, en nuestros dias, la fé...que es la base de la religion, el apoyo en que descansa, se halla tan decaida...en fin, basta decir que los sacerdotes se encuentran hoy, si se quiere, en peor estado aun, que los jurisconsultos...apénas tienen que comer, los infelices!....y poco mas ó ménos sucede con todas las demas clases de la sociedad; pues solo dos clases de personas prosperan hoy dia y lo pasan bien: los bribones y los médicos....

"Apénas concluye un jóven su carrera, ya puede echar á volar por donde quiera; desde la aldea mas miserable hasta el mismo palacio de los reyes y emperadores, todo el terreno es suyo, y en ninguna parte le falta que comer. Con su título, unos cuantos libros y su bolsa de cirugía, va libre como el aire, por donde quiere, ganando dinero. Él y solo él, tiene la facutad, el privilegio de vivir donde mas le agrade y mejor le acomode, y satisfacer sus especiales inclinaciones. Si no le gusta un punto, se muda á otro: si no le va bien en uno, busca otro en que le vaya mejor. Si tiene aficion á la milicia, se hace *físico* de un regimiento, y cuenta ya con una paga segura y decente; además de la consideracion de que goza

entre los oficiales y soldados. Y luego la facilidad de viajar é instruirse; las diversiones la vida alegre, y ociosa del militar, en tiempo de paz; y en tiempo de guerra los ascensos, las condecoraciones; su retiro cuando viejo, etc., etc., sin contar que cualquier dia tropieza en sus correrías con alguna rica heredera.. Si por el contrario prefiere, el reposo ó la tranquilidad de un pueblo, nada mas fácil. Establecido en un punto que le convenga, ¡que posicion tan envidiable la suya! Él, el cura y el alcalde son los dueños de toda la poblacion; pero en particular él, por su mayor confianza en todas las casas; conoce todos los vicios y flaquezas; posee todos los secretos; penetra en las interioridades de todas las familias, y es el que tiene á su disposicion la salud de los particulares: en fin, es el mas agasajado, apreciado y respetado...

"Pues no digo nada de los regalos y presentes! La mejor fruta, las mejores hortalizas, la mejor carne, las mejores aves, el mejor vino, todo es para él. Por Navidad, ni se pregunte; en una palabra: á la casa del médico van á parar las mejores producciones del pueblo y sus contornos.

"Pero, donde sobre todo, hay que ver al médico, es en la Córte. El que prefiere quedarse en ella, ya sabe lo que le espera. Desde luego, empieza por visitar sus antiguas relaciones, y ya no hay quien le quite su medio peso por visita, con lo cual y en poco tiempo y con ménos trabajo, puede vivir holgadamente. A los dos ó tres años de práctica, (y aun mucho ántes) se echa birlocho, y desde entónces tiene ya asegurado su porvenir; pues empieza por esta sola razon, á cobrar las visitas á duro; y aunque

no haga mas que diez ó doce al dia (que no es mucho que digamos) puede reunir al cabo de pocos años, un capital decente. No hay mas que ver las casas de los que llevan algunos años ejerciendo la profesion. ¡Qué casas!....¡qué muebles!....¡qué bibliotecas!....¡qué instrumentos!....¡qué trato!... ¡qué lujo!"....etc. (1)

Pues bien; á pesar de tan halagadora descripcion, y de todas las ventajas y egregias cualidades que adornan al médico, y de la inmensa superioridad de su profesion, creemos de buena fé, que el mayor error que puede cometer un padre, es dedicar un hijo á la medicina....

¡Pásmense ó nó, nuestros estupefactos lectores! Pero, tenemos la certeza y poseemos la conviccion de que si naciéramos dos veces, ó resucitásemos de las cenizas como el ave Fénix, de cien medicos, los noventa no volverian á abrazar su profesion. Mas, desgraciadamente el desengaño llega tarde; llega como á los réprobos: cuando *nulla est redemptio;* ó como el caballo de la fábula;

(1) Véase la *Gaceta médica de ambos mundos*, tomo 3º «¡Lástima grande no sea verdad tanta belleza!...» como diria Argensola. Mas adelante ya veremos el reverso de esa hermosa medalla de oro...pel. Seducido el pintor de este halagüeño cuadro, como tantos otros jóvenes inexpertos, no dejará de lamentarse, mientras escribimos estos renglones, de su mala suerte y peor eleccion, abrazando una carrera, que quizá no ha sido de su vocacion; y para la cual se requiere toda la del sacerdocio y toda la fuerza de una voluntad perseverante é inquebrantable, sin otro móvil que la risueña esperanza de un porvenir que muy pocos realizan; y al cual solo se consigue llegar por una senda de abrojos, y á costa de los mas penosos sacrificios imaginables.

"Tarde conoce el triste su pecado;
Pues tiene que llevar mal de su grado,
La carga y aparejos todo jumto:
Item mas; el pellejo del difunto."

¿Qué misterio es éste que, al parecer, encierra tan estravagante contradiccion? ¿Cómo rasgar de una sola plumada el "cuadro apologético del médico?" "Ni cómo concebir que se hunda lo que tanto se ha ensalzado? ¿Cómo, finalmente, explicar semejante anomalía?.. Contradiccion aparente, que sin embargo no tiene nada de contradiccion. Dudas y preguntas á las que iremos contestando, y que procuraremos desvanecer con observaciones fundadas en la exactitud de los hechos. *Facta loquuntur.*





XXIII.

La proposicion enunciada, que á unos parecerá extraña y á otros *insensata* y á la inmensa mayoría de médicos exacta y fundada, da lugar á un mundo de reflexiones. Reflexionemos, pues, sobre el juicio asentado en nuestro artículo anterior, á fin de evitar comentarios sobre el estado de nuestras facultades mentales.

Nadie ignora aquel conocido cantar:

"Hay cosas que al parecer,
Suelen parecer no siendo..."

Con efecto: muchas cosas buenas en apariencia, suelen ser en el fondo detestables. Así, un hombre malvado, puede presentar todas las apariencias de un santo varon, de lo que citaremos algunos ejemplos luego; porque no es el hábito el que hace al monje,

ni el exterior prueba siempre el interior, ni los sistemas de Gall, Lavater, Camper (1) y otros han llegado á la altura que sus autores pretenden, ni podrán aspirar nunca á tanto honor, mientras haya diplomáticos y cortesanos en el mundo; es decir, mientras los hombres posean la máscara del engaño y del disimulo; en una palabra, mientras haya cómicos. Y como

"Este mundo es un teatro,
Los hombres cómicos todos."

como dice un eminente crítico, (2) he aqui una prueba plena de lo que decian los lógicos antiguamente: *sensus externi non sunt tutusimé veritatis criterium*, que para los que no son lógicos ni entienden latin, traduciremos de este modo: "¡mucho ojo, que la vista engaña!..."

Sucede con frecuencia, que á primera vista, la conversacion de una persona nos cautiva. nos encanta, se recomienda con sus buenas formas, su agrado, sus modales y su porte; que:

"Buen porte y buenos modales
Abren puertas principales,"

y despues de tratada y de profundizar algo su carác-

(1) Véase la nota [P] del *Apéndice*.

[2] «Probaros hé de mil modos,
Como dos y dos son cuatro.
Que este mundo es un teatro
Los hombres cómicos todos.»
(*Teatro social* de Fr· Gerundio.)

ter y calar sus *intenciones*, se nos hace antipática, detestable y repulsiva.

¿Quién no se ha encantado y estasiado alguna vez ante los hechizos y gracias de alguna seductora sirena ó harpía? ¿Cuántos de nosotros dejamos de creer en el amor y debilidad de las mujeres y en la *santidad* del matrimonio? Ninguno quizá; sin embargo, está averiguado y puesto fuera de duda que:

"De cada cien solteras
Solo diez aman de veras,
Y de cada cien casadas
Las noventas son bragadas.
Jóvenes que jurais amor eterno,
Aprended el camino del infierno!"

Lo propio sucede con muchas profesiones, artes, empleos, etc. Halagan y ceducen, por sus apariencias, y luego de conocidos y probados se aborrecen; embelesan á los incautos é ignorantes, y atosigan á los experimentados y *ensayados* ó avisados; seducen al vulgo, que no vé mas que con los ojos de la cara, ó como dice el mismo, "con la vista de los ojos", que no está en antecedentes, y que solo juzga por lo que vé. Pero desengañan al hombre pensador, al filósofo, que sabe guiar sus impresiones por el criterio; es decir, por el medio de conocer las cosas; y la verdad en las cosas es la realidad.

Léase el caso de "El despeñado" de Balmes, (1) y el folletin de Felicia, titulado "No fieis en apa-

---

[1] *Criterio*, pág. 126

riencias", la causa célebre de "la viuda Lerouge," (1) y otras mil publicaciones de referencia, y os convencereis de cuán fácil es á veces el cojer el rábano por las hojas, como se dice vulgarmente; de cuanto abundan los *quid pro quos.* ¿Cuántos inocentes no han subido al patíbulo, condenados por terribles apariencias? ¿Cuántos lunáticos, embaucadores y hasta malvados han pasado por santos? No podemos extendernos sobre este y otros particulares, que harian de este sucinto trabajo el cuento de nunca acabar; no obstante, citaremos dos ó tres casos, por su originalidad y rareza, que lográron engañar mañosamente á mucha gente y por espacio de muchos años, y hasta á los mismos ministros del altar, con sus apariencias de santidad. Afirma el Padre Feijoo, que tamañas monstruosidades, en efecto, se han reproducido en el mismo seno de la Iglesia. Tanquelino, hombre dado á todo género de maldades, fué venerado por santo, por todo el pueblo de Amberes, en tanto grado, que guardaban como reliquia el agua en que se habia lavado, etc., Tambien la Iglesia de Limoges, celebró solemnemente por espacio de mucho tiempo, con rezo propio, (que aun se lee en el breviario antiguo de aquella Iglesia) á Eusebio Casariense, que vivió y murió en la heregía arriana. Igualmente, en fin, la Iglesia de Turon, veneró, asi mismo, á un ladron por mártir, erigiéndole un altar.

---

(1) Esa escelente obra, que deberia poseer todo abogado. encierra una elocuente leccion para los jueces, enseñándoles su contenido, cuánto tienen que desconfiar de las apariencias, y «cuán poco prueba el testimonio de los sentidos,» como observa juiciosamente uno de los principales personajes de ella, el tio Jabaret, [á] *Mira-claro.*

Véase, pues, cuán amenudo nos engañan las apariencias, en vista de tales hechos y observaciones. Apliquemos el caso al médico, que una cosa muy parecida viene sucediendo con su profesion: seduce, halaga y engaña al que no tiene un conocimiento de ella; de tal modo, que, el que no es médico envidia al que lo és; que es patrimonio y condicion de los mortales, el *nemo contentus súa sorte.*

Con nada, creemos, podríamos comparar mejor la medicina, que con el matrimonio: "embeleso de los solteros y desengaño de los casados." Y asi como ese sacramento ha sido siempre la tumba del amor, aquella profesion lo es de las ilusiones del estudiante en medicina.

Desalado siguiendo con ardor,
El fantasma halagüeño del error.

Levantad el manto seductor de su tálamo nupcial, y hallareis debajo el lecho de Procusto. El médico que renuncia á su facultad, no viene á ser mas que un amante desengañado, ó un viudo escamado, que ha escarmentado en cabeza propia; y como nadie escarmienta en la agena, habrá médicos y maridos mientras haya hombres.

"*Craignez d' un vain plaisir les trompeuses amorces,*" nos dice el gran Boileau: "desconfiad de los mentirosos halagos de un vano y ficticio placer." No nos fiemos, pues, de ilusiones engañosas, que nos inducen á formar falsos juicios. Tal sucede con la medicina.

Ni se nos eche en rostro el conocido refran: "cada uno habla de la feria segun le vá en ella," que tal apotegma no reza con nosotros, por la poderosa

razon de que, nuestra mision no es la de andar en férias, sino sostener fielmente la balanza de la Justicia; no como han pintado impropiamente á esta diosa los antiguos, con los ojos vendados, sinó quitado el *binóculo*, para poder observar atentamente cual es el platillo que sube y cual es el que baja. Desgraciadamente el de los inconvenientes se halla en este último caso! Las leyes de la gravitacion general de los cuerpos, lo atraen irresistiblemente hácia el centro de la tierra, por su mayor pesantez ó gravedad.

Previendo, empero, que se nos ha de objetar que ya pasó el tiempo del *magister dixit*; que nuestras palabras pueden ser palabras al aire; que no son tampoco palabras de oráculo, ni menos de rey; y que plumas y palabras el viento las lleva; y que á palabras necias oidos sordos, etc.; y no siendo los nuestros de mercader; penetrados ademas de que nadie está obligado á creer en la palabra de otro; pues como decia Galeno: "no creo á Hipócrates por sus palabras, sinó que alabo su doctrina fundada sobre sólidos principios," (1) teniendo, por último, en consideracion, tan sabias máximas y prudentes principios; y partidarios, como el que mas, de la *duda filosófica* ó cartesiana, entremos sin mas preámbulos y reticencias á desarrollar nuestro tema.

Mas, antes de abordar tan delicada cuestion, permítasenos hacer una pequeña advertencia preliminar, á guisa de proemio. Convenimos desde luego en que, como en este mundo ha de haber de todo, (pues si no fuera así dejaria de serlo) hay algunos médi-

[1] *Afor. et Pron. Hipócr.* 1847.

cos, hijos mimados de la fortuna, que ocupan una posicion social asaz envidiable, debida las mas veces á la caprichosa suerte que á la ciencia, que no cambiarian por ninguna otra; y que si algun ligero disgusto ó mortificacion propia de la facultad, alguna pasajera nube viene á anublar momentáneamente su dicha y bienandanza, se disipa muy pronto al suave soplo de los constantes é infinitos goces que le proporciona su brillante reputacion. Así como hay casados que no cambiarian sus goces y satisfacciones de la vida conyugal por el soltero mas felíz del mundo. Concedemos y confesamos que un médico que está muy acreditado en una capital, sea envidiada su posicion social, científica y económicamente considerada, y que en este caso, sea un verdadero placer ser médico, como dice Hanhemann; en cuya circunstancia, no hay duda que las ventajas y atractivos superan infinitamente á los inconvenientes y á las dificultades que acarrea la profesion. No se trata, empero, de ellos, hablamos siempre en general: se trata de la inmensa mayoría que constituye la regla general y de los del campo en particular. Hecha esta pequeña salvedad, que hemos considerado de la mayor importancia, entremos en materia.





XXIV.

Al equiparar la medicina con el santo sacramento del matrimonio, si no la mas santa, al menos la mas sabia y útil de todas las instituciones humanas, creemos no haber andado muy desacertados.

En efecto, de aquella útil y bienhechora ciencia, podríamos decir lo que aquel filósofo solteron del séptimo sacramento de la Iglesia: quien habiendo escrito una obra apologética sobre el mismo, ensalzando su santidad, utilidad é inefables dulzuras hasta las nubes, y ponderando sus inmensas ventajas sobre el triste y desvalido celibato, al ser preguntado que como era que siendo un defensor ardiente y tan acérrimo partidario del *estado perfecto*, hubiese permanecido soltero, contestó: "que si bien reconocia y confesaba que eran muchas las ventajas del matrimonio, eran muchos mas los inconvenientes." (1)

(1) Véase la nota [Q] del *Apéndice*.

Pesaremos, pues, escrupulosamente los principales inconvenientes que entraña el ejercicio de la profesion, y los iremos colocando á granel en el platillo opuesto al de las ventajas de que hemos hecho mérito ya, y nos pasmaremos de su rápido descenso, de su enorme desnivel.

Haremos observar ántes, que una de las cosas que nos han llamado siempre la atencion, incomprensible quizá para los profanos en el arte y para los indiferentes, por no estar en autos, ha sido el cambio de frente operado por casi todos los médicos, cuando cuentan con otros medios de subsistencia, aparte de la facultad. ¿En qué consiste semejante *evolucion expontánea?* ¿Cómo se explica ese abandono de la profesion, tan luego como pueden prescindir de ella? ¿No es una prueba tácita, pero elocuente, de que en vez de ser un campo ameno, sembrado de flores, visto en lontananza, no es otra cosa que un vasto erial cubierto de abrojos y espinas? ¿Será esta la razon de que la flor y nata, la espuma, la aristocracia de la medicina, como son: los médicos de la Real Cámara, los de títulos de Castilla, los catedráticos, los de la Armada, los castrenses, los de sanidad, los ricos, etc., se retraigan, cuanto pueden, de visitar al público? ¿Ni qué otra razon ni motivo, ni explicacion puede darse? ¿Por qué en todos los oficios, artes, profesiones, ciencias, ocupaciones, empresas, *é tutti cuanti*, no vemos sucede otro tanto? ¿Cuántos negociantes, abogados, boticarios, industriales, comerciantes etc., se retiran de sus negocios despues de haberse enriquecido? Pocos, muy contados. A la inversa de los médicos, que solo un pequeño número, una insignificante minoría continuarian

dedicándose al ejercicio de la profesion, si los restantes pudiesen prescindir de ella, como nos enseña la experiencia diaria. ¿No vemos los mas famosos abogados, que son los que mas trabajan? ¿No vemos á muchos boticarios, que no conformes con poseer una botica aspiran á dos ó más, pudiendo trocar sus drogas por las comodidades de una vida tranquila y sedentaria, libre de desazones y quebraderos de cabeza, y sin necesidad de respirar un ambiente impregnado de miasmas nauseabundos? ¿No observamos, por último, otras muchas clases de la sociedad, en análogas circunstancias, y que pudiendo disfrutar de una vida holgada y placentera, exenta de los azares del mundo, continúan, no obstante dedicándose con creciente afan á sus ocupaciones ó negocios?

Seguros de que el criterio de nuestros lectores no necesitará de ejemplos que les convenzan de la exactitud de nuestro aserto, los escusaremos. Mas si los necesitáren, les citaríamos los nombres de muchos hijos de Esculapio, que han alzado el vuelo de Vuelta-Abajo, para emigrar á lejanas tierras, en demanda del descanso de sus pasadas fatigas y de la paz del alma: así como tambien de otros que renunciáron á su profesion, despues de dedicarse á la agricultura ú otras ocupaciones ó empresas. Asimismo podríamos citar multitud de comerciantes é industriales y hacendados, que siguen al frente de sus respectivos establecimientos ó fincas, sin tener necesidad de ello, por ser personas acaudaladas. Mas nos abstendremos de hacerlo, por ser todas ellas muy conocidas.

Una observacion que hemos hecho varias veces, confirma, afianza, robustece y patentiza lo dicho.

Cuando vemos á las dos profesiones, la de las armas y la de la navegacion, las mas expuestas á toda suerte de peligros y trabajos; cuando vemos á la inmensa mayoría de los que las ejercen, no separarse de ellas apesar de sus innegables sufrimientos é inminentes peligros, máxime en tiempo de guerra; y de estar sus cabezas cubiertas por la nieve de la vejez, y sus cuerpos encorvados bajo el peso de los años; y cuyas separaciones del servicio, ó retiro, casi siempre son *motu* y no *propio*; es decir, forzosas; cuando vemos semejantes ejemplos profesionales, se desvanece, como por encanto, la mas pequeña duda, la mas fugaz incertidumbre, la mas ligera perplegidad que pudiéramos abrigar sobre lo antes aducido. Ni se nos replique que "necesidad obliga", (que en tal caso será mas bien la nobleza) que maldita la que columbramos en cualquier jefe de alta graduacion, cuya crecida paga de retiro, y hasta de viudedad para su familia, despues de su fallecimiento, le puede brindar con una ancianidad tranquila y envidiable. Mas bien hallaríamos la explicacion, si escudriñáramos la cosa, en el orgullo, satisfaccion, el mando, los honores: lo que de todos modos probaria que los tales peligros, trabajos y penalidades, son siempre muy inferiores á los que acarrea la profesion médica.

Otro tanto observaremos, [aunque en menor proporcion] con los náuticos mercantiles ó capitanes de buques del comercio, enriquecidos con éste; que si, *terra dabit merces, undaque divitias*; pues que solo por el placer de guiar su propia embarcacion, ó ser el mar su elemento favorito, anteponen muchas veces á esa aficion, á esa obligacion ó necesidad voluntaria, los constantes é innumerables peligros, azares y

contratiempos que ofrece la navegacion, y en uno de cuyos siniestros suelen encontrar un muerte desgraciada, no pocas veces, en medio de escenas que hielan de espanto y de terror.

Sentados estos antecedentes, continuaremos nuestra empresa.

Ahora bien: ¿qué prueban semejantes diferencias, ejemplos y paralelos? ¿No le dicen al ménos perspicaz é imparcial, que la medicina ha de ser, por precision, una carrera erizada de dificultades é inconvenientes, la profesion mas llena de trabajos, el arte de la abnegacion, del sufrimiento y de los sacrificios, la ciencia de las ingratitudes, y, sobre todo, de las inconsecuencias? Alumbremos ese caos, ese camino tortuoso y arisco, con la luz de la razon, de los hechos y de la observacion, no sea se nos diga como al titiritero de la fábula:

"¿De que sirve tu charla sempiterna,
Si tienes apagada la linterna?"





XXV.

Desde el dia en que el estudiante de medicina empieza la carrera, tropieza ya con peligros é inconvenientes, que son la aurora de un porvenir preñado de dificultades; ráfagas precursoras de las tempestades con que tendrá que luchar toda su vida. El estudio práctico de la anatomía; es decir, la diseccion minuciosa de los cadáveres, no pocas veces en estado de putrefaccion incipiente, á causa de su escasez, da lugar, con frecuencia, á trastornos digestivos y otras alteraciones y perturbaciones graves. Refiere Londe, que obligado Chambon á hacer la demostracion anatómica del hígado, en el acto de graduarse de Doctor, sobre un cadáver asaz corrompido ya, y no obstante las reclamaciones de aquel y advertencias de los cuatro candidatos, el decano se obstinó. El resultado fué fatal; pues Corion, uno de ellos, afectado por las emanaciones pútridas, cayó en un síncope, y conducido á su casa murió á las setenta

horas. Otro, el célebre Fourcroy, fué acometido de una erupcion inflamatoria grave. Los dos últimos, Languerenne y Dufresnoy, quedaron por mucho tiempo muy débiles, y el último no pudo restablecerse jamás. En cuanto á Chambon, indignado por la obstinacion del decano, permaneció impertérrito en su puesto y acabó su leccion, empapando á menudo su pañuelo en aguas aromáticas, no sin que se viera acometido por la noche, de una fiebre, que terminó por un sudor copioso.

La invencible repugnancia de algunos jóvenes en estos casos, hace se vean precisados á abandonar los anfiteatros, y consiguientemente la profesion. ¡Los anfiteatros anatómicos! ¡Las salas de diseccion!.... Hé aquí unas palabras que estremecen á muchos; sinónimos de estas otras: *asco y horror!*...

Para abrazar otras profesiones, basta solo estudiar; para seguir la de la medicina, es ademas indispensable vencer grandes repugnancias y desafiar verdaderos peligros. Unicamente á fuerza de práctica y de voluntad pueden examinar los secuaces de Hipócrates las interioridades de un cadáver; buscar el mecanismo material de la vida en yertos y repugnantes despojos; estudiar las enfermedades y la muerte en páginas fétidas y nauseabundas, y sobreponerse al instinto natural de repulsion que inspiran los mortales despojos y las pútridas emanaciones de la descomposicion cadavérica.

Por otra parte, hemos de considerar y tener en cuenta la esposicion constante en que se hallan y el peligro inminente que corren aquellos valerosos jóvenes, de inocularse el vírus pútrido, y cuya absorcion puede desarrollar una fiebre pútrida ó tifoidea,

mortal por pluralidad, ó en su mayoría, ó como se decia antes: *ut plurimun*, de cuyo accidente desgraciado no faltan ejemplos. El célebre y malogrado Bichat, la gloria de la medicina francesa, arrebatado prematuramente á la ciencia, fué víctima de tan terrible infeccion.

Cuando llegue el caso de hablar de las autopsias jurídicas, tendremos lugar de extendernos más sobre tan delicado y espinoso asunto.

Despues de unos estudios incesantes y de una asídua y constante asistencia á las aulas, durante siete años (si no ha tenido la desgracia de perder alguno); despues de concluir su afanosa carrera, que le ha costado *trece* años mortales de estudios, y otros tantos miles de pesos á sus padres, que no pocas veces han tenido que hacer sacrificios enormes para proporcionársela, tal vez á costa de muchos ahorros y privaciones, sin que en tan largo discurso de tiempo, haya dejado de ser un solo dia *énte consumidor* en la casa, vése por fin en el colmo de la felicidad, en el pináculo de la dicha, en el apogeo de su gloria, viendo por sus ojos y palpando con sus manos lo que tanto deseaba y por tantos años suspiraba: su entrada en el templo de Esculapio; entrada triunfal, que se anuncia con música, con una numerosa y lucida concurrencia, con discursos laudatorios y hasta si fuera permitido, con la marcha real, con repiques de campanas y salvas de cañonazos, sin que faltára su correspondiente é indispensable *Te-Deum laudamus, et ad Dominem confitemur*. Los amigos, los parientes, hasta los mismos catedráticos se apresuran en felicitarle. Los padres... ¡Ah, los padres!...embriagados de contento, locos de alegria le oprimen entre

sus trémulos brazos, y derraman lágrimas dulces que á su pesar, brotan de su inefable dicha, que rebosan de su amoroso corazon, y que mas tarde, cuando la profesion le obliga á separarse de ellos, quizá para siempre, se trocarán en lágrimas amargas de la desdicha. Pero en fin, deja en este dia de *ser estudiante*, y goza de una dicha y satisfaccion que no habia experimentado hasta entónces, y como la que no volverá á experimentar jamás. *Et homo factus est*....

Mas, pasa algun tiempo, y el desaliento sucede al entusiasmo; tras las ilusiones, viene el desengaño, pues no siéndole decoroso el permanecer por mas tiempo gravoso á sus padres, y bochornoso vivir en la inaccion, por aquello de: "barco parado no gana flete," deseando convertirse en *énte productor*, y no queriendo tampoco ser mas tiempo el juguete del médico de las tres PPP, "p..., pobres y parientes," quema sus naves y se despide de sus padres, amigos y parientes, quizás hasta la eternidad!.....

¡Primer inconveniente! ¡Primer desencanto!

"Que le recuerda al alma conmovida
El bien pasado y la ilusion perdida,"

como dice Espronceda. Antes de pasar adelante, permítasenos hacer algunas reflexiones á los padres de familia, encaminadas al porvenir de sus hijos.

Entre todas las artes y profesiones, Juan Jacobo Rousseau, preferia la de ebanista para su "Emilio", probablemente por considerarla la mejor. (1) Aunque se nos califique de pedantes, pretensiosos y cri-

(1) O la de carpintero, segun Londe. [*Higiene del encéfalo*, c. XVII.]

ticastros de ínfima estofa, (que todo lo sufrimos) nosotros creemos que en esta como en otras materias, el autor de las inmorales "Confesiones" ha dado una solemne *pifia*, como dicen los jugadores de billar. Hay otras artes y profesiones mucho mas asequibles, trilladas, económicas y ventajosas, al par que lucrativas, y que requieren mucha ménos inteligencia, desvelos, y lo que es mas halagador aún, ménos desembolsos por parte de los padres. La carrera del comercio en Cuba, por ejemplo, la hemos considerado siempre como el antítesis de la de medicina; es decir, la que ofrece ménos inconvenientes, y por ende, la mas ventajosa. En vez de optar muchos padres por esta última, para su hijo, ¿no les parece preferible mil veces colocar á ese hijo á los doce años detras de un mostrador?..¡Aquí de los aspavientos!.. ¡Aquí de las recriminaciones!....Nos parece llega á nuestros oidos el clamoreo de los dependientes de comercio: "¡Qué delirio! ¡qué desatino! ¡qué...¡ese hombre está sonámbulo.. ¡Apaga y vámonos!...." Damos permiso á esos honrados y sufridos jóvenes que pasan su juventud encadenados á un mostrador, ó rodeados de serones de tasajo, ó empotrados entre fardos de ropas, ó engolfados entre pipas de vino, ó embutidos entre bocoyes de loza, para que desahoguen toda su bilis y hasta su *atrabilis*, contra el autor de tamaño *desacato*, si así lo han juzgado, que como no puede oirles, tienen pié, lugar y ocasion de desfogarse á *marveille*, como dicen en Francia; que "á moro muerto, gran lanzada."

Mas, vengamos á cuentas. En resúmen, ¿de qué se trata? Simplemente de una apreciacion ú opinion, que cada cual puede tener la suya, por descabellada

que sea; *tot sensus quod capita;* y que pueden ser tantas como hombres hay en el mundo. Por eso dicen los catalanes: *Tans caps, tans barrets*, que traducido en verso, forzado y libre:

"Cada uno tiene,
Señoras mias,
O sus caprichos
O sus manías."

Pues bien, nuestra opinion es la que hemos apuntado; y como hija de profundas meditaciones, y basada sobre la observacion, los hechos y la experiencia, la sostendremos pésia á todo el mundo, y la defenderemos, no á capa y espada, que ese tiempo ya pasó y nosotros somos moros de paz; pero sí con las armas de la lógica, con razones y argumentos tan concluyentes que, ó mucho nos equivocamos ó han de convencer al mas rehácio. Que: *argumentum non est argumentum, nisi aliquid non probat.* Procedamos, pues, por partes, para probar luego el todo, segun las reglas de la dialéctica.





XXVI.

Examinada superficialmente la proposicion asentada, aparece, á primera vista, algo desamorada ó escasa del órgano de la *filogenitura*, como dicen los frenólogos, y hasta con un tinte de egoismo, si se mira al traves de una lente poco acromática. En efecto, si siempre es dolorosa la separacion de un hijo, lo ha de ser en mayor grado, en tan tierna edad. Mas téngase presente que nosotros nos dirigimos á los padres que residen en Cuba, y por consiguiente queda salvada la dificultad ó inconveniente, por ser la separacion cuestion no mas que de algunas leguas, quizás de algunas varas tan solo. En cuanto á aquella hipótesis ó creencia, habriá mucho que hablar; pero la esplanaremos con la mayor brevedad y concision posible.

No concebimos que pueda existir tal egoismo, en el padre que separa á su hijo del hogar paterno, en

aquella temprana edad, para proporcionarle una colocacion, cualquiera que ella sea. Si existiese tan bastarda idea, todos los padres, sin distincion de clases, pobres y ricos, lo mismo los que lo dedican á un oficio, como los que le costean una larga carrera, habian de participar de aquella ruin pasion. La razon es óbvia. Si los primeros lo hacen con la mezquina mira ó especulacion de ahorrar gastos; los segundos, en cambio, piensan en un porvenir egoista, interesado, lejano, sí, pero seguro, que les ha de indemnizar de aquellos desembolsos proporcionándoles una ayuda, un báculo en su vejez, desvalida quizá. Más, como no sea posible suponer tales aberraciones en el amor paternal, ni que abrigue tales miras, sinó que lo guia solo el pensamiento, la prevision de velar por el porvenir de sus hijos, cae aquella suposicion por tierra, fundada en bases tan deleznables como groseras. Lo natural, lo lógico, lo consecuente, es calcular un padre para su hijo, *lo más positivo*, en este siglo de positivismo. *Thatís the question*, como dicen los ingleses: "hé aquí el caballo de batalla," como decimos los españoles.

Por otra parre, el positivismo parece ser antiquísimo; pues leemos en la Eneida el conocido *auri sacrafames*; la Mitología nos habla del famoso vellocino de oro de Jason, y las Sagradas Escrituras del de Gedeon, y hallamos en un antiguo poema los siguientes versos escritos en *fabla*.

Sea un ome nescio et rudo labrador,
Que los dineros le facen fidalgo et sabidor.

Como quiera, ¿hay nada mas positivo que el di-

nero? ¿No es el punto de apoyo que pedia Arquímides para remover el mundo? ¿No es la palanca mas poderosa de la tierra? ¿No es la panacea de todos nuestros males? ¿No ha sido siempre el *dios-moneda* objeto de adoracion de todos los pueblos? ¿Quién no le rinde culto? Y, ¿quién ignora, por último, aquellos populares versos del festivo Quevedo:

"Poderoso caballero
Es *Don Dinero.*
Dios es omnipotente,
Y el *Dinero* es su teniente!" (1)

Véase, pues, como el padre que se interesa por la felicidad de sus hijos, ha de excogitar la carrera ó profesion que mas pronto le facilite la oportunidad de ganarlo, y con mas seguridad y abundancia que otras, aunque sean mas brillantes y honoríficas; pero que no por eso dejarán de ser *carreras en pelo*, ó mejor dicho, *peladas.* (2) ¿Y cuál deberá ser esta carrera? Indudablemente la del comercio. Sigámosla en sus principales faces, y cotejémosla luego con la de Hipócrates.

---

[1] Véase como describe el *positivismo* un autor moderno: «Maravilloso é increible adelanto del sorprendente siglo de las luces que todo lo reduce al *oro*; que hace consistir la gloria, la felicidad, el saber, el poder, la bondad, la virtud, la caballerosidad, etc., en crearse una gran fortuna, en labrarse un porvenir de aureos reflejos, en adquirir mucho *oro*, mucho metálico sonante á cualquier precio y á cualquier costa, etc. porque el asunto, el grande asunto, segun los flamantes *positivistas*, es poseer para darse una vida de príncipes con todos los goces de la opulencia deslumbradora.»

[2] Esceptúanse, sin embargo, las de Teología y Farmacia, por ser ambas muy lucrativas y descansadas.

Desde el primer dia en que empieza un muchacho á barrer los suelos de un establecimiento, no solo deja de ser un *ente consumidor* para sus padres, sino que se convierte en *productor*, toda vez que se le señala un sueldo, mezquina asignacion en su principio, si se quiere, pero sueldo ó ganancia al fin, aparte de la comida, que no deja de ser otro emolumento y no chico, por aquello de: "¿quién te hace rico? el que te llena el pico." Lo que no sucede con todas las demás artes, oficios, ciencias y profesiones, cuyo aprendizaje de las mas suele ser muy largo y sin pizca de sueldo. Andando el tiempo, sube aquel, al par que la categoría en la casa, en razon directa de la antigüedad, como los militares, no de la capacidad: hasta que pasados algunos años, como sus utilidades suman ya una cantidad respetable, entra comunmente en sociedad, y cátale ya socio, como si dijéramos semi amo, y con un capital respetable, que duplica generalmente pasados otros pocos años mas, y que lo convierten en dueño. De modo que, sin exagerar en lo mas mínimo, á la edad de veinte y cinco años, que es cuando suelen acabar la suya los médicos, se encuentra poseedor de un capital mas considerable, ó por lo menos tanto, como el que ha tenido que emplear aquel para sufragar los gastos de su carrera. *Verum est id, quod es*, ha dicho nuestro gran Padre San Agustin; "verdaderamente esto es, lo que es; y á lo que es verdad, no hay que darle vueltas." Apelamos al testimonio imparcial de todo hombre despreocupado é indiferente en la materia.

Hay más aun, como escribimos en Cuba, veamos lo que pasa en esta isla, en la cuestion que nos ocu-

pa. La mayor parte de los padres, mandan sus hijos allende los mares á estudiar la facultad; unos para que aprendan más, y otros para que gasten ménos, pues en España, por ejemplo, la carrera es mucho mas barata. De todos modos, la separacion de ese hijo á tan enorme distancia, trae siempre inconvenientes graves. Y, ¿qué diremos cuando esa separacion ha de ser de siete ó mas años? En tan dilatado trascurso de tiempo, ¿no podrá confirmarse el dicho del chalan de la fábula, (que se comprometió á enseñar á hablar al asno del rey en el término de diez años:)

"¿En diez años de plazo que tenemos,
El asno, el rey ó yo no moriremos?"

¿No podrá caer enfermo aquel amantísimo hijo que tantos sacrificios, inquietudes y desvelos cuesta á sus apasionados padres? ¿Cómo será posible gocen un momento de descanso, de tranquilidad de espíritu, ni comer ni dormir con gusto, mientras no reciban nuevas noticias del estado alarmante de su hijo, y cuyo estado siempre nos abulta una imaginacion exaltada? Y si llega á recibir la fatal nueva de su fallecimiento, ¿no ha de acibarar su existencia el pensamiento, la pesadilla de si estuvo ó no bien asistido, si careció de lo mas indispensable, confiado á manos estrañas ó mercenarias y por lo mismo indiferentes? Y, si el padre es médico, ¿cómo no acariciar constantemente la ilusion de que, habiéndole tenido al lado, *tal vez, quien sabe!*..... hubiera salvado una vida tan preciosa, con los auxilios de la ciencia, con los esfuerzos de una voluntad poderosa, ayudados de los mas asíduos y eficaces cuidados?

¿No ha de ser esa duda, duda terrible, un torcedor contínuo que ha de torturar el resto de sus dias?

¡Cuántos ejemplos hay de tan terrible verdad!

Véase, pues, como un padre se ahorra tales inconvenientes, como esquiva tamañas pesadumbres, como precave tan dolorosos percances, abrazando nuestros pensamientos, despues de pensar maduramente las trascendentales ventajas que reporta el comerciante sobre el médico.—Otra advertencia ántes de concluir. Hemos hablado en el supuesto de que sea hijo único; y como lo natural es haber mas de uno, se infiere de aquí ó deduce el dilema, de que el padre les ha de dar á todos sus hijos una carrera literaria ó á ninguno. En el primer caso, necesita ser, como si dijéramos un Creso, ó poco menos: en el segundo, obrará segun aconseja la recta razon, el criterio, la sana moral y hasta la religion, que de otro modo seria atropellar la ley de la igualdad, de la justicia de la equidad y de la rectitud que deben presidir entre los hijos, por ser todos iguales por ley divina y humana; pues pasáron ya aquellos odiosos tiempos de funesta recordacion, de los *hereus* y *pubillas*. Mírese bajo el aspecto que se quiera; pero el padre que gasta una cuantiosa suma en la carrera de un hijo, y coloca á los demás de aprendices, no dejará de ser tan innoble proceder y tan plebeya conducta, un trasunto de aquellas bárbaras costumbres, tan bárbaras como inhumanas y fuera de los alcances del sentido comun.

De suerte que, hecha escepcion de un padre acaudalado, todo otro que acaricie aquel pensamiento, mayormente contando con varios hijos varones, es, en nuestra pobre opinion, una insensatez, una imbe-

cilidad, una estupidez. Ahora, cada uno es dueño, de hacer de su capa un sayo, ó sayon, ó sayal, ó capisayo, ó lo mejor que le plazca y convenga.





XXVII.

Si al ménos el médico despues de concluidos sus estudios, muchas veces Dios sabe cómo, pudiese encontrar una remuneracion ámplia y una compensacion adecuada á los años y sacrificios invertidos en la carrera, ménos mal, entónces no tendria porque quejarse, ni nosotros hubiéramos pensado jamás en tomar la pluma para escribir su historia, esa *lux veritas*, como la llama Ciceron. El capital invertido en una carrera literaria, si bien lo reflexionáran los padres, verian los mas obcecados, que habria de producir mucho más, colocado á un módico interes, que lo que produce generalmente la profesion, y lo que es más, sin tantos inconvenientes como hemos enumerado.

Se nos dirá que en este último caso hay la inmensa ventaja, de llevarlo siempre encima, sin que esté expuesto á perderse, como sucede en otras em-

presas y especulaciones, aparte el lucimiento ó *brillo* y escelencia que lleva toda carrera científica. Es una verdad, en el primer caso; mas estas ventajas no son esclusivas de la medicina, sino que tambien las disfrutan las demas artes, ciencias y profesiones, principalmente las liberales. Por consiguiente, por este lado, nada tiene que agradecer el médico á su facultad, por una ventaja que es comun y colectiva á todas las profesiones.

Que no existe tal remuneracion ni compensacion proporcionada, pruébalo todos los dias, esa multitud de jóvenes médicos, que, ó buscan afanosamente donde poder ejercer su profesion ó ser útiles á la humanidad doliente, ó que agobiados de un trabajo tan penoso como mal retribuido, como hemos probado hasta la saciedad, apénas les alcanza para cubrir sus gastos y erogaciones, viéndose muchos de los profesores del arte de curar, allá en su avanzada edad, precisados á trabajar asiduamente para poder hacer mas llevadera y ménos penosa la triste vejez, *tristrisque senectus*, como la llama Virgilio. (1)

Que no existe tampoco tal lucimiento ni escelencia, como hemos supuesto ántes, ni mucho ménos tal brillo, en las profesiones literarias, pruébalo igualmente esa multitud de hombres vulgares y acaudalados que todos acatamos y respetamos, no por lo que valen, sino por lo que representan, aunque sus conocimientos sean muy comunes, su instruccion muy escasa, y mas escasa aun su inteligencia; pero que á pesar de tan mezquinas dotes intelectuales,

(1) *Pallentesque habitant morbi, tristisque senectus.* (*Eneida* Libro 6.)

han arramblado con todo lo mas excelente, lucido y brillante que encierra la sociedad; pues, nadie desconoce que aquí no hay mas excelencia que los condecorados con grandes cruces; ni mas brillo que el que refleja el oro; ni mas lucimiento, que el de saber lucir aquel precioso metal.

Hechas estas ligeras indicaciones, fácil es demostrar cuán grave es el error de aquellos padres que acarician la falaz idea y abrigan la engañosa esperanza, de que dedicando á sus hijos á una carrera científica, han de brillar algun dia en las sociedades modernas ó en los grandes centros de poblacion, eclipsando á los demas hombres indoctos. ¡Insensatos!.. Convénzanse esos tales, que en Cuba no hay mejor brillo qne el que despide el *dios-moneda*; y el agraciado por esa caprichosa deidad, bien puede optar los primeros puestos de la República. No será la de las letras; pero será la de la aristocracia; es decir; la del dinero; mucho mas útil, buscada y apreciada, lucida y excelente que aquella. Enhorabuena que las riquezas sean transitorias, perecederas, *mortales*, si se quiere, y que lo único que sobreviva es la gloria, la fama, el ingenio y sus obras, y que todo lo demas pertenezca á la inexorable Parca, como dijo un gran filósofo:

Vivitur injenio, cætera mortis erunt,

que esta fama póstuma inmortal, no podrá destruir ni rebatir lo antes expuesto; esto es, que el verdadero valer, lucimiento y excelencia, no se hallan en los libros ni se abrigan en la ciencia, ni tienen su asiento en los lóbulos anteriores del cerebro, que

son muy chicos para tanto; sino en las arcas de hierro, tanto mas meritorias y apreciadas, cuanto mas grandes y llenas. (1)

Debido, sin duda, á nuestros limitados alcances, no concebimos ni podemos comprender *"ese inmenso poder que ejercen los que cultivan la ciencia, sobre los pueblos y sobre la sociedad entera,"* como ha dicho el Doctor Gallardo, catedrático de la Real Universidad de la Habana, en su reciente discurso inaugural. (2) Nuestra menguada comprension no sabe ver en esas frases mas que un rasgo de oratoria científica, que en el terreno de la práctica, en la inflexible lógica de los hechos se desvanecen como el humo, como pálida sombra; *sicut umbra.* Concebimos *ese inmenso poder*, esa autoridad, ó superioridad en las aristocrácias de las armas, de la nobleza y en la *metalúrgica* ó del oro; mas fuera de aquí, no hay que hacerse ilusiones. La respetable opinion del entusiasta profesor de clínica médica; así como el *inter homines, sapiens* de Horacio; como la máxima de Zenon, que "la ciencia ennoblece al hombre, y que mas luce un solo dia del sábio, que la larga vida del ignorante;" como el conocido *arma cedant toga* de Ciceron; como el *sapientia super omnia* de los filósofos, y tantos otros apotegmas ó sentencias análogas, no dejarán de ser en todas épocas y países, principalmente en Cuba, *música celestial.*

No somos pesimístas, ni ménos odiamos las carreras científicas, ni abrigamos la menor prevencion

[1] Véase la nota [R] del *Apéndice.*

(2) Leido en la solemne Apertura del curso académico de 1877 á 78.

contra ellas. Léjos de menospreciar las ciencias, somos por el contrario entusiastas de ellas. Quien creyere lo contrario, se equivocaria lastimosamente. No porque de ellas no elogiemos su grandeza é importancia, ni dejemos de rendirles culto, ni profesarles vivo amor y predilecta pasion; mas, nos contrista el ánimo el considerar la especie de abandono en que yacen, la indiferencia con que se miran en nuestros dias, las profesiones literarias. Observad, sinó el estraño fenómeno que presentan, especialmente en Cuba. Todos conocen la notoria repugnancia de una gran parte de la poblacion en servirse de los hombres de ciencia ó que tienen una carrera profesional. No parece sinó, que son un estorbo en la sociedad; un objeto de lujo y nada mas. Descendamos al terreno práctico.

Nadie que necesite de un par de zapatos ó de un pantalon ó de un sombrero, acudirá so pena de pasar por demente, al herrero ó al médico ó al abogado; sinó á quien sepa confeccionarlos; al del oficio; á quien lo entienda; pero es cordura, y nadie lleva á mal y hasta aplaude y admira el que el sastre, el zapatero, ó el herrero, intenten dirijir la construccion de un edificio, curar una grave enfermedad, aconsejar en un pleito y hasta arreglar el mundo, criticando desapiadadamente á los hombres mas eminentes en sus respectivas ciencias. El famoso dicho del pintor Apeles, "zapatero á tus zapatos", prueba la profunda verdad de lo expuesto. (1)

Veamos, por último, la fotografía, que con breves, pero elocuentes frases, ha formado del comer-

(1) Véase la nota [S] del *Apéndice*.

cio, un distinguido publicista moderno.

"Cuando se desea adquirir tesoros, dice, el comercio es el medio mas espedito, fácil y sencillo de conseguirlos, y el que mas se presta, entre todas las profesiones, para obtenerlos. Un comerciante activo y honrado, sabe especular, por que prevé las circunstancias, vaticina los resultados, sumando y restando las probabilidades malas ó buenas que puedan aumentar ó disminuir sus negocios y por consiguiente sus ganancias. Un hombre así, es mimado, apreciado, considerado y respetado en todas partes (especialmente en los paises muy mercantiles.) Su palabra es sagrada y su firma representa inmensos tesoros. Ademas, el comercio es el lazo que une las naciones, estrecha las distancias, triunfa de rancias preocupaciones, es la riqueza de los pueblos y un manantial muy fecundo de los estados." (1)

Si al menos el trabajo del médico, superior al de otras profesiones, por ser doble, *ambiguo ó comun de dos*, (hablamos en el campo) fuese como estas; es decir, proporcionado á él sus ganancias; del mal el menos. Mas, nada mas distante. Ya hemos visto en nuestro artículo XVII, que la mitad, lo menos de su trabajo, es para el inglés; es decir, se lo lleva el diablo; ó mas claro: es perdido... para él, se entiende; no para los demas, que saben abusar de su confianza, debido á las circunstancias especiales de la facultad, y explotar á mansalva la inagotable caridad de sus bienhechores.

Hemos escrito con letra cursiva, bastardilla ó itálica las palabras *ambiguo ó comun de dos*, para hacer

[1] Véase la nota [T] del *Apéndice*.

sobre ellas un comento, que creemos nos han de agradecer todos los médicos de campo.

Es bien sabido, que todas las ocupaciones á que se dedican los hombres, para cumplir con el precepto divino: *cum sudore vultus tui vesceris panem*, se encierran en dos grandes clases: artes liberales y mecánicas. Las ciencias y todos los trabajos mentales, se incluyen en la primera. Comprende la segunda, todos los oficios y demas trabajos corporales. Aunque parezca un absurdo, una paradoja diremos que la medicina debemos colocarla en las dos. Por esto la hemos llamado comun de dos. No diremos como aquel chuscc, que preguntado si la medicina era *arte ú oficio*, contestó: *arti-ficio*, por tener de ambas cosas. (Pase como chuscada); pero sí haremos observar, que el médico de campo, si mucho trabaja de espíritu, mas trabaja de cuerpo. Por esto hemos dicho tambien, que el trabajo de la profesion era superior al de otras ciencias. Otro de los inconvenientes original, específico, *sui generis*, propio, especial, innato y genuino de esa *ciencia-oficio*, verdadera profesion *hermafrodita* ó anfibia, y que hace sea la carrera de las inconsecuencias, bajo cualquier lado que se considere. No hay ninguna otra que sufra tantas y tamañas; y si nosotros tuviéramos que dar una definicion de ella, la daríamos mas cumplida, gráfica y concisa que la que dan los autores. Diríamos que "es la carrera de los beneficios, de las ingratitudes y de las inconsecuencias." De los primeros y segundas, hemos tratado bastante en nuestros artículos anteriores: apuntemos en los sucesivos las últimas, que dividiremos en tres clases.

Inconsecuencias por parte del público

Por parte de los enfermos.

Por parte del gobierno.

Hasta la facultad se muestra á veces inconsecuente con el mismo médico, como haremos observar mas adelante; pero no anticipemos juicios que podrian pasar por aventurados. *Hoc post hoc.*





XXVIII.

Antes de pasar adelante, saludemos al respetable público.

Consignemos de paso una aclaracion ó advertencia que consideramos de la mayor importancia, para evitar falsos juicios y torcidas interpretaciones.

Al hablar del público *en general*, hacemos una honrosa escepcion de aquellas personas sensatas, probas é ilustradas que, aunque forman parte de la colectividad social, ó pertenecen á la comunidad ó gran familia humana, no se hallan, empero, incluidas en esta crítica. Ahora, "el que no sea cofrade que no tome candela."

Nada, creemos, demostrará mejor el objeto que nos proponemos, que el citar el siguiente hecho histórico:

Habia en cierta ciudad un famoso curandero, cu-

ya morada era una procesion no interrumpida de entrantes y salientes, un verdadero jubileo, una romería de los que iban á buscar remedio á sus males, cuyas drogas y consultas le producian sendos doblones, y con cuyo suave tañido ahogaba los gritos de su conciencia, ancha como manga de fraile franciscano. Vecino á él, vivia un acreditado facultativo, tan sabio como modesto, el cual, admirado de tanta estupidez é ignorancia por parte del público hácia un charlatan y embaucador, no menos ignorante, le rogó un dia le explicara aquel, para él, inexplicable misterio, de ser tan solicitado un hombre lego, profano en la ciencia de curar; mientras que nuestro docto hombre, con tanta ciencia como experiencia, apénas iba á consultarle alguno que otro enfermo. A cuya peticion, llevólo el intruso al balcon, encargándole fuera contando la gente que pasaba por la calle, hasta el número de *cien* personas. Al llegar á este guarismo—"Y bien, le dijo: dígame ahora, Sr. Doctor, de estas *cien* personas ¿cuántas cree V. podrá haber que sean sensatas, racionales, é ilustradas?—A lo más, unas cinco ó seis.—Pues bien; esas son sus clientes; las noventa y cinco restantes son los mios."

En vista, pues, de tan caprichosa versatilidad y supina ignorancia, nadie estrañará que San Gerónimo Nazianceno escribiera á un amigo lo siguiente: "No es menester mas que un poco de charlatanismo para saber engañar al pueblo: cuanto menos comprende, mas se admira...Nuestros Padres de la Iglesia y grandes Doctores, han dicho muchas veces, no lo que pensaban, no la realidad, sinó lo que les hacia decir las circunstancias y la necesidad."

(Yeronimus ad Nepotem.) (1)

Hecha esta ligera, pero indispensable digresion, á modo de paréntesis, continuemos. Mas ántes de abordar la desagradable é ingrata tarea de las inconsecuencias del público para con los médicos, no llevarán á mal nuestros galantes lectores hagamos una honrosa y especial mencion de las palabras que una discreta, simpática y apreciable amiga nuestra, señora de un reputado y antiguo facultativo de Consolacion, nos dirigió un dia; hélas aquí:

"Ódio la facultad de mi marido, dijo, principalmente por lo poco consecuentes que se muestran muchos clientes; pues sucede muchas veces estar visitando años enteros una familia, y mudar ésta de médico cuando ménos él lo espera; ó por habérsele muerto algun enfermo grave de la misma, (como si á todos los médicos no se les murieran); ó por la recomendacion de otro profesor por algun oficioso amigo de la casa; ó por algun chisme ó cuento de gente desocupada; ó por no haber querido hacer alguna rebaja en la cuenta, despues que para su cobro ha tenido que esperar un año; ó por haberla pasado otras veces; ó en fin, lo que es mas comun, sin saber por qué y sin haber mediado el mas ligero motivo. Esta falta de formalidad y de consecuencia en la gente, añadió, se hace mucho mas sensible y dolorosa cuando entre ambas familias media una amistad antigua."

"Señora, le contestamos, el ejercicio de la profesion médica requiere una gran dósis de filosofía, una gran resignacion y una paciencia ilimitadas: y

[1] Véase la nota [U] del *Apéndice.*

el que carezca de estas dotes, que renuncie á una facultad ingrata, si no quiere ser víctima de ella. Será la mas noble, la mas grande, la mas útil, la mas socorrida si se quiere; pero deberia ser la última á que pudiera dedicarse el estudiante, si la conociera antes."

Encadenado á ella, en efecto, cual otro Prometeo, tiene que sufrir el médico, durante su vida, el buitre roedor de un tribunal á menudo antojadizo y lunático como es el *niño público*, salvo sea su respeto. Afortunadamente el que conoce su sagrada mision, lo grande y sublime de su ministerio, verdadero sacerdocio de la abnegacion, sabe hacerse superior á todas las flaquezas humanas, á los desvaríos de los hombres, á las miserias de esta vida.

Recuerda, por otra parte, al varon inflexible y constante de Horacio, el *rectum et tenacem propositi virum*, y sigue desempeñando impávido, con valor, con tenacidad, con aquella energía moral de que es ejemplo vivo, su espinosa mision, sin que le arredren los rayos de la adversidad: *nec fulminantis magna Jovis manus.* Semejante á aquellos antiguos gladiadores romanos, que en obsequio al César y al público, caian heridos de muerte en la arena del Circo exclamando: *morituri te salutant, César....!* del propio modo el médico que depende del público, tiene que luchar incesantemente dentro del círculo de su profesion, con las mas dolorosas pruebas que puedan afligir á todo hombre dotado de dignidad y amor propio, y que estima en algo su facultad, tan respetable como poco respetada.

Aparte aquellas informalidades expresadas por aquella señora de tan recto criterio, y que las lla-

maremos no mas que secundarias ó accesorias, veamos otras de mayor entidad y que mas profundamente afectan y se graban en el corazon de los médicos.

Una de las que mas amenudo vienen á amargar la práctica de la medicina, es la incalificable conducta de apelar á otro médico, despues que el primero ha sido indignamente explotado; es decir, despues de haber esprimido el jugo de su ciencia y paciencia, de su caridad y generosidad, tal vez de la misma amistad, y héchole servir de instrumento reprobado á sus maquiavélicos fines de egoismo é ingratitud. Y decimos *incalificable*, porque no sabemos como calificar una conducta tan aviesa. Que un individuo mude de médico cuando y mejor se le antoje, despues de haber retribuido los servicios del antecesor, estará en su pleno derecho y libérrima voluntad, sin que el médico ni nadie pueda echarle en cara la fea nota de ingratitud, aun siendo amigo ó antiguo cliente; como cualquiera puede ir á comprar donde y mejor le plazca y convenga. Devorará en secreto, si se quiere, su pesar ó disgusto, y está dotado de una sensibilidad exquisita; pero el disimulo propio de toda buena educacion, será su norte; la resignacion su guia, y la paciencia su Mentor. Mas despues que el médico hace el inmenso favor, el inestimable beneficio, el desinteresado servicio de tener que esperar un año, ó dos, ó más por sus honorarios; despues que quizá se vé en la dolorosa alternativa de tener que abonar al boticario el valor de una ó más recetas, ó dejar sucumbir al enfermo por falta de aquellas medicinas; despues que emplea toda su ciencia, cuidados y afanes, sin tener

en cuenta la hora ni la distancia, ni la estacion, ni el estado de los caminos; despues, en fin, de no pocas penalidades y sacrificios que soporta con la mayor resignacion en beneficio del que gime en el lecho del dolor, confiando en la rectitud, buena fé y gratitud de los hombres, no ver recompensados ni agradecidos tan señalados beneficios por quienes *pueden* y *deben*, y que se vea postergado y suplantado por otro facultativo que quizá se halla á mucha mayor distancia en localidad y luces, topográfica y científicamente considerado, esto merece, ciertamente, en quien así procede, no las mas duras calificaciones, sinó el mas completo olvido, el mas soberano desprecio.

Pero, no es esto todo. ¿Se comprometerá el médico en acudir cuando otra vez fuere solicitado? ¿Será un deber el hacerlo? .... *That is the question.* Hé aquí la cuestion que no vacilamos en resolver en sentido negativo, á pesar de cuanto dijimos al hablar del *perdon de las injurias*, en nuestro artículo XI y á pesar de la respetable autoridad del ilustre Cruiveillier. (1)



(1) "Si os niegan vuestros honorarios, teneis el derecho expedito de reclamarlos ante los Tribunales; mas yo os aconsejo que jamás hagais uso de semejante derecho. Abandonad, mejor, los ingratos á su ingratitud. Y es tal la magnanimidad de nuestra noble profesion, que si los mismos vuelven á reclamar vuestros servicios, no debeis vacilar en volar á su socorro."



XXIX.

Al consignar nuestra pobre opinion en tan grave y trascendental cuestion, no resuelta aun en el terreno de la práctica médica, nos fundamos en varias y poderosas razones que hemos tenido muy presentes antes de formularla. *Primero*: esa mal entendida y peor comprendida grandeza de ánimo, nobleza, condescendencia, ó escesiva bondad, ó llámese como se quiera, rayaría, por parte del médico, hasta en *bobería;* que: *masa bo, bo, vol dir bobo*, segun el dicho catalan, elocuente y gráfico equívoco, que expresa perfectamente nuestra idea. Y sabemos cuánto abusa el público de todo, siempre que se le presenta ocasion propicia, con mayor motivo tratándose de beneficios y favores, que raras veces sabe apreciar y agradecer; pues como dice él mismo: "el que se hace de miel se lo comen las moscas:" sentencia tan profunda como todos los adagios vulgares, y que

corre parejas con aquella. Y á la verdad, de lamentar és tener que pasar por *bobalicon* ó *simplon*, sin tener pelo de ello, cosa que á nadie le ha de gustar aunque lo sea.

Segundo: sería practicar dos obras de misericordia, cuales son: "enseñar al que no sabe y corregir al que yerra." Y como la ignorancia ha sido siempre atrevida, sería un freno para los demás, que en lo sucesivo se enmendarian y aprenderian, por aquello de: "cuando la barba de tu vecino, etc.

Tercero: como á nadie se le puede obligar á trabajar contra su voluntad, como lo comprueba tantos vagos, ociosos y mal entretenidos que pululan por los cafés, bodegas, casas de juego y otros garitos, campando por su respeto, sin rey ni Roque que los gobierne ni pueda con ellos, ni papa que los escomulgue; y que si alguno entra en la cárcel por una puerta, sale presto por la otra, debido al *unto* del Perú con que suavizan los goznes ó bisagras; resulta, que si bien el médico tiene la obligacion de ser útil á sus semejantes, como cada hijo de vecino, tambien como ellos tiene su *libre albedrio.*

Cuarto: sería, además, alentar la impunidad, fomentar las malas costumbres, robustecer las ideas comunistas, y dar pábulo á la falsa creencia, asaz extendida, de la obligacion ineludible que tiene todo médico de acudir de momento donde quiera que sea llamado, sea *al contado ó al fiado*, que: "mientras haya quien fíe, aunque no haya quien pague," segun el dicho vulgar.

No permita el cielo que nuestras palabras ni ménos nuestras obras, retraigan jamás á nadie del humanitario y cristiano sentimiento de la caridad y de

la beneficencia; pero examinando con detencion esta virtud, nadie negará que su esceso puede dejenerar en protectora del vicio; pues es bien sabido que toda virtud estremada se trueca en vicio. No de otro modo, la caridad indiscreta, el esceso de filantropía, una liberalidad mal entendida, traspasando los límites, se vuelve contra sí mismo: enjendra los malos hábitos, alimenta la holgazanería y fomenta la vagancia, degradando al hombre y convirtiéndose en daño de la sociedad y en gérmen de malas costumbres.

Quinto y principal: que el médico tiene que vivir de su trabajo, como cada *quisque*; y si no se lo remuneran, como ya no existe ningun Moises que haga bajar el maná del cielo, ni tampoco anda ya por el mundo un Mesías tan caritativo que con cinco panes y otros tantos peces dé de comer á cinco mil hambrientos; ni siquiera le queda el recurso de la sopa *boba* ó de los conventos, desde la abolicion de esos "nidos de voraces holgazanes esquilados," como decia el impío Voltaire, resultará por ley precisa, que no solo no podrá reunir los ciento y pico de pesos en *oro* que le exigen los recaudadores de contribuciones, para poder ejercer la facultad en el campo, que de todo le produce menos *oro*, sinó que tampoco le será posible atender á sus mas perentorias necesidades.

No se nos oculta que semejante proceder, por muy justo y natural y equitativo que el sea, habrá de ser tachado de innoble y calificado de inmoral é inhumano, sujeto además á la reprobacion universal, mirado al través del prisma del *salus populi suprema lex est*, de las Pandectas. Sin embargo, mas

inhumana, inmoral y antisocial es la pena de muerte, consignada en ese código; mas á pesar de tantos filántropos, de tantos energúmenos que en todos tiempos y países han *tronado y relampagueado* contra ella; á pesar de arrogarse los hombres un poder exclusivo solo del Autor de la naturaleza; á pesar del divino precepto del Decálogo, *no matarás*, sin escepcion ni comentarios, los mas sabios y profundos legisladores de todas las épocas, la defienden y sancionan y ponen en práctica; y subsiste y subsistirá, nó lo dudeis, eternamente, mientras haya criminales y jueces, como el mayor y mas saludable escarmiento, y mientras los asesinos no empiecen ellos por abolirla. (1)

Prosiguiendo, empero, nuestro tema, nosotros opinamos, aconsejamos y repetimos, que la mas noble, digna y mejor arma que puede esgrimir el médico contra todos aquellos que tan ruinmente recompensan sus penosos servicios, ha de ser el mas absoluto y soberano desprecio; "dejar los ingratos abandonados á su ingratitud," como dice Cruíveillier, con mayor razon, si el petardista es persona pudiente; mas, reservándose el derecho, no de acudir á los tribunales, que poco ó nada se adelanta en esos casos de abusos de confianza; pero sí de negarse á prestar sus conocimientos á quien se haga indigno de ellos. Semejante proceder no obtendrá seguramente la aprobacion del público, ni me-

(1) Véase la excelente "Memoria" que sobre la aplicacion de la pena de muerte, escribió nuestro ilustre amigo y distinguido jurisconsulto D. Manuel Velez y Sanchez, en cuyo recomendable trabajo se aducen razones tan lógicas como claras y convincentes en favor de aquella pena.

nos de un Cruiveillier, de un Mata, de un Hufeland, y otros médicos aristócratas que no dependen de su facultad, considerándola como un objeto de lujo; pero en cambio no le rebaja como el acudir á los tribunales: triste y prosáico médio, propio mas bien de otras profesiones menos dignas y nobles, como dejamos apuntado ya en otro lugar.

Apoyemos, por último, nuestra opinion en otra autoridad no ménos respetable y competente: "Si bien un juramento antiguo (abolido hace años por innecesario) un deber moral, las leyes de la humanidad y el carácter de su profesion, obligan á todo médico á curar los pobres de solemnidad de balde, ese compromiso, con todo, escluye á los que no los son," etc. *(Lecciones orales de Moral médica*, del Dr. Juanich.*)*

Terminemos tan desagradable cuestion con las siguientes y oportunas reflexiones que á este objeto hace el Dr. Havá, en su exelente "Memoria" sobre el Bando y el Arancel:

"Habrá algunos á quienes les ocurra preguntar, si nuestras ideas humanitarias no se mezclan para nada en todo cuanto llevamos expuesto, al oirnos hablar siempre de servicios y de honorarios; pero *de esto vivimos.* Además, solo se trata de las personas que puedan pagar al médico, pareciéndonos justo que así lo hagan, en los límites que merece el servicio. Será en vano repetir que el que nada tiene nada debe, y nada puede, en realidad cobrársele. Mas no hablamos de esos pobres, porque ya lo hemos declarado ántes: á esos menesterosos los favoreceremos gratuitamente; á condicion, sin embargo, de no volvernos pobres nosotros mismos, á cau.

sa del poco aprecio que hagan de nosotros y de nuestros servicios los que puedan remunerarlos: porque entónces...... ni unos ni otros, y *sálvese quien pueda!*"





XXX.

Al llegar á este punto de nuestras consideraciones crítico-filosófico-sociales, nos parece oir á lo léjos como el rumor de las olas de un mar embravecido; así como el desagradable zumbido de un enjambre de moscardones ó zánganos, el estribillo, mejor diríamos el aullido de la gente superficial y vocinglera; el canto favorito, el tema obligado de algunos seudo-filántropos y ridículos *sentimentalistas*; es decir, la *projimidad*!... y exclamar en tono compungido: "¿Habrá que dejar morir al *probe* á la mengua, por no haber la paga de momento?.." Hé aquí su fuerte, su castillo, su baluarte, para ellos inexpugnable, y tras el cual se parapetan esos modernos Tartufos; castillo, empero formado de naipes, y que se viene al suelo de una sola plumada.

En primer lugar no se trata de los pobres que carecen absolutamente de recursos, tal vez por su

indolencia; y aunque de ellos se tratára, en la Vuelta-Abajo no existen tales menesterosos; pues que á nadie que quiera "agachar el lomo" como se dice vulgarmente, le ha de faltar su cosecha de tabaco, de maíz, de viandas, y aun de cochinos, gallinas, etc., y por consiguiente, podrian, los que desean quedar bien con el médico, remunerar su trabajo con alguno de aquellos productos, si llegado el dia de la "realizacion de la cosecha," como dicen ellos, no les alcanzara ésta para cubrir sus compromisos. Deberian, asímismo, tener en cuenta que el mayor de todos y el mas sagrado y necesario, es el del médico, que les devuelve la salud cuando la pierden, para que puedan dedicarse á sus trabajos habituales, único capital con que cuentan los pobres.

Mas, aun concediendo que falte la cosecha, por atravesar un año calamitoso, ó que no alcance para pagar la renta del terreno, podrian subsanar esa falta echando mano de otros medios de que nunca carecen no faltando la voluntad; que más hace el que quiere que el que puede; pues á todos ellos les consta, por ejemplo, que el médico necesita comprar el maíz para alimentar los caballos que conducen á su bienechor; así como tambien algun cerdo, gallinas, pollos, huevos, plátanos ó boniatos con que alimentar igualmente á su familia. Tómese este estilo vulgar y grotesco por el lado del ridículo, que nosotros no conocemos ni tenemos en cuenta mas estilo que el de la verdad; pero toda la verdad. *Verum est id quod est*, repetimos aquí con el seráfico Doctor San Agustin, pese á quien pese.

En segundo lugar, tampoco se trata de aquellos hombres pundonorosos, que aunque no pueden dis-

poner de un centavo en todo el año, hasta el dia en que venden su cosecha, cumplen, no obstante, religiosamente con sus compromisos, llegado aquel dia. Verdaderos hombres de bien, mas raros todos los dias, y que todas las clases de la sociedad patrocinan, apadrinan, amparan y protegen; y que nunca les falta ninguna mena de recursos, á que se hacen acreedores por su honradez, laboriosidad y buen comportamiento; y con cuyas virtudes y moralidad poseen un capital que siempre hemos llamado *de reserva*, que jamás se les acaba.

Estos tales, tan prudentes como precavidos, siguen al pié de la letra aquella sapientísima máxima de Séneca, aunque sin conocerlo por el forro: *Omnia si perdideris, memento fama servaris.* Conserva el crédito, si perdieres el capital."

Y por último, en tercer lugar, los médicos abundan por donde quiera, principalmente desde la *gloriosa;* y cuando se niega uno, nunca falta otro que lo sustituya, como ya hemos manifestado ántes. (1)

(1) A propósito de la *gloriosa.*

Durante la funesta dominacion de la República en España, de tan aciaga memoria, los abusos de todo género, especialmente el comercio ó fraude de diplomas, han llegado á su apogeo. Un periódico reciente de Madrid, al ocuparse del asunto, refiere la siguiente anécdota histórica. "Habiéndose graduado de doctor un jóven muy rico, sin haber abierto un libro, ni saludado las aulas, fué á darle las gracias y á ofrecerse como compañero al Rector de aquella universidad, preguntándole de paso y socarronamente si el claustro tendria algun inconveniente en graduar tambien de doctor á un hermoso potro que queria mucho: y como el Rector le contestára que esto no era posible; le hizo presente á su vez, que habiéndole dado él, la borla de doctor, bien podian dársela tambien á su caballo: á cuya indirecta contestó con mucho aplomo el Rector que no tenía pelo de bobo y que sabia con quien se las había: "No es posible por que está severamente prohibido

Pero, repetimos; no se trata de aquellos. Se trata de esos otros desgraciados, olvidadizos (*guagüeros* les cuadraria mejor) que hallándose en situacion de poder dar cumplimiento, no solo no lo hacen, sino que usan con el hombre del arte que les cura sus dolencias, del dolo, de un comportamiento tan injustificable como bastardo é ingrato. Estos tales son dignos de que se les aplique con todo rigor y justicia aquellas palabras de Jesucristo: *Quœretis me, et non invenietis, et in peccata (morbi) vestra moriemini.* "Me buscareis y no me encontrareis; y morireis en vuestros pecados" (enfermedades.) Tales eran las palabras que dirigia á los pecadores empedernidos, y nosotros á los vividores de oficio.

Otra de las inconsecuencias que no le va en zaga á la anteriormente espuesta, es la de verse despedido con harta frecuencia, cuando quiere cumplir con un deber de su angustioso ministerio: es decir, cuando se ve obligado á decir la verdad con toda la leal franqueza de una persona ó amigo sincero, declarando á los deudos el estado desesperado del enfermo; pues acontece muchas veces, que desahuciado por él, ya puede contar con que le han de pagar tamaña *indiscrecion*, con apelar á otro facultativo que pueda ver *mas claro*, y hallar en la ciencia recursos que ignora aquel, por aquello de: "no siempre acertamos."

No tratamos, por cierto, de vituperar semejante celo, encaminado al mejor bien del doliente, que todo es poco en tan aflictivo caso, antepuesto á todas

---

por el Gobierno, el graduar de Doctores á los caballos, pero no á los *burros*."

Eduardo Fontanilles

MÉDICO-CIRUJANO

PUNTA BRAVA.—PLAZA. CONSULTAS DE 12 A 3.

Rpe.

(1) (á continuacion.)

Enferma gravemente un individuo
Y acongojados van
Los parientes en busca del médico
Que le puede curar.
Si se obtiene la salud con oraciones
Dante gracias á Dios,
Pues segun lo entienden los cristianos
Fué quien lo salvó,
Sin presumir siquiera que el alivio
Se debe solo á aquel
Que á fuerza de estudios y desvelos
Fué quien produjo el bien.
Mas, si el paciente muere, culpan
Al infeliz Doctor,
Y le censuran sin piedad; diciendo:
"Que al enfermo mató."

las consideraciones humanas y sociales. Pero sí, reprobaremos enérgicamente tan innoble como ingrato modo de proceder en el caso que nos ocupa. Nada, en efecto, mas decoroso y consecuente para todos, que cuando el médico ha agotado en vano todos los recursos de su arte ó de su saber, llamar á uno ó mas comprofesores, para que, en union con ellos, acuerden y propongan los medios mas adecuados al estadc del enfermo. Así y no de otro modo es como deberian proceder los que saben apreciar debidamente sus servicios y estiman en algo tan benéfica profesion y respetan la dignidad del que la ejerce; mas no despedirle con la fria etiqueta del cortesano con el consabido: "no se moleste en volver, que en todo caso se le avisará." Unica recompensa que suele sacar no pocas veces de su franco y leal proceder!......

Y ¿qué diremos de otro género de inconsecuencia, considerada bajo el aspecto religioso? Terreno es este, que no queremos ni podemos invadir, porque siendo nuestro lema la franqueza y nuestro mote la verdad, podríamos faltar á ella. Ancho campo tendríamos donde poder estendernos; mas nos limitaremos en tan delicado asunto, solo á poner de manifiesto la estravagante y absurda costumbre ó creencia de atribuir las curaciones de algunas enfermedades á ciertos ensalmos, promesas, cruces, rezos, oraciones, santos y santiguaderas, (como si dijéramos por obra y gracia del Espíritu Santo,) de alguna tia *Marizápalos*, vieja curandera ú otra alimaña por el estilo(1) No es nuestro ánimo criticar y menos ridiculizar semejantes preocupaciones, prácticas y creencias mas ó menos piadosas, amantes como so-

mos de una libertad lo mas lata posible, de una libertad bien entendida, (no de la licencia) en particular de la libertad de pensamiento; no de la falsa libertad del republicano que grita: "abajo la religion y mueran los curas!" y otras aberraciones ó *vice-versas* republicanos, y que privan de esa misma decantada libertad y hasta de la vida, al que no piensa como él. (1)

Nosotros, al par que respetamos tan antiguas como profundas creencias religiosas, por mas rancias que ellas sean y lleven en nuestros dias el sello de la ignorancia, no podemos menos de lamentar el que otros lleven el galardon, el mérito, la gloria reservada únicamente al médico. *Tulit alter honores.* Duélenos en el alma este otro *sic voc non vobis*, este otro *vice-versa* propio de la facultad. Por otro lado,

(1) «La palabra *libertad*, ha dicho el famoso Martinez de la Rosa, elocuente orador y «ornamento de la tribuna española» como lo califica la Historia, no ha sido mas que un comodin de los revolucionarios de todas las naciones. Al grito de libertad fué aclamado Luis XVI el padre de la patria; y al mismo grito fué llevado á la guillotina. Desde el principio de la Revolucion, al grito de libertad era maltratado el que no se quitaba el sombrero y saludaba la estátua de Enrique IV, y luego al mismo grito fué arrastrada por el fango y el cieno. Libertad, se clamaba cuando la lucha de los partidos derramaba torrentes de sangre: sonaba el mismo grito cuando se vió el espectáculo mas ominoso que jamás conocieron las naciones civilizadas, de perseguir la ciencia, la industria, la virtud y todo lo que es grande y noble entre los humanos.»

(Sesion del 22 de Enero de 1835.)

Entre un liberal *á secas*
Y un republicano puro,
Si me dieran á escojer
Me quedaba sin ninguno.

¡cuántas familias no pueden disponer de un solo peso para subvenir á sus mas apremiantes necesidades, y sin embargo *botan* ó malgastan un doblon ó media onza para una misa, promesa ó *ex-voto!*...No seria mas justo, mas lójico, mas racional retribuir con aquella cantidad una parte si no el todo del trabajo del médico, que no entregarla á quien nada ha hecho por merecerla? ¿A quién, empero, hablamos de justicia, de lójica y de racionalidad? ¿Al público?.... Pues entónces digamos con Ciceron: *Non consilium in vulgo: non discrimen, non ratio.*"





XXXI.

No es menos absurda y pueril la creencia vulgar de que el médico no debe enfermar nunca, *porque es médico*; y que cuando adolece de alguna crónica enfermedad ó achaque habitual, no sirve para curar á los demas enfermos. "¿Cómo quiere curar á los demas, os dirán, cuando no sabe curarse él?" Como si el médico no fuera de carne y hueso como los demás mortales, y por ende, sujeto contínuamente y aun mas que otros, á toda suerte de enfermedades, y hasta á la muerte. Si así no fuera, todos estudiaríamos para médicos á pesar de los *pesares*. . . . que entraña la facultad.

En cuanto á la segunda hipótesis ó suposicion tan infundada como gratuita, ya tendremos ocasion de ocuparnos de ella, en nuestro próximo artículo, al hablar de las inconsecuencias ó rarezas propias de la misma facultad, que: *rara videntur in arte.*

Hasta han prcpuesto algunas almas vulgares, entes lijeros y superficiales, no satisfacer los honorarios al médico, en caso de defuncion ó fallecimiento del enfermo. ¡Terrible obcecacion y miserable codicia! ¡Menguada ingratitud, propia solo de gente follona y villana! ¿No consideran esos desgraciados que en este caso no solo retrocederíamos á los tiempos de Arcagathus (1) sinó que moriríamos todos como perros sarnosos? ¿Qué médico habia de encargarse de la asistencia de un enfermo al observar la menor gravedad en él, sabiendo que se exponia á perder todo su trabajo y hasta su reputacion? Los que mas necesitarian de los auxilios de este arte benéfico, consolador é indispensable, se verian privados de sus beneficios. Esto salta á la vista del mas topo. No queremos ni debemos añadir una palabra mas á refutar tan insigne barbaridad, tan estúpida proposicion, aborto únicamente de seres tan ruines como ignorantes, de gente *cursi*, en una palabra.

"Cosas tenedes el Cid,
Que farán fablar las piedras."

Pasemos, empero, por alto otras muchas inconsecuencias de menor cuantía para no hacer mas prolija esta narracion, y sobre cuyo tema podríamos borronear muchos pliegos de papel; y digamos algunas palabras acerca del hombre que sufre, que no porque sufre deja de ser hombre tambien, y por tanto inconsecuente á veces con su ángel tutelar, con el misionero de su salud.

Si tratándose del hombre sano necesita el médico de toda aquella condescendencia, tolerancia é in-

[1] Véase la nota [V] del *Apéndice.*

dulgencia que tanto le enaltece para saber sufrir digna y pacientemente sus injusticias, imprudencias y escentricidades, ¡con cuánta mayor razon no tendrá necesidad de armarse de toda su gran paciencia y resignacion, cuando las inconsecuencias provienen de parte del enfermo!

Este sér sagrado é inviolable, tan digno de consideracion, objeto de conmiseracion y de todas sus atenciones, de todos sus afanes, estudios y desvelos, suele, no pocas veces, y á pesar de todo, mostrarse asaz inconsecuente, tan pronto por sus exigencias torpes é indiscretas como por sus imprudentes manifestaciones ó demostraciones de desagrado; unas veces con su displicencia ó modales bruscos, cuando una medicina, por ejemplo, no ha obrado con prontitud ó ha sido poco eficaz; otras armando discusiones sobre lo mas ó menos acertado del plan curativo propuesto y muchas veces no seguido; pues nadie ignora cuan á menudo son desairados los remedios ó prescripciones del facultativo, desatendidas y hasta contrariadas, no solo por el doliente, sinó tambien por la malicia, celo mal entendido ó pedantería de los deudos, amigos y asistentes, y otros *eruditos á la violeta*, que jamás faltan en estos casos. ¿Cuál suele ser el resultado? Malas terminaciones con frecuencia, y que es de cajon achacar á la impericia del médico. (1)

---

[1] Como confirmacion del peligro que muchas veces corre el enfermo con engañar al médico, véase el caso que refiere el Dr. Herrgolt, publicado en un periódico reciente de la facultad:

«Entró un enfermo en la clínica de Mr, Forget, pintor de oficio, y padeciendo de una parálisis saturnina de los músculos estensores. Se le prescribió una píldora de estricnina aumentando

Mayor gravedad entraña aun, si cabe, la falta de consideracion, la carencia total de atencion y cortesía por parte del paciente, con el que le asiste con la mejor voluntad, apurando todo su saber y agotando sus recursos para su mas pronto alivio, con llamar á otro profesor clandestinamente; es decir, sin consultarlo con él ni prevenirle de semejante determinacion.

Nadie ignora el papel tan desairado que ha de representar el confiado médico, con tan estrafalaria conducta; y mas aun, llegada la ocasion de encontrarse de manos á boca con otro comprofesor en la casa, con quien quizá no esté en buena armonia, y que haya sido solicitado sin su anuencia y ni aun sin prévio aviso. O, lo que no es tan grave ni bochornoso, cuando descubre que se le propinan al doliente medicamentos prescritos por otro profesor, cuando no sea por algun despreciable saludador. ¿Qué partido tomará en tan ingrato como inconsecuente modo de proceder? Seguramente compadecerá al que gime en el lecho del dolor; pero maldecirá tal vez una profesion que tantos sinsabores le causa, que tantos sacrificios le cuesta, que tantos disgustos le acarrea y que tanto le humilla y rebaja á los ojos del enfermo, de los deudos, de los asisten-

progresivamente una todos los dias, hasta conseguir el objeto que se deseaba; mas como no se obtuviera resultado alguno, sospechando el médico algun engaño, dispuso tomara á su vista las que correspondian en aquel dia, siendo los efectos desastrosos; pues sucumbió el enfermo á las dos horas. Las anteriores píldoras se encontraron despues escondidas debajo de la almohada de aquel desgraciado, pagando así con la vida el engaño inferido al médico.

(Revue medicale del'Est.)

tes y hasta de los vecinos. ¡Felíz él, si en estos casos, mas frecuentes de lo que se cree, no es objeto de las groseras chanzas y torpes chanzonetas de todos!....¡Cuántas veces los caprichos de algunos enfermos dan lugar á esas escenas repugnantes y bochornosas, por la debilidad ó condescendencia de los mismos allegados ó amigos!

En tan críticas circunstancias, necesita el médico, el *vir prudens* del Evangelio, armarse de toda su prudencia, de toda la paciencia de un Job, y exclamar con este santo: *Deus dedit, Deus abstulit; sic nomen Domini benedictum*; si no quiere que tal *desaguisado* acabe como el rosario de la aurora, armando una escena escandalosa, á que su carácter sufrido y tolerante raras veces, ó por mejor decir, nunca dá lugar. Convencido hasta lo sumo, de que su ministerio es de paz, de abnegacion y de caridad, y no el de un juez severo y vengador, sobrelleva aquellos desvaríos y flaquezas humanas, propias de la mas supina ignorancia, con la mas noble y digna resignacion de que tantas veces hemos hecho mérito.

Propio es del justo y del sabio
El perdonar un agravio.

Verdadero varon justo de la Escritura, *vir justus*, varon magnánimo y sabio filósofo, es el médico prudente y sufrido que recibe con calma y serenidad las aflicciones que lleva en pos su espinosa profesion; los crueles y amargos desengaños que le acarrea su penosa práctica. Firme y tranquilo, permanece en medio de las tempestades de su arte, "en medio de las ruinas," *impavidum ferient ruinæ*.... Ni munda-

na tormenta le arredra, ni acaecimiento humano le abate ni desanima, porque está arraigado en él el indestructible sentimiento de su deber, el sólido principio de lo augusto y sagrado de su ministerio. Este poderoso principio de accion, lo hace firme como una roca espuesta á los furiosos embates de un mar embravecido; que quien quiere todo lo puede. Viajero de un dia por estrañas regiones, considera no mas que como accidentes del viaje, como percances de su peregrinacion, como vicisitudes ó peripecias de la vida, todos los acontecimientos adversos de ella, que el vulgo llama desdichas y contrariedades.

Varon prudente y filósofo profundo,
Exclama resignado: "así es el mundo."

Dejando, empero, á un lado digresiones inoportunas y reflexiones filosófico-sociales que nos llevarian muy lejos, prosigamos nuestro interrumpido relato, amenizando su aridez con algun hecho práctico.

Hemos sido testigos y actores á la vez de otro género de inconsecuencia, en que lo grotesco corre parejas con lo grosero, y que probará á nuestros benévolos lectores hasta donde puede llegar la crasa ignorancia y estolidez de algunos enfermos.

Se trataba de uno de estos, que habia sufrido un amago de aplopegía cerebral: hombre muy obeso, de temperamento sanguíneo muy pronunciado, gran gastrónomo, por añadidura, y con todos los signos de lo que en medicina se llama *constitucion apoplética.* Habiéndole recomendado mucho el médico que le asistió, en un detallado método ó plan curativo

dietético é higiénico, se abstuviera completamente de todo alimento suculento ó muy nutritivo, y que no hiciera uso mas que de los muy ténues, como la calabaza, etc., etc., contestó: "que se las dieran al médico; que no era caballo como él para comer calabazas." *¿Risum teneatis?* . . . *¡Plaudite, patres conscripti!*

Mas, donde principalmente resalta la negra ingratitud, los sarcasmos crueles y la falta completa de consideracion y consecuencia en algunos enfermos, es en el terreno de las enfermedades crónicas ó achaques habituales rebeldes y pertinaces. Recordaremos aquí cuanto hemos manifestado acerca del particular, en el artículo III para evitar empalagosas repeticiones, y pasaremos á hablar de las rarezas ó inconsecuencias que á cada paso presenta la facultad; especie de burlas morales ó chascos científicos á que continuamente se hallan expuestos los que la ejercen.





XXXII.

A fin de que este cuadro médico-filosófico-social no careciese de ningun tinte sombrío, era preciso que la facultad no dejára de tener tambien su parte de inconstancia é inconsecuencia hasta con los mismos que la ejercen, como ya apuntamos antes. *Tu quoque?* . . . .

En efecto, sucédeles á veces hacer un pronóstico grave en tal ó cual enfermedad, basado en los síntomas alarmantes que arroja aquella, no ménos que en la experiencia; y en un dos por tres, de la noche á la mañana, el doliente amenazado por la mortífera guadaña, se pone bueno, y otras veces vice-versa; burlando, por decirlo asi, los temores y esperanzas del médico, los aforismos de Hipócrates y los principios del arte. Acontéceles otras, administrarle medicamentos que una dilatada observacion y vasta esperiencia han sancionado ser constantes sus efectos,

y no obtener ninguno. Propinar, igualmente, idénticas medicinas á dos enfermos atacados de iguales enfermedades, y curarse el uno y empeorar el otro, viéndose precisado el facultativo á seguir un plan curativo opuesto ó variarlo en el segundo. Remedios comprobados por su eficacia en ciertos órganos dañados, los exasperan á veces. ¿Quién no vé todos los dias escapar de las garras de la muerte á enfermos gravísimos y desahuciados por las eminencias del arte, como el actual príncipe de Gales, y sucumbir otros á una afeccion ligera? Sin embargo, fueron ambos asistidos por el mismo médico. ¿En que consisten tales metamórfosis? En multitud de causas, que si bien unas son conocidas, otras se desconocen completamente.

Los famosos lemas de los homeópatas y alópatas: *Similia similibus curantur, Contraria contraris curantur*, no han probado nunca nada, pues que remedios semejantes ó contrarios, curan enfermedades diversas ó iguales, unas veces, y otras no; ó mas claro: que lo mismo curan y dejan de curar unos que otros, empleando en las enfermedades remedios semejantes ó contrarios á las mismas; *quod unum proderit, alteri nocet.*

Si grande es la naturaleza, no es menos caprichosa. Los dos opuestos principios médicos llamados *principio morbífico* y *fuerza medicatriz*, son tan versátiles é inconstantes como raros y poco conocidos. Hánse visto ejemplos de heridos, atravesado el pulmon de parte á parte por una bala de fusil, y sanar al poco tiempo, y venir á morir otros de una simple herida ó rasguño, y hasta de una extraccion ó sacadura de la *pulex penetrans* ó nigua. Todos he-

mos conocido al coronel Verdugo, digno Gobernador de Pinar del Rio, atravesado el pulmon derecho años antes por un estoque. Heridas penetrantes del corazon y del cérebro, cuyos proyectiles han permanecido alojados muchos años en su interior, registran los anales de la Cirugía

Léase en la *Crónica Médico Quirúrgica* de la Habana, (Febrero de 1876) un "Caso rarísimo" de herida con arma de fuego. Un niño jugando con un revólver cargado se le dispara uno de los tiros, y la bala penetra por el epigástrio ó boca del estómago: cuando ya todos lo daban por muerto, á los tres dias la arrojó por el curso, quedando perfectamente bueno y salvo. El mismo periódico, con referencia á este caso, reproduce de *El Siglo Médico* de Madrid, otro mas extraordinario aun acaecido al Sr. Conde de S. Rafael, hace mas de veinte años. Al sacar del caruaje la escopeta cargada, se le dispara el arma, penetrando la bala por el vientre y saliéndole por la espalda, sin herir la columna vertebral ó espinazo. Sin embargo, contra la creencia de todo el mundo, y burlando el pronóstico mortal de los mas afamados médicos de la córte, el noble y afortunado señor escapó de una muerte segura, disfrutando desde entónces y en la actualidad de una completa salud. Es inútil murtiplicar mas citas y ejemplos.

Aun entre los mismos médicos, ¿no se observa con harta frecuencia que los ménos inteligentes, doctos y prácticos curan mejor una grave enfermedad; y desgraciárseles enfermos á otros de mucho mas saber, ilustracion y esperiencia? ¿El mismo público no prefiere frecuentemente el primero al

segundo? Los propios curanderos, ¿no han obtenido á veces curaciones difíciles de afecciones rebeldes y refractarias á la ciencia, y en las que se han estrellado los esfuerzos de los mas esperimentados profesores? ¿En qué consiste esto?....¡Rarezas del arte, arcanos de la ciencia, inconsecuencias de la facultad!.....*Rara videntur in arte.*

"Existe en el destino de ciertos médicos, observa el distinguido Dubois D' Amiens, extraños y dolorosos contrastes." Considera este ilustre profesor, en su *Elogio histórico de Chervin*, (1) que unos, á consecuencia de circunstancias especiales, y que seria curioso seguir su encadenamiento, se hallan encumbrados por los honores y la fortuna, ignorándose muchas veces el cómo y porqué, llegando á ser los favoritos de los príncipes y magnates, asociados á los acontecimientos mas gloriosos de la época, rodeados sus nombres de una auréola de gloria y envueltos entre las nubes del incienso y de la fama, encargándose la historia y la prensa de inmortalizarlos, inscribiendo sus nombres en monumentos imperecederos, tal vez sin mérito ni esplicacion para ello. Al paso que otros, rebosando sus conocimientos, sus talentos, sus estudios, dotados de espíritu vigoroso y de alma intrépida, despues de esponer mil veces su salud y su vida y de sacrificar su fortuna y su reposo en beneficio de la humanidad, y poder descubrir una verdad para la ciencia, son irremisiblemente condenados á vivir entre penosas privaciones, postergados, olvidados

[1] Véase el *Journal de Médicine et de Chirurgie pratiques*, tomo XVII, correspondiente al año 1846.

viniendo, á morir, por último, ignorados y sumidos en el aislamiento y en la miseria, como aconteció con el generoso é infatigable Chervin, segun vimos en la primera parte.

Los nombres célebres no son raros entre los médicos; mas cuando se conocen de cerca los sugetos que los llevan, bien pronto se desvanece el prestigio, y entónces se comprende que la ambicion, el favoritismo, el azar y otras circunstancias enteramente distintas, han sido las únicas causas de su celebridad; y de ningun modo la superioridad de su talento ni la profundidad de su saber, ni tampoco la exactitud de su observacion. Los títulos, los honores, la fortuna, tales son las bases en que muchas veces está fundada la ciencia del médico. ¿En qué consiste semejante fenómeno?.... Ya lo hemos dicho: ¡Rarezas del arte, inconsecuencias de la facultad! ...

Hasta han considerado algunos con más ó ménos fundamento una anomalía, una paradoja médica (si se nos permite la frase) el raro contraste de un médico, que dedica toda su vida y todos sus estudios y afanes en curar á los demas, no sepa ó no pueda curarse un achaque habitual ó enfermedad crónica ó aguda. El mejor y mas completo tratado que se conoce sobre el *asma*, es seguramente el del *asmático* Floyer. que padeció toda su vida tan penosa dolencia. Para consolar á sus compañeros de infortunio, les dice este juicioso autor, que su achaque no le habia impedido de dedicarse al estudio, al paseo, á la equitacion y á ejercer la facultad, comer, beber, dormir y.. satisfacer otras funciones como cualquiera otro. Del mismo modo Mr. Lefebre, distin-

guido médico de marina, ha escrito un importante trabajo sobre esta enfermedad que tambien padece, y que ha sido premiado por la Sociedad Médica de Tolosa, de Francia.

Por otra parte, ¿á cuántos médicos no vemos sucumbir á una enfermedad despues de haberla curado centenares de veces? El célebre médico italiano Torti, estuvo en un tris de ser víctima de una fiebre perniciosa ó *maligna*, habiendo pasado casi toda su vida curando toda clase de fiebres palúdeas. Hemos conocido un médico, gran práctico en la curacion de las neuralgias y demas enfermedades nerviosas, y que perdió un ojo á consecuencia de una *punzada de clavo* en el mismo. (1)

Así mismo, los grandes prácticos no dejan de pagar algunas veces su tributo á los caprichos y rarezas de la ciencia. Los numerosos hechos desgraciados, citados en la Coleccion de errores quirúrgicos de Boyer, nos lo prueban evidentemente. ¿Sabria igualmente su obligacion, el entendido cirujano y sangrador de Cárlos IX rey de Francia? No obstante, aquel monarca estuvo á pique de morir de resultas de haberle picado un nervio. Sobrevinieron accidentes graves, se trató de la amputacion del brazo, y hubieron de trascurrir cuatro meses de sufrimien tos y temores, ántes de poderse obtener la curacior del rey. El cirujano causa de todo, no tuvo mas castigo que su profunda afliccion y amarga pena por su torpeza, ó por la anomalia del malhadado nervio ¡Magnánimo ejemplo de clemencia, de nobleza y de grandeza de alma!

---

(1) Don Tomás Ponte, que ejerció la facultad en este partido por espacio de muchos años.

Hace algunos años falleció en Lóndres, Ana Gruner, de resultas de la inhalacion del cloroformo, que el afamado operador Megisson le habia administrado ántes de operarla. Y un caso idéntico, ocurrido al mejor dentista cloroformizador de Nueva-York, hemos leido recientemente en los periódicos de la capital.

Por último es bien sabida la causa de la desgracia de Andrés Vesalio, uno de los mejores cirujanos y anatómicos de su tiempo, el cual hundió el escalpelo ó cuchilla en el pecho de un personaje que todos y especialmente él, creian ya cadáver por presentar todos los signos de la muerte; y en cuanto fué abierto, vióse palpitar el corazon con gran asombro de todos los circunstantes. (1) Inútil y supérfluo consideramos acumular mas citas y ejemplos para dejar comprobado los tropiezos, reveses é inconsecuencias que brinda la facultad á los aficionados á entrar en ella.



[1] Este doloroso é inesperado acontecimiento acaecido al famoso médico de Cárlos V y Felipe II, ha sido negado por varios autores, entre otros por Bouchut, apoyándose en el silencio que acerca de él guardan los autores españoles de aquel tiempo. Para mas pormenores véase *La Leyenda* de Vesalio, inserta en los *Anales de la Real Academia de ciencias médicas*, y la nota [W] del *Apéndice*.



XXXIII.

Las inconsecuencias y arbitrariedades que así mismo tienen que sufrir los médicos (donde no los hay forenses) por parte de todos los gobiernos, es asunto y argumento que, aunque conocido de todo el mundo, daria márgen, lugar y pié á graves consideraciones, motivo y ocasion á sentidas reflexiones, si nó fuera un terreno vedado y el que no nos es permitido invadir, por razones que nadie ignora; pues hay cosas que *peor es meneallo.* A fin, pues, de no incurrir en graves y peligrosas responsabilidades, nos contentaremos con hacer un cuarto de conversion, como dicen los militares, ú orzar cuarenta y cinco grados, como diria un marino, dirigiendo nuestro rumbo á otras aguas mas mansas; esto es, á nuestra legislacion vigente, y haciendo algun comentario ó buscapié en lo que encierra de injusto é inconse-

cuente algunas de sus disposiciones; relativas á la tan vejada como sufrida clase médica.

Apuntadas dejamos ya, en nuestra *primera parte*, algunas tristes reflexiones, al hablar de los casos y *cosas* judiciales. Espusimos allí, aunque de paso y con el credo en la boca, (como quien anda pisando huevos con pies de plomo) las injustificables cuanto comprometidas exigencias que se imponian á los médicos de campo, y los perjuicios y molestias anexas á aquellos actos. Veamos, ahora, de discurrir y razonar sobre tan imperfectas y arbitrarias leyes, con permiso de los señores letrados, y salvo sea siempre el respeto á los legisladores.

"Que en la perla mas tersa y fina
Manchas se descubren si se examina."

Todos los autores de "Procedimientos judiciales", especialmente los renombrados Montalban y Caravantes, están de acuerdo y conformes en que: "los jueces pueden y *deben* obligar á todo facultativo á que actúe en las diligencias *de oficio*, só pena de usar con él de los medios coactivos (multas, prisiones, etc.) que previenen las leyes contra los rebeldes."

Y, ¿sabeis por qué?.. Porque todos esos legistas no son médicos; que si lo fueran, reconocerian su injusticia y despotismo legal, y no andarian tan unidos y *rabiatados* (que, quien con lobos anda, á auliar se enseña,) en ocasionar perjuicios de consideracion y mortificaciones penosas á unos hombres que viven de su trabajo personal, y reconocerian que este es sagrado.

¿Sabeis por qué? Porque aquellos legisladores, convertidos en legaleyos en lo que atañe á los médicos, no tienen que sufragar el importe de aquellas diligencias *de oficio*: "de lo que nada cuesta llénese la cesta."

¿Sabeis por qué? Porque como lobos de una misma camada, aquellos administradores de justicia, quieren la justicia, pero no para su casa, *pro domo sua.*

¿Sabeis por qué? Porque como ellos han forjado aquella ley á su antojo y talante, aunque con poco talento, y arreglado á su capricho, y amoldado á su conveniencia, le han dado la forma *infundibiliforme*, ó mas claro, en figura de embudo, hablando vulgarmente y en castellano.

¿Sabeis, por último, por qué? Porque ademas llevan sobre sus hombros, no la vara de Thémis, sinó las alforjas de la fábula:

"En una alforja al hombro
Llevo los vicios, [ó injusticias]
Delante los agenos,
Detrás los mios."

Y, ¿cómo los han de ver si van detrás? Para esto era menester que, como los condenados de que nos habla el Dante, anduvieran con la cabeza retorcida mirando hácia atrás. Mas por desgracia no sucede así. Y aun cuando los llaváran delante, ¿no nos pintan algunas veces la diosa de la justicia con los ojos vendados, á guisa de niña jugando á la gallinita ciega? ¿Podrá darse una pintura mas fiel, una alegoría mas exacta, una prueba mas tangible, de que algu-

nas veces la justicia se administra dando palos de ciego? Y, ¿cómo se explica su comportamiento para con los médicos? ¿No entrará además, para nada, la inconstancia y volubilidad propias de su sexo? *Varium et mutabile semper fœminæ*, se ha dicho y repetido hace millares de años. No sin algun fundamento, la antigua Mitología nos enseña que cuando Júpiter le quitó la balanza á Themis, diosa de la justicia, para colocarla en el Zodiaco (que es el signo de *Libra*) sus razones tendria para ello.

"¡Que todos los jueces pueden y *deben* obligar á todo facultativo!" Donosa disposición digna de figurar en un *úkase* imperial ó en la ordenanza militar! Y, ¿por qué? podríamos preguntar á los mismos Montalban y Carabantes con ser los mas *bravíos.* ¿Para la administración de justicia? (1) . . . .
. . . .

Y ¿qué tiene que ver el médico que en nada ha delinquido con la justicia ni con su vara ni balanza? Adminístrele en buen hora, revuélvase como quiera, ó como pueda, ó contra quien sea ó haya lugar, ó como se la depare Dios ó su ciencia; busque, indague, averigüe, husmee; está bien; allá se las campanee; prenda, juzgue y castigue; magnífico; pero deje en paz al pobre médico que se lava las manos en todo y que no se ha metido en nada, ni tiene la culpa de ello, ni tampoco es mercader ni *cachurrero* (tomára él!) para entender de varas ni balanzas. . .

(1) *Nos cabe el desconsuelo de tener que sustituir con puntos suspensivos los párrafos mas importantes, que ha tenido á bien suprimir el Sr. Censor de imprenta.* ¿Quousque tandem? . . . .

¿Porqué, pues, tiene que pagar por otros? ¿Es de razon paguen justos por pecadores?............

....

....

"¡Só pena de tratarlos como rebeldes!"...Es decir, só pena de multarlos, llevarlos conducidos....

....

....

....

Siquiera Sancho el *Bravo*, aunque era muy bravo, y tenia siempre el palo en una mano, tambien tenia el pan en la otra. Siquiera D. Pedro el *Cruel*, á pesar de sus crueldades, ha sido llamado el *Justiciero*, por su amor á la justicia ejecutiva. Del mal el ménos. Tal quisiéramos ver á todos nuestros jueces: terribles, implacables, al par que justicieros, imitando á la Némesis de la fábula, al *romero* infatigable que no sigue mas senda que la de su romería. (1)

A pesar de lo manifestado, léjos de nosotros el negar que la obligacion de declarar "en lo que supiere y fuere preguntado" comprende á toda clase de personas, revelando á la justicia hechos ó datos de que tengan conocimiento, por el interes del órden público, interesado en que no queden impunes los crímenes y delitos; y que el magistrado solícito en averiguar la verdad y careciendo á veces de otros

---

[1] Alude á D. Antonio Romero Torrado, dignísimo Alcalde Mayor de Pinar del Rio, cuyos actos llevan siempre el sello de la justicia y de la moralidad. *Rara avis in foro!* Juez celoso, severo é imparcial, tan probo y entendido como cumplido caballero, su nombre será tan grato como imperecedero en Vuelta-Abajo, por haber conseguido reformar el foro de aquella cabecera. ¡Dios le colme de bendiciones!

mejores medios de conseguirlo, invoque la cooperacion de los peritos, es decir, de los médicos, cuya influencia en los trámites judiciales es tan necesaria á veces, como dejamos demostrado anteriormente. No criticamos, por tanto, ni mucho ménos reprobamos lo espuesto, ni tampoco el que las leyes dictadas por un espíritu sabio, previsor y justiciero, impelan y obliguen á todo profesor del arte de curar, á dar parte despues de la curacion de toda herida ó contusion grave. habida en riña ó de mano airada principalmente, bajo su mas estrecha responsabilidad; ni ménos dejar de acudir á la mayor brevedad posible al llamamiento del Juez, para informarle ó ilustrarle "segun su leal saber y entender" de todo cuanto necesite entender y saber, para que, como depositario de la ley, se apresure á proteger la víctima y á castigar al culpable, no solo para reparar la ofensa, sinó tambien para imponer al crímen la pena proporcionada á fin de que, sirviendo de escarmiento, no se repita el atentado; que: "tras la soga tiene que ir el caldero, y tras el pecado la penitencia."

Todo esto, es muy bueno, muy sabio, muy lógico y muy justo. Pero, ¿es igualmente lógico y justo el que el Juez le "*mande* encargarse de la curacion y asistencia del herido, previniéndole dé parte cada dos, tres, cuatro ó seis dias segun la gravedad del mismo? ¿Y si el herido vive á otras tantas leguas de distancia, y es en tiempo de lluvias, y tiene que asistir á otros enfermos, y tiene que ganar su subsistencia, y....? Acabemos, que basta y sobra con lo dicho, para hacer resaltar toda la enormidad de la injusticia, lo absurdo de una ley, digna de los tiempos

de las leyes *caldearia*, del *fuego* y de los *juicios de Dios.* (1)

Y ¿qué remedio queda? dirán algunos. *Dura lex, sed lex.* Uno muy sencillo. ¿No sería mas lógico, justo y equitativo el que aquellos sabios reformadores hubieran reformado mejor su *Febrero Reformado,* disponiendo se abonáran aquellos trabajos en su justo valor? Pues que, ¿tan difícil, insuperable ó desacertado encuentran el prevenir en ese mismo malhadado *Febrero* tan mal *reformado*, hacer la reforma de que sean satisfechos por el mismo paciente, ó interesado ó agresor, ó en caso de insolvencia comprobada, lo fueran por los fondos municipales? Si con estos se satisfacen los sueldos ó asignaciones de los médicos forenses, donde los hay, ¿qué razon existe para que no se cumpla lo mismo donde no los hay? ¿No es el trabajo el mismo y aun mucho peor? Si en todas partes son iguales los facultativos, ¿por qué no lo ha de ser tambien la justicia? ¿Por qué razon no ha de dar á cada uno lo que es suyo (1) ¿Ignoran acaso, aquellos legisladores la gran máxima de De-

---

[1] La ley *caldearia* ó del fuego, se llamaba antiguamente á una ley bárbara que ordenaba la prueba del agua hirviendo ó del fuego, haciendo meter la mano y el brazo desnudo del presunto reo, para comprobar la inocencia ó culpabilidad del mismo, segun lo sacaba ileso ó abrasado.

Consistia la última en otra bárbara costumbre de los siglos caballerescos, de encargar á la fuerza del brazo, ó la mayor destreza de las armas, la inocencia ó culpabilidad de la persona acusada.. Si el mantenedor ó campeon salia vencedor, era una prueva irrefutable de la inocencia del reo. En algunos casos no dejaba de ser un gran consuelo para el criminal y una apelacion salvadora como en el del famoso de la reina mora de Granada, defendida por cuatro caballeros cristianos.

(1) Segun las leyes de la justicia distributiva?

recho: *Res ubicunque sit, domino suo clamat?* Tal parece al ménos.

Continuaremos tan grave asunto, en nuestro próximo artículo, aun á riesgo de que se nos aplique la conocida quintilla de Moratin:

"Tu crítica majadera, etc.





XXXIV.

La pésima costumbre, la malhadada circunstancia, la injustificable conducta de no ser jamás agradecidos, ni ménos apreciados, ni mucho ménos aun satisfechos los penosos y comprometidos trabajos facultativos en los trámites judiciales (autopsias, heridas, reconocimientos, exhumaciones, etc., etc.) y el absurdo error y falsa creencia en que se hallan, no solo los particulares, sinó tambien los tribunales de justicia, de que dichos trabajos son y *deben* ser obligatorios y gratuitos, nos hace entrar en un terreno tan erizado de peligros como escaso de utilidades; tan lleno de inconsecuencias como falto de equidad y de justicia, y que por sí solo bastaria para hacer odiosa una facultad á todo el que la ejerce, si la abnegacion, la paciencia y la resignacion no vinieran en ayuda del médico, y no fuera el sosten de su arte

lo indispensable de sus servicios, y su lema "esclavo de la profesion."

"¡Que *deben* ser obligatorios y gratuitos!" ¿Quién les ha dicho á esos buenos señores, (Montalban, Caravantes, etc.) al mas grande legislador, al mas rígido Caton, á los mismos Solon, Licurgo, Dracon, Eurico, Justiniano, Teodosio, Montesquieu, dónde han aprendido que en una sociedad bien organizada, en una república bien constituida ningun ciudadano contraiga la obligacion de trabajar de balde para otro? Nadie ignora que "el abad yanta de lo que canta," y que, de Dios abajo cada uno de su trabajo." Tan solo parecen ignorar tan triviales verdades los tramposos y los autores de *Procedimientos judiciales.* Y en cuyo asunto (digámoslo sin empacho) han procedido aquellos desatentados autores con *injusticia notoria* y *lesion enorme* (usando su fraseología.) No diremos que al ocuparse en malhora de tan enojosa tarea, hayan barrenado la justicia ó andado por las ramas; pero si *á oscuras unas veces* y *otras sin luz*, como el desventurado escudero del Héroe manchego, perdido en la lóbrega sima.

Déjense, pues, semejantes aberraciones, tan insensatas utopias, tan injustificables absurdos para los tiranos y visionarios, para los *falansterios* ó manicomios de Muncer, Blank, y Fourier ó Fourrier para las Icarias de Cabet, para Proudhon y otros utopistas y regeneradores modernos, no para nuestros legisladores. (1)

Quitadle al trabajo su estímulo, ó sea su utilidad ó recompensa, y toda la andamiada del gran edificio

[1] Véase la nota [X] del *Apéndice.*

social se vendrá abajo. No es ciertamente el trabajo forzado, el mejor propulsor de la nave de la civilizacion y del progreso.

El trabajo personal! .... El más adocenado juez lo ha considerado siempre como sagrado. En 1845, á consecuencia del litijio promovido por un facultativo en cobro de honorarios, con motivo de la autopsia del cadáver de un esclavo, la Real Audiencia de la Habana, abundando en esas mismas ideas, decretó lo siguiente: "Que reconociendo el valor de sus servicios á todo facultativo, se reconociera su derecho COMO SAGRADO, y que en caso de reclamaciones, se sometiera la discusion al subdelegado de medicina local y á dos profesores de la confianza del juzgado." Oigamos ahora á un eminente moralista que no podrá recusar el mas escrupuloso jurisperito.

"El trabajo, dice el profundo filósofo de Vich, representa las fatigas, las privaciones, el sudor del que lo ejerce....y si el Autor de la naturaleza ha querido sujetarnos á él, este trabajo debe sernos útil; de lo contrario no tendria objeto. La utilidad no se realizaria si el fruto del trabajo no fuese de pertenencia del trabajador....y *no hallando las fatigas la recompensa, faltaria el estímulo para el trabajo*....Luego, la legislacion que no respeta este principio, es *intrínsicamente injusta*..A los ojos del género humano, solo es respetable lo justo, y las leyes dejan de ser leyes, *cuando no son justas*.... cuando no tienen mas sancion que la fuerza (vulgo el *tolete.)* La ley, ha dicho Santo Tomás, con su admirable concicion y sabiduría, es: "una ordenacion de la razon, dirijida al bien comun" etc. *Rationis*

ordinatio ad bonun commune. (1) Quiere decir, que los séres racionales deben ser gobernados por la razon, no por la voluntad del que manda (ó que legisla.) La voluntad sin la razon, es pasion ó capricho; y el capricho ó la pasion, gobernando (ó legislando,) son *arbitrariedad*. . . . Decir que toda ley, por solo ser formada es ley obligatoria, es arruinar los fundamentos de la moral, contradecir el sentido comun, borrar la historia, mentir á la humanidad. . . . El cimiento de la ley es la justicia; su objeto el bien comun: *ad bonum commune.* Las leyes no deben hacerse para la utilidad de los gobernantes (ó legisladores) sinó de los gobernados," etc. etc. (2)

¡Qué bellos conceptos! ¡Cuánta lógica, cuánta verdad, cuánta justicia no encierran tan sábias maximas! . . . ¡Lástima grande no se empapáran de ellas nuestros jueces y legisladores! . . . ¡Que leccion tan elocuente para los reformadores del *Febrero* mal *reformado!*

Sabemos, sin lugar á duda, que se han de ridiculizar estos toscos, pero francos renglones, achacando á su pobre é ignorado autor un esceso de *pedantería* que jamás ha conocido; mas, tal imputacion no nos acongoja, abochorna ni sorprende, ni ménos nos causa novedad *por lo nuevo,* desde que los citados reformadores estampáron tan denigrante calificativo en su *Gran Reforma,* al ocuparse, en hora menguada,

[1] Entre las muchas obras que escribió Santo Tomás, descuella su "*Suma Theológica*" uno de los monumentos mas grandiosos que produjo el espíritu humano en la edad media. No es solo un escelente tratado de teología y de alta metafísica, sinó tambien un sistema completo de filosofía moral y de política.

(2) Balmes. *Etica,* pag. 433 y sig.

de la tan respetable, como poco respetada, por esos señores, y sufrida clase médica. Copiemos textualmente tan humillantes dicterios, tan bochornosas frases, indignas de figurar en una obra, por otra parte tan recomendable.

"Convendrá, dice aquella antorcha de nuestra legislacion, aquel faro del foro, que los facultativos declaren lo cierto como cierto y lo dudoso como dudoso; absteniéndose de decidir sobre las causas ausentes ó morales, porque la averiguacion de éstas corresponde exclusivamente á los jueces. *Por desgracia* es tan frecuente su *pedantismo* [ya pareció aquello] en esta materia, para hacer alarde de su instruccion y experiencia, que será muy conveniente.... que los jueces *los castiguen con mano dura!*"(1)

Tal es la recompensa, el premio, el galardon, la *paga* que los jueces tienen reservado al médico en los casos judiciales, si alguna vez tienen aquella *desgracia* de deslizarse ó extralimitarse en lo mas mínimo, en tan delicada como espinosa materia. Hé aquí una copia exacta, un trasunto fiel, de la fábula del lobo y la cigüeña.

Increible nos pareceria tan estúpido encono, tanta sin razon, tanta lobuna ingratitud, tanta injusticia por parte de la justicia, si no lo viéramos estampado con letras de molde y reproducido hasta la saciedad, hasta el hastío, aun en obras agenas á nuestra legislacion.

¡Castigar con mano dura el horrendo delito de un esceso de celo, quizá sobra de ignorancia ó de poca

(1) Véase *Febrero Reformado* por Montalban y Caravantes, ó «Libreria de jueces, escribanos, procuradores» y demás plagas de la sociedad.

capacidad! ¿Cuándo se ha visto que ningun legislador de este mundo ni de otro conocido ni por conocer, haya imaginado siquiera el castigar la falta de talento y sobra de voluntad, y ménos aun *con mano dura ni blanda*, mucho ménos cuando se presta un servicio oficiosamente, ó mas claro: *de balde?* ¡Saben los señores Montalban y Carabantes y demás reformadores antiguos y modernos, lo que es hacer justicia?..Y, ¿cómo no lo han de saber si son, la guia como dicen los carreteros, la *yunta de guia* de todos los jueces, el faro ó farol de todos los abogados, escribanos, procuradores y demás gente llamada *de conciencia*....ancha como manga de fraile franciscano?....

"Asómate á la ventana
verás pasar la concencia,
precurador, escribano
y menistro de la audencia,"

como cantaba nuestro asistente en la pasada guerra civil de los siete años.

¡Castigar con *mano dura* el pedantismo!...¡Gran *fazaña!* Este alarde de rigor despótico, no pasa de ser puro quijotismo, propio solo de tan caballerescos legisladores. Hasta ahora, el mundo ilustrado ha estado sumido en el error y en la ignorancia. ¡Pobre Cervantes! ¡Infelíz Clemencin! ¡Malaventurado Pellicer! ¡Desdichados Bowle, Amador de los Rios y otros sabios comentadores y anotadores del Ingenioso Hidalgo manchego! ¿Qué más? La misma sapientísima Real Academia ha estado en la creencia de que la inmortal obra del príncipe de nuestros inge-

nios, habia dado al traste con todos los caballeros andantes y libros de caballerías...¡Vana ilusion!..

Todavia en nuestros dias existen *desfacedores de entuertos*, que comó los caballeros de *triste figura* Montalban y Carabantes, como los *ingeniosos* hidalgos reformadores, son "muy arrogantes con los humildes y muy humildes con los soberbios," como decia Sancho Panza de D. Quijote.

"Arrogante, moro; estais....!" etc.

Ridiculícense, en buen hora, nuestras razones y apreciaciones con el dictado de "fárrago de sandeces," por quien quiera que sea ó se dé por aludido. Poco ó nada nos importa que un soberano desprecio sea la única contestacion que á nuestros inocentes desahogos, dén nuestros jurisconsultos, en cuya nobilísima clase contamos muchos y muy apreciables amigos, que nos honran con su amistad; si ese desprecio se convierte en aprecio del público sensato, ilustrado é imparcial, y en reconocimiento y recomendacion de los dignos profesores, que es lo único á que aspiramos. Por último, llámense nécia pretension, ó ridícula petulancia, ó pedantesca presuncion, ó ignorancia presumida [la peor de todas las ignorancias] ó, en fin, *pedantismo*, las observaciones, comentarios ó consideraciones vertidas y que nos faltan que verter aun en pró de la benemérita y sobajada clase médica, que á todo opondremos nuestra santa paciencia y resignacion, la conformidad del santo Job, la estoicidad de Sócrates; contestando con el vizcaino: "verso no lo será; pero verdad tú te lo tienes."



XXXV.

Acabemos de darle á este sombrío cuadro la perspectiva que le falta, agregándole algunas pinceladas de los maestros del arte, y ampliando las ligeras y *fugaces* reflexiones que, acerca de las exhumaciones y autópsias jurídicas, espusimos en otra parte. (1) A pesar de ser entusiasta defensor de ambas, he aquí como se espresa el digno catedrático de Medicina Legal D. Ramon Ferrer y Garcés, con una imparcialidad que le honra.

"Nosotros somos de opinion que los tribunales de justicia están facultados para requerir á los médicos, al efecto de concurrir á las exhumaciones, sea cual fuere la época de la putrefaccion, siempre que el objeto de ellas conduzca al esclarecimiento de la verdad, al castigo del criminal ó al triunfo de

[1] Véase el artículo XVIII

la inocencia. Pero somos tambien de parecer...el recordar en esta ocasion, con toda la eficacia é interés que exige la dignidad profesional, los *indisputables derechos* que asisten á las profesores del arte de curar, para que se haga *efectiva* la percepcion de sus honorarios...El facultativo acude al llamamiento del juez; abandona sus comodidades domésticas; se separa de sus enfermos; se traslada á veces á largas distancias, sufriendo penalidades que *nadie sabe apreciar*, y espone, además, su salud y su vida para desempeñar dignamente su cometido. ¿Sabeis cual es la mayor parte de las veces, la recompensa de tan laudable comportamiento? La desatencion, el olvido de tan importantes servicios, el menosprecio y hasta en algun caso, calumnias atroces, deshonrosas calificaciones, y siempre tristes y amargos desengaños. No pretendemos inculpar á los tribunales que á menudo ignoran tan dolorosos percances; pero no podemos dudar que en muchas ocasiones está en su mano poner el remedio; y sin embargo, continúan los abusos, siendo desatendidas y hata ridiculizadas las justas reclamaciones de los profesores, con desdoro de la facultad y quebranto de sus legítimos intereses." (1)

Caten nuestros lectores, un bonito trozo de sermon....*en desierto.*

Entresaquemos y estractemos, ya que nos viene á pelo y á mano, otro cachito de sermon...perdido, del padre de la Medicina Legal, (predícame, padre) del tan recomendado y consultado Dr. Mata, que corroborará más y más lo espuesto en el artículo

[1] Tratado de Medicina Legal, pág. 421.

anterior, y lo que nos falta que esponer aún. Oigamos, pues, á tan respetable autoridad:

"Asi como están los autores de "Procedimientos judiciales" tan *duros* [será de mollera?] respecto de los facultativos que se resisten á servir á los jueces, pidiendo contra ellos penas severas, los quisiéramos ver *mas amigos de la justicia* [qué tal?] quejándose del abandono en que se tiene á los peritos, *no remunerándoles su trabajo (nota bene)* ni resarciéndoles los perjuicios que les irroga el servicio médico-forense; pues cuando hay que trasladarse de un pueblo á otro, no solo no cobran honorarios, sinó que tienen que pagar de su bolsillo los gastos de viaje y manutencion...¿Es esto justo?..[pues no? si es de *justicia*]. No hace mucho se ha mandado abonar á los alguaciles, cuando salen en comisiones...la dieta de *cincuenta reales*; y los facultativos tienen que pagar de sus fondos particulares el viaje y la manutencion! ¿Cómo callan los autores de "Procedimientos" sobre *tan repugnantes injusticias*? [Toma! porque como el asno de Sancho Panza, oyen sin responder palabra] ¿Cómo en vez de pedir sean remunerados los peritos, claman con todo rigor contra los *rebeldes*, si se resisten á servir al juez ó al alcalde?" &, &. (1)

¿Cual deberá ser, en este caso, la consecuencia natural y legítima de tan poderosos argumentos, de tan innegables verdades?. Será que nuestros legisladores y jueces cierran los ojos á tan luminosos

(1) Idem idem, tercera edicion, pág. 527. Otras muchas autoridades de referencia podríamos citar, pero que no lo haremos por no fatigar á nuestros lectores, y en obsequio á la brevedad que nos hemos propuesto.

párrafos, trascritos de tan grandes autoridades? Desgraciadamente estamos en lo cierto: *oculos habent et non vident*, diremos entónces con Jesucristo.

No trataremos de comentar ni intentaremos siquiera deslizar las tristes y sentimentales reflexiones á que darian lugar tan amargas verdades. *Lo que no puede decirse, no debe decirse*: verdades, que, por otra parte, no necesitan de comentarios por estar al alcance de todas las personas sensatas y justicieras, inclusos nuestos celosos jueces, quizás los primeros en reconocerlo así: ménos de nuestros funestos reformadores del *Febrero* tan mal *reformado*, y otros por *reformar*. Por lo demás, sería entrar en repeticiones que poco ó nada contribuirian á demostrar y probar lo que está mas probado y demostrado que la luz del medio dia. Haremos, empero, nuestras tan justicieras y concienzudas lucubraciones, tan elocuentes frases, tan justas quejas que servirán de sólido y ancho pedestal, no solo á nuestros artículos anteriores, sinó tambien á esta Apología. Rechácense y ridiculícense las apreciaciones vertidas en ellos, hijas si se quiere, de nuestro celo, mejor dicho de nuestra nulidad, engendro de nuestra insuficiencia, aborto de nuestra incompetencia; califíquense de bufonadas, ó chocarrerias; enhorabuena que se manden enhoramala; mas tendrán que respetar los Zóilos, mal de su sagrado, las justas reconvenciones y duras reprensiones de aquellos sábios y competentes maestros en la materia.

"Procure ser, en todo lo posible,
Quien ha de reprender irrepensible."

Producto de grandes capacidades, resultado de profundas meditaciones, de tiempo y de vigilias, será, no hay duda, la confeccion de las leyes y disposiciones que rigen en esta y otras materias. ¿Quien lo duda? Pero, no ménos grandes ni ménos profundas serán las de los autores citados de *Medicina Legal*, de *Toxicologia* de *Metafísica* y de *Filosofia moral*, en cuyas recomendables obras, se apoyan muchas de aquellas opiniones que tanto contribuyen para la confeccion de las leyes, la administracion de justicia, y el consiguiente esclarecimiento de muchos hechos criminales.

Ni se nos diga "que la ley es una emanacion de la legítima potestad, encaminada á la mayor felicidad y utilidad ó conveniencia pública, y dirigida principalmente al bien comun; *ad bonum commune*, de toda sociedad bien organizada," que maldito el bien que reportaban de ella los infelices que pasaban por brujos ó hechiceros, los herejes, mendigos, lazarinos, etc., etc., segun vimos en nuestra *primera parte;* y el que les inflije á los pobres médicos de las poblaciones rurales, en los trámites judiciales.

Non sunt facienda mala, ut eveniant bona. Perjudicar á unos en beneficio de otros..... *Non licere*, como dice la Sagrada Congregacion de Ritos.

Reanudemos ahora nuestro discurso.

Negar la utilidad é importancia de las exhumaciones y autopsias judiciales, por más repugnantes, asquerosas y peligrosas que ellas sean, seria negar la evidencia de los hechos; carecer de recto criterio; retrogradar á los fánaticos tiempos del pontífice

Bonifacio VIII, (1) y estar poseido de un punible individualismo ó egoismo personal, á pesar de los peligros que entrañan para el operador y los ayudantes, y hasta para la salubridad pública aquellos actos, (2) y de haber sido reprobadas por varios autores. (3)

Si grande es, pues, la utilidad de tales investigaciones, grande es tambien el peligro que corre el médico que es llamado por el tribunal, para que presencie el fúnebre acto de la exhumacion de un cadáver en estado, quizás, de completa putrefaccion, y proceda al no menos triste acto de la auptosia; pues no está únicamente el riesgo en las fétidas emananaciones que se desprenden de aquel foco de corrupcion, sinó tambien en el mas ligero corte ó puncion que pueda ocasionarle el instrumento cortante, en un momento de distraccion ó descuido, cuya materia pútrida inoculada en la sangre, obra indudablemente, como un activo y desorganizador veneno, desarrollando una calentura pútrida ó tifoidea, mortal, casi siempre. A su tiempo y lugar vimos que la muerte del inmortal Bichat, fué debida á

(1) Este soberano Pontífice promulgó una bula en el año 1300, fulminando pena de excomunion mayor contra los médicos que cometieran la «horrible profanacion» de abrir un cadáver para el estudio de la Anatomía. Sin embargo, andando el tiempo, la Universidad de Tubinga, acudió en 1482 á la autoridad del papa Sixto IV, para obtener el permiso de disecar cadáveres humanos «(V. *Histor ccles. Histor. de la Anatomía*, Strasburgo, 1815.)»

[2] Veáse la relacion de muchas epidemias y desgracias ocurridas á consecuencia de exhumaciones y putrefacciones adelantadas, citadas en la mencionada obra del Dr. Ferrer.

[3] Veánse los nombres de muchos de ellos, citados en la mencionada obra del Dr. Mata.

tan terrible intoxicacion, tan rápida como insidiosa.

Se nos objetará (y con razon) que semejantes desgracias son muy raras en nuestros dias, por los esquisitos cuidados y precauciones que se toman en estos casos; además de los poderosos desinfectantes de que se echa mano; pero aunque esto sea cierto, no lo es menos el que el peligro existe y siempre es el mismo. Y aun cuando no existiera ¿son por ventura aptos todos los médicos para desempeñar aquel delicado cargo? Si así lo creen los jueces y legisladores, están en un craso error. ¿A cuántos casos ha dado lugar, aquella invencible repugnancia, de trastornos digestivos y otras indisposiciones repentinas? No hablamos de los asistentes, que es cosa muy comun; nos referimos á los mismos médicos.

¡Terrible en verdad, es el compromiso, en que el juez espone al médico en semejante situacion! Hánse dado casos de algunos que han preferido pagar crecidas multas, á esponerse á perder la salud. Y, ¿no es sumamente sensible y en estremo doloroso aquella forzosa erogacion, aquel quebranto en sus intereses, sin haber delinquido en lo más mínimo? Y, si no le es posible hacer efectiva aquella cantidad, por no poseerla ó no hallar quien se la preste, cosas que se ven muy amenudo, ¿cual ha de ser el desenlace de aquel triste drama? La ley es bien esplícita y terminante en estos casos: el castigo de los rebeldes, y el embargo ó remate quizá de la mula que le ayuda á ganar su sustento, mil veces mas noble y generosa en estos casos que los mismos legisladores.

Apartemos la vista de un cuadro que ha de llenar de amargura el corazon de todos los médicos, y

aun de toda persona honrada, imparcial y justiciera, para fijarlo en otro lado de la cuestion que nos ocupa, á pesar de ser nuestra débil voz, el *vox clamantis in deserto.*





XXXVI.

Al ocuparse los autores de Medicina legal de los preparativos para las autopsias, encargan á todos sus comprofesores, además de otros utensilios, preservativos, desinfectantes, etc., no carezcan de los instrumentos necesarios para *practicar bien* esta clase de operaciones y disecciones. Mas adelante ya veremos como se practican algunas veces.

El Dr. Ferrer, por ejemplo, en la precitada obra, encarece los siguientes, como mas indispensables: "Cuchillas, tigeras rectas y curvas, escalpelos, pinzas, crinas, tubos, sondas, geringas con sifones de diferente magnitud. estiletes, una sierra recta y otra convexa sobre sus dientes, raquiotomo, enterotomo, costotomo, mecómetro, agujas, hilo, martillo, elevadores, etc." Sin duda le pasó por alto la bolsa de cirugía con sus correspondientes lancetas, postemeras. porta-cáustico, tafetan inglés, y un frasco de sales, ó

de ginebra, etc., para casos imprevistos é inesperados, ó acontecimientos fortuitos.

Al llegar aquí, ocúrresenos preguntar á los tribunales de justicia, aunque, como es de suponer, nos den la callada por respuesta: ¿Quién tiene que comprar todos estos instrumentos? ¡Toma!..el que tenga necesidad de ellos!.. La pregunta es bien escusada!.. Claro es: el médico....Sí, eh?....Y ¿quién le indemniza del valor de ellos?....¡Hélo aquí convertido en sastre del Campillo; peor aun, en *cornudo y apaleado!*....Aquí de la prudencia, de la justicia, de la fortaleza y de la templanza!....

¡Indulgencia, benévolos lectores, si ciertas frases poco pulcras vienen á herir vuestros delicados tímpanos: si alguna palabra poco culta ofende vuestra modestia: si alguna espresion mal sonante ataca vuestro pudor y lastima vuestro decoro. El caso lo requiere: la justicia lo reclama. Concédasenos siquiera el derecho del pataleo. Frases hay que forman todo un poema. Una sola palabra, espresa á veces lo que la mas elocuente peroracion. El célebre, el valiente Cambrone, al serle intimada su rendicion, en Waterloo, contestó al general inglés con un solo vocablo, que no nos es posible reproducir aquí, ni lo permite la decencia; y que sin embargo ha conservado la Historia. (1)

Dada esta pequeña satisfaccion á nuestros lectores, á modo de paréntesis, ocupémonos de nuestros

---

(1) Véase en la obra de Victor Hugo, *Los Miserables*, la descripcion ó relato detallado de la batalla de Waterloo. Allí hallarán nuestros lectores estampado con letras de molde, tan enérgica como *fea* interjeccion.

istrumentos que son el tema *fiduciario* (como se di-
e ahora, desde la irrupcion fiduciaria), el *quid* de
dificultad, el nudo de la cuestion, el *busilis*, el ob-
tivo de tan enojosa y desagradable tarea.

Que el médico tenga que invertir una gruesa su-
a en la ádquisicion de unos instrumentos que nada
han de producir, que ningun producto le han de
ar, á no ser trabajos y peligros; esto seria el colmo
e la insensatez; seria dar pan á perro ageno: seria
erder el tiempo, el trabajo, los instrumentos y el
inero. Tal es nuestra opinión, salvo el mejor pare-
er de los autores de Medicina legal. Se nos dirá y
on razon, que ningun médico posee tantos, para es-
clase de operaciones, ni mucho ménos: y que to-
os hemos conocido en San Luis y en Alonso Rojas
cierto *despreocupado* facultativo que practicaba las
utopsias, dando dos tremendas cuchilladas al cadá-
er, con un gran cuchillo ó puñal que para estos ca-
os portaba, con las que cortaba de un soló tajo ó
endiente, todos los cartílagos de las costillas, de ar-
iba abajo, inclusos los tugumentos de ambos lados
el vientre, y con cuya espedita operacion quedaba
echa, lo que él llamaba autopsia.

Tales objecciones, empero, carecen de fuerza;
ues si no posee tantos instrumentos como encare-
en los autores, posee algunos; y si no los posee to-
os, debe poseerlos, que para el caso es lo mismo.
Jnos cuantos pesos mas ó menos, no pueden desvir-
uar la cuestion. El nuevo y original métodò ó rápi-
o proceder de aquel terrible acuchillador, nos en-
eña, que en estos casos, se procura salir pronto del
aso, algunas veces, salir del apuro y cubrir el ex-
ediente, haciendo *algo*, y nada mas, en un trabajo

de por sí tan repugnante y asqueroso, como peligroso é improductivo. En una palabra: cumplir con la ley por mera fórmula. Pedir mas, por parte de los tribunales, exigir mas la legislacion, seria una golleria, una verdadera *ganga.* ¿No tendria mas cuenta en este caso, á los tribunales de justicia, no seria mas acertado designar una cantidad al operador, y estaria mucho mejor servida la justicia; y castigar *con mano dura* al profesor que entónces faltare á su deber? Hay cosas que se caen por su propio peso, y esta es una de ellas.

Dignos de encomio, son en verdad, los esfuerzos hechos por aquellos dos dignos catedráticos en pró de la tan olvidada clase médica; digno de alabanza y gratitud el celo de ambos distinguidos autores; elocuentes y persuasivas sus razones; fundadas sus quejas; justas sus reclamaciones;

"Mas, predicaron en balde
El uno y el otro alcalde,"

que no hay peor sordo que el que no quiere oir.

Que se exija de los médicos tamaños sacrificios y desembolsos y trabajos gratuitos "para la recta y pronta administracion de justicia," muy santo y bueno; esto es bien pensado y mejor parlado; pues todos debemos, mejor dicho, *deberíamos* llevar nuestra piedra, siquier sea un grano de arena en la construccion del gran edificio social; mas la práctica nos enseña que no sucede así. Nadie podrá negar que para que aquella tenga su debida aplicacion, se necesita asimismo costear grandes fábricas ó albergues para guardar los presos, sólidos edificios para encerrar

los criminales; crear numerosos cuerpos de policía, de ministros, corchetes, esbirros, alguaciles, golillas y otros avechuchos; sostener alcaides, jueces, capitanes pedáneos, guardias rurales, empleados, carceleros, escribientes y demas *anélidos*, y hasta comprar cepos, esposas, etc. etc. para el mismo objeto; y sin embargo, nadie ha soñado hasta ahora; ni le ha pasado por los arrabales de la imaginacion al mas adocenado legislador, que toda ésa gente, inclusos los que levantáron la obra ó edificio, como los arquitectos, carpinteros, albañiles etc. tengan que actuar ó trabajar *de oficio* en unas obras ó empleos destinados para administrar justicia. Solo el médico es considerado en tales casos como *baracutey*; es decir, como pobre cotorra olvidada é ignórada de la justicia, espuesta contínuamente á ser presa de las garras del gavilan ó alguacil á la menor resistencia ó descuido, sin que siquiera le quede el recurso de defenderse.

¿Es esto justo? repetiremos con Mata...Mírese como se quiera, examínese el asunto por cualquier lado que sea; désele cuantas vueltas se desee; apélese á la astucia de los sofistas; á las tretas de los curiales; á las argucias de los abogados; á la forzosa obligacion de los jueces y al cumplimiento de su deber; á la sabiduría de los legisladores; al mismo Alfonso el *Sabio*, magüer su sabiduría y sus *Siete Partidas* aunque fueran *Setenta Enteras*; al mismo Pantoja, en fin, con sus alegatos y decisiones sobre recursos de nulidad, casacion é *injusticia notoria*, la recta administracion de justicia, solo con los médicos es torcida y mal administrada. *Fiat justitia*,

et pæreat mundus. (1)

¿Qué importa que la grandiosa legislacion española, con sus cien tomos, pase por la mas adelantada y completa de las naciones, si en esa gran coleccion legislativa, al hacer tal cúmulo de leyes, ningun legislador se ha acordado de dictar una (salvo raras escepciones) que tienda á amparar y proteger y premiar á la clase mas digna de aprecio, consideracion, respeto y gratitud? Bajo este punto de vista, nadie ignora que existe una gran dósis de injusticia moral y social, y que está reclamando con urgencia remedio á tamaños males. Por otro lado, bien considerado, la misma resignacion y obediencia por parte de los médicos, deberia ser un motivo más para que se acudiera en su defensa. Si hay el principio tan recomendado por los legisladores: *semper favendum est reum*, ¿con cuánta mayor razon no deberia tomarse en consideracion, tratándose de una clase, que no solo no es *reo*, sinó que comparte con los legisladores y los jueces la gloria y el mérito en la confeccion de las leyes, y en el esclarecimiento de muchos hechos criminales? Ah! Campoamor lo ha dicho:

"Si uno fuera á juzgar
Sus acciones algun dia,
¡Cuánta gente escupiria
Sobre su sombra al pasar."

Bien sabemos se nos ha de contestar, que tales reclamaciones no son de la incumbencia de los jue-

(1) Véase la nota Y del *Apéndice*.

ces, que solo se rigen por las leyes, siendo esclavos de las mismas; y que éstas tienen por objeto en tales casos, el castigo de los delincuentes, no la administracion de los intereses de nadie, sinó de la justicia; y que semejantes recriminaciones ó llámese quejas, peticiones ó pretensiones, podrán ser oidas, atendidas y habidas en consideracion por la Junta Superior de Sanidad del reino, ó por el Supremo Tribunal de Gracia y Justicia. Mas, ay! que desde tan vertiginosas alturas, *aures hábent et non audient*, y les sucede á los médicos lo que al insigne vate calderero:

—"¿Me han dicho que viertes perlas?
—Si, señor, mas son de cobre;
Y como las vierte un pobre
Nadie se baja á cojerlas."

Y aun cuando alguna vez hayan sido oidas y atendidas, promulgándose al efecto, algunas disposiciones dictadas por un espíritu justiciero y consecuente, como veremos mas adelante, tales disposiciones han venido siempre á ser como la carabina de Ambrosio ó la espada de Bernardo, de las que nadie ha hecho nunca el menor caso. Y ¿qué otra cosa podia suceder tratándose de una clase que siempre ha sido y es el tipo de la mansedumbre y de la obediencia?

Haremos observar tambien en honor de la verdad y en pró de la exactitud, que todas nuestras razones y observaciones por muy justas y razonables y fundadas que ellas sean, como concebidas por humilde pluma y abortadas en oscuro rincon de

Vuelta-Abajo, se han de tomar por huecas declamaciones de un charlatan con ínfulas de filósofo; más aun, han de correr parejas con las vertidas por el juicioso asno de la fábula, en el "Congreso de animales." ¿Qué otras, en efecto, mas juiciosas, discretas y fundadas pudieron alegar ni el toro, ni el mono, ni el caballo, ni el mismo elefante, con ser el mas inteligente, segun Buffon, al aconsejar el grave jumento no pretendieran el absurdo de querer cambiar los instintos y costumbre de los carniceros, alterando las sabias leyes del Creador? Tan juiciosas razones y sabias observaciones, fueron, sin embargo, recibidas con una rechifla espantosa y con los mas insultantes denuestos:

"Y, ¿porqué solamente al buen pollino
Le gritaban: "disparate, desatino?!!
Porque nadie en razones se paraba
Sinó en la calidad de quien hablaba."

¡Honorables y sufridos hijos de Esculapio! Si para la administracion de justicia teneis que abandonar vuestras comodidades, intereses y bienestar; si teneis que practicar trabajos tan penosos como improductivos, tan repugnantes como peligrosos; si teneis que hecer el sacrificio de esponer vuestra salud y hasta vuestra vida; si os veis obligados á salir á cualquier hora, distancia y estacion; si veis hollada vuestra dignidad por leyes injustas y *duras*; si sois el juguete de ciertos lesgisladores y de los representantes de la ley, y esta es letra muerta para vosotros; si sois víctimas de vejaciones y arbitrariedades; si os veis amenazados con multas y arrestos,

ó conducidos como malhechores; si vuestra abnegacion, vuestros sacrificios y vuestros sufrimientos, no solo no son remunerados, sinó desatendidos y hasta menospreciados; si por último, habeis de ser el comodin de la ley, el estafermo de la justicia, el lazarillo de los jueces, el perdiguero de los tribunales, abandonad, si podeis, una profesion tan ingrata, ó armaos de aquella resignacion y paciencia que constituye vuestro mas bello timbre, vuestra mas preciosa cualidad, vuestra mas sobresaliente virtud, que á nosotros nos cabrá siempre la satisfaccion, el dulce consuelo de haber llenado nuestro deber como buenos en tan ingrata tarea, no, empero, como quisimos, sinó como pudimos.

Feci quod potui, non quod volueri.





XXXVII.

Antes de abandonar el ingrato y escabroso campo jurídico, ó sea el terreno médico-legal, y teniendo á mano la exelente *Memoria* sobre el *Bando* y el *Arancel*, del Dr. D. Juan G. Havá, [1] no podemos resistir al deseo de trascribir algunos hechos judiciales referentes á los médicos de campo, que servirán como de complemento, resolucion, ó demostracion práctica á cuanto llevamos manifestado acerca de tan mortificante asunto. Veamos, pués, como se espresa nuestro ilustrado amigo, al ocuparse de tan enojosa tarea, con el fácil y galano estilo que le es propio. Llamamos la atencion de nuestros lectores, sobre tan elocuentes como interesantes párrafos. por ser la espresion de la verdad y una protes-

(1) Leida en la Real Academia de ciencias médicas, y publicada en el tomo 2º de sus *Anales*.

ta contra las penas que señala el *Bando de Buen gobierno.* Dice así:

...“A pesar de que la nota 4ª *para la mejor aplicacion de este Arancel,* señala el honorario del médico empleado en asuntos judiciales, [1] es el caso que no existe tal honorario, sucediendo que muy amenudo, sobre todo en los campos, se hace trabajar á los médicos, *gratis,* por la causa mas insignificante, cuatro, seis, diez ó mas horas [cuando no es todo un dia] bajo la pena de cincuenta pesos de multa si se resiste, y de ser conducido á la fuerza al lugar donde se llama. Citaré dos casos recientes en que he asistido con mi amigo el Dr. Fontanilles.

“Es el primero, el de un muchacho, como de diez años de edad, que se habia atrevido á robar en un platanal vecino, algunos frutos de escasa importancia. Los padres del rapazuelo, no estaban en buena armonía con los miembros de la familia dueña del platanal. Uno de los de esta última, pilló una noche al ladronzuelo, *infraganti,* y le aplicó, como correctivo, un par de bofetones que hicieron sangrar algun tanto las narices. Al punto,—“lo ha herido!.. lo ha matado!.. venga la justicia!..” clamaban los padres del chico. Instruido el teniente pedáneo, se hace acompañar por los dos médicos al

(1) No es solo el *Arancel,* el que señala esos honorarios, sinó tambien el artículo 95 de la ley de *Sanidad,* publicada en 18 de noviembre de 1855, disponiendo se abonen esos derechos del presupuesto estraordinario del ministerio de Gracia y Justicia. Mas, como los médicos de campo no hallan jamás *gracia* ni *justicia* ante los tribunales y autoridades, segun manifestamos ya en nuestra *primera parte,* tanto aquella disposicion como ésta, repetimos aquí, son y han sido siempre para ellos, letra muerta, como si dijéramos, música celestial.

lugar de la ocurrencia, distante tres leguas de la poblacion. Llegamos: nos presentan al muchacho; examinamos, reconocimos; nada! Tanto que el mismo estaba jugando á nuestra llegada, muy olvidado ya de lo ocurrido, y muy ageno de pensar en los que por él sudaban la gota gorda, atravesando sabanas y pantanos. Este estéril reconocimiento, nos ocupó toda la mañana, amenazados de una multa de cincuenta pesos y de ser conducidos á la fuerza, si algun impedimento nos hubiera detenido.

"El otro caso, ya fué de mayor necesidad nuestra presencia; aunque apénas valia la pena de la incomodidad que pasamos.

"Un sabanero ó ganadero, persiguiendo á una res, tira de su cuchillo para cortar una vara con que arrear á su Rocinante; pero al volver el cuchillo á la vaina, toma mal la direccion y se infiere una ligera herida en el hipocondrio derecho. Parte de momento á la justicia, la cual ordena á los dos médicos se trasladen inmediatamente al lugar del hecho. Hemos salido á las dos de la tarde, con un sol abrasador; hemos tenido que atravesar rios crecidos y sabanas inundadas. Llegamos, por fin: el herido tenia ya olvidado su dolor; la hemorragia que habia sido insignificante, habia ya cesado hacía tiempo, para que á nuestra llegada la naturaleza hubiese reunido sus bordes con una secrecion de linfo-plástica, próxima á organizarse. Sin embargo, hubo que investigar, reconocer y curar. Una pequeña solucion de continuidad se presentó á nuestra vista, sin profundidad alguna, y cuya herida hubo que reunir por pura fórmula. Siempre es preciso hacer algo, no sea mas que por haber empleado el tiempo con este objeto.

Hemos regresado á nuestros hogares á media noche; hemos atravesado por segunda vez, los mismos rios crecidos, las mismas sabanas inundadas, lodazales sin fin; en una palabra, dos leguas de caminos intransitables, horriblemente malos, como son los del Sur, en tiempo de aguas; en fin, hemos llegado, aunque mojados, enfangados y hambrientos!..Mi compañero cayó del caballo en una furnia, y por poco se queda allí para memoria!.... Apelamos al testimonio de todos nuestros comprofesores del campo, para que nos digan si no les ha pasado, poco mas ó menos, muchas veces lo mismo.

"¿Son estos, por ventura, dos casos judiciales? Y aun siéndolo, ¿es culpa del médico si uno recibió un bofeton ó soplamocos bien merecido por ladron de plátanos, y si otro se hizo una leve herida debido á su torpeza ó imprudencia, que inspiró un peligro imaginario y mas temor del que merecia? ¿No seria mejor, mas justo, mas racional, mas equitativo, mas natural, que el enfermo por herida ó golpe casual ó intencionalmente, llamase al médico por su cuenta, y éste, en caso necesario, participára al juez lo acaecido, por si el caso lo requeria, tomára las providencias que son de justicia? Así, parece, que debiera suceder, toda vez que existe el artículo 82 del citado *Bando*, en el cual se previene al médico bajo su mas estrecha responsabilidad, que dé parte acto contínuo al juez, cuando sea llamado para casos de muerte violenta, herida ó contusion grave.

"Pero, aparte aquellos casos en que trabajamos inútilmente para nosotros mismos y para la justicia, sin motivo, ó muy ligero, por mala fé, pusilanimidad ó fraude; puesto que en muchos casos el parte que

se da al pedáneo, solo tiene por objeto proporcionarse gratuitamente el servicio del médico; supongamos un caso en que sea necesario el reconocimiento, preguntamos: ¿Qué culpa tiene el hombre del arte, si dos perdidos, dos viciosos, por ejemplo, que la policia deberia vigilar un poco mas, se den de cuchilladas, despues de haber apurado algunas copas de ginebra, en cualquier disputa acalorada? Y si el esclavo tal ó cual se ahorcó por no sufrir el mal trato que recibia.... ¿porqué no ha de pagar aquel servicio su amo, á quien tal vez le quedan otros cien criados que trabajan para él?.... ¿No hemos pagado nuestras matrículas universitarias y los crecidos derechos de nuestros grados? ¿No pagamos, igualmente, nuestras onerosas contribuciones, para poder ejercer nuestra profesion? Y despues de todo esto y mucho mas, ¿es justo hacernos trabajar de balde, y si nos resistimos se nos conducirá ignominiosa y vejaminosamente, sin ni siquiera aceptar un motivo, que pueda ser muy justo para el médico, en circunstancias dadas, y aparecer frívolo para quien lo demanda á mano armada? *Dura lex, sed lex*, dirán algunos; mas una mision tan elevada no puede cumplirse con violencia tan grande, sin esponerse á que las pasiones se exalten y que la justicia quede burlada sin apelacion de especie alguna. *Justitia et pax osculatæ sunt;* y la justicia tiene necesidad de respetar mi inviolabilidad profesional, si quiere no esponerse á que yo me burle de la suya.

"Esta verdad está harto reconocida en todos los paises civilizados, y en razon de ella, se han instituido corporaciones de médicos forenses, que hacen obligacion de ponerse á disposicion de la justicia,

mientras que ésta, á su turno, contrae la de retribuirles sus trabajos....

"Allá por los años 39 ó 40, cuando existian en el país unos semi-señores de *horca y cuchilla*, llamados alcaldes de eleccion, se ofreció un reconocimiento judicial, y el turno del servicio recaia en mi padre. (1) Manifestó hallarse á la sazon imposibilitado de cumplir lo ordenado, por hallarse enfermo. Acababa de llegar de una larga jornada, y sufria de un fuerte ataque de jaqueca, que solia padecer. Como habia rato que el espresado Alcalde lo habia visto pasar por delante de su casa, y como el agua caia á torrentes, pronto calculó que aquello no era mas que una evasiva, una escusa de aquellas que titula el *Bando*, *pretestos frívolos.* Yo ví á aquel juez, casi frenético, entrar por las puertas de mi casa, en cumplimiento de su *alta mision*, violando el domicilio, y con gritos descompasados amenazar á mi padre enfermo y hacerlo ir á la fuerza al reconocimiento.

"El citado amigo me ha referido, que hace unos tres años, avecindado entónces en Batabanó, y único facultativo que allí habia, en uno de esos dias de grande labor para un médico de campo, llega rendido de fatiga, á las ocho de una noche tempestuosa, ansioso de restaurar sus fuerzas y darle al cuerpo el justo descanso. Apénas se desmonta, recibe de palabra por conducto del escribiente de la capitanía (2)

(1) El Dr. D. Francisco Havá, residente hace muchos años en Güines, y uno de los facultativos mas acreditado, práctico y entendido de aquel partido.

(2) El apreciable jóven D. Manuelillo Perez, al que saluda su antiguo amigo por si estas líneas llegan á su poder.

[Notas del autor]

la órden del Capitan (1) (pues vivian juntos), para que á su llegada, se trasladara inmediatamente á una finca á tres leguas de distancia, donde se hallaba esperándolo, para reconocer y practicar la autopsia del cadáver de un negro, muerto por un rayo. Nuestro amigo, empero, hizo lo que debia, esto es, comer, acostarse y dormir. Mas á eso de media noche, llega el referido Capitan pedáneo y le intima de nuevo la órden, sin que entienda de fatigas ni descansos; y de nuevo espone mi compañero la imposibilidad en que se hallaba, proponiendo ir al otro dia muy temprano, alegando y con razon, que nada adelantaba ni el muerto ni la justicia con ir á aquella hora tan intempestiva. Pero, la órden habia sido comunicada y habia que cumplimentarla en el acto; por otra parte, hay que tener en cuenta, que el Capitan, era, ó habia sido militar. Sin tener en cuenta, pues, razones ni proposiciones, grita, y veja, y amenaza con el cepo ignominiosamente: valióle mucho la amistad; pues "á no haber sido amigo lo metia de cabeza en el cepo"....(2) Nuestro amigo, empero, nada mas alega; y dispuesto á lo que haya lugar, cierra su aposento y se entrega de nuevo al sueño, mientras decide *tal justicia.* Por último el Capitan se retira al suyo, y por la mañana se dió cumplimiento á lo exigido.

"Es preciso convenir, en que dicho juez, no cumplió con mucho, con las disposiciones vigentes. Pa-

[1] D. Manuel Bustamante, al que saluda igualmente el protagonista de esta escena, y á cuyo amigo no le ha sido posible olvidar aun, á pesar de los muchos años trascurridos.

(2) Palabras textuales. ¡Y habrá quién se queje todavia de la *mano dura* de los Sres. Montalban y Caravantes! (Notas del autor)

ra esto hubiera sido preciso *amarrar* al médico, montarlo á empujones sobre el caballo, y conducirlo así violentamente al lugar de la catástrofe, cobrándole despues los consabidos cincuenta duros que previene el *Bando*; mas hay que tener en cuenta que el Capitan era íntimo amigo del médico, y comian juntos, y vivian bajo un mismo techo, y *parrandeaban* juntos, etc.

"¿Quién en semejantes circunstancias y en tan violenta situacion, será capaz de dar un juicio atinado para esclarecer la justicia? Yo juro, que en igual caso, diria al juez: "declaro mi ignorancia; nada sé ni entiendo sobre el particular, y busque quien pueda ilustrarlo." Y, ¿qué código seria capaz de condenarme por esta declaracion?".... Hasta aquí el Doctor Havá.

Despues de reproducir tan luminosos y elocuentes párrafos, todo cuanto pudiéramos agregar, seria pálido y descarnado. Harémos observar, con todo, que los hacemos nuestros, con la efusion que nos inspira el compañerismo y la amistad, y que apreciamos en todo lo que valen. Solo nos resta llamar poderosamente la atencion de los médicos, hácia las disposiciones vigentes, relativas á la percepcion de honorarios en las actuaciones *de oficio*, y estimularlos con nuestra débil voz, para que aboguen en pró de aquellos justos derechos, á fin de despertar la atencion no sólo de la prensa, sinó tambien de nuestras celosas autoridades y ayuntamientos, ya que tanto se desvelan por el bien público, en un asunto tan vital para los profesores del arte de curar; y cese para siempre ese estado anómalo, cooperaudo todos *en masa*, y proponiendo los medios mas conducentes al efecto,

y sin lo cual, no será posible ni ahora, ni luego, ni nunca, conseguir desterrar una costumbre que ya ha pasado á ley, tan perniciosa como inveterada, ni cambiar la triste condicion de la clase médica de los campos. A las ilustradas redacciones de los periódicos de la facultad, es á quienes incumbe la honrosa mision de gestionar el modo de mejorar el bienestar de tan postergada y abatida clase. A nuestra docta y respetable Real Academia de Medicina, es á quien principalmente toca elevar su robusta y autorizada voz en pró de sus olvidados compañeros del campo. ¿No es ella la que tiene el encargo de velar constantemente por el decoro, los intereses y el adelanto de la profesion?..

Hagamos punto redondo, en tan molesto y manoseado asunto, protestando á nombre del profesorado médico, contra la injusticia y la opresion, y contra la fuerza que prevalece sobre el derecho. Hoy como ayer, mañana como siempre, la vejada y sufrida clase médica de los campos, no abandonará nunca su derecho de levantar su débil voz, haciendo un llamamiento á la justicia y á la conciencia de los jueces y legisladores en las actuaciones judiciales, para que no sea una ficcion la igualdad ante la ley, y un hecho harto comun, por desgracia, el conocido axioma: *tu fortis, sed non justus.* (1)



(1) Véase la nota (Z) del *Apéndice.*



XXXVIII.

Demos ya de mano á estos artículos, demos el último toque á esta APOLOGÍA con algunas ligeras consideraciones sobre el estado lamentable y de postracion en que yace la clase médica en nuestros dias, y de la especie de desamparo de que es objeto por parte de la sociedad en general y de los gobiernos en particular. Investiguemos la CAUSA primordial de tan sensible abandono y punible indiferencia. Razonemos, pues, un poco, sobre ello.

Si, como es bien sabido, la justicia y los adelantos de la civilizacion son una verdad para los hombres; si el mérito ha sido siempre la recomendacion para el premio; si los grandes servicios y virtudes cívicas son premiadas con largueza y hasta con munificencia régia en todos los paises ilustrados, cuyos ejemplos y verdades demostradas palpamos todos los dias, es claro como la luz que todo gobierno justo,

paternal y previsor, debe encaminar todos sus actos á la equidad, y todas sus disposiciones reglamentarias á equilibrar en la balanza de Témis, el peso de la igualdad, principio fundamental de la felicidad y conveniencia públicas.

Bajo este incontrovertible principio de Derecho civil y órden social, examinemos con calma filosófica é imparcialidad catoniana, si los médicos se hallan en el caso de hacer reclamaciones á la sociedad y á los gobiernos, y si estos y aquella le tributan todas aquellas consideraciones que sus méritos exigen, tan justamente adquiridos, y sus servicios importantes reclaman á todas luces y á todas horas.

No vayan á imaginarse nuestros benévolos lectores, que con tal *intróito*, pretendemos sacar á relucir la especie de apoteosis ó deificacion que la filosofía pagana concedia á los médicos de aquellos remotos tiempos, enseñando la sublimidad de su carácter sacerdotal y merecido respeto, como dogma religioso bajo el misterio de la fábula; ni recordar y reproducir aquí, ni ménos exigir los homenajes tributados á la ciencia de Esculapio y á sus venerados sacerdotes, en pleno Senado romano, con aquellas palabras: *Si philosofus supra omnes homines, medicus supra filosofos*; pues bien conocido de todo el mundo ha sido siempre el valor real de la misma, como el único sacerdocio del cuerpo, formando antiguamente su estudio sagrado y humanitario parte esencial de la religion.

Ni tampoco sacaremos á colacion por no venir al caso, de cuando los médicos no podian ser encarcelados jamás, no siendo por el crímen de homicidio, segun la Ley 8ª Lib. 11, Tít. 2º del *Fuero Juzgo*.

Escencion ó privilegio esclusivo de aquellos siglos, que nos pareceria inesplicable en nuestra época de adelantamiento, atendido al estado de semibarbarie de aquellos tiempos, sinó fuera conocida la distincion con que fueron honrados por Augusto César, en la persona del médico Antonio Musa, (1) No pretendemos, repetimos, evocar aquellos gloriosos tiempos de la medicina, sinó inspeccionar friamente su etapa actual, y discurrir sobre la aplicacion práctica de las razones y verdades asentadas ántes.

Es un hecho que nadie se atreverá á poner en tela de juicio, la extraordinaria importancia social de la medicina, su gran utilidad, y los inmensos servicios prestados por los hombres del arte, sus trascendentales beneficios, innegables merecimientos y sobresalientes virtudes, segun hemos probado y demostrado minuciosamente en nuestros anteriores artículos. Pues bien, vemos que á pesar de tan inconcusas verdades, del valor *real* y *efectivo* de la mas noble, útil y grande de las ciencias, vemos, con dolor, en nuestros dias, postergada y abatida la clase mas benemérita de la sociedad, consagrada al primero de los objetos de este mundo, por su importancia é imprescindible necesidad; al mas árduo, por sus dificultades; al mas triste por sus escenas y resultados; abatida y postergada, repetimos, en pleno

(1) Una de las muchas concesiones, mercedes y distinciones fué la del anillo, distintivo desde entónces de los médicos......y de los que no lo son.

Esta distincion ó merced, corre parejas con la concedida á Cristóbal Colon, por los reyes Católicos, de poder usar del *Don* y de *montar mula*, cuyos privilegios se han hecho estensivos hasta en los gitanos! *¡Quantum mutatus in illo!*......

siglo XIX que tanto se precia de ilustrado, liberal y jnsticiero. *¿Quare causa?* ¿Será que para el estudio de la ciencia de Hipócrates y Galeno se necesiten ménos luces, ménos capacidad, ménos gastos, ménos tiempo; ó es que las otras ofrecen mas utilidad? Veámoslo.

La medicina, además de los cuantiosos dispendics que exige su enseñanza y sus muchos años de estudios, peligros y penalidades, requiere tambien una suma ó conjunto de conocimientos en las ciencias ausiliares. No se limita á curar tan solo las enfermedades, sinó que sus miras son mucho mas elevadas. Oigamos como se espresa D. Risueño Amador, distinguido médico español y digno catedrático de la Escuela de medicina de Montpellier: "La ciencia médica, es la ménos limitada de todas las ciencias. Abraza á todo el hombre, tanto en su organizacion como en sus fuerzas; el desarrollo de éstas, como sus necesidades; sus facultades, como sus aptitudes; las maravillas de su inteligencia, lo mismo que las alteraciones que le imprimen los agentes de la naturaleza; los trabajos que sufre, como igualmente los hábitos que crea; las pasiones que se forma, lo mismo que las costumbres, las instituciones y las creencias que adopta, etc., etc.: todo lo abraza."(1)

Requiere, igualmente, la profesion del médico, reconocido talento, dón de penetracion, incansable actividad, asídua aplicacion, génio tan fecundo en ideas como en virtudes, etc., etc. Aun entre los médicos, el que poco vale, siempre sirve, siempre es útil: el mas inepto, aventaja en mucho á los curan-

(1) Discurso leido en la apertura del Curso escolar de 1845 á 46.

deros y charlatanes tan solicitados en todas partes. Su ejercicio sublime enaltece el carácter del hombre, la condicion del individuo, elevándolo al grado máximo de la humanidad, á la mas elevada potencia de la consideracion humana por los resultados de su ilustracion y beneficencia, segun probamos ámpliamente. Su saber, es solo para el mayor bien de los demas; su trabajo, con frecuencia mal recompensado, tiende siempre y de un modo esclusivo al consnelo y alivio del prójimo, á la dicha de sus semejantes. En vano emprenderia esa carrera, el jóven que no contase con un fondo de aptitud mental y una bondad de corazan capaz de resistir las mas duras pruebas. ¿Podrá haber en el mundo profesion mas interesante, mas consoladora, mas humana? ¿Habrá otra que mas interese, que preste mas utilidad, que mas necesaria sea, asi en el estado de salud como en el de enfermedad, tanto en la paz como en la guerra? No lo creemos.

Magüer sea esto una verdad palpable, reconocida por todo hombre sensato y pensador, y que no se le oculta á ningun gobierno ilustrado y aun *deslustrado*, vemos que los favores, el mérito, las recompensas, la gloria, los panteones, la inmortalidad, en fin, se otorgan siempre á otras profesiones. Esto es un hecho. Errores envejecidos y añejas preocupaciones procedentes de las edades de hierro, restos de la antigua barbarie, conceden á la milicia los honores de la clase preferente del Estado, fundándose en que, los que se dedican á la honrosa carrera de las armas, esponen su vida en defeusa de la patria. Pero, preguntamos á nuestra vez: ¿Quién la espone mas, el militar ó el médico? Es verdad que el primero cor-

re inminente peligro en una batalla, que suele durar poco tiempo en general; pero solo en tiempo de guerra: mientras que el segundo corre el mismo en todas las enfermedades epidémicas y contagiosas que son de todos los tiempos. Aquel, solo en determinadas épocas y precisas horas; éste en todos los momentos de su vida, tanto de dia como de noche; el uno solo con los enemigos de la patria; y por consiguiente, suyos; en tanto que el otro con sus enemigos y con sus amigos, porque para él todos son hermanos, es decir enfermos. El militar, tiene ademas; medios de ofensa y de defensa; mientras que el médico arrostra indefenso é inerme el peligro propio para salvar el ageno. Por último; vemos comunmente temblar ante una epidemia al mas intrépido guerrero, estremeciéndose á la sola voz de contagio; y en este campo de batalla natural, brilla esclusivamente la heróica serenidad del médico, armado solo de su valor, abnegacion y filantropía.

Nada diremos de las recompensas, grados y honores que impulsan á buscar los peligros y acrecientan el valor personal; reservados á premiar aquellos actos de heroismo, del desprecio de la vida, propios de la milicia; y cuyo estímulo, hace que todo militar prefiera por lo general, el estado de guerra al de paz. Todo lo contrario sucede con la clase médica, cuya recompensa de los que hallan la muerte en los campos de batalla ó de epidemia, suele ser la indiferencia del gobierno, dejando á sus familias por única herencia el desamparo, la ingratitud de los hombres, el hambre y la desnudez! (1)

(1) Véase la nota [&] del *Apéndice.*

Hubo un tiempo en que en Roma se preferia el honor de conservar la vida de un solo ciudadano, al de matar muchos enemigos. Por eso, Ciceron, alaba mas en el César la humanidad que la victoria. Mérito que pocas veces logra alcanzar el mas esclarecido general. Es la virtud, el timbre, el blason, el distintivo que siempre acompaña al médico. La guerra, siempre bárbara, aunque algunas veces justa, acarrea muchas mas desgracias que las que evita; mientras que la consoladora, benéfica y conservadora ciencia de curar, corrige muchos males, aminora otros que sin su ausilio serian insufribles y destructores. Fundados en estos sentimientos humanitarios, los atenienses erigieron una estátua de bronce á la memoria del gran Hipócrates; sin acordarse apénas, del nombre de Alejandro, en medio de sus numerosas conquistas. Fundados tambien nosotros en tan poderosas razones, reclamaremos una y otra vez en favor de la olvidada clase médica, la equidad, la igualdad al ménos, en las consideraciones sociales, y la justicia en las concesiones, ya que no sea posible la primacía á que se hace acreedora por sus inmensos y trascendentales beneficios, por sus innegables servicios e importancia social. Si ha de ser una verdad que el sacrificio lleva en pos la recompensa, no es justo ni conveniente que las distinciones honoríficas, las pensiones decorosas sean el patrimonio esclusivo, el privilegio irritante de ciertas clases, toda vez que la médica no cede á ninguna otra en educacion científica, dilatada carrera, enormes sacrificies é importantes servicios, y cuya mision semi-divina hizo prorumpir á una de las mas grandes celebridades de la antigua Roma, en aquellas sublimes

palabras: *Nihil ad deos magis accedimus, cuam salutem hominibus dando.*

De todo lo espuesto se desprende sin esfuerzo, que no existiendo efecto sin causa, debe necesariamente mediar alguna muy poderosa que nos esplique el inconsecuente proceder, el injusto desden, el ingrato olvido, el indiferentismo en fin, con que casi siempre son mirados los servicios facultativos, por muy grandes y útiles que ellos sean. Esta causa que bien podemos llamar oculta, y que pasa desapercibida por la generalidad de los hombres; esa razon que comprende solo el hombre pensador, tiene su otra razon de ser en la siguiente esplicacion: *Es porque los grandes servicios prestados por los médicos, pasan siempre desapercibidos.*

Hé aqui descifrado el gran enigma.





XXXIX.

Hemos concluido, *por ahora*, nuestro ímprobo trabajo.

Hemos llegado, por fin, á la *meta laborum*, como dice Virgilio, de nuestra APOLOGÍA.

Hemos terminado, por último, nuestros "*Estudios* sobre el Médico y su profesion", habiendo bosquejado, bien ó mal, un tosco cuadro médico-apologético-filosófico-social, segun nuestro leal saber y entender, algo recargado quizás en la forma; pero exento en el fondo de toda animosidad, doblez y pasion.

Hubiéramos deseado haberlo trazado con mucha mas estension por ser susceptible de ello, sin salir del círculo de la razon y de la justicia: su campo es estenso; su materia muy vasta; pero para esto necesitábamos de otra multitud de datos, de obras consultivas, de tiempo disponible, de mucha mas esperiencia é ilustracion, y sobre todo, de una mayor fa-

cundia y retentiva, cualidades indispensables en este género de trabajos literarios. *Nemo dat quod non habet.*

Los que juzguen, por tanto, del valor é importancia de una obra por su volúmen ó estension, poco mérito han de hallar en ésta; pero los que saben y conocen por esperiencia lo que cuesta escribirla, comprenderán que no estriba la dificultad en escribir mucho, sinó en escribir bien: asi como no está tampoco el mérito en hablar mucho, sinó en saber hablar.

Abrigamos la firme creencia, y acariciamos la halagüeña esperanza, la grata confianza, que, andando el tiempo, otra pluma mejor cortada se encargará de completarla.

"*Forse altri canterá con miglior plettro.*" (1)

Su complemento ó perfeccion, es á todas luces indispensable. El interes de la ciencia lo exige; el prestigio y el decoro médico lo requiere; la justicia y la razon lo reclaman; la dignidad del profesorado así lo espera.

Apesar de su imperfeccion y desaliño, creemos, sin embargo, se destaca en ella el médico, con todo su esplendor, presentando igualmente, las principales ventajas é inconvenientes, el pró y el contra, el anverso y reverso, lo favorable y adverso, en una palabra, lo bueno y lo malo que entraña el ejercicio de la profesion médica. Y si es una verdad que todas las cosas presentan su lado bueno y su lado malo,

[1] Ariosto, *Orlando Furioso*, Canto XXX.

ninguna como la profesion que nos ocupa.

Creemos, por tanto, haber llenado nuestro propósito, al ménos hasta donde alcanza nuestro pobre criterio.

Creemos haber demostrado tambien, con gran acopio de razones fundadas en datos incontestables, que:

La mision del Médico, es la mas sublime, benéfica y necesaria, al par que moral y religiosa, y la mas digna de consideracion, respeto y aprecio; pero tambien la mas penosa y difícil, y la mas sujeta á las injusticias, ingratitudes é inconsecuencias de los hombres.

Que es lo que nos proponíamos demostrar.

Tal es la idea fundamental, el objeto de este humilde trabajo. Tal ha sido el móvil que nos ha impulsado á trazar los presentes artículos.

Sentado este corolario, conclusion ó gran resúmen, solo nos resta añadir, á guisa de epílogo, como última pincelada, las siguientes palabras atribuidas al célebre médico Bichat, y hacer sobre ellas un ligero comentario: "Se dice que la práctica de la medicina es desagradable, asquerosa.. yo digo mas: que considerada bajo ciertos aspectos, no es propia de ningun hombre sensato." (1)

Distingamos:

Nosotros, no podemos ser tan rigoristas ó estremosos como el ilustre anatómico frances. Si consideramos en toda su estension el sublime, el augusto sentimiento de la humanidad, el sagrado dón de la

[1] *Anatomie generále, Des propietés vitales.* [Cita de Guyard, obr. cit.]

caridad, convendremos en que, la medicina, ejercida por quien no es médico ó puede prescindir de ella; ejercida por gusto, por placer, por aficion, no por necesidad; practicada sin otro estímulo que el de aliviar los males de nuestros semejantes; sin mas móvil que el de hacer bien al prójimo; sin mas interes que la beneficencia, y sin mas recompensa que la gratitud, ha de ser *ipso facto*, por ley natural, por induccion precisa, la profesion mas noble, mas agradable, mas santa mas *sensata*; el prototipo de las profesiones y la preferente por todas las clases de la sociedad, por el carácter sacrosanto y humanitario de que se halla revestida, y por su innegable utilidad.

Que esto sea una verdad demostrada por simple intuicion, nos lo enseña la historia, y nos lo demuestra la esperiencia de todos los siglos y la observacion diaria, al ver la innumerable multitud de aficionados que siempre ha tenido el arte de curar, empezando por los hombres mas sabios y eminentes y acabando por los mas ignorantes y de mas ínfima estofa, inclusos los mismos reyes, sumos pontífices, santos, filósofos, etc., como observamos á su tiempo, siempre prontos, solícitos y dispuestos á remediar los males agenos, á prestar oficiosa, gratuita y espontáneamente sus servicios en pró de la humanidad doliente, aun á trueque de los mas penosos sacrificios y privaciones. De aquí, el que todo el mundo pretenda sinó ser médico, al ménos saber curar. Esto esplica el gran número de curanderos, saludadores, charlatanes y demas alimañas, que con mas ó ménos buena fé, con mas ó menos sana intencion, pulula por todas partes, especialmente en los campos, y cuyo

principal mérito, por no decir el único, consiste en prestar por lo general, sus tan limitados como cacareados conocimientos, mas bien por projimidad que por interes. Del mal el menos. (1)

Semejante fenómeno, tamañas pretensiones tan en armonía y en consonancia con la moral y la religion, hallan su esplicacion, su razon de ser, si tenemos en cuenta que la *benevolencia*, la *caridad* y la *filantropía* son virtudes innatas en el hombre; si tomamos en consideracion las máximas del Salvador tan difundidas en todo el orbe cristiano, salvo muy raras escepciones. La cualidad que vulgarmente llamamos *tener buen corazon*, no es una cualidad adquirida, sinó mas bien innata y dependiente de nuestra organizacion.

"*Non ignara mali, miseris succurrere disco.*" (2)

Rousseau, confiesa, que nada conoce tan bello, tan profundo, tan interesante, tan verdadero y consolador como este verso. En efecto, el sentimiento de la benevolencia, para honra de la humanidad, se halla mas estendido de lo que creen algunos egoistas y piensan no pocos pesimistas. Si el hombre careciere de este bello sentimiento, lo primero que haria al ver sufrir á un semejante suyo, seria alejarse de él, en vez de socorrerlo; no obstante, vemos que sucede todo lo contrario. Por esta razon, el sentimiento de que hablamos, es uno de los mas preciosos que el Creador ha formado en el corazon del

(1) Véase la nota última del *Apéndice*.
(2) *Enéida*, Libr. 1º v. 634.

hombre y que constituye el cimiento de toda sociabilidad. Los mas famosos ladrones no han carecido de él; pues Roque Guinart, Candelas, Jaime el Barbudo, Cárlos Garcia, Diego Corrientes y otros muchos, robaban á los ricos y socorrian á los pobres. (1)

Tan consolador y humanitario sentimiento existe hasta en los mismos animales, pues vemos que el perro, por ejemplo, no solo lo espresa con sus lastimeros aullidos, cuando vé castigar á un semejante suyo, sinó tambien arrostrando los peligros para proteger ó salvar á su amo. ¿Seria el hombre inferior á los brutos? Tan encarnado está ese sentimiento en nosotros, que no hay quien contemple sin horror y no esté poseido de justa indignacion, al ver maltratar á un animal. Este mismo sentimiento ha dado orígen á las sociedades establecidas en Inglaterra y otras naciones, para la proteccion y amparo de animales. La causa no es ciertamente el creer en la *Metempsícosis*, ó mas claro: en el temor de verse convertidos algun dia en perros ó caballos.

De lo espuesto, se infiere, que para el médico que no tiene necesidad de ejercer forzosamente su profesion, por contar con otros medios de subsistir, aparte de ella, lejos de ser ésta desagradable para él, como opina Bichat, ha de ser por el contrario, la

(1) Los siguientes versos del popular drama *Diego Corrientes*, contestando á las espresiones de gratitud del pobre vendedor de escobas, nos dan una idea aventajada del carácter humanitario de ese famoso bandido andaluz.

"Ea, viejo, náide me jable,
Ya usté sacó su astiya,
Que no quiero en vera mia
Nengun hombre miserable,"

mas grata, placentera, y honorífica, y que le ha de proporcionar los mas dulces encantos, las mas vivas satisfacciones y los mayores placeres intelectuales y morales; una conciencia pura y tranquila, una existencia satisfecha, una posicion felíz y envidiable. ¿Qué mayor goce, en efecto, y mas grata satisfaccion, que el practicar aquellas tres grandes virtudes, no por *obligacion*, sinó por *devocion*, sin menoscabo de sus intereses; y ver recompensados sus afanes con las lágrimas de reconocimiento del menesteroso, ó con la amistad y proteccion del poderoso, con el favor y distincion del magnate, ó en fin, con el afectuoso cariño del amigo?.. ¿Qué mayor placer, repetimos, para el médico, que ha renunciado ó puede prescindir de la facultad?..¿Qué mayor dicha para el que puede considerarla como un objeto de lujo?..

Mas, por desgracia, esa nobilísima, utilísima, y envidiable profesion, presenta dos fases bien distintas; dos polos enteramente opuestos: sus estremos se tocan. Pues como toda obligacion se convierte en pesada carga, lo que para unos la profesion es gloria, para otros es purgatorio. La guirnalda de flores con que embellece al encumbrado por la fortuna, se convierte en corona de espinas ó en cadena de esclavitud para la inmensa mayoría de los facultativos, que no cuentan con mas recursos que los que les produce su ingrata y espinosa profesion.

¡Triste contraste!.. ¡Terrible dualidad!..

Luego,

La medicina es gran carrera
Para el que no depende de ella.

Hemos terminado. Vosotros, jóvenes estudiosos y

entusiastas dignos de mejor suerte por vuestras virtudes, y de mayor recompensa por vuestros merecimientos, proseguid siempre impasibles la escabrosa senda que os habeis trazado. No desmayeis ante los numerosos obstáculos y penalidades de que está erizada. Consagrad en aras de la ciencia toda aquella energía física y moral de que sois vivo ejemplo; y en bien de la humanidad todo aquel desprendimiento y generosidad que encierra vuestro noble corazon. Sed siempre fieles al juramento que teneis prestado de cumplir lealmente vuestro deber. Sed humanos, generosos y honrados, si quereis que los demas rindan homenage y respeto á los que tanta honra y aprecio se merecen. Conservad en todo tiempo y circunstancias la inmaculada pureza de vuestra facultad, sin que jamás venga á empañar su brillo las feas manchas de la codicia, de la rivalidad ó de la envidia. No todos llegareis á la cúspide de la fortuna, al pináculo de la gloria profesional. Unos llegareis al pié; otros arribareis á la falda; pocos, muy pocos alcanzareis aquel envidiable puesto. Mas no importa: que la nítida auréola de gloria del divino Esculapio, os circunda á todos por igual. Y si quereis conservar en todo su esplendor el prestigio de la profesion, grabad en vuestra memoria aquellos bellísimos versos del Fénix de nuestros ingenios:

"No porque yo de vos, ciencia divina
No alabe la grandeza é importancia;
Que no desprecio yo la medicina,
Sinó en quien la ejerce la ignorancia" (1)

---

(1) Lope de Vega, *La Hermosura de Angélica*; canto II.

Vosotros, todos, en fin, dignos discípulos del grande Hipócrates, los que os digneis fijar vuestra benévola atencion en estos desaliñados apuntes, dirigidos á enaltecer vuestros méritos y virtudes y encaminados á realzar vuestro poco conocido arte, juzgadlos con aquella bondadosa indulgencia que acompaña siempre á vuestro carácter, y acogedlos con la benevolencia propia de vuestre noble y honrosa profesion, tan necesaria y respetable, como poco respetada y peor recompensada, á pesar del precepto divino:

Honora medicum propter necesitatem.




APÉNDICE.

APÉNDICE

ó

NOTAS COMPLEMENTARIAS.

A. (PÁG. 12.)

He aquí el breve, pero bello resúmen, que de las virtudes del médico ha hecho Montfalcon: "Deja de pertenecerse, para pertenecer á los demas; se sacrifica al alivio de la humanidad; renuncia todo recreo, toda ocupacion agena á su arte; sufre las injusticias, los caprichos, los abusos é ingratitudes de los hombres; espone su vida en los campos de batalla y de epidemia; posee en todas las ocasiones y lugares un esfuerzo, una calma, una resignacion y paciencia inagotables; hace, por último, una absoluta abnegacion de sí mismo por practicar la virtud de la caridad con toda clase de personas, sobre todo con los pobres: tal es la conducta del médico." A lo que podríamos agregar, que todas estas virtudes y sacrificios son doblemente meritorias en el médico del campo, por ser su trabajo mucho mas penoso, comprometido é improductivo.

B. (PÁG. 18.)

Leemos en la *Gaceta médica de ambos mundos*, tomo 3°, la siguiente noticia: «En el combate que ha tenido lugar, hace poco, entre el ejército dinamarques y el de los ducados de Schelewig-Holstein, cayó herido y hecho prisionero el famoso cirujano ale-

man Stromayer, tan conocido por sus recomendables obras de cirugía. Inmediatamente de haber llegado á Copenhague. á donde fué conducido, el gobierno dió órden para que fuese puesto en libertad. Seria de desear, añade el periódico citado, que este noble ejemplo del gobierno de Dinamarca, fuese imitado por todos los gobiernos, ya que á los facultativos castrenses se les considera neutrales en las guerras, toda vez que su mision es la de socorrer siempre á los que se presentan, sean amigos ó adversarios.»

No ha muchos meses, hemos leido tambien en los periódicos de esta Isla, la relacion del asalto y toma de Las Tunas, por los *insurrectos*, habiéndose defendido bizarramente el médico de la tropa, dentro del hospital militar, el que sucumbió, poco despues, á las heridas recibidas durante aquel glorioso combate.

Leemos, igualmente, el siguiente suelto, en el *Diario de la Marina* del 4 de Marzo de 1877: «Ha llegado á esta capital, procedente de Puerto-Príncipe, el Dr. D. Antonio Hermida, médico de Sanidad militar, restablecido casi por completo, de la gravísima herida de pecho, que recibió en la accion de los Peralejos, el 19 de Diciembre último. Celebramos la llegada y deseamos su completo restablecimiento.»

Por último, todo el mundo ha podido leer en los periódicos recientes, la relacion de la batalla de Plewna, en la que, los feroces turcos destruyeron á cañonazos las ambulancias de la Cruz roja, barriendo su metralla con todos los médicos, practicantes, enfermeros, y camilleros que se ocupaban en recojer los heridos de ambas partes.

C. [PÁG. 28.]

Innumerables son los desatinos que podríamos estampar aquí, salidos de la pluma de los hombres mas eminentes en las ciencias. Citaremos algunos de los mas conocidos por su estravagante originalidad.

Hipócrates, por ejemplo, afirmaba, que el testículo y ovario derechos, solo podian engendrar individuos del sexo masculino; y vice-versa. [1] Pedro de Avano, llevó aun la cosa mas lejos, segun

[1] Esta creencia, unida á la pretendida influencia de la imaginacion de la madre sobre el feto, y acompañada de ciertas *prácticas* insignificantes y ridículas, dió orígen á la *Megalantropogenesis*, ó "arte de engendrar varones ó hembras á volúntad, hermosos y dotados de talento." La farsa alterna con lo ridículo, á pesar de todos los esfuerzos de la ima-

Chinchilla, asegurando que los testículos no eran necesarios para la generacion. Bosquillon y Jourdan, citados por Grisolle, niegan rotundamente que exista la rabia ni el virus sifilítico. El primero atribuye los fenómenos que desarrolla aquella horrorosa enfermedad, simplemente al miedo. Y el gran Aristóteles, pretende asímismo, que el perro rabioso no puede jamas comunicar la rabia al hombre; pero si á los demas animales. [1] Conocidas son las palabras del famoso Broussais, que Mr. de Montegre reproduce en su *Noticia histórica* de este célebre médico: «Nada temo ni espero en el porvenir; pues no sé representarme otra vida.» Supone Roberg, que el orígen y causa del venéreo, fué debido á la bestialidad. Y á propósito de este asunto, Voltaire y Feijóo, creyeron á ojos cerrados en la existencia de mónstruos nacidos de las uniones de racionales é irracionales. (2) ¿Qué mucho que semejante creencia se halle tan arraigada entre el vulgo, si á su vez ha sido prohijada por algunos grandes hombres y escritores tan populares? Semejantes abortos imaginarios ó productos posibles resultantes del ayuntamiento bestial, segun todos los fisiólogos modernos, solo caben en ignorantes ilotas, y solo existen en la calenturienta imaginacion de los mitólogos, de los poetas y de la gente crédula. Sabidos son de todos, las teorias del famoso Darwin, que pretende hacer descender al hombre del mono. No ménos conocidos son de todo el mundo los delirios de Mesmer y de Allen-Kardec, inventores del magnetismo animal [y bien animal por cierto] y del espiritismo ó nigromancia moderna. Del primero, solo diremos que ha sido despreciado y rechazado por todas las Corporaciones científicas de Europa y América, y anatematizado, ademas, por la Santa Sede. *Usum magnetismi... non licere.* [3] El segundo, ha pretendido resucitar los tiempos de la nigromancia, demonomancia, quiromancia, espátulomancia y demas acabados en *áncia*, como ignorancia, estravagancia, etc. Por último, el filósofo Anaxagoras, no solo afirmaba y sostenia que la nieve era negra, sinó que

ginacion y de algunas pruebas que, para sostener tan original pretension, han aducido Claudio Quillet, en su *Calipedia*, y Rubenpré en la obra que lleva aquel largo y estrambótico título. Si asi fuera, todos estaríamos dotados de talento y hermosura; pero, desgraciadamente vemos sucede todo lo contrario; pues los mas, y á pesar de los esfuerzos de aquellos dos autores, somos tan tontos como feos, empezando por ellos.

[1] Véase el art. *Rage,* en el *Diction. de Méd et Chir. pratiq.*

[2] Véase su *Filos. de la Histor.* y *Teatro crítico.*

[3] *Feria IV, 21 aprilis, 1841.*

creia firmemente que los cielos eran de piedra, como si dijéramos que estaban *empedrados*, porque cierto dia vió caer un aerolito.(1) De cuya peregrina ocurrencia y original creencia, se deduce, que si por casualidad hubiera visto caer un asno, no hubiera dudado en asegurar que el cielo estaba poblado de burros. Tan cierto es que:

No hay sabio que no dislate:
Que no diga un disparate.

D. [PÁG. 31.]

Los grandes médicos Boerhaave y Pedro Frank, convencidos sin duda, de los grandes males que ocasionan los malos médicos, decia el primero: «que por felíz se podia tener el médico ignorante que no perjudicaba: añadiendo que si se comparaban los grandes bienes que ha reportado la humanidad de los buenos médicos, con los perjuicios que han ocasionado los malos, hubiera sido mas ventajoso el que jamas hubiera habido médicos en el mundo.» Por su parte, el segundo, pedia contra los últimos se les prohibiese el ejercicio de la profesion. (2) Del mismo sentir era el inmortal Cervantes, segun se desprende del siguiente coloquio del *Quijote*, muy propio del estado de irritacion y de cólera en que se hallaba Sancho Panza, contra el médico que se proponia matarle de hambre:... «Oyendo esto, Sancho, le preguntó como se llamaba y donde habia estudiado. A lo que respondió;—Yo señor Gobernador, me llamo el Doctor Pedro Recio de Agüero, natural de Tirteafuera, y tengo el grado de doctor por la universidad de Osuna. A lo que respondió Sancho, todo encendido en cólera: Pues señor Doctor, Pedro Recio de mal Agüero... quíteseme luego de delante; sinó voto al sol que cojo un garrote, y que á garrotazos comenzando por él, no me ha de quedar médico en toda la ínsula; á lo ménos de aquellos que yo entiendo que *son ignorantes*; que á los médicos sabios, prudentes y discretos los pondré sobre mi cabeza y los honraré como á *personas divinas.*» etc.

(1) Braconier, *La Geogr. aplic. á la Histor.*

(2) Véase á Guyard, *La Medicina alopática juzgada,* etc, 1848.

E. [PÁG. 32.]

Persuadidos los chinos de que todo enfermo que muere, es por ignorancia del médico, un emperador del celeste imperio mandó, que todos los médicos colgáran de noche un farolito en sus casas, por cada un enfermo que se les muriese, durante todo el mes; con el objeto, (decia el edicto imperial) de que el público supiera á que atenerse. solicitando á los médicos de *ménos luces.*

F. (PÁG. 46.)

Esta idea no es nuestra: débese á la Geología, á la Paleontología y á la Historia natural. De la magnífica obra ilustrada de Figuier y Zimmermann, titulada: *El Mundo antes de la creacion del hombre. Origen del hombre*, etc. estractamos los siguientes pasages: «Causa verdaderamente sorpresa el inmenso desarrollo, las dimensiones estraordinarias que presentaban en aquellas épocas algunas especies de lagartos... alcanzando en el período cretáceo, hasta veinte metros de longitud. Inofensivos hoy, eran en aquellos tiempos voraces y destructores; y tanto es así, que el lagarto marino *Mosasauro*, podia considerarse entónces como el azote de los mares... Los mónstruos de la familia de los *ictiosaurios*, asi como los *plesiosauros* y los *teleosauros*, que ántes fueron los tiranos de las aguas, terminaron su existencia en el período cretáceo para ceder su puesto á los *mosasauros*, que se encargan de mantener en *sus justos límites*, la escesiva produccion de las tribus de peces y crustáceos que poblaban los mares... Como el reino animal ha sido en los tiempos antediluvianos mucho mas numeroso que hoy, la naturaleza, parece, hubo de confiar á los carniceros la mision de *contener el escesivo aumento* de los demas órdenes, presentándose aquellos mas numerosos y bajo formas colosales, en armonia con la densidad de la poblacion animal de la época... Si en un estanque no hubiera sinó carpas, y con ellas un par de sollos, las primeras se multiplicarian de tal modo, que bien pronto les faltaria espacio y alimento á la vez. Y lo propio sucederia con los animales terrestres, aunque mas lentamente, sinó existiesen los órdenes de los carniceros. Se dirá que la naturaleza ha sido cruel...pero cruel ó nó, el hecho es que ha conseguido su objeto, *evitando la multiplicacion escesiva de varias especies.*»

(Tom. I. pág. 97 y 162.) «La fecundidad es tan prodigiosa en algunos animales y hasta en los mamíferos, que bastará decir, que con circunstancias favorables, como por ejemplo, un año de tiempo seco y campos bien sembrados, podrian tener dos ratones [macho y hembra] una posteridad de *veinte y tres mil* individuos de su especie... La multiplicacion de los peces. de los insectos. y sobre todo de los infusorios, es mucho mas asombrosa todavia; y en estos últimos el número escede á todo cuanto se puede imaginar. El naturalista holandes Leeuwenhock, contó cierto número de huevos de abadejo, los pesó luego; y calculó que este animal llevaba la friolera de *diez millones* de aquellos: la ostra, produce, segun parece, otros tantos: y el naturalista Reaumur, ha observado que la hembra del pulgon. da lo ménos seis mil, los cuales producen luego toda una generacion que se va renovando incesantemente... mas la naturaleza ha procedido aquí sábiamente; pues, siendo tan inmenso el número de estos séres, pueden servir de alimento á una multitud de otros animales de diversas especies... siendo aplicables las mismas observaciones. para los animales de mayor tamaño.» [Tom. II. pág. 25 y 26.)

Mas adelante, al hablar tan recomendable obra de la pesca de los arenques y del bacalao, se espresa en estos términos: «La pesca de los arenques es de gran importancia para muchos pueblos que se dedican á ella... Durante el estio. los arenques emigran, dirigiéndose desde el norte al sur y al este; pero en bandadas tan numerosas, que ofrecen un grave obstáculo á los buques que encuentran.. Algunos suponen que huyen de la voracidad de las ballenas y otros grandes cetáceos. Como quiera. vemos que á esta pesca se dedican multitud de naciones, principalmente los noruegos, los suecos, los ingleses, los holandeses. los rusos. los franceses y los americanos... Su fecundidad es tan prodigiosa, que se asegura, que si se recogieran anualmente *cien millones* de arenques, no se destruiria ni la *millonésima* parte de su número... En Polonia, por ejemplo, que cuenta siete millones de habitantes, cada uno de los cuales, suponiendo que no consuma mas que un arenque diario (cuyo precio es muy ínfimo allá, y que constituye la base de alimentacion), y no teniendo en cuenta sinó dicho país. llegamos ya á una cifra que escede de *dos mil quinientos millones* de arenques. No es esto solo, sinó que tambien debemos incluir á Rusia, cuya poblacion es diez veces mayor, asi como tambien la parte septentrional de Alemania, Holanda. Inglaterra. Irlanda. Noruega. Suecia, etc., donde todo el mundo come arenques; princi-

palmente el pueblo que constituye su alimento...La pesca del bacalao, no carece tampoco de importancia... Estos peces son tan voraces é insaciables, que ellos solo bastaria para causar mas destruccion en los mares, que todos los pueblos juntos dedicados á la pesca del arenque... Pues bien, es tal su consumo, que la sola ciudad de Bergen, gasta todos los años, mas de *cuarenta millones* de toneladas de sal, para su salazon; y solamente Inglaterra envia todos los años á los bancos de Terranova, cerca de dos mil buques dedicados esclusivamente á su pesca.» (Tom. II. pág. 548 y sig.]

Esto, en cuanto á los mares. Con respecto á los continentes, bastarian tan solo dos géneros de insectos para hacer la tierra inhabitable, sin su incesante destruccion. Nos referimos á la langosta y á la hormiga. Limitándonos á esta última, opina el célebre escritor Maine-Reid, que el mundo bien pronto quedaria convertido en un inmenso hormiguero, si la naturaleza no suministrara sabia é incesantemente, los medios de impedir ese estraordinario desarrollo. En efecto no es solo el hombre el único enemigo que opone un poderoso dique á su prodigiosa multiplicacion, alimentándose de ellas muchas tribus del Africa, de la América y de la Australia, sinó tambien multitud de animales comò la hormiga-lera, los grandes y pequeños osos hormigueros, los pangolinos, el hormiguero de escamas, el tamandua, etc., etc., y gran número de reptiles, insectos y aves que las cazan contínuamente.

G. (PÁG. 69.)

La siguiente anécdota histórica, prueba, que la malhadada costumbre de los fiados en los enfermos, no es nueva ni esclusiva de la Vuelta-Abajo: «Hubiera preferido mil veces el que mi adversario me hubiera atravesado mejor el pecho que no el sombrero,» les decia un noble arruinado de la corte de Luis XIV á sus dos padrinos y al médico, al salir ileso de un duelo á pistola.—¿Como así?... ¿estais loco, Sire?—Claro!.... ¿no veis, majaderos, que el médico me fia y el sombrerero no?»

Y el Galeno que escuchaba
Las razones del primero.
Desengañado esclamaba:
"¡Oh quien fuera sombrerero!"

H. [PÁG. 77.]

La abolicion de estas y otras prácticas religiosas por Martin Lutero, á título de socaliñas, tuvo lugar en 1529, quemando aquel fraile augustino de Wittemberg, en medio de la plaza. *coram populo*, las bulas é indulgencias del papa, *protestando* contra su autoridad.

I. [PÁG. 78.]

Sin entrometernos en asuntos de la Revelacion, haremos observar únicamente, que no todo lo impreso en los libros [incluso éste] y publicado en los periódicos, es la espresion de la verdad, á pesar de no haber faltado *autoridades célebres* que así lo han afirmado. Nuestro Hidalgo manchego, por ejemplo, para probar la veracidad de las Historias de los libros de caballerias, en su conversacion con el canónigo de Toledo, decia: «Bueno es eso, que los libros que andan impresos con licencia de los reyes; ¿habian de ser mentira?» De este argumento se valia el famoso ventero Juan Palomeque el *Zurdo*; y Pellicer cita tambien á este propósito, á un buen clérigo, de quien habla Melchor Cano, en su *Tratado de lugares teológicos*, el cual creia tambien que todo lo impreso era cierto, real y positivo, no pudiéndose persuadir que los ministros de la República habian de permitir que se imprimiesen mentiras. Por esta regla, dice Clemencin, hubo de creer, que eran reales y verdaderas, no solo las historias de Amadis de Gaula y demas caballeros andantes, sinó hasta las fábulas de Esopo. Del mismo contundente argumento se valió el bachiller Pedro de la Floresta, en su famosa *Historia de Oliveros de Castilla*, quien, despues de disparatar estravagantemente y de soñar en pleno dia, sobre las *inauditas fazañas* de aquel invencible paladin, concluye su maravillosa obra con este incontrovertible silogismo: «Y pues, que para Dios no hay cosas imposibles, ninguno debe poner en duda lo contenido en esta Historia.» No hay duda, que tiene el tal bachiller una lógica que aplasta.

J. [PÁG. 104.]

Herman Boerhaave, ha sido quizá, el médico mas sabio que haya existido. Dícese que estudiaba catorce horas diarias. Su fama fué tan universal, que refieren sus biógrafos el siguiente ejemplo:

«Hallándose enfermo cierto mandarin de la China, y habiendo llegado á su noticia la portentosa ciencia de aquel famoso médico, quiso consultarle sus dolencias por medio de una carta, cuyo sobre contenia tan solo estas palabras: «Al gran Boerhaave, en Europa», llegando la carta á sus manos sin dificultad.»

Nació en una aldea cerca de Leyden [Alemania]. A los once años sabia el griego, el latin, la literatura y la geometria. A los catorce se presentó en las escuelas públicas de Leyden, adquiriendo al poco tiempo una reputacion nada comun. Aprendió á los quince años el hebreo, el caldeo, el antiguo y nuevo Testamento, dedicándose al propio tiempo á la lectura de los mas célebres autores eclesiásticos y comentadores modernos, y haciendo al par rápidos progresos en las ciencias médicas. Graduóse de Doctor, en dicha facultad, á los veinte y cinco, habiendo sido premiado cinco años ántes con una honorífica medalla de oro, con que la universidad quiso recompensar su sobresaliente mérito. Siendo aun muy jóven, fué nombrado catedrático de la misma universidad, llegando, mas adelante, á desempeñar tres cátedras á la vez: la de medicina, la de química y la de botánica, acudiendo los estrangeros de tropel, á oir las lecciones de tan eminente maestro. La Europa entera, juzgó bien pronto del esclarecido mérito de las numerosas obras que han colocado á su autor en la mas brillante esfera de la inmortalidad. Murió este hombre estraordinario en 1738 á la edad de 70 años, dejando en dote á su hija única, la cantidad de 16 millones de francos; el mismo que cuando estudiante se viera precisado, para subsistir, á dar lecciones de matemáticas. (1)

Guillermo Dupuytren, baron, y caballero de la Legion de honor, nacido en 1778 y fallecido en 1835. A los veinte años fué nombrado cirujano del *Hotel-Dieu* [Paris], á los treinta, catedrático por oposicion. De esclarecida práctica, grande innovador, que ha modificado y perfeccionado sucesivamente casi todas las partes de la cirugía, su predilecto estudio, y la que ha enriquecido con muchas operaciones importantes, y con un gran número de vendages, medicamentos, fórmulas, procederes, etc. etc., los que llevan su nombre; y que en su muerte legó doscientos mil francos á la Facultad de Paris, para la fundacion de una cátedra

[1] Refiere Renouard, en su ***Historia de la Medicina***, que era tal el aprecio que de Boerhaave hacian sus conciudadanos, que habiendo salido de una grave enfermedad, iluminaron la ciudad tan pronto abandonó el lecho.

de anatomía patológica. Para perpetuar la memoria del mas famoso operador que haya existido, la Academia fundó el *Museo-Dupuytren.*

K. [PÁG. 112.]

Samuel Hahnemann, nació en Meissen, ducado de Sajonia, en 1755. Hijo de un pintor de porcelana, se recibió de Doctor á los 24 años, cuya profesion de médico no ejerció mas que ocho años, habiendo renunciado á ella para dedicarse á la química, historia natural, literatura, etc., á todo menos la medicina. Célebre por haber conseguido el proyecto mas estravagante, el sistema mas absurdo que haya podido soñar ningun médico: la *Homeopatía.*(1) Ese original y nuevo método curativo reunió contra su fundador un ejército coaligado de médicos y farmacéuticos de la Alemania, que le obligó á huir de ciudad en ciudad para sustraerse á sus venganzas, segun cuentan sus biógrafos admiradores, no parando hasta Paris, á donde llegó en 1835, permaneciendo allí hasta su muerte ocurrida en 1843.

L. (PÁG. 125.)

El ilustrado Dr. Espárrago y Cuellar, en virtud de esa plaga de medicamentos secretos, ha probado irónicamente, que, con la permision de la venta de tantos como invaden la isla, con sus anuncios é instrucciones, casos prácticos de curas maravillosas, mi-

---

Para convencer á cualquiera de lo absurdo de ese sistema, bastará citar sus mismas palabras: "El efecto de una dósis homeopática, se aumenta en proporcion de la masa del líquido en que se la disuelve." (Organon, pág. 216.) Luego, con un globulillo de tártaro emético. por ejemplo, disuelto en suficiente cantidad de agua, se podria hacer vomitar á todos los enfermos de un hospital. Luego, con un globulillo de un purgante cualquiera, se podria purgar á todo un ejército. Luego, con estos dos solos globulillos arrojados en un acueducto que surta de aguas á una ciudad, podria desarrollar en la Habana, en Paris, ó en Lóndres cualquier homeópata el dia que se le antojára (lo que no permitirá Dios) una especie de cólera-morbo espantoso; y así progresivamente, La cuestion no seria mas que de agua.

Luego, ó esta doctrina es un delirio, ó estas deducciones son ciertas.

Luego, ó no existe la homeopatía, ó no existe la lógica, el criterio y el sentido comun.

les de certificados, etc. etc., ha probado, repetimos, que la consecuencia lógica, pero absurda, es, de que son inútiles los médicos y farmacéuticos; supérfluo el estudio de la medicina, cirugía y farmacia; y que por tanto, que el gobierno debe prohibir el estudio de estas ciencias, y que es preciso hacer un *auto de fé* con todas las obras de medicina y farmacia; recoger los títulos á todos los que las profesan, y cerrar los establecimientos donde se espenden aquellos y donde se estudian éstas. (1)

M. [PÁG. 133.]

Como en corroboracion de lo mucho que siempre se ha abusado de la bondad y condescendencia de los médicos, reproducimos el siguiente chascarrillo que, con el epígrafe de: «Modo de viajar barato» publicó un periódico de la Habana. Llegó cierto individuo al anochecer á una poblacion, de paso para la ciudad inmediata, distante unas tres leguas, y como se presentaba la noche oscura y lluviosa, con malos caminos; hallándose ademas fatigado y cansado por haber hecho el viaje à pié; precisándole llegar aquella misma noche á la ciudad, y careciendo de medios de poder conseguirlo, urdió un ardid que le surtió el efecto que esperaba. Contando con la benevolencia y escesiva confianza propia de los médicos, y averiguado que el de la poblacion solia usar de un carricoche para visitar á sus enfermos, no dudó en dirigirse á su casa; y fingiéndose mensagero ó sirviente de una familia principal de la referida ciudad, le espuso la gravedad en que se hallaba un miembro de aquella, y cuya señora ó dueña le mandaba llamar sin tardanza. A lo que no opuso ningun reparo el médico, brindándole un asiento dentro del carruage, como acompañante práctico, y doméstico de la casa. Al llegar á la ciudad, paró el vehículo ante una gran casa, á la que le invitó entrar, y subir á ver el enfermo, mientras él quedaba al cuidado del carruage; mas, antes de que el médico llegára al piso principal, ya nuestro lépero habia abandonado al arrastrapanzas y su Rocinante, desapareciendo como alma que lleva el diablo ¡Qué chasco para el engañado Esculapio, al contestarle los de la casa, que no habia tal enfermo ni tales carneros, ni que nadie le habia man-

(1) Véase su *Apología de los medicamentos secretos.*

dado á buscar! Mohino y asaz amostazado tuvo que emprender el regreso á su casa, ignorándose el monólogo ó soliloquio que llevaria por el camino, y los amargos comentarios que haria sobre la facultad, aunque bien se dejan comprender.

N. (PÁG. 153.)

Habiendo trazado, el inmortal autor de la *Eneida*, en una noche lluviosa, los siguientes versos en la puerta del palacio de César Augusto:

Nocte pluit tota, redeunt spectaculæ mane,
Imperium divisum cum Jove, César habet.

mandó el emperador llamar y recompensar á su autor; mas no presentándose Virgilio, por cortedad, á reclamar el premio, lo efectuó y se lo apropió un tal Batilio, mediano poeta. Picado aquel, escribió en el mismo lugar á la otra noche, los siguientes sin concluir, como desafiando á que otro lo hiciera:

Hos ego versiculos feci, tulit alter honores.
Sic vos non vobis.........

repetido este medio verso tres veces: y como ni Batilio ni otro alguno pudiera conseguirlo, los concluyó él de este modo:

Sic vos non vobis, nidificates aves,
Sic vos non vobis, mellificates apes,
Sic vos non vobis, vellera fertes oves.
Sic vos non vobis, ferte aratra boves.

Como lamentándose de que, así como las aves ponian los huevos, las abejas fabricaban la miel; las ovejas llevaban la lana y los bueyes araban la tierra, *otros se aprovechaban de todo*; del propio modo, otro obtuvo el premio de aquel bello y encomiástico verso.

Ñ. [PÁG. 160.]

Háuse dado casos entre los médicos, de estraordinario valor y abnegacion. Con el fin de tranquilizar los ánimos, el esforzado

Dr. Guyon, reinando la fiebre amarilla en *Fort-Royal* (Martinica) se espuso, con heróico desprendimiento, á todo género de contagio y de inoculacion. Refiere Scoutetten, que ese valeroso médico, en presencia de considerable número de personas, cogió la camisa de un enfermo atacado de aquella peligrosa enfermedad, empapada toda ella en el sudor del enfermo. Despues que se la vistió, se hizo inocular en ambos brazos el pus amarillo de los vejigatorios en plena supuracion. No satisfecho con esto, tragó impávido una porcion de los materiales negros vomitados por el enfermo, que no tardó en sucumbir; é inmediatamente despues, metióse en la cama que ocupaba el muerto, durmiendo tranquilamente toda la noche!... No creemos que los anales de ninguna nacion ofrezcan otro ejemplo de tan sublime abnegacion y heroismo.

O. (PÁG. 167.)

Todavía puede verse en Oudewater (Holanda) la balanza destinada en otro tiempo á *pesar brujos.* Hoy sirve para pesar quesos, segun Victor Hugo. Se colocaba el pretendido brujo en un platillo de la balanza, y en el otro el peso que habia fijado la ley: si se rompia el equilibrio, la evidencia saltaba á los ojos: ya no quedaba asomo de duda. Si pesaba mas de lo justo, se le ahorcaba; y si de ménos se le quemaba. (1) Igualmente, en la antigua cárcel de Southwark, en Lóndres, [demolida ya] destinada á los exorcismos y tormentos de los infelices hechiceros, se leian, hasta hace poco, estos versos esculpidos en una lápida colocada encima de la puerta:

Sunt arreptittii vexati demone multo:
Est energumenus quem demon possidet unus. [2]

Refiere el mismo autor, en otra de sus inimitables obras, que en tiempo de Maria Tudor, se quemaron públicamente durante su reinado, entre otros muchos infelices, una madre con sus dos hijas. La primera se llamaba Perrotina Massy. Una de las hijas se hallaba en meses mayores, lo que no impidió la aplicacion del suplicio. Habiendo librado entre las llamas, salió el recien nacido rodando fuera de la hoguera: lo recojió un caritativo hombre lla-

[1] Véase *De órden del Rey ó El hombre que rie.*
[2] Muchos demonios atormentan al endemoniado: el energúmeno está poseido por uno solo. (*Ibidem.*)

mado Housse; mas el *baile* Helier Gosselin, mandó echar de nuevo la criatura á las llamas. Añade que el rey Jacobo I hacía cocer ó *salcochar* vivas á las mujeres tenidas por brujas; y que luego el mismo cataba el caldo; y segun el sabor que le encontraba, decia *era bruja*, ó bien: *no era bruja.* [1]

P. [PÁG. 182.]

El sistema de Gall, [frenología] y el de Lavater (fisiognomía) han pretendido ambos que nuestro esterior no sea mas que la manifestacion de lo que pasa en nuestro interior. Vano pensamiento! El primero sostiene que el celebro es un órgano múltiple ó conjunto de órganos con atributos comunes, por medio de los cuales, se puede clasificar y localizar los instintos, los sentimientos y las facultades intelectuales; puesto que su energía coincide con su desarrollo y volúmen consiguiente, mas ó ménos considerable de ciertas circunvoluciones que resaltan al esterior, (craneoscopia ó cráneología.) El segundo, Lavater, pretende igualmente que ciertas emociones y las diversas pasiones que afectan al hombre, (alegría, tristeza, celos, ira, etc.) y todas las demas exaltantes y deprimentes, se pintan en la cara y quedan estampadas en nuestras facciones, modificándolas de un modo especial, y acabando por comunicar cierta espresion habitual á la fisonomía, que es el reflejo del carácter del individuo, ó sea el estado ordinario y habitual del alma.

Ambos sistemas, si bien en èl fondo encierran alguna certeza, carecen, sin embargo, de bases sólidas.

El sistema de Cámper, [ángulo facial] consiste en el ángulo que forman dos líneas tiradas, la una verticalmente desde la frente á los dientes superiores; y la otra horizontal que la corta por este punto, pasando por el oido. Cuanto mas abierto es este ángulo, mas inteligente es el animal.

Q. [PÁG. 189.]

Sin embargo de todos los inconvenientes que lleva el estado del matrimonio, véanse en compensacion las inmensas ventajas que lleva sobre el celibato:

---

[1] *Los trabajadores del mar.*

Es un hecho comprobado y averiguado por la esperiencia y los principales estadistas del mundo, (Buffon, Haigarth, De Parcieux, Hufeland, Sinclar, Odier, Foderé, Casper, etc. etc.) que: *los casados viven mas que los solteros.* Un promedio general, arroja los datos siguientes: De cien solteros que cuentan de 25 á 45 años, mueren 28; al paso que no mueren mas que 18 casados de las mismas edades. Por cada setenta y ocho casados que llegan á la edad de 42 años, no hay mas que 40 solteros que tengan la misma suerte. A proporcion que se avanza en edad, la diferencia es todavia mas notable; pues alcanzan la edad de 60 años 48 casados contra 22 solteros. De cada cien individuos, llegan á 80 años tres casados por un soltero. Tampoco hay ejemplo auténtico de que ningun soltero haya pasado de un siglo.

Entre las mujeres, la ventaja de la longevidad, es tambien notablemente pronunciada en favor de las casadas. Segun observaciones atentas, llegan á octogenarias y hasta centenarias un número seis veces mayor que las solteras.

Téngase pues, como cosa averiguada y segura, que el estado del matrimonio, es una condicion favorable de salud y de vida. Ademas, los suicidas, los dementes, etc., son en mucho mayor número entre los solteros que entre los casados; asi como los perpetradores de toda clase de delitos comunes, etc. etc. [1]

Por otra parte, el celibato ha sido siempre considerado por todos los moralistas del mundo, como una de las plagas mas funestas de las sociedades; pues «hablando en general, dice Gonzalbo, de él salen los corruptores de la honestidad y de las costumbres.» [2]

«Los solteros, añade el ilustre Virey, son para el Estado, cual piedras desprendidas de la bóveda de un edificio inmenso que amenazan su ruina... ¡Mirad á esos tristes célibes, esclama, privados de familia y consumiendo su vida sin un arrimo, sin posteridad y sin vínculos afectuosos. Si vivir es amar, ellos no viven, sinó que arrastran la pesada carga de su existencia.» [3]

Preguntado Sócrates, cual de los dos estados consideraba mas ventajoso al hombre, contestó: «Es indiferente que elijas cualquiera de los dos; pues que ámbos conducen al arrepentimiento.» ¡Digna respuesta de tan sabio filósofo!

---

[1] Véase á Monlau, *Higiene del matrimonio.*

[2] *Filosofía moral, Moral doméstica, pág. 63.*

[3] Virey, *Obra citada.*

Esta prudente respuesta, nos recuerda aquellos versos de cierto poeta, hablando de las mujeres:

«Cualquiera que llegare á conocellas,
No podrá vivir con ellas......ni sin ellas.»

R. [PÁG. 212.]

Entre los muchos alicientes, incentivos, atractivos y ventajas que posee la profesion del comerciante, comparada con la del médico, no podemos pasar por alto esa ámplia libertad é independencia de que goza el primero sobre el segundo, tan luego llega á ser socio ó dueño. En efecto, sale cuando le parece; vuelve cuando quiere; va donde le place, y está ausente todo el tiempo que se le antoja ó necesita para sus negocios ó devaneos, sin que los primeros sufran el menor detrimento, quebranto ó menoscabo; pues deja siempre al frente y cuidado de ellos un dependiente ó encargado de su confianza, un *alter ego*, que mira por sus intereses, quizás mas de lo que conviene al buen nombre del establecimiento. ¿Quién sustituye al médico cuando tiene que emprender algun viaje ó paseo? En vez de ir avante en sus negocios, cada vez que lo efectúa, le sucede lo que al cangrejo; pues no solo merman considerablemente sus ganancias, que no deja de ser una pérdida, sinó tambien por los gastos que se originan, que no deja de ser igualmente otra pérdida. De modo que, toda ausencia del médico voluntaria ó forzosa fuera de la localidad en que reside, ó cualquiera enfermedad que le impida trabajar, es un desfalco considerable en sus intereses, y cuyo contratiempo no tiene nunca lugar en el comerciante, farmacéutico, industrial, artesano, etc. una vez dueño de establecimiento. He aquí otro de los innumerables inconvenientes que lleva en pos la noble carrera del médico; pero á pesar de toda su nobleza le convierte en esclavo de la misma; mas aun, en esclavo de los mismos esclavos.

Nada diremos, por no herir susceptibilidades, de esa pasmosa facilidad que tiene el primero de poder hacerse de un piquito para la vejez, cuando el mal estado de sus negocios le obliga á declararse en *quiebra previsora*; que no siempre la soga ha de *quebrar* por lo mas delgado.

S. [PÁG. 213.]

Como corroboracion de lo ilusorias que son en nuestros dias, y mas en Cuba, las carreras científicas, publicó *El Siglo médico* en su número del 10 de Setiembre, 1871, el siguiente artículo de referencia, y que reproducimos con gusto:

«Nuestro festivo colega *El Cascabel*, está dando á luz una série de artículos, no ménos festivos que tristes, y que comprenden varios monólogos, correspondientes á personas científicas de distintas clases, habiéndole cabido al médico el honor de ocupar el primer lugar. Aunque no contiene cosa que todos nuestros comprofesores no tengan bien sabida, está escrito con tanta gracia como verdad, la pintura de la triste suerte que á la generalidad cabe, sirviéndoles su lectura de entretenimiento. Dice así:

«*La ciencia en nuestros tiempos.* Sale D. Lucas montado en alambres, con la nariz afilada y royéndose los codos: se pasa los huesos de la mano por la frente, y esclama con voz débil y cavernosa: «La ciencia! ¡oh la ciencia!... Yo soy un hombre de ciencia, y mas me valiera no haberlo sido. Ocho años cursé en las aulas de la facultad de medicina, gastando muy buen dinero y sufriendo todo género de privaciones, perdiendo mi salud á fuerza de estudiar el modo de dársela á los demas. Estaba, empero, orgulloso y satisfecho de mi noble profesion, y esperaba, entretanto, el término de mis estudios para recoger el fruto de tantas vigilias. Llegó ese fausto dia, y á poco, obtuve la plaza de médico del pueblo de... cuyo Ayuntamiento *reaccionario* me pagaba mi mezquino sueldo, aunque con algun atraso. Deseando estaba yo que viniera la revolucion del 68, para que me pagasen al corriente; y el dia que se pronunció el *pueblo soberano* y entró el Ayuntamiento liberal, estaba loco de contento. Mas, ay!... cuánto me arrepentí de mi ignorancia! En primer lugar, tuve mucho mas trabajo improductivo, porque todos los dias habia golpes, tiros y navajazos, y por ende, heridas que curar *de oficio*. En segundo lugar, si ántes me pagaban con atraso, despues de la *Gloriosa* no me pagaban ni con atraso ni sin él. En tercer lugar, tuve que salir del pueblo á la carrera, con motivo de que, habiendo muerto un concejal al veterinario de un tiro, se irritó conmigo, por haber declarado yo que la herida fué *inferida por arma de fuego y mortal de necesidad*; empeñado el bueno del concejal en que habia de declarar, haber sido ocasionada la muerte por un *cólico bilioso*. Suerte que escapé á tiempo; que si llego á permanecer un dia

mas en el pueblo, su hijo, mas bruto que el padre, me mata de otro cólico bilioso...... Llegué á Madrid; y como mi padre habia sido amigo de un amigo de un pariente de Sagasta, por su influencia pude llegar á conseguir el ser colocado de médico, en una casa de socorro. El sueldo es corto; pero en cámbio no me deben mas que seis ó siete mensualidades...... Allí estoy prestando socorro á todo borracho que se rompe la crisma contra una esquina; á todo transeunte atropellado; á toda *doncella* en estado interesante, etc. etc...... Y miéntras yo desempeño tan elevada mision, no puedo ménos de preguntar: «¿Y à mí, quién me socorre?» Nadie, absolutamente nadie! Carezco de todo: hasta de libros, de instrumentos, de baston, y ni siquiera me fian ya en la tienda.... Mi mujer vive con mi suegra; mis hijos con su abuelo...... Mas en fin, y á pesar de todo, siempre soy hombre de ciencia; y la ciencia es una cosa grande!!!» etc. etc.

T. [PÁG. 214.]

Pasaron ya, para no volver mas, aquellos tiempos de obcecacion y atraso, con sus necias preocupaciones contra las artes mecánicas, la industria y el comercio. Pasaron ya, aquellos siglos de oscurantismo, en que, el mercader no podia vender sus géneros sinó al precio marcado por el gobierno, teniendo derecho el comprador para apoderarse de ellos por la décima parte de lo que ofreciera por los mismos. [1] Aviados estaban nuestros almacenistas con tan tiránicas leyes!...Pasaron ya, igualmente, aquellos tiempos de funesta recordacion, de *hidalgos* y *pecheros*, y que la legislacion de aquella época de ignorancia protegia siempre al primero contra el segundo, por mas razon que el último tuviera. (2) Ningun acreedor podia embargarles su casa ni caballos, ni mulas, ni armas, etc. Para el hidalgo, estaba reservada la gloria y el peligro; para el pechero, el trabajo y el desprecio. Por cuyas poderosas razones, la inmensa mayoría renunciaba al trabajo que pagaba *pecho*, para vivir en la holganza. Y ¿cómo no, si en aquellos malhadados tiempos se tenia por *cosa vil* el trabajo, quedando deshonrado á los ojos de los demas, el que ejercia un oficio

[1] Weis, ***España desde Felipe II hasta los Borbones,*** 2.ª par. p. 422.

[2] Léese en la ***Nueva Recopilacion,*** Libr. 2.° las siguientes palabras de los Reyes Católicos: "Es preciso favorecerlos (á los hidalgos y nobles) porque con sus espadas ganamos las batallas."

ó arte mecánica, lanzando asi, la sociedad entera, como un especie de anatema contra la industria, las artes, la agricultura y el comercio? Asi es, que en Madrid, Sevilla, Granada y todas las principales ciudades de España, estaban infestadas de aquellos hambrientos y haraposos caballeros de *capa y espada*, nobles hidalgos, que como el de Calderon, cuyo jubon agujereado, enfáticas palabras y ridículas pretensiones tanto provocaban la risa de *El Alcalde de Zalamea.*

Véase, por otra parte, el cuadro que la pluma satírica de Quevedo, trazaba de esos caballeros sin mas patrimonio que su espada: «Aunque nos sustentamos del aire, andamos contentos. Somos gente, que si comemos un puerro, aparentamos un capon. Entra uno en nuestra casa, y halla por donde quiera, huesos de carnero y de aves, y mondaduras de frutas, plumas y pellejos de gazapos, etc. todo lo cual cojemos de noche por las calles para honrarnos con ello de dia...... En hablándonos uno á media voz, ya sabemos su casa y la hora de mascar.. y cuando nó, tenemos la sopa de los conventos, que tomamos á la escondida, haciendo creer á los frailes que lo hacemos por devocion ó promesa... y asi como en otras partes hay horas señaladas para la oracion, las tenemos nosotros para remendar nuestra ropa.» etc,

Tamañas aberraciones y tan fatales preocupaciones, fueron sucesivamente desapareciendo durante los reinados de los primeros Borbones, particularmente desde el memorable decreto de Carlos III en 1773, que recuerda el espedido por Luis XIV á propuesta del célebre ministro Colbert, y que casi acabó de desterrar de un todo, aquella, hasta entónces, invencible repugnancia hácia las artes mecánicas, la industria, la agricultura y el comercio. El tratado sobre la *Educacion popular* que poco ántes publicó su ministro Campomanes, fué preparando el terreno para triunfar de tan rancias preocupaciones.

U. [PÁG. 219.]

Fácil nos seria acumular aqui, multitud de errores, preocupaciones y creencias vulgares, que nos probarian hasta la saciedad, la crasa ignorancia, supersticion é inconstancia de todos los pueblos, del público en general. Nos limitaremos solo á entresacar á la ligera, algunos pocos ejemplos de la historia de que hagamos reminiscencia.

Los pueblos antiguos, con sus estravagantes y ridículas Sibilas,

Pitonisas y Oráculos [1], y los modernos con sus aparecidos, almas en pena, mal de ojo, padrejon, amuletos y demas brujerias; con sus pretendidos profetas, estáticas, beatas con llagas siempre abiertas; con sus famosas Sores Patrocinos y demas enbaucadoras modernas; con el crecimiento de las uñas de ciertas imágenes; sudores de sangre y agua de algunos crucifijos y otras muchas farsas y supercherias, nos dan una prueba azas tangible de esa misma obcecacion é ignorancia, y cuyas creencias no han podido desterrar aun, ni la antorcha de Esculapio, ni el soplo de nuestra civilizacion moderna, á pesar de ser este el siglo del adelanto, del progreso y de las luces.

---

[1] *Un oracle toujours se plait á se cacher,*
Toujours avec un sens, il empresente un autre. [Racine.]

Creemos no ha de desagradar á nuestros lectores, el que hagamos una ligera y curiosa reseña histórica, de la manera como pasaban aquellas escenas, por medio de los siguientes hechos auténticos:

Hallándose el célebre Creso en vísperas de dar una gran batalla, quiso consultar ántes al Oráculo, y obtuvo la siguiente respuesta: "Si presentas batalla, caerá un gran imperio." Cayó en efecto; pero fué el de Creso. Eneyas. que deseaba igualmente saber de antemano si volveria vencedor ó vencido de los romanos, consultó tambien al Oráculo, pronosticándole éste el éxito de la batalla en estos terminos; "*Yuro te Eneyam, romanos vincere posse,*" que equivale á no decir nada; pues que la respuesta es oscura á lo sumo ó indica indistintamente que podria salir vencedor ó vencido: *vincere posse* Habiéndole sucedido este último fracaso, fué á quejarse amargamente al Oráculo, echándole en cara con áspera ironía su embuste y su Ignorancia; mas fuéle contestado astutamente, que habia comprendido mal. é interpretado la respuesta al reves. Igual le sucedió al infortunado Creso, teniendo ambos que ir, desengañados de Oráculos, á ocultar su vergonzosa derrota léjos de los hombres y con el rabo entre piernas. Muy sabido es tambien el caso de otro general romano, que confiado en el Oráculo, dejó la pelleja en el campo de batalla, despues de haberle vaticinado: *ibis et redibis non morieris in bello;* esto es, "irás y volverás nó morirás en la guerra," variándose completamente el sentido de la frase, con solo poner una coma antes ó despues del *non*.

Por último, cuenta Voltaire, con su gracejo acostumbrado, que el profeta Eliceo, fué tambien una especie de oráculo-profeta; pues habiéndole mandado cierto príncipe ricos presentes y valiosas alhajas, con objeto de que le pronosticára ó *profetizára*, si moriria ó curaria de la grave enfermedad que le aquejaba, tomó las dádivas (por supuesto] y le contestó en estilo profético á guisa de oráculo: "que aunque podria muy bien curar, mas tarde tenia que morir." Murió en efecto, al poco tiempo, y fué tenido por un profeta consumado. [Véase su *Filos. de la Histor.*

¡Siglo mentido, siglo diez y nueve,
A llamarte ilustrado hay quien se atreve!
Pues tal es la abundancia de fanáticos,
El siglo debe ser de los lunáticos.

No há muchos años que en la culta Barcelona, la gente se agolpaba tumultuosamente, inclusо el autor de estas líneas, á la entrada de la iglesia de San Jaime, para presenciar el estraórdinario fenómeno de una virgen que *movia* los ojos, teniendo consternados á los *crédulos*, habiendo sido necesaria la presencia de la autoridad para que cesára el *milagro*; y cuyo desenlace fué la prision del cura párroco.

La ninfa Egeria, de Numa Pompilio, que tan popular ha hecho Florian, la cierva blanca de Sertorio; la paloma del embaucador Mahoma y las alucinaciones de Bernardetta en Lourdes, no han producido otra cosa, que patentizar, esplicar y poner de manifiesto la crédula ignorancia de los pueblos antiguos y modernos, y esplotar à mansalva su sencillez y credulidad. [1]

Todos los grandes hombres han considerado siempre al pueblo, como á un niño mal criado, antojadizo, voluble, voluntarioso y crédulo en demasia, que se deja llevar por quien sabe halagarlo y alucinarlo con falaces promesas, ofreciéndole el oro y el moro. Aquellas conocidas palabras del visionario Castelar, tan cándido como inconsciente político: «Deseo que Dios me perdone y que la historia me olvide,» prueban á todas luces, que aquel funestamente célebre tribuno, á pesar de su indisputable talento y vasta erudicion, nunca llegó á conocer al pueblo como Cromwell y Enrique IV; que legaron á las historias de sus respectivas naciones, no una aciaga memoria del tiempo de su dominacion, sinó un testimonio del profundo conocimiento que tenian de lo versátil y mudable de sus pueblos. Cuando el primero hacía su entrada triunfal en Lóndres, poco despues de haber mandado al patíbulo al bueno de Cárlos I, la carrera estaba cubierta de un gentío inmenso. «Mirad, le dijo el coronel Fairfaix que iba á su lado, ved como se apresura el pueblo á salir á recibiros, y como os admira y aplaude.» A lo que contestó el Dictador. «Es pueblo; y todavía

[1] Sobre las portentosas, descomunales é *increibles* paparruchas de Mahoma (á) milagros, podrá el lector consultar el *Dictionario infernal*, art. Mahoma y la escelente obra de Holbach, *Moisés, Jesus y Mahoma*, cuyas *filfas* le dejarán con tamaña boca abierta.

veriais acudir mucha mas gente si me llevára á ahorcar»... «Ved, le decia asimismo un cortesano á Enrique IV, cuando su entrada triunfal en París, ved como vuestro pueblo se entusiasma y alegra de veros.» Mas el gran rey, meneando la cabeza, «si mi mayor enemigo, le contestó, estuviese en mi lugar, haria lo mismo, y aun quizá gritaria mas fuerte.» ¡Qué lecciones tan elocuentes para los reyes!

Veamos, ahora, otra prueba de cordura, sensatez y consecuencia del pueblo *soberano*. Durante la revolucion de Nápoles, contra la dominacion española, en tiempo de Felipe IV, el pueblo en general aclamó á Massaniello, para Generalísimo, Gobernador y Virey de Nápoles. Pues bien; á los siete dias lo asesinaron sus mismos aclamadores; los mismos que al otro dia recogieron sus mutilados restos, despues de haber arrastrado su cuerpo por las calles, y le tributaron toda clase de honores, adorándole como un mártir y como un santo. ¡Bello, magnífico, sublime ejemplo de democracia!... Mostradnos, les preguntaremos á sus apasionados, una prueba de gratitud del género humano, en general, hácia aquellos que han tratado de mejorarlo. Sócrates y Focion, mueren envenenados. Séneca; espira en un baño caliente con las venas abiertas, y Jesucristo muere crucificado.

Por último, empezando por el Divino Redentor, y acabando por el reinado de la que fué por tantos años nuestra bondadosa reina Isabel la *Benéfica*, hallaríamos innumerables ejemplos en la historia de todas las naciones, miles de aberraciones humanas que pasaremos por alto, por no acabar con la paciencia de nuestros benévolos lectores, y cuyos hechos nos probarian hasta la evidencia ese carácter ó fisonomía especial de todos los pueblos, innato en ellos, encarnado en su modo de ser, tan susceptible de variacion y de modificacion, y cuyo exámen, por otro lado, no seria propio de este trabajo. Basta y sobra, pues, con lo manifestado para hacer resaltar esa versatilidad, inconstancia é inconsecuencia de los hombres, del público en general, y que un filósofo comparó á la luna, en razon á esta misma inconstancia y diversas faces periódicas.

V. [PÁG. 238.]

Segun el Dr. Giné, de Barcelona, en su *Historia de la medicina*, Arcagathus ejerció la medicina en Roma durante el período de la *medicina laica ó seglar*, en que su ejercicio era libre; es decir, que cada cual podia curar á su antojo, sin exijirle á nadie es-

tudios ni prueba alguna de suficiencia. Verdadero período de *curanderismo.* Lamentable error, funesta libertad, deplorable licencia que dió lugar á que el mismo Arcagathus, Tesalo de Tralles y otros muchos improvisáran un hormiguero de médicos. En vano fué que Caton el *Censor* clamára contra la ignorancia é inmoralidad de aquellos intrusos: sus declamaciones fueron desoidas; y como Roma *habia estado sin médicos por espacio de quinientos años*, segun el citado autor, Arcagathus y sus discípulos fueron bien recibidos por el Senado, como tambien otros muchos médicos griegos que habian seguido su ejemplo.

Hemos subrayado aquellas palabras del Dr. Giné, para impugnarlas como es debido. La creencia popular de que Roma estuvo privada de médicos por espacio de 500 ó 600 años, no deja de ser una vulgaridad, aunque veamos consignada esa opinion ó aserto en tan recomendable obra y en otros escritores. Esta especie dimana del naturalista Plinio, en una de cuyas obras se lee el siguiente pasage, citado con frecuencia: *Ceu non millia gentium sine medicis degant, nec tamen sine medicina, sicut populus romanus ultra* sexentessimum annum, *nec ipse accipiendis artibus lentus.* (Libr. XXIX, cap. I.)

Sin embargo, tal aseveracion es inexacta; pues refiere Dionisio de Halicarnasio, que Roma fué invadida de una mortifera epidemia precisamente en la época á que hace referencia el pasage de Plinio, y que lo fué en tanto grado, que «los médicos no bastaban para tantos enfermos.»

Ademas, cuando los romanos espulsaron á los griegos, por aquel tiempo, de toda la Italia, la ley ó decreto que los desterraba á todos, esceptuaba á los que ejercian la medicina. [Renouard, *Histor. de la medic.* p. 38.]

Drelincourt, muchos años ha, escribió una obra titulada: *Apologia medica contra calumniam medicos* 600 *annos Roma exulasse*, probando con fechas, y datos fehacientes la calumnia de aquella aventurada hipótesis ó error.

El historiador Schulgk, ha probado igualmente la falsedad del pasage de Plinio, en su obra de *Histoir. de la Medec.*

Tambien Sprengel rebate aquella errónea opinion, en la suya.

Daniel Leclerc, desecha asimismo tan ridícula, pueril y absurda creencia en su Historia de la Medicina.

Por último, el ilustrado Dr. D. José Antonio Viader, médico de Gerona, (Cataluña) ha rebatido victoriosamente aquella calumniosa creencia, en una preciosa *Memoria* titulada: *La facultad de medicina vindicada.*

Inútil consideramos acopiar mas citas, que probarian hasta la saciedad aquel infundado aserto del célebre naturalista romano. «De luengos tiempos luengas mentiras.» Asi se escribe la historia.

W. [PÁG. 251.]

Albino y Boerhaave son los dos autores que han consignado en sus obras y referido ese pretendido error del ilustre Vesalio, acarreándole tan funesta equivocacion, dicen, la persecucion del Tribunal del Santo Oficio, al estremo de acusarle de homicidio é impiedad, condenándole sus jueces mil veces mas impíos y homicidas, á la pena de muerte (segun algunos escritores) cegados por el fanatismo mas estúpido, conmutándole tan terrible pena por la de espatriacion, merced á Felipe II y á toda su córte que interpusieron sus ruegos y su influencia. Aunque Ambrosio Pares dice, que la tal equivocacion ó falta de prevision habia tenido lugar en una mujer «muerta de sofocacion de matriz,» la mayor parte de autores que citan el caso, afirman que la víctima fué un noble de la córte de Madrid. Asi lo aseguran Winslow, Brouhier y otros.

No obstante, dos sabios médicos y afamados escritores, el conocido Morejon y el profundo Burggrawe, de Bruselas, han negado aquel triste acontecimiento, para rehabilitar la memoria de Vesalio, y borrar de su biografía una mancha que tanto la afea. El primero, nuestro insigne compatriota en su recomendable *Historia bibliográfica de la medicina española*, espresa que, los inventores de aquel cuento ó conseja, ni siquiera han pensado en demostrar la verdad del hecho que refieren. No se indica por ellos el nombre del noble personaje que fué abierto en vida, no se sabe ante que tribunal, de los que entónces habia en España, se vió la causa; ni cuales sus jueces; ni qué testigos se presentaron etc. etc.

Por otra parte, Llorente, en su *Historia de la Inquisicion*, habla del famoso anatómico, sin hacer la menor alusion, ni menciona semejante hecho, guardando el mismo profundo silencio los escritores contemporáneos de Vesalio, y hasta algunos que fueron sus colegas en la córte. ¿Porqué, pues, no han hablado de su desgracia, ya para lamentarse de ella, ya para vituperarla, ora para consignarla como triste ejemplo de precipitacion, ora para enaltecer, como era debido, la clemencia del monarca? «¿Porqué?... se pregunta Morejon; porque el hecho tiene visos de ser absolutamente falso.»

Por último, el Dr. Burggrawe, en su erudito opúsculo, *Estudios sobre Vesalio*, acepta y suscribe á la autoridad de Morejon, cuyo párrafo traduce fielmente. Ya hemos consignado asimismo en el texto, la opinion del célebre Bouchut.

X. [PÁG. 262.]

La reforma social ideada por Fourier ó Fourrier [ó cabo *Furriel*, como decia Tirabeque] consistia en la creacion de grandes *Falansterios*, especie de pueblos-palacios ó grandes edificios, donde no habia de faltar nada á sus moradores (á no ser sentido comun); donde todos habian de trabajar para todos; donde todos habian de ser virtuosos y felices, dejando de ser en este valle de lágrimas un mito la felicidad; donde no habria ni vicios, ni abusos, ni violencias, ni venganzas, ni ambiciones, ni castigos, ni penas, ni cárceles, ni jueces, ni pleitos, ni ódios, ni guerras, ni ejércitos, ni......etc. etc. etc. porque todos habrian de ser buenos, virtuosos, trabajadores y honrados. No habria tampoco propiedades ni trabajo alguno molesto ó pesado (que dicha para los médicos de campo!) formando una gran familia, una *unidad social*, donde todo el mundo se habria de querer bien, viviendo como buenos hermanos.

Y. [PÁG. 282.]

Pudiéramos citar varias leyes y disposiciones tan injustas como arbitrarias referentes á los médicos, especialmente los del campo; mas nos contentarémos con copiar aqui algunas de nuestros antiguos códigos, que no porque hayan caducado, dejan de encerrar ese espíritu de hostilidad, esa enemiga y ojeriza contra la ciencia de la que tantos beneficios han reportado siempre nuestros legisladores y tribunales de justicia antiguos y modernos.

«Et por ende, decimos, que si algun *físico* [médico] diese tan fuerte melecina á la que non devia, á algun home ó alguna muier que toviese en guarda, porque moriese el enfermo...ó si algun ciruiano fendiese algunt llagado, ó le asserrase ó quemase nervios ó huesos de manera que moriese por ende... deve ser desterrado en alguna isla por cinco años.» etc. (1)

«*Físico* ó especiero ó otre home que vendiese yerban ó ponzo-

(1) *Partid. VII, Títul. VIII Ley VI.*

nes [venenos]...si por ventura matase con ellos... el matador deve morir.» etc. [1]

«*Qui abortionis... si mulier perierit, summo suplicio adjiciantur.* (2) Si de resultas de una sangria enflaquecia el enfermo, decia la ley: *Que pague el físico ciento cincuenta sueldos;* y si moria: *metan al físico en poder de los parientes que fagan de él lo que quieran.* [3]

Z. [PÁG. 295.]

A pesar de tener todos los médicos el remedio en la mano para violar la ley impunemente; á pesar de la facilidad de poder burlarse á mansalva de todos los legisladores habidos y por haber; á pesar, en fin, de la posibilidad de poder eludir los mandatos de los jueces, siempre que lo tengan por conveniente y de trasgredir la ley sin pasar por trasgresores ni *rebeldes*, tratándose de las actuaciones *de oficio* en los casos y *cosas* judiciales, vemos que, lejos de usar de su derecho dentro del círculo de la misma ley, se prestan, por el contrario, á servir de instrumentos á los tribunales, sinó con la mejor voluntad, con la mayor conformidad. En efecto, ¿quién podria impedirles el poner en práctica el tan sencillo como infalible medio de renunciar uno por uno al ejercicio de la facultad? ¿No están las *huelgas* á la órden del dia?... ¿No estarian dentro de su derecho?

A semejante determinacion, y teniendo en cuenta su libre albedrío, creemos que toda ley seria impotente en este caso; si bien fulminando terribles penas contra el que ejerciera la profesion en tales casos, y aun disponer la entrega de sus respectivos títulos; mas tales medidas sobre ser pueriles y ridículas, serian absolutamente ineficaces. La razon salta á la vista. ¿Quién ni qué disposicion podrá impedir ni prohibir el que un médico pueda montar á caballo ó andar á pié cuando se le antoje? ¿Quién podrá impedir igualmente el que visite á un amigo enfermo, y hasta permanecer, si le acomoda, dentro de la casa dia y noche?... Verdad es que podrá la autoridad prohibirle el recetar, bajo una fuerte multa ó pena de prision, de destierro y todo lo peor que se quiera; mas tan estúpida determinacion ¿no seria el colmo de la insensatez? ¿No le quedaria siempre el recurso de dictar las recetas ó suprimir la fir-

---

[1] *Partid. VII, Títul. VIII Ley VII.*
[2] *Digesto, Libr. XXXVIII, Títul. XIX.*
[3] *Fuero-Juzgo, Libr. VI.*

ma? Y ¿qué harán en este caso todas las autoridades del mundo? ¿Impedirán tambien á los farmacéuticos el despachar medicinas?

Y aun dado el improbable y absurdo caso de ordenar el gobierno se le recojiera el título ó diploma, ¿no le quedaria siempre el recurso, el remedio de ponerlo ántes en salvo, y *repicar*; ya que en salvo está el que repica?

Por otra parte, campando los curanderos por su respcto y por todas partes, autorizados, ó poco ménos, por los mismos jueces, en razon á su innegable utilidad muchas veces, máxime donde se carece de médicos, se convertirian éstos muy pronto en curanderos, trocando sus títulos de Doctores por el ménos noble y honorífico *modus vivendi* de intruso; en cuyo caso, es verdad, perderia el derecho que le concede la ley de poder demandar ante los tribunales á sus deudores por cobro de honorarios; mas como todo está compensado en este mundo, en cambio se verian libres de pagar contribuciones y exentos de acudir al llamamiento de los jueces en las actuaciones *de oficio*; y váyase lo uno por lo otro. Poco creemos habrian de perder en el trueque.

&. [PÁG. 302.]

Véase en que términos se espresa el General Aristizábal, al ocuparse de la honrosa é indispensable carrera de las armas:

«Aquella parte de la poblacion de las naciones que toma las armas y que constituye lo que se llama *fuerza pública*, consagra su existencia, no solo á defender el país contra las agresiones estrangeras á costa de sus vidas, sinó lo que es aun mas apreciable por ser de mas constante utilidad, á dar nervio y hacer observar las leyes y el pacto social; garantir la comunidad; el goce de las propiedades é industrias individuales, perseguir y esterminar á los malévolos que quieren perturbar el órden establecido. Tan nobles objetos, han hecho en todos tiempos de esta carrera la *mas brillante de todas*; y los pueblos que han sabido apreciar su dignidad y su independencia, han prodigado los honores, los aplausos y la veneracion pública, para retribuir en cierto modo los peligros y sacrificios tan penosos á que se condena el que abraza esa noble profesion. Envueltos los que la ejercen, en una atmósfera de gloria, marchan impávidos á la muerte, y desprecian los riesgos que les rodean, mas que ninguna otra clase del Estado. ¡Desgraciados los pueblos que desconocen estas verdades!... Grecia, fué grande, heróica y poderosa mientras el aprecio público premió ó hizo anhe-

lar sobre todos, el mérito militar... Roma, esa gigante creció, porque nadie podia ser nada en ella, ni obtener el empleo mas pequeño sin haber ántes servido varios años á la patria con las armas. ¿Qué vemos en los pueblos modernos? Francia, Inglaterra y demas naciones tan poderosas hoy y en las que la sociedad es tan dichosa, no han conseguido tamaños beneficios si no es rodeando la carrera militar de la mayor consideracion pública y del aprecio social......

«¡Innoble, funestísima idea la de creer que solo tienen las armas porque se les paga para ello! No, nosotros tenemos mas noble mision. Nuestros trabajos, nuestros servicios no se pagan con dinero. No hay oro en el mundo para pagar la sangre de un guerrero. La abandonaremos indignados cuando se nos diga que somos unos *matachines* pagados... ¡Horror á quien lo diga!... ¡Maldicion sobre él!... [*Estudios militares.*]

Cuya brillante pintura, si carece de exactitud, en cambio le sobra apasionamiento y entusiasmo hácia el militarismo, que dominante en todas épocas, tiende siempre á absorver las demas clases de la sociedad. La preponderancia del militar sobre el *paisano*, su valimiento, la consideracion de que indudablemente goza, acabaràn cuando empiece la verdadera civilizacion de las naciones; esto es, cuando convencidos los hombres del inmenso valor que encierran las máximas de la sublime moral del Evangelio, se ámen unos á otros como hermanos; y los cañones Krupp, las ametralladoras, los rifles, los revólvers, los torpedos etc. depositados en los Museos de antigüedades, sean considerados como objetos curiosos de los tiempos de barbárie.

Nota última. [PÁG. 309.]

Joubert, en su curioso tratado de *Errores populares médicos*, publicado en 1587, ridiculiza la pretension de muchos en meterse á médicos sin saber una palabra de medicina, y refiere á este propósito la siguiente anécdota: «Preguntaba un dia el Duque de Ferrara á sus contertulianos, cual era la profesion que encerraba mas representantes. Uno decia que el de zapatero; otro el de sastre; otro que el de carpintero; otro que el de albañil; otro el de marinero; otro de *pleitista*, etc. etc. hasta que su bufon Gonelle dijo que la de médico: todos lo toman á risa, incluso el mismo duque, quien acepta la apuesta de su bufon, el que se compromete á probárselo ántes de veinte y cuatro horas. Al otro dia sale de su

casa Gonelle con su gorro de dormir y un pañuelo atado á la cara, para ir á palacio. El primero que lo encontró lo pára y le pregunta: «¿qué tienes Gonelle?» y le contesta que dolor de muelas. ¡Ay amigo mio! yo tengo una receta escelente para curar ese mal, y se la dice. El bufon saca su libro de memorias y la apunta, juntamente con el nombre de su donador. Dos pasos mas allá, encuentra á otro, que le hace la misma pregunta y le da otro remedio que tambien apunta. Mas adelante encuentra un grupo y cada uno le da tambien su remedio. Hace lo mismo que con los primeros, y así con cuantos encuentra que le dan un remedio hasta llegar á palacio. A penas entra en el patio, como todos le preguntan por su mal, cada uno le da su remedio diferente. Les da las gracias y los anota, como tambien sus nombres. Llega á la antesala, y sucede lo mismo. Cuando por fin entra en la habitacion del duque, á la hora de la reunion, todos se apresuran á preguntarle lo que tiene, á los que les contestó muy compungido y afligido, que dolor de muelas. El mismo duque le dice al momento: eso no es nada, Gonelle: pronto yo te lo curo. Yo sé un remedio que te calmará el dolor de momento, aunque esté la muela gastada. El mismo Antonio Musa, no ha conocido otro mejor. Haz esto y lo otro y al momento quedas curado. Los demas quieren tambien curarlo; mas, no los deja y quitándose el pañuelo esclama: ¡Como señor! ¿Tambien vos sois médico? En verdad que lo ignoraba. Ved aquí la lista de los que he encontrado á mi paso por la calle de los Angeles y en vuestro palacio y son mas de doscientos; no he pasado mas que por una calle; si llego á recorrer toda la ciudad, pasaban de dos mil. Creo, pues, haber ganado la apuesta. A lo que le contestó el duque: La verdad es, amigo Gonelle, que has ganado, por que todo el mundo se mete á médico, y aún muchos pretenden saber mas que los mismos médicos.»



ERRATAS

que se hallan en algunos ejemplares.

Páginas.	Línea.	Dice.	Léase.
7	19	casos judiciales	casos y *cosas* judiciales
9	8	surcidos	zurcidos
13	6	benefiesos	beneficios
14	11	causa	causas
16	Nota	Larre	Larrey
28	Id.	relogero	relojero
36	26	Tacon	Vapor
42	Nota	Castell veill	Castell-Veill
46	Id. 1ª	F	(F)
68	Id,	(2)	(1)
72	26	*protper*	*propter*
82	17	srees	séres
84	26	esta	esa
80	20	el de	el dictado de
91	1	gerga	jerga
94	1	*principius*	*principiis*
96	6	comprendereis	comprenderiais
90	6	sinó de	sinó
100	5	adornar los	adornar á los
114	12	á cargar	cargar
,,	13	de quitarla	el quitarla
,,	14	por las	por
118	2	Hecce-Homo	*Ecce-Homo*
129	27	los costumbres	las costumbres
..	28	Deleiteando	Deleitandc
135	Nota	mas mas	mas
139	9	*sistemáico*	*sistemático*
148	21	ojear	hojear
149	Ultima	cabales	cabales. *Dura lex, sed lex.*

Páginas.	Línea.	Dice.	Léase.
151	32	invertidos	inventados
152	19	*quit*	*quid*
157	31	tampoco	pues tampoco
160	Nota	indeferencia	indiferencia
166	12	salon	Solon
168	15	Cock	Cook
169	16	la reliquia	las reliquias
182	13	*tutusimé*	*tutissimé*
183	16	ceducen	seducen
197	30	*Dominem*	*Dominum*
198	Ultima	pretensiosos	pretenciosos
202	20	*Thatis question*	*That is the question*
,,	23	parre	parte
205	11	enseñas	enseñar
206	7	nuestros pensamientos	nuestro pensamiento
233	19	considerada	considerado
242	26	aplopegia	apoplegia
246	17	*contraris*	*contrariis*
248	Ultima	dos entre	entre
256	19	adminístrele	adminístrela
263	24	permanencia	pertenencia
264	Nota	*suma*	*Suma*
270	22	hata	hasta
272	Ultima	irrepensible	irreprensible
281	14	todos	tales
287	3	exelente	escelente
323	20	hormiga-lera	hormiga-leon
332	32	piquito	*piquito*
335	5	araposos	haraposos
340	14	Pares	Pareo




NATIONAL LIBRARY OF MEDICINE
U.S. Department of Health, Education, and Welfare, Public Health Service
Bethesda, Md.


NATIONAL LIBRARY OF MEDICINE
U.S. Department of Health, Education, and Welfare, Public Health Service
Bethesda, Md.
BOUND BY
APR 2 1971